FRAN COBOS

LA JAULA DEL SOL



UN ECOTHRILLER SOBRE UN MUNDO OSCURO EN EL QUE VOLVER A EMPEZAR.

Rocaeditorial

FRAN COBOS

LA JAULA DEL SOL

Rocaeditorial

A mis hijos

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido
de los personajes con alguien real es fruto
de la mera casualidad.

1

Adiós, Belfast

Un hombre entra en la ducha, abre el grifo del agua caliente y apoya las manos ensangrentadas sobre el alicatado blanco de la pared. El chorro tarda apenas un par de segundos en caer tibio sobre su enorme espalda, y toma una esponja para frotarse con insistencia el pecho y los brazos. Odia la sangre ajena sobre su cuerpo. El bermellón comienza a invadir el plato de ducha como una siniestra acuarela que garabatea el espacio entre sus pies.

Sonríe frente a la imagen asimétrica que se refleja en los azulejos, su nariz está rota. Sangra de nuevo a pesar de haberla taponado con mechones de algodón. Resopla para limpiarla y la hemorragia lo cubre todo. Toma aire y un crujido seco resuena sobre el incesante chapoteo del agua, que penetra en su cerebro como si hubiera hurgado en él con material quirúrgico defectuoso; acaba de recolocarse el tabique nasal con sus propias manos. No es la primera vez que lo hace y sabe que no debe ir a ningún hospital.

Termina la ducha, entra en su cuarto y se viste rápido sin apenas secarse con la única toalla que hay en el baño. Abre el armario empotrado. Ya no está su ropa ni la de su mujer, pero saca una pistola escondida en el falso techo, una semiautomática del calibre cuarenta y cinco que ahora oculta tras la cintura.

Se dirige a la cocina. El hambre le empuja a echar un vistazo absurdo a una nevera que sabe desconectada. Repara en el frutero vacío y en el calendario que cuelga junto a este. Sus ojos se clavan en una fecha: es el 20 de octubre de 1978. Ya lleva diez años en Belfast. Tiene señalado el día con un círculo y escrito sobre él: «Adiós, Irlanda». Lo tacha con rabia con el lápiz que hay al final de un cordel muy delgado que pende de la pared.

Toma con decisión el pasillo que lo lleva hacia la puerta de salida. Se detiene en seco. Su mente advierte que los juguetes de su hijo ya no pueblan los rincones del salón. Recuerda su risa astuta y contagiosa.

No reconoce ningún objeto familiar, la casa está fría. La pátina del abandono ha tomado ya el salón, lo invita a irse, a romper otra de las cadenas que lastran su vida. Cree ver a su mujer en cada rincón del piso, pero unos disparos a lo lejos lo devuelven a la cruda realidad.

Se cubre con un abrigo enorme de cuero, le sube las solapas y se cala una boina gris de lana. Nadie debe reconocerlo al salir. Baja las escaleras del primer piso para escapar por la puerta del adosado donde vive, en la parte más occidental del barrio de Falls Road, la zona católica de la ciudad. Es una noche de perros, llueve con la misma rabia con la que él corre hacia el pub que hay frente a su casa. En el corto trayecto se oyen varias ráfagas de ametralladoras y las explosiones de dos cócteles molotov que cruzan desde ambos lados de los muros de paz. Los ladridos de los perros se confunden con los gritos de guerra de los dos bandos.

El pub está repleto de vecinos que apuran su copa para pedir la última antes del toque de queda. Saluda al camarero desde la puerta

y le señala el teléfono público que hay junto a la entrada. Lo avisa de que va a usarlo. El camarero, que lleva una pinta de cerveza en cada mano, le da su consentimiento con una sonrisa y un guiño. El joven echa un par de monedas y comienza a girar el disco de marcar.

—¿Sí? —Una voz masculina, rajada y cansada contesta al teléfono.

—¿Papá? —pregunta el joven con apenas un susurro nervioso.

—Sí, Colin, soy yo —responde su padre tranquilizándolo.

—¿Están ahí? ¿Están bien? —Colin interroga angustiado a su padre, a la vez que da su espalda de buey al resto del pub.

Se percata de que hay varios clientes muy cerca. Podrían escucharlo o leerle los labios, así que esconde el mentón entre las solapas del abrigo y baja la voz aún más.

—Sí, ¿cómo estás tú? ¿Te mando a alguien para recogerte? —pregunta su padre con tono de preocupación.

—¡No! Estoy bien. No mandes a nadie, esta noche han empezado pronto a dar leña.

Colin reconoce la lentitud de su mente cuando intenta construir las frases en su cabeza, un golpe encajado en la sien izquierda le ha batido los sesos. Su dicción estará afectada unos días.

—Solo necesito comer y una pinta de jengibre —bromea para tranquilizar a su padre.

—¡Eso está hecho! Pásate por aquí, te estamos esperando —apostilla su padre, que intenta animarlo, ya que Colin todavía tiene que salir de la ciudad.

—Sí. Partiré en unos minutos —dice Colin, que sabe que puede que lo retengan demasiado para llegar a tiempo al puerto de Belfast.

—¿Le has amasado bien la cara?

El viejo ya conoce la respuesta. Si no hubiera sido así, el cráneo de su hijo estaría machacándose contra las rocas del acantilado de los Gobbins y no al otro lado del teléfono.

—Ese cabrón no volverá a golpear a nadie en unos días. —Colin aprieta el teléfono entre el oído y su hombro para contemplar la carnicería que son ahora sus manos. Tiemblan y están hinchadas. Los nudillos están despellejados, inundados de líquido sinovial y fragmentos de sus propias articulaciones. Parecen mazos. Las zarpas de una bestia deforme—. Ha cumplido su palabra, me ha dado el salvoconducto y la pasta. Pero el pase solo servirá hasta las cinco de esta madrugada —advierte.

—Bien. Cálmate. Tienes tiempo de sobra. Todo está preparado. Ellos están con tu madre.

—Creo que ayer me siguieron. Esto es una locura. He visto las cintas y las fotografías. ¿Qué es esa mierda? ¿Quién coño querría jugar con algo así?

—No lo sé, Colin. Solo puedo decirte que lo llaman Aníbal. Pero la línea puede estar pinchada. Nikolay nos lo explicará todo después.

Dos hombres muy corpulentos, con abrigos largos y sombrero, entran por la puerta trasera del pub y piden café. Solo alguien que está trabajando tomaría cafeína a estas horas. Al menos otros dos tipos los acompañan, aunque se quedan fuera; los sombreros y el humo de los cigarrillos que asoman por la ventana los delatan.

—Papá, tengo que dejarte. Nos vemos en un rato.

Colin cuelga el teléfono y mira de soslayo a los dos nuevos clientes. Abre la puerta, comprueba que no lo espera ningún individuo sospechoso y sale al vestíbulo. Amartilla el arma y la esconde junto a la hebilla de su cinturón. Confirma que la salida está

despejada en el reflejo de la carrocería de un coche aparcado frente a la puerta. Toma aire para prepararse para salir y el olor a goma quemada de las barricadas y los escombros en llamas entra en sus pulmones. Se dirige bajo la lluvia hasta su furgoneta; las calles están desiertas por el toque de queda inminente, y hay basura y escombros por todas las aceras.

Oye pasos de dos caminantes a varios metros tras él. Decide girar en la próxima esquina a su derecha con el fin de parapetarse durante el inminente tiroteo, pero se topa con tres soldados ingleses que hacen guardia justo en ese punto, cubiertos por sus impermeables reglamentarios y que le dan el alto al verse sorprendidos. Colin adelanta el pie izquierdo, carga el peso en su pierna derecha y permanece quieto con las rodillas flexionadas. No va a dejarse cachear con un arma encima. Los soldados están en alerta y le apuntan con sus fusiles.

—Hola, Patterson —saluda el que parece estar al mando.

—Hola, Jack —responde Colin algo más relajado al descubrir que se trata de un viejo conocido; el subteniente Murphy.

El oficial es un hombre bajito pero muy ancho de hombros que transmite cierta simpatía cuando sus grandes mofletes vibran al hablar.

—Creo que esta noche has hecho un buen trabajo —responde el subteniente con ironía.

—Jack, ¿es necesario que te enseñe el pase? —pregunta Colin con impaciencia.

—No. A estas horas, toda la oficialidad de Belfast conoce a Colin Patterson. ¡Dejadlo ir, muchachos! —responde Murphy con cierta jovialidad en el tono.

Colin pasa rápido entre ellos. Espera no tener más contratiempos, pero el ejército patrulla las calles de Belfast día y noche. Es la guerra más atroz que existe. No es una lucha por recursos. Es una guerra por odio, sin frentes localizados. Una bomba puede estar bajo el coche, o es posible que esa misma noche tiren abajo la puerta de su casa y ser él quien acabe en un interrogatorio, o en el funeral de otro de sus primos asesinados a balazos, o en el de su mejor amigo. Un par de semanas atrás, cuando llevaba a su hijo Laurence al colegio, encontró el cadáver de su vecino tirado en la acera. La noche anterior habían estado juntos tomando unas cervezas en el pub.

Cuando llega a su vieja furgoneta y abre la puerta, asoma la cabeza y saluda con discreción al hombre que se esconde en la parte de atrás, entre varias cajas de cartón y maletas. Se trata de un individuo de unos sesenta años. Sus facciones eslavas, culminadas por unos ojos claros, limpios y profundos como el hielo en el fondo de un vaso de ginebra azul, parecen congeladas por el miedo.

Colin se acomoda en el asiento de la furgoneta, pero unos pinchazos muy fuertes en los costados lo desgarran por dentro; tiene dos costillas rotas. Gira la llave, pero el motor no arranca. Está frío y siempre le cuesta con el mal tiempo. Tira del estárter y arroja la boina sobre el asiento del acompañante. Se frota el pelo con ira y detecta varios hematomas entre su cabellera. Sonríe. Los golpes que los han provocado han destrozado las manos del otro tipo. Gira de nuevo la llave y el motor arranca, acelera para calentarlo y desconecta el estárter. Se mira en el espejo retrovisor. Tiene partido el labio superior y se le mueven varios dientes, pero no es lo que esperaba encontrar en la imagen. Son los dos individuos que se

están subiendo en un coche que no había visto aparcado nunca en esas calles. No arrancan ni encienden los faros, esperan para seguirlo.

Suelta el freno de mano y un calambre le deja claro que tiene un esguince en el codo izquierdo. Está destrozado para una pelea cuerpo a cuerpo. No es muy buen tirador a distancias largas.

La furgoneta derrapa al salir con un giro de su plaza de aparcamiento. Se dirige a toda velocidad hacia donde están estacionados los individuos que lo siguen y dispara a las dos ruedas que tiene a tiro. Escapa hacia el oeste, hacia las afueras de la ciudad. Belfast es ahora más peligroso que nunca para él y su familia. En una curva cerrada, una de las llantas traseras impacta con un tremendo golpe contra la acera al pasar junto a un camión del ejército; los soldados de su interior lo siguen con la mirada: son Murphy y sus hombres. Conocen su furgoneta y su salvoconducto. Esta noche Colin es intocable.

Se desvía por un atajo de caminos de tierra al noroeste de la ciudad por el que solo los gitanos de la zona sabrían orientarse en una noche como esta. Detiene la furgoneta y Nikolay, el hombre que se esconde en la zona de carga, pasa a la delantera saltando sobre los asientos.

—Estás destrozado —dice Nikolay con un fuerte acento de Europa del Este mientras seca con un pañuelo la sangre que brota de los cortes de la cara de Colin, empapada por la lluvia.

—Bueno, ¿qué esperabas? Ese hijo de puta es enorme —responde Colin esforzándose por mantener la calma al tiempo que vuelve a conducir demasiado rápido bajo la tormenta, absorto por sus dudas y temores.

No puede quitarse de la cabeza a los millones de desgraciados que van a morir. Conoce el terror de ser padre, ese que ya no lo abandonará nunca, el que lo despierta en mitad de la noche temiendo los peligros de su casa, los peligros de la calle, los peligros del día a día; pero a él lo ha invadido otro miedo que no ha querido compartir con su mujer, no ha querido condenarla a la visión del funesto final que les espera a sus hijos y a todos sus seres queridos.

—¿Qué coño es esa mierda? —pregunta Colin a bocajarro, después de unos minutos de completo mutismo por parte de ambos —. Ayer vi las putas cintas y no puedo quitármelas de la cabeza, ¿qué es Aníbal?

—Te dije que no las vieras sin mí —dice Nikolay sin perder de vista la conducción kamikaze de Colin y el barro del camino.

—Pues ya las he visto, ¿quieres explicarme de dónde las has sacado? —responde iracundo Colin.

—Ahora estás demasiado nervioso. Conduce y cuando lleguemos al barco te lo cuento con calma —responde Nikolay con tono tranquilizador.

—¡No, joder! ¡Ahora! Si me la he jugado es porque creí en tu palabra, pero esto no es lo que esperaba. ¿Sabes o no qué es esa cosa?

—Lo sé. Tranquilízate. Yo grabé esas películas con tu suegro. Lo llaman Aníbal porque una vez que empieza con un cuerpo… es imparable.

La furgoneta se detiene en seco. A unos cientos de metros, iluminado por los latigazos eléctricos de la tormenta y vigilado a lo lejos por la gigantesca silueta de la colina de Cavehill, el viejo hostal McMahon y la luz cálida que emana de sus ventanas guían a Colin

como un faro. Nikolay vuelve a pasar a la zona trasera y la furgoneta acelera hacia su destino. La conversación deberá aplazarse unas horas.

Sobre la entrada de la taberna del hostal hay un letrero que reza TABERNA MCMAHON, y bajo este se advierte en gaélico: «Si eres inglés, date la vuelta». Al entrar, la temperatura asciende tan rápido como el humo que flota entre las vigas de madera del viejo techo y que se retuerce al son de sus parroquianos y los alegres acordes de violín de un grupo de música folk, que toca una canción sobre un poni de Connemara que nadie consigue montar. El rugido de la hoguera de una enorme chimenea de piedra colmada de leña queda enmudecido por el bullicio y los cantos a coro improvisados por la clientela. Su llama voraz se refleja por toda la taberna y la envuelve de un ambiente cálido y acogedor en mitad de una tormenta que no recuerdan ni los ancianos del lugar.

Los muros del viejo hostal están cubiertos de imágenes de las colinas cercanas, dibujos sobre novelas y paisajes de las tierras altas de Escocia y, sobre todo, de animales que caricaturizan a políticos y nobles ingleses de todos los tiempos, junto con las cabezas disecadas de una cebra, un gran búfalo cafre y varias de antílopes de distintas especies. Una testa de zorro disecada, que cuelga sobre la entrada, exhibe unas gafas de sol de lentes redondas que le dan un cierto aire de crápula. Junto a ella está la puerta del baño de señoras, y a su izquierda, el de caballeros, bajo una caricatura de un nazi de uniforme guiñando un ojo de forma insinuante y coqueta.

Un gato negro de hocico blanco que se guarece de la lluvia bajo la ventana mientras espera las sobras de la noche aparece y desaparece por el reflejo de los relámpagos, como el recuerdo

constante de la situación en el exterior. Irlanda sufre el asedio de la violencia y Belfast es el peor frente. No hay ningún asistente que llegue a fin de mes o que no tenga a uno o incluso a varios de los miembros de su familia en el paro o en prisión, pero esta noche no importan los problemas, todo el mundo está eufórico. Hay mucho que celebrar.

El tabernero, un hombre inmenso de unos cincuenta años, de pelo gris muy espeso, con patillas hasta la barbilla y un gran bigote, ríe de forma escandalosa mientras sirve una ronda de pintas, que lleva de seis en seis con sus enormes manos blancas como la leche. Lair, su mujer, conocida como Lair la Indómita, es una escocesa católica, pelirroja, de escote altruista y sin pelos en la lengua que tiene engatusados a los viejos de los barrios cercanos, que la siguen con avidez en la mirada, a pesar de sus muchas dioptrías. Las hijas de esta, dos camareras muy jóvenes, son dignas sucesoras de su madre; picardean a los clientes mientras les sirven toda la cerveza que su padre es capaz de tirar del grifo de la barra. Marchan sobre el parqué esquivando a los clientes ebrios y, de vez en cuando, paran unos minutos para recompensar la galantería pícara de los clientes más educados y tímidos. Los hombres suelen envalentonarse cuando les habla una mujer guapa, siempre piden otra pinta.

Un niño de unos ocho años de ojos azules muy claros, tras mirar durante un buen rato por la ventana, hace una señal con la mano al líder del grupo de música y corre a ocultarse en el almacén con su abuela junto a una máquina de tocadiscos de los años cincuenta. Los músicos dejan de tocar y saltan desde el escenario, se unen al resto de la gente, el silencio se hace con toda la taberna. Solo se

oye el crepitar de la hoguera y a un comentarista deportivo que ocupa la pequeña pantalla de la televisión del fondo.

De pronto, entra por la puerta Colin Patterson, que descubre su cabeza bajo la boina gris que la tapa y muestra su cara hinchada; todos lo aclaman. Él sonríe con los puños en alto y sus incisivos aparecen cubiertos de sangre.

Tres viejos junto a él le palmean la espalda y le felicitan, mientras varios de sus primos, los músicos, piden una jarra enorme de cerveza de jengibre para brindar con el campeón. Todo el mundo celebra su victoria y se acerca felicitándolo. Ha tumbado al púgil inglés en el quinto asalto de un combate de boxeo sin guantes, pero lo que más alegra a los asistentes es que el que ha acabado besando la lona es nada menos que Ton Grant: un teniente inglés de dos metros, aficionado al boxeo clandestino, un sádico en los interrogatorios de madrugada y adepto a las torturas por ahogamiento y las descargas eléctricas.

Colin Patterson es una celebridad en el barrio y la noticia se ha extendido como la gripe, lo que ha formado una muralla de abrigos y chaquetas junto al fuego sobre una percha enorme que cuelga de la pared hecha con las astas de varios ciervos, que desprende el vapor de la lluvia que hacía un momento calaba a los asistentes, quienes siguen entrando sin dar tregua a la puerta y a la campanita que cuelga sobre esta.

En la televisión retransmiten un combate de boxeo de pesos ligeros entre un púgil dublinés y otro inglés. La imagen es en blanco y negro y el humo del tabaco dificulta su visión a más de tres metros de la pantalla. El volumen del aparato al máximo no consigue captar la atención de los presentes, pero un hombre mayor de barba blanca

muy larga sigue la pelea. El viejo se quedó sordo a causa de una bomba, que además le robó también la pierna derecha desde el muslo, durante los bombardeos de los alemanes en el 41. Permanece de espaldas a la barra, al fondo de la taberna, sentado a una pequeña mesa donde bebe una pinta de cerveza y fuma en pipa. A medida que avanza el primer asalto se aprieta más la boina con cada golpe que esquivan los boxeadores y aporrea el suelo con su muleta de madera con cada uno de los que conectan.

Colin busca a alguien entre la gente. Una mano de mujer se agita al final de la barra. Al fondo, tras la corriente de seguidores que lo felicitan sin cesar, se perfila una melena negra rizada. Una mujer de belleza magnética, sentada en un taburete y acompañada de un hombre de unos sesenta años, lo espera sonriendo y levanta los brazos para recibirlo. Él pasa junto a la chimenea y el resplandor realza el relieve hinchado de su pómulo derecho. Se acerca sonriendo a todos sin perder el contacto visual con su mujer. La mirada del púgil, clara, casi gris, se transforma en una expresión vivaz y algo granuja por un corte en el parpado derecho y la intensidad de la llama de la hoguera.

La gente le deja paso para que se reencuentre con su familia. La envergadura de su pecho le permite abrazar a su mujer y a su padre a la vez. Lleva un mes sin verlos, han estado ocultos en dos de las habitaciones del primer piso del hostal.

Águeda es una mujer alta, de piel morena y ojos almendrados del color de la menta apoyados en pómulos altos que acentúan los surcos de sus mejillas. Su cuerpo esbelto, de amplias clavículas y piernas infinitas, luce un vestido de noche escotado verde esperanza. Su marido no dice nada para contener la emoción.

Acaricia el vientre de su esposa y vuelve a besarla. Ella sí llora, y también el padre de Colin. Lloran porque no sabían si volvería, ni en qué estado lo haría, porque había peleado a puño limpio en un lugar donde no hay médico, ni jueces, ni público aficionado, solo una sucia nave industrial abandonada, donde una hermandad de militares consagrados a la lucha y adictos a la violencia y a la adrenalina pelean por el prestigio dentro de la propia corporación y por escalar en su locura de jerarquía al tumbar al más duro de la ciudad: Colin Patterson, un obrero de uno noventa y una pegada de mula.

Colin ha luchado por un salvoconducto para él, su familia y otro hombre, Nikolay. Un coche militar los escoltará desde el muro de paz hasta el puerto de Belfast. Nadie los parará en el camino hacia el puerto, tampoco la policía portuaria meterá las narices. Esta misma noche deben huir de Irlanda. Embarcarán en un carguero gallego que los llevará a España, la tierra de su mujer. Su suegro, que los espera en Vigo, conoce bien al capitán de la embarcación. Todo está preparado para que sea rápido y discreto. España empieza a ser un lugar seguro para ellos.

—¿Cómo está el Dogo de Belfast? —pregunta con afecto su tío Harry, el camarero y regente de la taberna, mientras lo observa beberse de un solo trago la cerveza de jengibre que le acaba de servir junto con unas salchichas caseras tiernas y jugosas.

—Apaleado y hambriento, como todos los perros callejeros de la ciudad —contesta Colin mientras se limpia el labio superior con el envés de su mano—. Gracias, gordo, eres el amor de mi vida —bromea para agradecer la atención de su tío, el hostelero con fama de ser el más afable del oeste de Belfast y el que produce la mejor cerveza de jengibre casera del norte de Irlanda—. ¿Dónde está

Laurence? —pregunta Colin a su mujer cuando está a punto de engullir lo único que se ha echado a la boca en diez horas y dispuesto a empezar con otra jarra de cerveza.

—Está arriba, duerme con tu madre. Lo despertaremos cuando partamos —responde Águeda con seriedad en el rostro.

—Pero hoy era el combate —replica él con decepción.

—¡Papá, campeón! —aclama el pequeño Laurence al salir de un salto del almacén de bebidas que hay junto al tocadiscos y tras esperar durante horas apostado en la ventana del pub.

Ane, la madre de Colin, una mujer alta, morena y de mirada dulce, sigue al niño mientras sonríe. Colin lo recibe y lo sostiene en alto.

—¡Hijo mío! ¿Qué te han hecho? —exclama Ane, angustiada al ver los cortes de la cara de su hijo.

—Mamá, estoy bien, me recuperaré… —la tranquiliza mientras la rodea con el brazo que le queda libre al agarrar con el otro a su hijo.

El grupo de música vuelve a subirse al pequeño escenario de madera para tocar una alegre canción que empieza con un solo de violín muy rápido. Águeda se pone en pie para bailar con él. Es su última noche en Belfast.

—Ten cuidado —advierte Colin, preocupado por ella y su hijo nonato.

Ella sonríe y comienza a bailar en el espacio creado entre la barra y sus acompañantes. Los bucles negros que manan de su melena afilan sus rasgos mestizos, fusionados de forma casi sobrenatural en toda su anatomía. Su manera de moverse descubre su sangre latina. A pesar de que su vientre empieza a insinuar que lleva dentro lo que ella asegura que será una niña, Águeda sigue manteniendo su

elegancia natural al bailar, al mover sus curvas ahora aún más evidentes por el esplendor que el embarazo le confiere a su cuerpo.

—En mis tiempos no dejábamos que una mujer así nos lo pidiera dos veces, idiota —advierte su padre, Ewan, un hombre de mediana estatura, barba gris muy cerrada y la mirada astuta, algo hierática; la mirada de un viejo lobo de mar. Colin sonríe y se acerca a su mujer para bailar agarrados. Águeda, al aproximarse al cuerpo de su marido, nota el relieve de la pistola en su pecho. Lo mira desconcertada.

—Mañana ya no necesitaremos esto. Lo tiraremos juntos al Atlántico —promete Colin quitándole la mano del pecho y poniéndosela en el hombro. Laurence se acerca a ellos para que no discutan. Colin lo sube sobre sus hombros eufórico por su victoria, la cerveza y el reencuentro.

—¿Dónde está Nikolay? —pregunta Águeda preocupada por la excesiva relajación que la cerveza ha provocado en Colin.

—Está en la furgoneta, con todas las maletas. La he escondido en el bosquete del norte —responde Colin con despreocupación.

La puerta vuelve a cerrarse de golpe, pero nadie se gira. Dos individuos entran sonriendo, portan una pancarta donde se intuye el dibujo mediocre de un perro de presa y en la que se puede leer: COLIN PATTERSON, CAMPEÓN.

Se acercan al púgil sorteando al resto de los aficionados. Parece que los recién llegados están ebrios. Colin los divisa entre la gente y se gira; no está para borrachos. Ewan se percata y se acerca a su hijo para cerrarles el paso. El púgil necesita comer y aprovechar estos últimos momentos en Irlanda con su familia y amigos.

—¡Te llueven los admiradores! —se burla Águeda alzando la voz sobre el volumen de la música y el gentío.

—¿Qué se le va a hacer? Soy el camp… —Colin no termina la frase.

En un instante, el más corpulento de los extraños que tiene a su espalda le ha pasado el brazo bajo la axila izquierda y, tras levantarle el mentón, le corta el cuello de oreja a oreja con una navaja de desollar corderos que escondía en su mano derecha. La sangre brota a chorros salpicando la cara y los labios de Águeda, que grita aterrorizada. Colin abre la boca desesperado por respirar, pero cae arrodillado descabalgando a su hijo. Su tráquea emite el sonido de un viejo lavabo a punto de colapsarse. La sangre densa la tapona, ha llegado hasta sus pulmones y lo asfixia, mientras ve su propia muerte en los ojos de Águeda.

No se rinde y vuelve a tomar aire profundamente mientras se tapa el corte con las palmas de ambas manos. El otro desconocido, mucho más enjuto que su compañero y de rasgos afilados, saca del bolsillo interior de su chaqueta una pistola y tirotea un par de veces el viejo techo. La mayoría de los asistentes corren hacia la salida en tropel o se tiran al suelo, solo algunos aguantan el tipo a varios metros de la matanza. El individuo de la pistola vuelve a introducir la mano en uno de los bolsillos del pantalón, saca un frasco de cristal y se lo vierte en la boca a Colin, totalmente abierta por la asfixia en ese instante. Colin siente cómo la lengua y las encías supuran abrasadas, se deshacen como una pastilla efervescente y dejan al descubierto la mandíbula y las raíces de sus dientes. El ácido de batería se introduce hasta sus entrañas y hace que sus vísceras hiervan dentro de él como una bolsa de plástico en una hoguera.

A través del corte de la garganta comienza a emanar una espuma sanguinolenta que desprende un suave aroma a jengibre, que mantendrá su flujo varios minutos después de que Colin muera y que le concede cierta paz a su muerte.

Águeda lo contempla atónita. Grita arrodillada junto a su marido. El asesino le apunta a la cabeza. Duda un momento, bloqueado por la beldad de sus rasgos, y baja el arma unos centímetros, pero tiene órdenes de cerrarle la boca a toda la familia; ahora le apunta al corazón. El padre de Colin se interpone en su camino y recibe la bala en la boca del estómago. Al caer el viejo, Águeda queda desprotegida; se levanta, pero recibe un tiro que le roza el cuello y cae al suelo.

El pequeño, sentado sobre el parqué, tiene un corte en la mejilla izquierda abierto por la bala que ha atravesado a su abuelo y ahora grita de dolor junto a él. Frente al niño está Colin, que lucha por sus últimas bocanadas de aire. Lo mira fijamente a los ojos, pero parece no verlo empapado en medio de un charco de sangre. Águeda llora de rabia a su lado, su cara y su pecho están cubiertos de la vida que se escapa de los cuerpos de su familia.

Laurence está a punto de entrar en shock, no puede reaccionar ante la realidad. Uno de los asesinos posa los ojos sobre él de forma ladina. Le apunta con el arma, pero su abuela surge de entre los dos hombres heridos y le agarra el brazo armado. Este yerra el disparo y la bala atraviesa el brazo derecho del tabernero. El asesino se zafa de Ane y le dispara entre los ojos, lo que provoca que parte de su cerebro salga proyectado por el enorme orificio que ha abierto en su nuca.

El chico se levanta impasible, no piensa en la sangre ni en el sufrimiento de su madre; está lleno de un odio que no ha experimentado nunca. Su corazón arde mandando sangre hirviendo a todos los músculos de su cuerpo. Toma el arma que sobresale del cadáver de su padre y vacía el cargador en el torso del individuo que ha arrojado el ácido. Sin pensarlo dos veces corre hacia el otro asesino. Hay un asa de una jarra de cristal rota en el suelo; la recoge sin apenas detenerse y la clava en el muslo del tipo hasta llegarle al fémur. El resto de los asistentes se contagian del valor del pequeño y agarran al asesino como a un cerdo en su sacrificio. Uno de los músicos recibe una bala en un hombro durante el forcejeo, y una de las jóvenes camareras grita de dolor: la misma bala le ha cercenado un dedo de la mano derecha. Los que quedan en pie son una jauría humana dominada por la rabia y el ansia de venganza. Laurence solo piensa en extinguir las facciones de los asesinos de su familia. Las camareras lo intentan sujetar para que se quede junto a su madre, quien llora sobre el cadáver desfigurado de Colin. Tres nuevos asaltantes entran por la puerta apuntando con escopetas recortadas, abaten a los dos hombres más cercanos y el resto de los clientes abre filas alrededor del linchamiento. Solo Laurence sigue golpeando al asesino de su padre. Uno de los individuos recién llegados le da una fuerte patada en la cara que lo deja inconsciente, pero cuando está recogiendo la pierna para aplastarle la cabeza contra el suelo, esta se separa del resto del cuerpo justo bajo la rodilla. Un pequeño fragmento de la tibia se clava en la barbilla de Laurence. El miembro ha sido amputado por una bala de gran calibre. Harry, el hostelero, ha sacado el viejo rifle de caza de su abuelo, el capitán del ejército británico Ryan McMahon, que usaba

esa potente arma para cazar búfalos durante su destino en Sudáfrica y cuyo nieto, que la escondía tras uno de los muebles de la cocina, ahora apunta con ella al resto de los asesinos mientras el que ha quedado mutilado da alaridos de dolor. Este es un hombre joven, de unos treinta años, rasgos asiáticos y muy musculoso; parece un levantador de pesas. Se aprieta el cinturón alrededor del muñón y maldice a todos en una lengua eslava al tiempo que sus compañeros intentan sacarlo a la calle dejando tras de sí un reguero púrpura sobre la madera del suelo. Varios heridos están sentados con la mirada perdida. Los mejor parados los ayudan o lloran abrazados sobre los cadáveres de familiares y amigos. Al fondo, el anciano sordo de la barba larga descansa inmóvil sobre la pequeña mesa junto a su vieja pipa, que humea huérfana. Una de las balas perdidas le ha atravesado el corazón.

En la televisión, un grupo de rock toca una canción lenta y triste. Laurence despierta en el regazo de Lair la Indómita y observa aturdido el cuerpo tembloroso de su madre abrazado al de su padre. La música resuena melancólica por encima de los llantos.

2

Laurence

Diciembre de 2025

Despierto empapado en sudor y entre jadeos.

El terror que me provoca la pesadilla que me visita cada madrugada es como un dolor de espalda con el que he tenido que aprender a vivir; merma mi descanso y mis fuerzas un poco más cada día.

Me recuesto en la cama y tomo el móvil de la mesilla. Tengo un mensaje de voz de Enrique. Es una conversación grabada entre mi psicóloga y el doctor Gregorio Casas. Decido escucharla antes del café que me devuelve a la vida todos los días a las cinco de la mañana.

—¿Doctor Casas? —pregunta la doctora tras unos tonos de llamada del teléfono.

—¿Sí? —responde Gregorio con despreocupación en la entonación de su voz rasgada.

—Soy la doctora Virginia López.

—Ah, sí…, ¿qué tal estás?

—Bien, gracias.

—Cuéntame…, ¿en qué puedo ayudarte?

—Verá, le llamaba por el paciente que me derivó hace un mes, Laurence Patterson Antolín.

—Ya, Laurence, el multimillonario.

—Sí, exacto. El caso es que he estado revisando el historial que me facilitó y hay algunos puntos que no entiendo.

—Pues ahora mismo estoy libre. Cuéntame, Virginia.

—Según su informe, este hombre padece un trastorno paranoide de la personalidad de tipo persecutorio.

—Sí, eso es. Este diagnóstico se hizo, si no recuerdo mal, hace cinco años, y durante todo este tiempo el paciente y yo hemos trabajado en su problema integrando la hipnosis clínica como técnica complementaria en la terapia de conducta.

—Verá, estoy totalmente de acuerdo tanto con el diagnóstico como con el tratamiento que describe, por supuesto. Mi problema es que no entiendo muy bien la fantasía apocalíptica que apenas describe en su informe. Es demasiado escueto, demasiado sintetizado para comenzar con la terapia desde el punto donde usted la dejó —afirma Virginia.

—Entiendo. Virginia, Laurence me desautorizó bajo contrato a facilitar cualquier información sobre su tratamiento sin que antes fuera filtrada por él mismo, por eso apenas hay información en el historial clínico que te pasé. Respecto a su paranoia, este hombre es extremadamente inteligente, no te permitirá iniciar su tratamiento sin que te demuestre que no hay incoherencias en su teoría. Odia que lo pongan en duda, así que eliminará esa posibilidad en cuanto pueda —asegura Gregorio.

—¿No la hay? —pregunta extrañada Virginia.

—No. Es una teoría creada a partir de una información que está disponible en la red. Él simplemente la ha procesado y la ha convertido en un pronóstico, en una especie de predicción para la que ha utilizado varios modelos matemáticos y software —afirma Gregorio.

—Sí, doctor, pero es que Laurence cree que la humanidad va a sucumbir en menos de dos años, está obsesionado, dice que ha liquidado doscientos millones de euros en acciones de no sé cuántas de sus empresas y se ha construido una especie de búnker en un lugar que no conoce apenas nadie. Antes de entrar a la consulta hace que un escolta, un joven llamado Enrique que va armado y que lo acompaña siempre, la inspeccione con no sé qué aparato que detecta cualquier micrófono. Está convencido de que una organización podría tener varios de estos dispositivos escondidos en los muebles entre los que trabajo, y luego instala un inhibidor de frecuencia que deja sin cobertura a todo el bloque durante la hora y media que dura su consulta diaria —afirma Virginia con preocupación.

—Te acostumbrarás. A mí me hizo lo mismo cuando era mi paciente. Entiéndelo, es un genio. Conoce a la perfección las posibilidades de una tecnología que nosotros no sabemos ni que existe. Su imaginación y su paranoia hacen el resto.

—Pues su imaginación tiene desquiciados a todos los vecinos del bloque de oficinas donde tengo mi consulta… Ya podía imaginar algo para tranquilizarlos, en esta semana llevo tres reuniones de vecinos.

—Dormirlos —sentencia Gregorio.

—¿Cómo?

—Digo que quizá no pueda tranquilizarlos, pero sí dormirlos. ¿Conoces la nueva app para dormir? —apostilla Gregorio.

—¿La aplicación de móviles para iniciar el sueño? Sí, claro, todo el mundo la tiene —confirma Virginia.

—Es una de sus patentes. Tenía problemas para dormir y se las ingenió para crear un dispositivo que, una vez en el teléfono, reproduce las mismas ondas que emite el cerebro para inducir el sueño. Ahora todo el mundo duerme cuando quiere, no cuando puede. Cuenta con varias patentes de aplicaciones para móviles y software de este tipo.

—Entiendo. Entonces, si Laurence ha defendido su teoría de forma tan objetiva y lógica, ¿cómo consiguió usted que empezara a tomar conciencia de su fantasía? —pregunta Virginia.

—No pude. Solo conseguí entablar una relación de confianza plena para luego trabajar desde el principio, desde la raíz del problema, desde sus recuerdos de infancia; entre ellos estaba el porqué de su obsesión —responde Gregorio.

—Bueno, ya he establecido una base firme, demasiado incluso, creo que… —responde Virginia.

—No te entiendo, Virginia —afirma Gregorio.

—Me llama todos los días varias veces y viene a la consulta cada tarde, no sé, hay signos de que… —afirma Virginia con vacilación.

—¿De qué…? —pregunta Gregorio extrañado.

—Gregorio, tengo miedo, he investigado y parece que se le ha relacionado con varios asuntos sucios y alguna que otra desaparición, y creo que se siente atraído por mí. Temo que se esté obsesionando —afirma Virginia preocupada.

—No te asustes, Virginia. Laurence tiene un código de comportamiento anacrónico, se puede decir que moralmente es un quijote. ¿No lo has apreciado en su manera de hablar? Nunca te haría daño, y no conozco episodios de violencia en su historial reciente. Solo son los rumores de la prensa sensacionalista que tienen que sufrir todos los multimillonarios.

—Ya, pero… ¿por qué me lo derivó si parece ser tan interesante? Él ya ha comentado varias veces que confía en usted plenamente.

—Principalmente porque estoy cansado, me jubilo en unas semanas y quería que mis pacientes quedaran en buenas manos. El caso de Laurence, como te comenté, es complicado y agotador, pero será importantísimo en tu incipiente carrera como doctora en Psicología.

—Ese es el problema, creo que no estoy preparada para un caso así. No sé cómo proceder, es como si él conociera todos nuestros métodos, nuestros tratamientos, nuestras terapias. Siempre va varios pasos por delante, estoy desconcertada.

—Virginia, si me permites un consejo…

—Sí, claro; por eso le he llamado.

—Empieza desde el principio, lo más atrás que puedas, e intenta mantenerte a cierta distancia. Laurence es capaz de sacar información de cada detalle, por minúsculo que sea, desde tu ropa hasta la última palabra que pronuncies, mantén una actitud neutra en todo momento, tienes que ser más cauta y paciente que nunca. Debes enfocar el problema desde la base de este, no desde las consecuencias. No lo juzgues, por muy duros que sean los hechos que te relate, no dejes que detecte ningún gesto de desaprobación en ti.

—Doctor, tengo la impresión de que es él quien controla la situación.

—No te preocupes, date tiempo para llegar a él, eres la persona indicada. Laurence es un individuo insociable y le costará menos abrirse a una mujer joven y despierta que a un viejo malhumorado y cansado como yo. Además, te ha contratado por la misma cantidad que a mí, y creo que es una suma de dinero más que interesante para alguien que empieza en esto, y dedicando apenas ocho horas semanales.

—Es cierto —afirma Virginia.

—¿Sabes, Virginia? Si te sirve de algo, cuando leí tu tesis doctoral sobre el uso de la hipnosis como apoyo en terapia de conducta, supe que eras la persona indicada para este caso, y me puse inmediatamente en contacto contigo. De todas formas, llámame cuanto necesites, ya apenas tengo pacientes y quiero que todos sigan mejorando. Ahora tengo que dejarte, mi nieto está dándome un ultimátum desde la puerta de mi despacho.

—Bien, doctor. Gracias.

—De nada. Por cierto, entre tú y yo, hay unas memorias escritas por su abuelo, yo no conseguí que me las confiara nunca; si tú lo consigues, habrás dado con gran parte de la causa del problema, y, por lo tanto, habrás iniciado la recuperación de uno de los multimillonarios más excéntricos de este mundo. ¿Sabes qué supondría eso para tu carrera profesional y el éxito de tu nueva clínica?

Mi guardaespaldas, Enrique, me lleva en coche hasta la puerta de una nueva cafetería en la calle Elfos de Madrid, el Café Polonia. Él aparcará a un par de calles mientras cojo una mesa con buenas vistas. El portero que han contratado me abre la puerta con demasiado protocolo, como siempre. Por sus rasgos, su complexión y su acento al pronunciar «señor Laurence» debe de ser de Europa Oriental. El traje le queda estrecho hasta rozar lo estrafalario. No creo que tenga mucha acción en su puesto de trabajo. Ya casi todos los establecimientos de éxito cuentan con personal de seguridad privada para cerrar la puerta a los miles de indigentes que está produciendo la crisis climática.

Me gusta este sitio, es elegante, ponen uno de los mejores capuchinos de la ciudad, y a estas horas puedo ver perfectamente a Virginia en su despacho sin que me descubra, los rayos del sol de la tarde inciden directamente en su ventana pasando justo por encima del tejado del Polonia.

Las mesas están separadas por biombos. Me siento en la que está junto al ventanal y a una columna del local, tras la que me oculto cuando creo que Virginia puede descubrirme desde su visual y donde puedo recargar el portátil.

A pesar de que la cafetera no deja de trabajar y de que el ruido enervante de las tazas golpeando los platos de servir el café y el tintineo de las cucharillas que le sigue no cesan, consigo escuchar la conversación de la mesa del reservado de al lado. A un tipo de unos cuarenta años que se refleja en el cristal que compartimos, aunque estamos separados por una mampara color burdeos con unos bordados chinos bastante sensuales y que, al parecer, se llama Juan, le tiembla la voz ligeramente cuando intenta convencer a una joven

que lo acompaña de que va a dejar a su mujer. Asegura que no quiere a su esposa, que solo le tiene cariño, y que no puede evitar compartir dos hijos con ella. Mientras habla, su reflejo no deja de mostrarme cómo bloquea y desbloquea la pantalla de su teléfono con una J.

En la televisión que hay sobre la barra está sintonizado un canal de noticias. El sonido de la música de fondo y el ruido del local acallan al del reportaje, pero los titulares y las imágenes son bastante reveladores del contenido. En el vídeo facilitado por unos pescadores de la zona de Algeciras, se puede ver una flota de pateras que cruza el estrecho. La Policía Nacional y la Guardia Civil ya no son suficientes para cubrir esas competencias, solo el ejército puede cortar el paso a las oleadas de inmigrantes que intentan llegar desde el continente africano, desesperadas por el hambre que ha provocado la falta de lluvias de los últimos cuatro años y las guerras que están ocasionando.

En la parte baja de la pantalla cruza un titular que informa de que, desde el año pasado, el paro ha crecido un treinta por ciento en Andalucía y en Castilla-La Mancha debido a la sequía.

Enrique acaba de entrar por la puerta, me ve y se sienta a una mesa tras la mía. Pide un zumo de piña y el periódico. No es que le apasione la actualidad, pero es la manera más ingeniosa e innovadora que ha encontrado para pasar desapercibido como mi escolta. Está enfadado porque no le gusta que entre solo en ningún sitio, pero creo que en realidad debería tomar más fibra. Cuando comimos juntos la semana pasada le pregunté si tomaba suficiente fruta y verdura y me contestó que siempre le añade orégano al pollo.

Desde la ventana puedo ver sobresalir matas de habas, apio y otros cultivos de invierno de los huertos que se han instalado en gran parte de los balcones y terrazas de la calle. La tendencia se ha establecido en todo Madrid como una manera de reutilizar gran parte de las aguas grises domésticas y del compostaje de los residuos orgánicos del hogar. De la cochera frente a mi ventana sale una furgoneta conducida por un hombre mal afeitado que viste un mono de trabajo con manchas de compost. Mientras se cierra el portón automático consigo distinguir en el interior las siluetas de varias mujeres; revisan el género de las estanterías del invernadero de setas que albergan. La economía circular suple en gran medida la oferta de productos frescos de huerta, que han alcanzado un precio desorbitado en el mercado convencional. Todo se aprovecha, ya no sobra nada, la necesidad es la mejor piedra donde afilar el ingenio.

En una pared llena de enredadera roja, que está dos edificios enfrente y a la derecha de la fachada de la cafetería, se distingue la ventana del segundo piso donde Virginia tiene la consulta. Se acaba de sentar en su escritorio. La visitaré en un par de horas. Llevo todo el fin de semana esperando este momento. Tiene varios rosales en flor en la jardinera de la ventana y está llena de abejas provenientes de las colmenas que habrá por varias azoteas de la zona. Parece increíble, pero estamos a mediados de diciembre y la temperatura media en el parque del Retiro, en lo que va de mes, es de doce grados centígrados.

Virginia permanece sentada de perfil a mí. Su pelo cobrizo está recogido como todos los lunes cuando va a hacer bicicleta a un pequeño gimnasio cercano con su amiga, socia y colega Marta. Van justo antes de comer, para volver luego a sus consultas de la tarde.

La llamo al móvil. Tras el primer tono gira la cabeza hacia un montón de papeles para buscar el teléfono. Lo encuentra y reconoce el número, permanece un instante observándolo; su gesto es de desidia, me hace sentir algo avergonzado. Desde que aceptó mi caso hace un mes la he llamado dos veces al día. No quiero dejar de ser parte de su día a día, de estar constantemente entre sus pensamientos.

Es realmente guapa, solo tiene veinticinco años y es una profesional de éxito; sin duda, debe de estar muy orgullosa de sí misma. Le doblo la edad y, sin embargo, cuando hablo con ella me siento como un quinceañero torpe e inseguro. Se incorpora en tensión, deja que los tonos del teléfono se sucedan. Lo cogerá. Le pago tres mil euros al mes por cinco sesiones semanales y disponibilidad telefónica veinticuatro horas para posibles crisis nerviosas.

—Hola, Laurence —contesta por fin con voz neutra casi desganada, se toca la frente y cierra los ojos con resignación.

—Hola, Virginia —saludo con el tono más simpático que me permite mi torpeza emocional; no quiero que piense que la sesión de esta tarde será tediosa o que se alargará, no me interesa que se queme antes de que me conozca y aprenda a quererme—. Te llamo para avisarte de que llegaré media hora más tarde. —Serán treinta minutos más contemplándola mientras trabajo en mi ordenador, como si estuviéramos en la misma habitación. Podré ver cómo trata la mente de cada espécimen que entra por su puerta. Me encanta cómo muerde el lápiz rojo con sus labios abundantes cuando repasa las anotaciones hechas durante la consulta de algún lunático de respuestas disparatadas.

—Oh, ¿a qué hora es nuestra cita? —pregunta, pero sabe la respuesta. Siempre intenta eliminar cualquier señal de deferencia ante mi caso, está confundida, tiene miedo, quiere que entienda que soy un paciente más, un loco más, todavía no es consciente de que no puede sacarme de su vida.

—A las ocho, pero, como te digo, llegaré a las ocho y media. —Ahora intento afianzar el tono de voz.

—De acuerdo, Laurence. —Siempre cuelga el teléfono sin despedirse. Debo tener cuidado. Me ha costado mucho acercarme para ahora echarlo todo a perder si me deriva a otro especialista.

En la mesa de al lado sube el tono de la conversación. Ella, que al parecer es una enfermera recién licenciada y cuida de su padre enfermo de cáncer, está cansada de la relación. Él, ginecólogo y copropietario de la clínica en la que ambos trabajan, la amenaza con echarla si no sigue acostándose con él.

—Tu capuchino, Laurence. —La camarera, una amiga casual de Enrique, una joven alta y delgada de pelo negro liso muy largo que va siempre muy maquillada, a pesar de ser tremendamente atractiva, y a la que le encanta que le haga trucos de magia, trae el café justo cuando estoy agachado sacando el portátil del maletín. Mi cara queda frente a sus rodillas y la minifalda negra que viste hoy. Tiene unas piernas preciosas, las más largas que he visto a esta distancia. De su tobillo derecho me llama la atención un pequeño tatuaje blanco y negro. Al echar un rápido segundo vistazo, me doy cuenta de que se trata del dibujo de una loba solitaria y desesperada por la lujuria que aúlla a la luna con pasión. Estoy seguro de la lujuria del animal, porque el satélite, en fase muy creciente,

presenta una curiosa forma fálica en plena erección. Ahora entiendo las ojeras de Enrique las mañanas posteriores a sus citas.

—Gracias, quédate con la vuelta y tráeme un lápiz de labios, tengo un truco nuevo.

Le doy veinte euros por mi café y el zumo de Enrique, un gruñón muy galán. Una propina generosa me garantiza un buen rato sin ser molestado y un servicio preferente cuando consiga traerme a Virginia a tomar algo. Vuelvo a mirar por la ventana, pero mi psicóloga se ha levantado de su escritorio, seguramente para recibir a algún paciente en la salita pequeña; más íntima y exenta de miradas curiosas como la mía. Doy al botón de encendido del portátil y, mientras arranca, la camarera trae su carmín, color rojo, sangre de toro. Me lo da en la mano izquierda y, cuando consigo que desvíe la mirada a mi derecha, hago que la barra de labios desaparezca. Ella me mira desconcertada, tengo manos rápidas, y en este momento la llaman de la mesa de al lado. Yo aprovecho para esbozar unos labios rojos en el costado exterior de mis dedos índice y pulgar derechos. Entro en internet. A un par de calles, cuando Enrique me traía hacia aquí, hemos pasado por la fachada de una clínica privada. Introduzco el nombre y aparece su página web. En el apartado de personal aparece el mismo rostro que he visto al pasar junto a la mesa de al lado y que ahora se refleja en el cristal: es un tal Juan Rivas, ginecólogo. Lo encuentro en las redes sociales. Tras ver las imágenes, concluyo que es un donjuán de medio pelo. Él se levanta y va hacia el baño, ella reprime el llanto sin mucho éxito, espero unos segundos y lo sigo al excusado. Al acercarme a la puerta lo oigo lavarse las manos, espero a que salga, simulo que me resbalo y provoco un inocente choque; él me sujeta para que no

caiga, yo planto los labios de mi mano en el cuello de su camisa a la vez que le robo el móvil del bolsillo exterior derecho de la chaqueta, le doy las gracias y, cuando nos separamos, copio los mensajes que ha intercambiado con la enfermera y los vuelco en su grupo de familia. A renglón seguido le bloqueo el móvil con una contraseña: he escogido la de «estasjodido». Dejo el aparato en el suelo, a la entrada del baño de caballeros, justo donde hemos colisionado. Vuelvo a mi mesa; en el camino me cruzo con el ginecólogo, que regresa nervioso en busca de su teléfono. Le doy una suave palmada en el hombro y le sonrío con simpática gratitud, él me la devuelve algo inquieto.

Mando un e-mail a mi secretaria y la aviso de dónde voy a estar para que me envíe cualquier mensaje urgente con Paco, el chico de los recados de la empresa y el único contacto con el exterior que tengo en la consulta cuando Enrique conecta el inhibidor de frecuencia.

—¿Se puede? —La puerta de la consulta está entreabierta, espero a que me invite a pasar antes de abrirla; durante ese breve lapso de tiempo oigo como saca algo del cajón de su escritorio.

—Adelante.—Su tono de voz es algo más alegre que cuando hablamos por teléfono unas horas atrás—. Hola, Laurence, ¿cómo estás?

Se ha cambiado la camiseta negra y los tejanos azules ajustados que llevaba la última vez que la vi ir a la salita por un vestido largo demasiado clásico para su edad, quiere que la tome en serio. Además, veo que lo que ha sacado del cajón es la alianza de oro que lleva desde hace una semana. Ese anillo no es suyo y es demasiado

pequeño, por eso su dedo anular derecho se enrojece conforme avanza la consulta.

Su rostro es de una simetría perfecta. El óvalo facial, muy definido, termina en su parte inferior en una suave, casi inapreciable, hendidura de la barbilla. Sus labios carnosos, el superior algo más ancho que el inferior, resaltan sobre su piel tamizada de pequeñas pecas y sobre las ondas de su pelo cobrizo, encendido como el brillo de sus ojos castaños claros de mirada serena.

Parece que ha perdido algo de peso desde el viernes; sin embargo, el vestido no es capaz de satisfacer totalmente sus pretensiones, no consigue esconder su figura atlética y, sobre todo, la turgencia de sus pechos.

—Hoy… me siento muy normal, gracias. —Siempre intento robarle una sonrisa, pero ella la reprime con un gesto neutro bastante descorazonador.

—Veo que estás de buen humor. Me alegro. —Su semblante cambia cuando la amenazadora presencia de Enrique se cruza entre nosotros para conectar los equipos de inhibición de frecuencia—. Hoy vamos a darle otra perspectiva a nuestras sesiones… —anuncia mientras sigue con la mirada los movimientos casi felinos del guardaespaldas.

—Ah, ¿sí? —Intuyo que mi querido doctor Casas tiene que ver bastante en este cambio de estrategia.

—Sí. La semana pasada trabajamos tu autocontrol y la gestión del estrés en tu trabajo, ¿verdad? —Irradia felicidad cuando cree haber dado con una herramienta para mi caso; le dejo que siga, me encanta verla así por algo que tiene que ver conmigo.

—Ha sido de gran ayuda —contesto mientras sonrío tenuemente a Enrique, que me dirige una última mirada antes de salir por la puerta para apostarse junto a la ventana de la sala de espera contigua. Sus ojos, pequeños y simpáticos, me hacen olvidar las veces que lo he visto partir los brazos y las piernas de los indeseables con los que nos cruzamos en nuestro último viaje a Siberia. Discreción como escolta no es que le sobre, pero es letal en el cuerpo a cuerpo.

—¿Y qué tal con la medicación que te recetó el psiquiatra?, ¿ha mejorado la ansiedad? —pregunta con un bolígrafo en la mano y un folio en el que anotará mis respuestas.

—Bueno…, algo he notado, pero sigo teniendo esa sensación tan desagradable en el estómago. —A estas alturas creo que debe de saber que no estoy aquí por las recetas.

—Entiendo. Verás, Laurence, he estado hablando con el doctor Casas y me ha aconsejado que empecemos a trabajar desde el principio, desde tu niñez —apostilla mientras busca el informe que le pasó mi antiguo médico.

—Sí, la verdad es que él hizo lo mismo cuando comenzamos la terapia. —Ese viejo cabrón…

—Tengo aquí las anotaciones del historial, parece ser que están filtradas por ti o algo así me comentó el doctor —dice Virginia.

—Sí, él firmó un acuerdo como el que tú aceptaste cuando comenzamos con esto. Toda la información debe quedar bajo mi tutela. —Lo que tiene en las manos es más un guion de una entrevista pactada que un informe médico.

—Sí, lo sé, pero eso no me va a facilitar el trabajo, Laurence. Además, esto es totalmente innecesario, no puedo romper la

confidencialidad con mis pacientes. —Lo intenta otra vez.

—Lo sé, pero no es negociable. Ya lo hablamos en su momento y tú firmaste la conformidad, ¿verdad, Virginia? —No es que me sienta bien cuando lo consigo, pero hace mucho tiempo que aprendí a cortar de raíz cualquier intento de controlar o poseer información comprometida sobre mí.

—Sí, bien, creo que deberíamos avanzar. Veamos…, ¿qué puedes recordar de tu infancia? ¿Qué puedes recordar de Belfast? —pregunta, contrariada pero convencida de que no debe volver a tomar esa vía.

—Yo tendría ocho años cuando nos fuimos de Irlanda, así que solo conservo algunas imágenes del piso y la calle donde vivíamos y de unos bosques al oeste de la ciudad. Recuerdo asomarme por la ventana con mi madre, al amanecer, antes de ir al colegio, y despedir a mi padre cuando iba a trabajar en su furgoneta o a entrenar para los combates de semiprofesional que disputaba de vez en cuando. Recuerdo que llovía mucho. Todo me parecía frío y gris. Había muchos soldados… y disparos.

Tenía miedo de que lo mataran o encarcelaran, como a muchos de los padres de mis amigos. El resto o lo he imaginado, o lo ha creado mi mente a partir de las historias que me contaba mi madre, o es producto de mis visitas posteriores.

—¿Cómo era tu padre?

—Muy divertido. Siempre estaba haciéndonos reír y gastando bromas. Hay una anécdota que lo describe muy bien y que agradaba mucho contar a mi madre. El día de San Patricio siempre se emborrachaba y un año se le ocurrió travestir a su primo, el pequeño e imberbe Miki, y llevárselo al pub que había frente al piso

donde vivíamos para que se sentara junto a Jack, el viejo borracho miope más verde y tacaño que se acoplaba diariamente a la barra. Mi padre demostró que podía conseguir que Jack el Miserable invitara a Miki a tres pintas. Después de que Jack acompañara a mi tío al baño con grandes expectativas, salió maldiciendo a todos los presentes y le retiró la palabra a mi padre durante casi un año hasta que este le invitó a las tres rondas que le debía mi tío.

»Aunque era de ascendencia irlandesa, el Dogo de Belfast nació en Argentina fruto del matrimonio de mi abuelo Ewan, un inmigrante de Belfast, y de mi abuela Ane, una vasca que llegó a Buenos Aires siendo una niña.

»Los domingos tras la misa nos llevaba a los muchachos del barrio a entrenar al bosque y, de vez en cuando, a montar un poni pío muy manso, de crines largas y suaves, que los gitanos de las afueras le cedían con gusto, pues él les domaba un par de potros al año como aprendió en la hacienda bonaerense de La Celsa y porque, al fin y al cabo, él también tenía sangre romaní. Era nieto de la mismísima Susan O'Reilly, conocida en toda Gran Bretaña por su voz como cantante lírica y sus giras por los territorios aliados para animar a los soldados del frente británico durante la Segunda Guerra Mundial.

»Mi padre era el payaso más ingenioso que he conocido nunca, incluso cuando estaba cansado o cuando la cosa no iba bien en el entrenamiento o en el trabajo; lo que mejor recuerdo de él es su sonrisa, su sonrisa astuta y sus enormes manos. Eran unas manos poderosas, las de un hombre mucho más alto que él. Decían que su pegada era tan fuerte por pura física, al final de su brazo había más peso que en el resto de los cuerpos de su categoría. Sin embargo,

cuando conocí de cerca el boxeo, me di cuenta de que sus cualidades iban mucho más allá de unas manos grandes.

»Lo puedo ver en la acera al amanecer, antes de que comprara la furgoneta, sentado en un banco con pérgola que había en la calle de detrás de mi casa.

—¿Cómo se conocieron tus padres?

—Mi madre es española, no se llevaba bien con su madre, mi abuela María, una mujer bastante complicada con la que tenía una relación muy tóxica. Mi madre simplemente decidió, después de estudiar literatura en Madrid y animada por su padre, huir de ella con el pretexto de ir a aprender inglés a Londres, donde vivía la hermana de su padre, mi tía Carol. Tras un tiempo allí se decidió a visitar Irlanda, y mi abuelo Francisco le pidió al hijo de su amigo Ewan, al que había conocido durante su juventud en la hacienda argentina, que la acompañara en su viaje aprovechando que este estaba por la isla. El resto es la historia más antigua del mundo.

—Ya veo… ¿Cómo murió tu padre? Según veo en las anotaciones de Gregorio, fue una muerte violenta.

—Mi madre decía que durante los últimos meses antes de morir mi padre había estado preocupado. Había noches en las que no cenaba por el sabor a cieno que le dejaban las limpiezas químicas que realizaba en la empresa en la que trabajaba. Sabía que ese trabajo lo estaba matando poco a poco, los vapores tóxicos estaban agarrándose a sus tejidos y órganos. Sus compañeros de trabajo más veteranos, que llevaban demasiados años expuestos sin apenas protección, se quejaban del olor pestilente de la orina que evacuaban por las mañanas; era la prueba de la lucha diaria de sus riñones por limpiar sus cuerpos. Sin embargo, no eran los vapores lo

único que le quitaba el hambre y el sueño, sino una información que tenía. Murió asesinado.

»La versión oficial de la policía es que su muerte fue por un ajuste de cuentas de los unionistas protestantes, pero mi padre jamás tuvo nada que ver con los terroristas. Nunca estuvo con el IRA.

—¿Qué información era esa?

—Tenía las pruebas de que el uso del petróleo y el carbón sería la causa del final del mundo tal y como lo conocemos, de que era ese el precio que les habían puesto a nuestros hijos.

—¿Te refieres al cambio climático?

—El cambio climático es una de las consecuencias, pero es la peste que despertará el deshielo tras milenios bajo los glaciares y la nieve lo que nos eliminará como plaga.

—¿Tienes pruebas de eso?

—Por supuesto.

—¿Te gustaría que habláramos del tema?

—Entonces desaparecerías como decenas antes que tú.

—Pero ¿qué o quién haría eso? —duda Virginia en tono incrédulo.

—En este mundo eres tan minúscula que ni siquiera eres consciente de tu propia pequeñez. Al día, de media, se denuncian las desapariciones de cuarenta y una personas en España, más de quince mil al año, cientos de miles en todo el planeta, ¿crees que es difícil callar a alguien del que conocen su dirección, su perfil en las redes sociales, sus hábitos de consumo, sus periodos vacacionales, así como los lugares donde los disfruta? No, Virginia, no voy a hablar de esto contigo, solo el hecho de habértelo nombrado hará que lo comentes por teléfono o por cualquier medio que controlan y empezarán a asociarte a mí y este viaje se habrá acabado para ti sin

que yo pueda hacer nada para evitarlo. ¿Piensas que con estas preguntas tan básicas, tan capciosas y simplonas, vas a llegar a una conclusión que te dé una idea de por qué sufro esta supuesta psicosis? Esto me ofende…, y mucho. Porque ni siquiera te paras a pensar si es posible que yo esté en lo cierto y esta sea la única forma con la que puedo hacer algo para ayudar a mi gente. —No quiero asustarla, pero si va a acompañarme voluntariamente, tiene que ver el futuro que yo veo, aunque no está preparada; antes tendrá que conocer y entender el pasado que yo he contemplado.

—Está bien. No te alteres, por favor. Mi intención es ayudarte. Hablemos solo de lo que podamos hablar.

—Bien. Estoy tranquilo.

—Veamos. ¿Qué fue de tu madre y de ti cuando murió tu padre?

—Mi abuelo Francisco, el padre de mi madre, fue a recogernos a Belfast tras conocer los hechos.

—¿Cómo era?

—Era un hombre enorme de casi dos metros. Tenía el pelo gris ensortijado y barba. Siempre mantenía la mirada lejana en un gesto serio e inquebrantable que enmarcaba un perfil acarnerado por una vieja cicatriz del tabique nasal. A pesar de que sus huesos soportaban los sesenta años, seguía manteniendo gran parte del vigor de su juventud.

»Leía todo lo que caía en sus manos y le encantaba el cine y escribir. Pasaba las noches solo, en la habitación del sótano, con su incansable máquina de escribir.

»Mi madre estuvo sedada durante todo el camino a España. Era Navidad cuando llegamos a Córdoba, al barrio de la Judería. Mi mente acaba de evocar el olor a castañas asadas.

»Era una casa señorial. Todas sus puertas y ventanas eran de madera labrada, bajo techos altos y arcos de herradura. Contaba con dos plantas superiores y un sótano. También había un patio enorme empedrado al que se asomaban los pasadores de la primera planta y en el centro un pozo con el brocal de ladrillo rojo y una polea del que sacábamos el agua para regar los cientos de plantas y macetas que tapizaban sus paredes. Nunca olvidaré el olor a azahar de ese patio cordobés ni la primera vez que vi la luz de Andalucía.

»Durante los primeros meses desfilaron todos los especialistas en psiquiatría que mi abuelo, con su enorme fortuna y sus contactos, pudo traer para tratar a mi madre. Su pequeña Águeda se le estaba yendo, se apagaba ante sus ojos, sin poder hacer nada más que velarla día y noche para que no adelantara su partida con una cuchilla de afeitar escondida, un balcón abierto olvidado o un cinturón con el que estrangularse hasta morir.

»Recuerdo uno de sus intentos. Los gritos de mi abuela me despertaron. Fui descalzo hasta la habitación de mi madre, la puerta estaba emparejada y la abrí despacio. La encontré inconsciente, tendida en el suelo sobre el regazo de mi abuela, que lloraba y rezaba sin descanso; las muñecas de su hija estaban abiertas por dos abismos que mi abuelo intentaba cerrar con torniquetes improvisados con las sábanas de la cama. Me quedé paralizado mientras la sangre caliente llegaba hasta mis pies desnudos. No entendía por qué se había hecho eso a ella misma. En mi mente de niño aún no cabía la idea del suicidio. Mi instinto de supervivencia estaba intacto.

»Mi madre se rompió con la muerte de su marido y la de la hija que llevó en su vientre durante meses. Estaba segura de que pronto

les seguiríamos el resto, ella ya conocía la verdad, conocía a Aníbal, aunque mi padre no le enseñó nunca las cintas, y prefería morir antes de ver el final del resto de sus seres queridos.

»La tristeza y el miedo son como la ceniza: asfixian los rescoldos del fuego que fuimos.

»Su voluntad estaba quebrada y, cuando no hay voluntad de vivir ni fuerzas para intentarlo, el desenlace es siempre la partida de lo que queda de nosotros. De mi madre quedaban apenas cuarenta kilos, de los casi sesenta que pesaba el verano anterior, y la mirada de una criatura hibernante que vagaba entre los recuerdos de un pasado que casi podía tocar con sus dedos, como si pudiera agarrarlo para que siguiera siendo su presente.

»Cuando mi madre sufría uno de sus ataques de pánico, los alaridos se oían por toda la casa. Yo me despertaba solo en mi habitación y esperaba durante horas a que mis abuelos la calmaran mientras me asomaba por la ventana que daba al patio. Debía de ser ya principios de primavera, porque podía distinguir tres luces pequeñas que deambulaban por el patio entre las macetas y una mesa blanca de jardín con cuatro sillas a juego. Recuerdo estar convencido de que eran ánimas de niños que jugaban. Una mañana me acerqué al rincón donde sabía que las había visto moverse por última vez la noche anterior, y descubrí que se trataba de tres tortugas a las que les habían cubierto el caparazón con pintura fluorescente. Aquellos animales podían tener cien años, y su función era la de eliminar insectos y dotar de mayor vida a la casa.

»Mis abuelos se volcaron con nosotros, aunque se hizo una brecha entre ellos. Mi abuelo culpaba a su mujer porque hacía años había empujado a su hija a huir hasta Belfast para liberarse de su control,

de su intolerancia, de su crítica incansable y de su locura de brújula moral. Él, harto de callar, cansado de la soberbia de su mujer y devastado por años de ausencia de su única hija, tomó las riendas de la situación con una firmeza hiriente para su esposa.

»Dejó sus empresas, las serrerías, las fábricas textiles, las fincas, la hacienda de Argentina y sus acciones en manos de confianza y se dispuso a buscar una salida, un contragolpe a la vida.

»Contrató a varias enfermeras para que mi madre no se quedara nunca sola. La piel de su espalda ya mostraba llagas que había que limpiar continuamente y los cortes de sus muñecas cicatrizaban mal por la debilidad que le había provocado la inanición, aunque hacía tiempo que los médicos le suministraban suero intravenoso. No quedaba mucho tiempo, y mi abuelo se la jugó a una carta.

»Dos escoltas vigilaban las entradas y salidas de la casa; mi abuelo sabía que el miedo de mi madre no era infundado, conocía a Aníbal.

»Decidió preparar el caserón que había heredado de su madre en Riaño, a los pies de los Picos de Europa. Allí podría protegernos.

»Él sabía que mi madre siempre quiso volver al valle donde veraneaba durante su infancia, lejos de mi abuela, y donde estaban sus amigos de la niñez y sus primas, con las que no había perdido contacto en tantos años y con las que mantenía una relación fraternal. Dos de ellas, mis tías Petra y Carmen, dejaron en Riaño a sus hijos y maridos solo para cuidar de mi madre, sacrificio por el que ella mejoró notablemente, incluso ganó algo de peso.

»Recuerdo que después de cerrar la ambulancia que llevaría a mi madre hasta León, recogimos unas últimas cajas de la mudanza. Tras el cierre con una enorme llave de la puerta de la casa en

Córdoba, mi abuelo me pareció más grande y sabio que nunca, más hombre que ningún otro. Se subió en el coche con su semblante serio, decidido, impasible ante la apuesta que había hecho.

»Jamás recibí de él un mal gesto, o un reproche, o un rechazo, por estrés o prisas, pero tampoco aceptó ninguna de mis quejas o excusas, ni autocompasión. Solo así podría aprender lo que necesitaba, y…

Toc, toc. Llaman a la puerta de la consulta.

—Adelante —dice la doctora Virginia, sobresaltada.

—Perdonen la interrupción. Es urgente. —Por la puerta entra Enrique, tiene el gesto desencajado y no pierde el contacto visual conmigo. Ha pasado algo. Me entrega una nota en clave del capitán de infantería Julián González en la que me advierte:

> Los coleccionables que me pediste ya están aquí, no puedo aguantarlos más de veinticuatro horas, hace demasiado calor para ellos. Te espero en una hora en el edificio de tus oficinas. No faltes.

Doblo la nota y hago una señal a Enrique para que desconecte el inhibidor de frecuencia y el resto del equipo. Julián González ya tiene el contenedor de fusiles y el resto de las armas que le encargué. Se la juega cada minuto que el envío pasa en el puerto de Valencia.

—Doctora, lo siento, tengo que ausentarme por una urgencia, ¿mañana a la misma hora?

—Eh…, sí, claro, pero deberemos retomar todo lo que hemos hablado hoy…

—Sí, por supuesto. —Salgo enfundándome la chaqueta.

3

Primera fase

—Hola, Laurence —saluda el capitán González, tristemente reconocible tras echarse quince años encima mediante un tinte gris para pelo y barba y una barriga de látex que le aprieta bajo la chaqueta. Me espera tras una de las columnas de la cochera del sótano del edificio donde tengo las oficinas y mi residencia. Es un bloque de pisos en la calle Alcalá de Madrid. El militar está visiblemente cansado y su mirada ansiosa, en espera de mi reacción, me confirma que algo va bastante mal. El hecho de que Enrique, que hace un minuto estaba en el coche, ahora le apunte a la nuca con su arma no debe de levantarle el ánimo demasiado.

—Hola, González. Te veo jodido. —Mantengo el gesto frío e impasible, no quiero crearle ninguna falsa expectativa si cree que renunciaré a las armas por su incompetencia o que renegociaré nada ya cerrado. Voy a necesitarlas pronto, y ya le he pagado los quinientos mil euros que me pidió por adelantado—. Subamos. —Indico la dirección hacia la salida de las cocheras. Pulso el botón de llamada del ascensor y al entrar me abofetea el olor a sudor que desprende. Es un hombre pulcro; debe de llevar demasiadas horas sin detenerse ni para dormir.

Los tres permanecemos en silencio mientras subimos hasta el ático donde vivo, situado en la décima planta. En el reflejo de uno

de los espejos del ascensor me encuentro con su mirada; la retira al instante, sabe que puede que no salga del edificio por su propio pie si la cosa se tuerce.

A mi escolta no le gusta González, se huele en cada gramo de aire que ocupa la cabina. El padre de Enrique era un soldado español destinado en los Balcanes durante los primeros años del conflicto. Cuando a su compañía le dieron el último relevo, los abandonó a él y a su madre sin una pensión o ni tan siquiera un reconocimiento de paternidad. Además, en la última década, Enrique ha trabajado para Israel como mercenario y menosprecia a los militares que no han entrado en combate, los llama «oficinistas de caqui».

—¿Podemos hablar ya? —pregunta el capitán, ansioso por desembuchar, en cuanto entramos por la puerta del piso.

—Espera. —Desconecto la alarma y Enrique pone en marcha el inhibidor de frecuencia que está instalado en el pequeño despacho que hay tras la primera puerta de la derecha del pasillo. Seguimos adelante y abro la siguiente a la izquierda, es metálica y bastante más gruesa que la anterior—. Pasa. —González es en este momento como un ratón tierno tocándole los bigotes a un gato viejo. Le sigo y Enrique cierra la puerta y se queda de pie después de cachearlo en busca de armas, micrófonos o grabadoras camufladas en bolígrafos, mecheros o algo parecido. Se queda delante de la puerta y espera órdenes con unas ganas más que evidentes de partirle la cara al militar disfrazado.

Es una habitación insonorizada y bastante simple, con una mesa metálica atornillada al suelo, en medio de un par de sillas de oficina, alicatada hasta el techo de azulejos negros y una cámara frigorífica para hospedar a invitados de larga estancia, que incomoda de forma

evidente al capitán. Su sudoración es antinatural. Observa a su alrededor buscando algún mueble, algún cuadro, alguna traza de la supuesta humanidad con la que todos nacemos y que he eliminado al decorarla, para que los presentes no se olviden de que aquello es una aséptica, diáfana y eficaz sala de interrogatorios de fácil limpieza.

—Cuéntame —digo cuando lo invito a sentarse con un ademán de la mano.

—Tenemos un problema —advierte su voz temblorosa de supuesto inocente.

—¿Qué problema puede haber? Ya tienes la pasta, deja las armas donde te diga y te daré el resto del dinero.

—Ha habido otra alerta por dengue en el puerto de Valencia y van a sanear uno por uno todos los contenedores que han llegado desde África. En las últimas veinticuatro horas no se ha podido sacar nada de allí sin que haya sido inspeccionado y desinfectado por el Ministerio de Sanidad.

—Mierda, ya van dos alertas este año, con esta temperatura pronto tendremos todas las enfermedades de África en el calendario de vacunación de este país. ¿Qué has pensado?

—Sacarlo esta misma noche, durante el cambio de guardia de la policía del puerto, pero necesito veinte mil euros para callar a todo el mundo.

Enrique y yo nos miramos, sabe lo que estoy pensando y, cuando le señalo sutilmente la puerta de la habitación, guarda la bolsa de plástico con la que iba a taparle la cabeza a González y sale con gesto decepcionado a hacer un par de llamadas que corroboren su versión. Miro a mi interlocutor fijamente a los ojos. Es un buen

hombre y no tiene madera de militar. Aprobó las oposiciones durante la crisis del 2008 para sacar a su familia adelante. Solo está desesperado, necesita cerrar este negocio. Su hijo de dos años tiene cáncer y ya solo pueden tratárselo en el hospital oncológico MD Anderson de Houston. Ha vendido su casa, su coche y debe dinero a toda su familia y amigos, no intentaría engañarme; con el pago de las armas completo que le debo cubre el coste de todo el tratamiento y sus deudas. Enrique vuelve a entrar y asiente con la cabeza, una noticia así no puede ser encubierta mucho tiempo.

—Está bien. —Enrique le abre la puerta para que nuestro invitado salga—. Él te dará el dinero y la situación exacta del lugar donde tienes que dejarlo todo.

—Bien, gracias, Laurence, sabía que lo entenderías —responde mientras sus hombros y sus músculos faciales descienden relajados.

—Tu olor y tu forma de sudar no dicen lo mismo —respondo divertido. Me cae bien el capitán y puede que sigamos colaborando.

Enrique, tras comentarme brevemente la información que le ha dado nuestro contacto en el Ministerio de Sanidad, acompaña al capitán a las cocheras del sótano desde donde lo llevará hasta la estación de Atocha. Yo me quedo en casa, tengo que seguir con los preparativos de Efa. Me cambio de ropa: un chándal cómodo y calzado de deporte. Voy hacia el salón, no hay nada como llegar a casa después del trabajo.

Abro una cerveza bien fría que saco del frigorífico que tengo bajo la barra que separa el salón de la cocina y la vierto en un gran vaso de cristal helado. La cerveza baja refrescándome después de hablar sin parar durante toda la tarde en un mes de diciembre con temperaturas de récord.

Pongo la televisión de fondo mientras preparo la chimenea para paliar el frío que hará durante la noche y cuando comienzo a sacar la ceniza del fuego de ayer encuentro un molar humano a medio incinerar. Lo dejo sobre la mesa para que Enrique lo vea, su hermano Midas debería tener más cuidado. Ya van varios descuidos de estos en dos semanas.

El fuego prende y me giro para ver las noticias de las nueve. La presentadora es preciosa, una mujer joven de unos treinta años de ojos muy claros y rasgados que me hacen pensar que debe de tener ascendencia oriental. Deduzco que quizá sea de procedencia rusa, pero no detecto ningún acento extraño. Lleva una blusa azul clara escotada y su sonrisa ilumina la pantalla.

«Bien. Después de contarles cómo va la oleada de incendios en todo el norte de la península, vamos a seguir con algunas malas noticias: vuelve otra subida en el precio del pan por el aumento en el coste de los cereales. La sequía que arrastramos desde hace cuatro años está provocando cosechas nefastas en toda Europa. El coste de los alimentos ha subido un veinte por ciento desde el año pasado, y desde el 2019 ha aumentado un cien por cien. —Su rostro se mantiene tan inexpresivo y su voz tan neutra que hacen evidente su intención de impedir crear alarma en los espectadores—. El Gobierno sigue negociando con Bruselas las medidas que se impondrán en toda la Comunidad Europea para garantizar el abastecimiento de los alimentos básicos y, por supuesto, de agua, y evitar, en la medida de lo posible, la especulación que ya se ha extendido por los mercados bursátiles.

»La especulación también se está contagiando al sector inmobiliario, ya que a los terrenos situados en las vegas de los ríos y

sus cercanías, tierras de las más fértiles de la península, les serán devueltos sus usos agrícolas, lo que ocasionará el derribo de miles de hogares y el aumento del precio de la vivienda».

El estómago empieza a arderme por la ansiedad, me niego a seguir escuchándola, todo esto ya se sabía cuando podíamos hacer algo. Corruptos de mierda…

Dejo la televisión encendida sin sonido y de vez en cuando echo un vistazo para leer los titulares que van pasando, cada uno más agorero que el anterior. Pongo música de fondo, un viejo disco de los ochenta que me regaló Gamaliel, mi mejor amigo de la infancia. Hace dos décadas que no lo escucho. Una de las canciones habla de Riaño. Me invade una nostalgia que se hace con mi estado de ánimo como el aceite con un folio de papel blanco, pero, cuando voy a cambiar de pista, noto un cosquilleo en el muslo derecho y saco el teléfono, que vibra en el bolsillo del pantalón; tengo un mensaje de Lucas.

Lucas es un pirata informático al que pago para que me tenga al día de ciertas informaciones de la red y que sigue con la misma afición al cannabis que cuando estudiábamos juntos en el internado de León, aunque ha cambiado la discreción de un gélido cuarto de baño por un piso en el alegre Barrio Rojo de Ámsterdam.

Leo en mayúsculas y con signos de exclamación: «¡ESTE VERANO EL HIELO DESAPARECERÁ DE LA ZONA Y VAN A EMPEZAR CON LAS PERFORACIONES!».

Marco su número de inmediato.

—¿Estás seguro? —pregunto con la esperanza de recibir una negativa.

—Sí, joder, me pagas tanta pasta porque soy el mejor en lo mío.

—¿Cuánto tiempo crees que tenemos antes de que empiece todo?

—Según los modelos, seis meses para la primera infección, otro mes más para el inicio del protocolo de enfriamiento y un mes más para la llegada del invierno volcánico.

—De acuerdo, cuelgo, tengo que hacer otras llamadas.

—OK.

Marco el número de José Luis, un primo lejano e ingeniero de montes al que he dejado al cargo de las cinco mil hectáreas que llevo compradas en las sierras del norte de Zamora.

—José, tenemos seis meses para terminar los preparativos de Efa, es el momento de hacer la compra de todo el alimento por si fallan algunos de los otros sistemas.

—¿Ya ha empezado todo? —pregunta abatido.

—Ya está terminando todo. Sigue los planes sin desviarte. Lo que se podía calcular está calculado.

—De acuerdo, pero… ¿estás seguro?

—Sí, necesito que todo esté listo para cuando llegue el final, no puedes fallar.

El olor del humo de la hoguera me reconforta: hay cosas que no van a cambiar. Me asomo desde la terraza. La avenida está preciosa en esta época del año. La ciudad parece un gran vergel vertical. Todo aquel que posee unos metros de terraza o azotea lo ha cubierto de plantas o de placas solares. Los árboles de las avenidas no volverán a ver un otoño como este. Nadie volverá a ver un otoño como este.

Enciendo el ordenador. Reviso todas mis cuentas. Doy autorización a los pagos que debe hacer José Luis durante esta semana. Las imágenes de Efa en tiempo real que toman las decenas de cámaras

de vigilancia instaladas me alientan a seguir. Cinco mil hectáreas de bosques, montañas y valles. Espero que tanto esfuerzo y dinero valgan la pena.

Compro otros cincuenta bisontes en una subasta online polaca. Esta semana ya me he dejado un millón en herbívoros; la semana que viene deben traerme los bueyes almizcleros que compré la primavera pasada. Espero que aguanten bien en las instalaciones hasta que todo empiece. Tiene narices que cueste más traer un cargamento de rumiantes del norte de Europa que un contenedor de armas desde África.

Siento de nuevo la ansiedad en la boca del estómago. Me cambio, cojo el macuto de boxeo y le pido a Enrique que ordene a uno de sus hombres que me lleve al gimnasio. Seguro que Toni querrá guantear.

Enrique se ha empeñado en traerme.

Aparca y entra conmigo para asegurarse de que no hay extraños; es un establecimiento pequeño, un gimnasio de barrio. Está situado a un par de kilómetros de mi casa. La recepcionista es la hermana del antiguo propietario, un peso medio al que le dio por la cocaína y que murió hace un par de años en un accidente de moto. Ella me recibe con una sonrisa insinuante y me pregunta cómo estoy con tono de afirmación. Pienso que no debí acostarme con ella, se enamoró perdidamente de mí la primera vez que me vio solo con mi reloj de oro. En fin, tiene un cuerpazo, yo ya paso de los cincuenta y cuatro años y no sé cuánto tiempo me dará el tratamiento que sigo contra este maldito cáncer.

Entro en el vestuario. En la papelera junto a los tres lavabos hay varias bolitas de papel empapadas de sangre. Hoy le han tocado la

nariz a alguien. Saco el material de la bolsa de deporte, me pongo los calzones y las botas de boxeo y me llevo el bucal, las vendas y los guantes hacia el ring. El olor a cuero viejo y sudado es como el aroma a café por la mañana; aún no le has dado ni un sorbo a tu taza, pero ya está despertando a tu cerebro. Aquí me pasa igual; cuando llego, mi mente asocia el sonido de las cadenas de los sacos agitándose por los golpes, la respiración de los púgiles y la cadencia de los saltos en la comba de algunos de los compañeros, y mi cuerpo se activa, el corazón comienza a latirme con fuerza buscando acción. Hay varios jóvenes sacudiendo el saco, pero ninguno boxeando y ni rastro de los otros ocho veteranos con los que suelo entrenar un par de veces por semana para quitarle el óxido al cuerpo. Hoy solo estamos Toni y yo, al resto apenas los conozco de vista. Los gimnasios de boxeo son un buen negocio hoy en día, parece que la conciencia colectiva ha asumido que pronto todos necesitaremos saber defendernos. Odio los nuevos *realities* en los que sus protagonistas son abandonados en islas donde deben luchar a muerte contra los elementos y entre ellos mismos. Los momentos de máxima audiencia son las violaciones y las peleas a cuchillo. Se para hasta el tráfico. Somos tan decadentes y morbosos como hace dos mil años. Hemos vuelto a levantar un coliseo, esta vez camuflado de supervivencia y aventura extrema y nos hemos vuelto a olvidar de quién se está llevando el dinero de nuestros impuestos.

Toni salta a la comba, sonríe cuando me ve y señala el cuadrilátero con la cabeza. Le confirmo el guanteo y comienzo a vendarme las manos mientras estiro las piernas y la espalda. Él se calza los guantes y sube al ring para hacer sombras, lleva un rato en el gimnasio y ha calentado de sobra. Su cuerpo, aun pasando los

cuarenta y cinco años, tiene el mismo porcentaje de grasa que el de un yonqui terminal; se cuida en extremo y no he conocido a un hombre más disciplinado que él.

Estiro los hombros mientras le doy vueltas a la cabeza. Vuelve a asaltarme la culpabilidad; miles de millones de personas van a morir y no puedo evitarlo sin que antes eliminen a todos mis seres queridos.

Salto diez minutos a la comba y cuando siento que he calentado lo suficiente me pongo los guantes, muerdo el bucal y entro en el ring. Ninguno usamos casco. A los dos nos duelen los hombros, los codos y las manos por la edad y las lesiones, pero saludamos con un choque de guantes para recibir nuestra dosis de adrenalina y autoconvencernos de que aún podemos dar guerra.

Estoy desconcentrado y me llega un *jab* a la nariz, pero me ha golpeado a mano abierta, somos viejos amigos y me lo ha perdonado. Lo tomo como un aviso y se lo agradezco pasándole un error al calcular la distancia. Me centro en los guantes, el resto del mundo no importa, solo Toni y su izquierda eléctrica.

Suena el despertador, son las cinco de la mañana, desconecto la app. Enciendo el televisor que tengo frente a la cama para acto seguido despegarme del cuerpo la camiseta empapada en sudor y ducharme tras otra noche de pesadillas. Repaso los canales de noticias, todos hablan de olas de huracanes e inundaciones en el sur de Estados Unidos, de sequías en África y de guerras en todos los continentes. «Refugiado climático» es el eufemismo de inmigrante ilegal que se ha aferrado al vocabulario de todos los coloquios,

polémicas y debates mañaneros de las cadenas públicas. Todos hablan, ninguno dice nada. Estamos en diciembre de 2025 y miles de personas vagan por las calles de Madrid mendigando trabajo o comida; sin embargo, siguen siendo líderes de audiencia los mismos programas del corazón, las mismas crónicas de sociedad, las grandes competiciones de fútbol. Nada ha cambiado. A pesar de que podíamos haber reaccionado, seguimos con el culo pegado al sofá mientras las élites que se forraron a costa de nuestra mente narcotizada se ponen a salvo en Nueva Zelanda o se blindan en fincas y ranchos de todo el mundo. La última moda es comprarse yates eléctricos de carga solar y pasar meses sin atracar, vivir de la pesca y usar la energía del sol para moverse. Es el momento de los llamados *preppers*, o preparados para la supervivencia. En Estados Unidos las escuelas de supervivencia son un auténtico sector en auge desde hace un par de años.

Vuelve a darme un ataque de ansiedad; voy a la cocina y cojo un par de pastillas de paroxetina, cambio de canal en la televisión. Un titular de última hora dice que la subida del nivel del mar y los temporales de este otoño en la costa han hecho que se desalojen a cientos de familias de San Sebastián, Benidorm, Marbella y Ceuta. Comienzo a correr en la cinta, el ejercicio siempre me relaja. Llamo a José Luis, anoche llegué tarde tras echar unas cervezas con Toni; después de entregarle las invitaciones para mi boda fuimos a celebrarlo y no quise tomar ninguna decisión después de beber.

—José Luis, buenos días. —Cuando me coge el teléfono se oye el motor de un camión de fondo y voces de hombres que gritan indicaciones a un conductor.

—¡Buenos días! —José Luis levanta la voz con fuerza para hacerse oír entre el ruido que lo rodea.

—¿Cómo vas? —pregunto entusiasmado.

—¡Bien, ya han traído las placas y los aerogeneradores; son impresionantes!

—¿Cuánto tardaréis en montarlo todo?

—¡Con los hombres de los que dispongo… calculo que… unos diez días más o menos!

—Bien, deja a alguien que se encargue y prepara los trabajos para contención del fuego de toda la finca. Esta primavera va a ser un horno y no quiero perder ni una sola hectárea de mis bosques. —Desde hace unos años la temporada de incendios empieza en primavera, el verano meteorológico ya es de seis meses.

—¡De acuerdo! ¿A quién me llevo?

—Escógelos tú. Si te falta gente, contrátala de los pueblos de al lado; son buenos trabajadores y conocen el terreno; por cierto, mídeme alguno de los gigantes a ver cuánto han crecido este año. —Hace veinte años, cuando empecé con todos los preparativos de Efa, iniciamos un experimento con un genetista californiano para contrarrestar las emisiones de dióxido de carbono mediante sumideros naturales de alta eficiencia; plantamos miles de árboles modificados genéticamente con ADN de paulonia y otras especies de crecimiento rápido con los que conseguimos acelerar el crecimiento seis veces. Los resultados en secuoyas son impresionantes; después de dos décadas se han convertido en individuos descomunales.

—¡No me hace ninguna gracia entrar en esa zona, los uros son unos hijos de puta y ya me han destrozado dos coches!

—¡Pues ve en bicicleta!

—¡Ya…, que te den!

—¡Vale, te llamo luego!

José Luis es un hombre extraordinario, siempre puedo contar con él, incluso cuando se trata de los tauros; los bóvidos que introducimos en la finca desde hace años y a los que llamamos «uros» por su parecido con sus ancestros extintos.

Reviso todas mis acciones y vendo las que sé que no van a revalorizarse en cinco meses. En total me hago con un millón y medio de líquido. Compro varias cisternas de aceite de oliva, tractores eléctricos y material agrícola y ganadero, de la inmensa lista que sigo completando diariamente. También compro materiales de construcción: vigas de alto espesor, arena y cientos de miles de kilos de cemento. Me lo llevarán a Efa esta semana. Según mis cálculos, aún tendré que gastar otros cuatro millones para completar la primera fase del proyecto.

Encargo material quirúrgico para tener dos quirófanos con lo mejor del mercado. Creo que he sido totalmente meticuloso hasta ahora, la fabricación de antibióticos y medicamentos la he garantizado con un laboratorio con todo lo último que ya está empezando a trabajar en las nuevas instalaciones de Efa. Tenemos otro instalado en la profundidad de una vieja mina a unos kilómetros de la aldea, lo necesitaremos cuando Aníbal llegue.

La mañana ha sido agotadora, antes de salir del ático me he fundido una gran parte del capital que tenía para una semana. Bajo a las oficinas del primer piso del bloque donde vivo y que compré por su situación estratégica. El resto de las plantas están llenas de kits de supervivencia. Al entrar, todos los empleados están trabajando, aunque no lo parece. Son jóvenes talentos, apenas tres

pasan de los treinta años, el resto son veinteañeros y los mejores en sus profesiones. Los he seleccionado uno por uno: médicos, informáticos, ingenieros, químicos, biólogos…

Mi secretaria, Renata, una mujer bajita, de unos cincuenta años, recién divorciada y que ha perdido quince kilos en un mes, me fulmina con la mirada; me ha llamado doce veces y he pasado de ella. El hambre que le provoca la dieta que sigue la ha vuelto irascible en extremo. Le pido que organice una reunión de urgencia con todos los trabajadores para el martes y que me lo recuerde el lunes a primera hora. La sede de la empresa se va a reubicar en Efa. El aviso se hizo hace un año, pero ya tengo las fechas. A la plantilla le espera una casa con todos los gastos pagados, podrán llevar a sus hijos, a sus padres, a sus hermanos y tendrán un aumento de sueldo del cincuenta por ciento para los que decidan desplazarse para trabajar en el pueblo. Una vez allí lo entenderán, aunque la verdad, como siempre, será más dura de creer que la excusa que les he dado.

Cuando Enrique entra por la puerta para recogerme, estoy sentado en un sofá que tenemos en un rincón que utilizamos como sala de espera y recibidor, que cuenta con una mesita llena de revistas y publicidad empresarial. Se queda a un par de metros esperándome, Renata lo mira de arriba abajo.

—Enrique, hoy estás guapísimo, chico, te comería enterito —confiesa Renata mientras este se hace el tonto al sacar un café de la máquina que hay a varios metros de la administrativa. Esta es una empresa muy liberal y flexible; no se mete en las salidas de tono del personal.

—No me extraña, con la dieta esa que sigues te comerías a tu padre. Te espero en el coche, Laurence —farfulla Enrique.

Este tío es un gilipollas emocional, aunque tiene su gracia. Debería hablar con él, nació con la sensibilidad de una persiana y a Renata le está machacando la crisis de los cincuenta.

Intento consolarla.

—¿Quieres un café, querida? —pregunto con cercanía.

—No, gracias. Mi cuerpo es un templo —responde orgullosa de su plan de entrenamiento y su disciplina para las dietas.

«Bueno…, quizá una ermita», pienso cuando se levanta para hacer unas fotocopias y observo su pequeñez junto a la máquina.

Me voy a comer solo, me duele la cabeza, llevo meses sin tiempo para dormir cinco horas seguidas. Durante la comida busco vehículos para la nieve en internet. No tengo ni idea y llamo a Enrique, que me espera en el coche aparcado en la puerta. No ha querido comer conmigo porque cree que no entiendo su sentido del humor. Necesito que me haga un breve informe de lo mejor del mercado de las motonieves eléctricas, le pido que lo tenga para mañana, pues cuando estuvo en el ejército ruso aprendió bastante sobre estas máquinas.

Durante el postre me llega la confirmación del envío de veinte yeguas de pura raza española que he comprado en Sevilla; son magníficas, pero la sequía y el precio de los piensos y forrajes están dejando a los ganaderos en la bancarrota. Con estas y las que he ido comprando por toda Europa ya hay más de doscientos equinos en Efa.

Después de comer llamo a un par de amigos y a algunos familiares para invitarlos a mi boda el mes de junio. No les digo

quién es la novia, tampoco se lo he dicho a ella, solo les insisto varias veces para que reserven una semana de sus vacaciones y poder disfrutar de la finca.

Me he propuesto invitar al día, o más bien no aceptar un no por respuesta, de tres amigos y tres familiares y sus respectivas familias de mi gran lista de invitados. Según mis cálculos, para cuando todo ocurra, la inmensa mayoría de la gente a la que quiero estará a salvo. Es duro, hay personas que odio dejar atrás, pero ya tengo algo en mente para ayudarlos.

Llamo a Renata y le pido que haga un balance de todos mis bienes y su valor actual. Lo necesito para el lunes, no quiero dejar ni un solo euro al banco o al saqueo.

Recibo una llamada de Lucas, me vuelve a dar las mismas fechas del deshielo total de la zona. Apenas hay margen de error.

Doy una vuelta por la calle Elfos antes de entrar a la consulta y me cruzo con el ginecólogo, que tiene aspecto de estar cansado. No sé si porque lo habrá dejado su mujer o porque va del brazo de la camarera del Café Polonia.

Delante de mí hay un padre con sus dos hijos pequeños, hacen planes para ir de vacaciones de verano a la playa. Él parece un padre abnegado y muy cariñoso, la madre sale de una tienda y les saluda sonriente. Agita la mano desde la otra acera. Los niños le anuncian excitados que este año irán a veranear a Fuengirola. La niña es muy guapa y alegre, el niño adora a su madre. Son muy pequeños, solo tendrán dos y cuatro años. Me invade la culpa, porque están muertos antes de poder ser responsables de nada. Joder, me vengo abajo, quiero salvarlos a todos, a todos los niños del mundo. No puedo asimilar que no tengan futuro, que no hereden

el planeta que les corresponde por derecho, que sufran el hambre y la miseria. Se me escapa un llanto desesperado que soy incapaz de contener.

—¿Está usted bien? —pregunta el padre tocándome el hombro con un gesto de sincera preocupación.

—Sí, gracias. Solo es un mal día.

—¿Quiere tomar un café con nosotros?

Declino la invitación, pero él insiste. Hacía tiempo que no me encontraba con alguien tan amable. La amabilidad es una cualidad que en realidad poseen muy pocas personas. Le informo de que voy tarde a una cita y le expreso mi gratitud con una mirada de consideración hacia su calidad como persona; mis palabras no pueden, están ahogadas en la emoción que ha raptado mi garganta. Sonrío con esfuerzo, mis labios tiemblan, la consciencia de la pérdida inminente de las preciosas vidas que tengo delante traiciona mi gesto. Me giro para subir a la consulta, pero, antes de partir, la niña se acerca y me da un beso en la mejilla cuando me agacho a recibirlo. Su gesto, aunque lo agradezco infinitamente, me devasta. Hace que venga a mi mente la imagen de la carita suave de muñeca de porcelana de Ane y el sabor salado de sus lágrimas en mis labios cuando se la llevaron hace tantos años. Le devuelvo el beso al ángel que tengo delante, la criatura me observa con la compasión con la que solo un niño puede mirarte, le sonrío y ella hace lo mismo. Se siente bien por haberme consolado.

Me recompongo, solo siendo fuerte puedo salvar a alguien. Aprieto la mandíbula hasta que me hago daño y voy para la consulta, ya es casi la hora. Le vuelvo a pedir a Dios que me ayude a tomar las mejores decisiones.

Entro y saludo con bastante desidia. La recepcionista, que no sé por qué lleva puestas las gafas de sol, me anima a sentarme unos minutos. A mi derecha tengo sentado un hombre de unos ochenta años, va vestido con un traje corto de flamenco de color verde y un enorme sombrero de ala ancha a juego; no deja de observarme y de sonreír. Creo que es paciente de Marta, la compañera de Virginia. Intento no perder de vista la pared que tengo enfrente, pero tengo la sensación de que este hombre quiere examinarme el oído interno. Justo cuando ya no aguanto más, sale un chino de pelo rosa fucsia de la consulta de la misma doctora, que no deja de chasquear los dedos y tocar las palmas, le choca la mano a mi nuevo otorrino con un gesto bastante jovial y este se levanta de un salto y entra haciendo vibrar la sala con el taconeo de sus botas de caña alta. Tengo sentimientos encontrados, no sé si salir corriendo o alegrarme porque por una vez soy la persona más normal de la habitación. Creo que no volveré a llegar antes de mi hora.

De la consulta de Virginia acaba de salir una madre con un niño de unos ocho años que padece un obvio estrabismo. Cuando el chaval pasa a mi lado se detiene y me grita: «¡Cabrón!». Lo oye toda la consulta, incluso su madre, que está recogiendo la tarjeta del seguro médico.

—Andrés, bonito, deja tranquilo al señor —dice con mucha calma mientras saca el móvil para que el angelito juegue.

Es mi turno de entrar; justo cuando tomo el pomo de la puerta del despacho de Virginia, oigo un golpe seco en la entrada del piso, me ha parecido una colleja a la que le sigue el llanto de un niño. Sin duda, Enrique, que venía tras de mí, le ha devuelto el saludo a

Andresito. Entro y dejo la puerta abierta para que instale el equipo inhibidor.

Virginia me saluda con mayor cercanía que en ocasiones anteriores. Me acompaña a la salita donde empezaremos con la hipnosis con la que llevamos trabajando unas sesiones y me produce una sensación muy agradable. No tiene nada que ver con los números de circo a los que nos tienen acostumbrados en la televisión. Para mí es como tumbarme al sol mientras la brisa fresca pasa por mi espalda erizándome el pelo de la nuca.

Escucho la palabra «Riaño» y siento cómo toda la tensión se desvanece por las muñecas y las rodillas. Es la sensación de estar entre dos mundos, como estar a punto de caer en un plácido sueño, pero sin llegar a abandonarme a él. Entonces puedo verme cubierto hasta la cintura del mar de pradera que cubre un valle inmenso entre montañas salpicado de una nación de narcisos que se mecen y brillan tras la lluvia de una tormenta fugaz de mayo. Decenas de yeguas de patas y cuerpos recios y sus potros trotan hacia mi mano cuando les ofrece unos mendrugos de pan duro, haciendo que tiemble el suelo bajo mis pies de niño. Su pelaje de primavera reluce en las enormes curvaturas de sus nalgas y sus vientres, saciados de las mejores hierbas de la planicie que crecen al resguardo de paredes rocosas inmensas y bosques infinitos. Las vacas y sus terneros salpican a cientos la inmensidad del prado sin darle tregua con la siega que le profieren sus lenguas. Al levantar la vista aún puedo ver nevados el Yordas, el Gilbo y las Pintas, y los rebaños de cabras que se les acercan para dar cuenta de los pastos a más altura.

Huele a heno recién segado y a madera de roble mojada y a la tierra húmeda que mueve los cascos beligerantes de un potro que increpa a un semental alazán, porque la fuerza de su sangre joven no le deja pacer en calma.

Sigo el camino junto al río Esla bajo la sombra de los álamos que lo custodian en galería y que no deja de recibir la sangría de las últimas nieves de los picos más altos. Mi primo Gamaliel le ha robado varias truchas a su corriente fría y cristalina, las ata de las agallas con un junco verde y las esconde de las cigüeñas entre las espadañas, y nos arrojamos una y otra vez a las pozas bajo los saltos de agua helada.

Llego hasta Riaño. Junto a varios de los caserones de las afueras se conservan todavía algunos hórreos, invictos ante la voracidad del tiempo y el progreso, en los que todavía se seca el cereal para molerse en los molinos del río.

Entro en Riaño, paseo por sus calles de piedra y me rodeo de la gente en su día a día. Me saludan y sonríen para que sepa que formo parte de su bello y sencillo mundo casi inalterado, el fantasma del muro de la presa ha acobardado a la construcción demencial.

Todos los días puedo presenciar los gestos de la solidaridad entre vecinos. Sus vidas son duras, por eso mantienen fuertes sus piernas y corazones en rutinas arduas pero sencillas; sin prisas, sin obsesiones y sin ambiciones materialistas que los esclavicen o les hagan mirar para otro lado porque el montañés es fiel y leal. Me pierdo entre sus casas erigidas hace siglos con la roca y la madera que da esta tierra, los testigos mudos de las vidas de todas las generaciones que vivieron y las que viven en su interior. Curioseo bajo los soportales y pasadores de madera añeja y atezada en

infinidad de tonos café y así descubro qué nuevas tallas ha terminado Diego, el manitas del pueblo.

Mi amigo Diego invierte las noches, navaja en mano, en dar forma de animales a pequeños tarugos de haya o de roble que luego nos regala a los chiquillos del pueblo. Nuestras madres han establecido la norma no escrita de colocarlas en los alféizares de las ventanas para el orgullo de aquel hombre solitario, sin familia, sin hijos, sin pasado y, al pasear junto a ellas, si la ventana está abierta, percibo el aroma único de la cocina de cada casa. Al anochecer, agotado de jugar, busco el fuego patriarcal de mi hogar, me siento junto a la chimenea con mi perro Melquíades, un mastín leonés de enorme papada que se ha peleado con unos lobos por llamarlo de tú en presencia de su rebaño, y escucho las historias de los viajes por el mundo del abuelo. El aroma dulzón de un puro que fuma sentado en su enorme sillón de cuero es el toque de queda para que descanse mi cuerpo. Me tumbo en la cama y a lo lejos puedo escuchar el aullido de un lobo. La noche es suya y avisa a los pastores desde la espesura del bosque.

Despierto y ya ha pasado otro día y otro año. Voy hacia la calle y subo a hurtadillas a la parte trasera de una carreta en marcha tirada por dos vacas. Me bajo de un salto y, tras sentir el riesgo al meterme a escondidas en la sacristía para robarle el vino al cura del pueblo, corro hasta caer exhausto solo porque mi cuerpo exultante de juventud lo requiere. Llego a casa y abro mis cuadernos nuevos de verano, inhalo el aroma a imprenta de sus páginas inmaculadas e intento atrapar con trazos de carboncillo mi visión infantil y efímera de aquel mundo único. Una visión, sobre todo sobrecogida por la naturaleza de sus montañas y sus prados, la magia del bosque de

hayas y abedules de la sierra de Riaño donde el oso y el urogallo todavía se dejan ver.

Vuelvo a salir de casa, es fiesta en el pueblo y me contagio de la alegría colectiva, de sus bailes, de su feria mensual de ganado, de la gente de todas las aldeas cercanas, del renacer y las ganas de vivir de mi madre.

Ahora me abro camino a empujones entre los aficionados que forman un corro de aluche, tengo derecho a estar aquí; ese que lucha es mi primo mayor. Mi primo Manuel.

Ha llegado la tarde y jugamos con nuestras familias una partida de bolos riañeses al final de la calle.

Huele a la leña quemada que sale de las chimeneas de cada caserón, ya han pasado seis inviernos, veo la plaza principal donde me cito con mi primera novia y le robo un beso. Su reloj en la torre de la iglesia me recuerda que el día y su luz pasan igual para todos, como lo lleva haciendo durante cientos de años para los herederos del modo de vida de sus montañas. Escucho enmudecer poco a poco el eco de las risas de mis amigos de la infancia, pero ahora oigo con claridad sus carcajadas en el candor ebrio de las trasnochadas de taberna al despedirnos como quintos cuando nos llaman a las filas de la mili. Ya han pasado nueve años.

Un fuerte olor a jengibre me asfixia, veo cómo una sombra bloquea la luz del sol y pudre la hierba y los bosques. Ahora es un espectro con ojos amarillos llenos de mentira que mastica y escupe cada uno de los hogares que conozco, mira con gula mi casa, pero no es la piedra lo que devora. Es el corazón de mi abuelo, al que aprieta entre sus dedos largos y huesudos mientras lo despedaza con sus colmillos metálicos negros por la mendacidad y la codicia,

ahora el cuerpo del viejo yace abierto junto a los de mis hijos y mis nietos, me asfixio, oigo una voz a lo lejos, se acerca.

—¡Laurence, despierta! Tranquilo, estás bien, estás en mi consulta. —Virginia me agarra de la mano preocupada por mi estado.

El sudor empapa mi cuerpo. Necesito ir a casa. Necesito dormir. Ella se queda bastante preocupada, pero mi mente está a punto del colapso, como todas las madrugadas. Enrique entra de golpe y me saca al aire fresco. He bajado la guardia. He estado a punto de estropearlo todo.

4

Los iguales se reconocen

José Luis me ha enviado unos vídeos que muestran la descarga de una manada de doscientos renos en Efa, provienen de varias zonas de Escandinavia. Creo que dos de los animales podrían padecer sarna. Le aviso para que el veterinario que lo acompaña vuelva a inspeccionar a los ejemplares con los crotales diecinueve y ciento ocho. Los separarán del resto del grupo en dos lazaretos y mantendrán la partida completa en cuarentena antes de liberarla con el rebaño que trajimos en septiembre.

Es la única manera de evitar que se propague la infección.

Tengo mis dudas sobre la capacidad de las naves donde ubicaremos a los animales hasta que podamos proceder a su suelta con las primeras nieves del invierno volcánico. Creo que habrá que recalcular algunas cuestiones importantes.

Acabo de recibir un e-mail de mi sobrino John.

John Patterson es hijo de mi prima Jacqueline. Era sacerdote y estuvo en las misiones, en Angola. Abandonó los votos el año pasado justo después de visitar Nápoles y asistir a una cena privada con algunos miembros de la diócesis napolitana, y se vino bajo mi protección. Vamos a ver qué se cuenta mi sobrino predilecto.

Querido tío:

Esta mañana han llegado los invernaderos, las placas fotovoltaicas y los aerogeneradores. Tu personal los está instalando en este momento. Gracias de veras, el pueblo entero de Guadarrama está entusiasmado con las futuras instalaciones y al centro nos han llegado como agua de mayo.

En unos días quiero ir a verte. ¿Podrías, quizá, hacer un hueco en tu apretada agenda para que comamos juntos y me cuentes lo de tu repentina boda?

Siempre has sido un hombre de secretos, pero esta vez vas a tener que contármelo todo. Seguro que es una gran mujer.

Te llamo mañana.

Tu sobrino que te quiere,

John

John es un buen muchacho. Colgó sus guantes en Belfast tras la llamada. Ha abandonado los votos, no me ha dado explicaciones y yo no se las he pedido. Solo me dijo que quería seguir ayudando, pero esta vez fuera de la franquicia de la Iglesia. Ahora trabaja como voluntario para crear un centro de refugiados climáticos que se quiere establecer en Guadarrama. Hace un par de semanas doné un millón de euros en instalaciones para la producción de energía y para que en aquel pueblo cuenten con todo lo necesario para sobrevivir durante varios años.

—¿Laurence? —Enrique llama a la puerta de mi despacho.

—Pasa, Enrique, cuéntame. —Mi escolta aparece portando una carpeta. No suele molestarme mientras trabajo, aprovecha este tiempo en la mesa que tiene frente a mi oficina, donde estudia en tres monitores las imágenes de las cámaras de vigilancia y coordina al resto del equipo que compone mi personal de seguridad.

—Ya tengo el informe de este fin de semana sobre Virginia —anuncia mientras se asegura de que no he abierto los pestillos de las ventanas de la habitación. Es muy meticuloso en su trabajo.

—Hazme un pequeño resumen mientras termino esto —le pido.

—El viernes por la noche, tras salir de la consulta, se dirigió al gimnasio que hay en la misma calle y practicó escalada con su compañera Marta. Aquí tienes las imágenes.

Me deja varias fotografías sobre la mesa.

—Bien, luego las veré. Continúa.

—Después se fue a casa, tomó un baño y… la visitó su pareja, Pedro.

—Ya… ¿Tenemos su informe completo? —Tengo ganas de saber de ese tal Pedro.

—Sí, llegó esta mañana cuando estabas en la reunión de la empresa.

—Bien, pásamelo… Veamos, parece guapo en la imagen. Uno noventa de estatura, pelo negro…

—Sí, eso es.

—Oh…, es periodista y trabaja para la radio…, bla, bla, bla…, cultiva sus amistades a conciencia, juega al rugby con sus antiguos compañeros de la universidad un par de veces por semana y una vez al mes queda con sus amigos del barrio. Es de la zona de Carabanchel. Parece que está limpio.

—No he encontrado nada en mis primeras indagaciones.

—Enrique. —Lo miro con severidad—. Quiero que saques toda la mierda que tenga escondida, ¿me entiendes? Hay algo que no me cuadra en ese periodista.

—Por supuesto.

—Bien. Sigamos con Virginia.

—Pues…

—Pues… ¿qué?

—Practicaron sexo en el salón y…

—Joder, Enrique, omite todo eso. Me acabas de poner enfermo. Déjalo todo ahí, ya seguiré yo. Para la semana que viene necesito el informe del historial de llamadas de Virginia.

—De acuerdo. Me pongo manos a la obra.

—Bien, déjame solo.

Odio hablarle así a Enrique, pero a veces parece que deja su sensibilidad para el pedal del freno del coche. Sabe que no quiero tener esa información ni que nadie la tenga. Uso la picadora de papel para eliminar todas las imágenes. En una de ellas he tenido que soportar la visión de Virginia desnuda y con el rostro desencajado de placer sobre el cuerpo de Pedro tendido en el sofá.

Necesito airearme un poco y ver las cosas desde otra perspectiva que no sea la emocional. Creo que la situación con Virginia se me está yendo de las manos. Cojo el abrigo, abro la puerta y Enrique ya tiene puesto el suyo; está comprobado que, cuando me enfado, apenas aguanto unos minutos en la oficina. Bajamos en el ascensor. Él está serio, intuye que las imágenes me han hecho daño y no sabe cómo disculparse. No puedo culparle por una debilidad mía, así que le doy un golpecito en el hombro y le guiño un ojo. Él relaja su

rostro y sonríe. Cuando subimos al coche y estamos seguros de que nadie nos escucha, le informo de que nos dirigimos hacia el zoo: la visión de un animal privado de opciones suele mostrarme las mías.

Él avisa a dos de sus nuevos subordinados para que se dirijan a las instalaciones del zoo y se posicionen.

Es una tarde con una luz y una atmósfera muy extrañas. El aire es denso y frío, y el cielo está plomizo con algunos trazos anaranjados, como si alguien lo hubiera tachado con rabia. Unas nubes oscuras lo cruzan de oeste a este, son como llagas supurantes, como pústulas celestes que se han abierto por la acumulación de tóxicos. Miro hacia el norte por la ventanilla y veo un frente tormentoso que relampaguea. Todo lo envuelve una especie de ambiente lúgubre y siniestramente artificial, a veces de un morado pálido que parece provocar brotes repentinos de frío, como si amenazara con lluvia o nieve. Yo ya he visto estos cielos antes. Los vi una y otra vez en un cuadro que tenía el abuelo en el salón de la casa de Riaño. Era una copia bastante buena y cara que compró en una subasta en Londres. El artista lo pintó en 1816 tras el año sin verano.

Según la radio del vehículo, se trata de cielos artificiales, son frentes creados en el Atlántico, cerca de las Azores, y que han llegado como el residuo que ha provocado Coldcomeback19, un proyecto de geoingeniería iniciado el año pasado que experimenta con emisiones masivas de vapor de agua salada y sulfatos para reducir la radiación solar que llega a la Tierra. Es uno de los cuatro proyectos que se han iniciado para intentar enfriar el planeta. La sencilla pero clara explicación que da el locutor de la emisora a la mecánica del objetivo de la prueba es que Coldcomeback19 trata de crear una especie de velo que dificulte la entrada de parte de la

radiación solar que calienta el planeta. Llevan años con el experimento, solo están aumentando la escala.

A pesar de que las emisiones de gases de efecto invernadero han disminuido durante los dos últimos años en muchos países, a nivel mundial la temperatura no ha parado de subir desde hace décadas. Décima a décima se ha incrementado tanto que el hielo del Ártico durante el verano es solo un recuerdo de su extensión de antaño. Desde hace dos estíos un transatlántico lleva varias decenas de contenedores de carne congelada para retrasar la inexorable extinción de los osos polares de Alaska; el hielo desaparece de sus zonas de caza y la opinión pública ha quedado traumatizada por las imágenes incesantes de osos muertos o famélicos.

Las calles, los autobuses y los carteles de carretera están cubiertos de la enésima película de un superhéroe. Llevo un par de años sin ir al cine, pero todo el mundo habla del filme. Dicen que le han dado un cariz más divertido e irónico al personaje encarnado en esta ocasión por un joven actor de éxito.

Cuando llegamos al zoológico, todo está lleno de turistas y excursiones de niños inquietos que se asoman impresionados a las nuevas instalaciones ambientadas en los lugares de procedencia de los animales. Creo que, aunque la idea era ganar en bienestar animal y realismo según el concepto de zooinmersión, estos centros han ganado mucho más en humanidad.

Me dirijo hacia al redil de los leones. Supongo que imita bastante bien lo que en teoría podría ser un rincón perdido entre las montañas del Atlas. Tres machos enormes, de melena negra y densa, no me quitan de encima sus pupilas de ámbar. A pesar de que estoy rodeado de pequeños escolares y de un grupo japonés de

unos diez individuos, que no pasan del metro sesenta de estatura y van armados hasta los dientes con la última tecnología audiovisual del mercado, soy lo único que reconocen como una amenaza para sus crías. Enrique, tras de mí, observa a todas las personas que pasan a nuestro alrededor mientras sus hombres vigilan desde posiciones estratégicas que yo desconozco por mi propio bien.

Son leones de Berbería, según puedo leer en un tablón informativo que hay en el cristal de seguridad justo antes del foso que nos separa de su biozona. Al parecer son especímenes seleccionados de una colección privada. Hay varios centros por toda Europa que cooperan desde hace tres años y que seleccionan de los zoológicos y reservas que hay desde Portugal hasta Rusia los ejemplares de genética y morfología más próximas al estándar racial para utilizarlos como progenitores en el programa de reproducción en cautividad.

Una de las leonas de la manada juega con sus cachorros. Hay varios que no paran de manotear los cristales. Decenas de críos responden al otro lado con toquecitos y burlas inocentes.

Creo que este lugar es un ejemplo de lo que hemos hecho con nuestro mundo y no una muestra de la vida animal de nuestro planeta: lo hemos dominado, manipulado, contaminado y empobrecido y ahora queremos redimirnos con muestras mediocres de empatía hacia especies que estaban aquí antes que nosotros. Hemos sido tan voraces que también enjaulamos en parques a nuestra propia especie. Reservas indias, reservas masáis o reservas aborígenes. Suenan bien, pero «guetos ambientales» hubiera sido una expresión más precisa. Somos el hermano mayor fratricida de un hogar con un padre ausente y una madre enferma. La situación

es tan extrema que cuando voy a un restaurante y veo los platos de las otras mesas no dejo de pensar en la cantidad de antibióticos que se habrán utilizado y en la combinación de estos para producir la porción de carne o pescado que disfrutan los comensales de mi alrededor. Hace unos años escuché que una empresa granadina había creado un antibiótico natural con extractos de ajo y cebolla para uso en piscifactorías. Supongo que a las grandes farmacéuticas no les interesan estos descubrimientos.

En este lugar veo bestias tan hermosas que me hacen odiar a mi especie. Un tigre siberiano blanco me llama la atención poderosamente entre varios de sus congéneres. Es un recién llegado a las instalaciones, uno de los félidos de los cientos que ahora atestan los zoos de toda la vieja Europa tras la prohibición de utilizar animales en los circos.

La bestia retoza en el agua del estanque de su recinto con un tarugo de madera que muerde y suelta una y otra vez, con sacudidas traviesas e infantiles pero tremendamente violentas por la fuerza de su cuello. Es enorme, trescientos kilos según el cartel. Estoy seguro de que puede tumbar a un buey en la nieve antes de que este sepa qué es lo que acaba de romperle la nuca. Supongo que observarlo en el agua, jugando como un niño inquieto, nos invita a concebirlo como a una simpática mascota y no como al depredador letal que es en realidad. Lo contrario supondría reconocer el animal que también nosotros llevamos dentro y que liberamos cuando las circunstancias son favorables.

Enrique conoce bien a ese animal. Fue así como perdió a su novia el año pasado.

Ella era de un cuerpo de policía europeo. Después de un partido de fútbol, los hinchas de ambos equipos arrasaron varias calles de la ciudad durante una batalla campal. Cuando todo acabó había más de ochenta muertos. Diez eran agentes de los cuerpos de seguridad de la ciudad, del grupo de la policía montada al que ella pertenecía. En varias de las cargas de caballería, los hinchas abrieron las alcantarillas de la calle y los animales que cargaban contra los dos bandos se rompieron las patas delanteras al caer en la trampa. Sus jinetes, descabalgados a la fuerza, fueron golpeados hasta la muerte con barras de hierro y cadenas por los cientos de hinchas de las dos nacionalidades. Los padres de la muchacha no pudieron reconocerla en la morgue debido a la brutalidad de las heridas.

Tras las investigaciones se demostró que los grupos violentos llevaban preparándose durante años con técnicas de lucha cuerpo a cuerpo y tácticas militares.

El fenómeno de la violencia en el fútbol se ha estudiado con detenimiento en estos últimos meses y, al parecer, y sin que el descubrimiento haya sorprendido a nadie, es un comportamiento que compartimos con los chimpancés y que es muy difícil de reprimir para los individuos más fuertes, primitivos e idiotas de ambas especies. Creo que las imágenes de las contiendas son un adelanto de lo que habrá en todas las calles del mundo antes de un año. ¿Qué padre de familia puede proteger a sus hijos de algo así?

Llego a mi lugar favorito en el zoo, la zona de los lobos. Me producen la misma fascinación que observar el proceso de aprendizaje de un niño, siempre me sorprenden por más que repito la visita. Me parecen las criaturas más inteligentes de los cientos de especies que llevamos siglos intentando exterminar. Luchamos de las

maneras más sucias para acabar con ellos y ahí están, han recuperado territorios en toda Europa en cuanto se les ha dado cuartel.

La bestia que tengo delante es diferente a todas las que he visto antes. Se trata de un lobo gris, un macho enorme. Debido a su tamaño, más de noventa kilos, forma parte de un proyecto para rescatar de la extinción al lobo gigante de Kenai.

—Buenas tardes, joven —saluda la voz octogenaria de un hombre. Cuando me giro, Enrique se ha interpuesto entre un caballero de unos setenta años muy elegante y yo.

—Buenas tardes —le devuelvo el saludo, y le indico a Enrique que lo deje acercarse, parece un individuo interesante.

Lleva un sombrero de bombín negro, un abrigo verde oscuro de lana virgen entallado en la cintura, guantes de cuero color chocolate ajustados y unos zapatos italianos de color camel de seiscientos euros. Cuando se acerca, se queda a algo más de un metro y me doy cuenta de lo rematadamente perfecto que es el corte de su barba blanca estilo hípster y de la capacidad que tiene una chaqueta hecha a medida de rejuvenecer la figura agostada de un hombre mayor.

Se coloca a mi izquierda, frente al cristal de seguridad que nos separa de los cánidos, y me llega una sutil fragancia con matices a madera, vainilla y coñac. Deja que su bastón con empuñadura de plata en forma de cabeza de tejón toque el suelo con un suave golpe de la punta justo al decidir el punto exacto que ha escogido como observatorio de los animales y lo cuelga de su antebrazo cuando se apoya en el vallado con la mano derecha. Mete la izquierda en el bolsillo de un pantalón de pata de gallo verde pálido. La cadena de

un reloj de bolsillo sobresale del chaleco de cuadros escoceses rojos y verdes a juego con la corbata que sujeta con un broche de plata en forma de sable. Su delgadez, un porte erguido y la pulcritud de su aspecto, me dicen que estoy ante un hombre moderado, meticuloso y educado. Por sus rasgos afilados y los ojos grises y hundidos en el rostro, intuyo que estoy ante un individuo inteligente y probablemente muy culto.

—Veo que comparte mi admiración por estas criaturas —afirma con un acento francés inconfundible.

—Sí, señor, son unos animales magníficos —respondo con simpatía. Este hombre es muy peculiar y me encantaría acabar su puzle antes de que nuestros caminos se separen.

—Es cierto. Astutos, leales y fieros como todas las familias que sobreviven a los avatares de la historia.

Algo me dice que hablo con un aristócrata.

El lobo alfa no deja de observar a Enrique; sin duda, los iguales se reconocen.

—Soy Belmont, señor Laurence. —Se toca el ala de su sombrero con un estilo y clase extintos ya en este siglo.

—¿Nos conocemos? —pregunto tan sorprendido como intrigado.

—No formalmente. Estuve como público en Ámsterdam en el 2022, en su ponencia sobre el uso de herbívoros salvajes como alternativa en la prevención de los incendios forestales.

—Oh, ya veo. ¿También colabora con organizaciones de *rewilding*?

—Bueno…, sigo sus proyectos muy de cerca y he hecho algunas modestas contribuciones, aunque, igual que usted, realizo la compra de tierras y la suelta de animales por mi cuenta. —Su mirada se torna aún más astuta.

—Entiendo. Creo que por la zona del norte de Francia se están promoviendo algunos proyectos de *rewilding*, si no recuerdo mal se han realizado liberaciones masivas de herbívoros en el último año.

—Sí. Esperan tener el mismo éxito que ustedes en su país, aunque yo he comprado las tierras en una zona más meridional, más estratégica.

Callamos unos segundos durante los que estudiamos nuestras últimas palabras y nos dirigimos una mirada cómplice. Ninguno vamos a desvelar la localización de nuestros refugios. Los dos nos estamos preparando. Está claro que Belmont conoce el Protocolo de Enfriamiento Global.

—¿Y qué tal va su proyecto, Belmont?

—Me absorbe completamente. Precisamente hoy he finalizado mi colección de herbívoros. Acabo de negociar la importación desde un zoológico ruso de dos machos de antílope saiga para una manada que voy a formar en una zona esteparia al sur de la finca donde ya hay un pequeño rebaño de trescientos ejemplares. En la misma zona realicé la suelta de trescientos bisontes americanos; bastante más abundantes que el europeo, y mucho más fáciles de adquirir. ¿Conoce la historia de estas fieras, de esta manada de lobos en concreto, señor Laurence?

—Por favor, llámeme Laurence. Y no, no conozco la historia de estos animales, pero, si usted sabe algo, me encantaría que lo compartiera conmigo.

—De acuerdo, Laurence. En mi país, esta manada es bastante popular en ciertos círculos. Perteneció a un conocido, un magnate maderero francocanadiense que heredó de su padre una manada mucho mayor que esta y que escondía en un rancho enorme del

norte de Canadá. Mi amigo, igual que su padre y su abuelo antes que él, coleccionaba cachorros de lobos de Kenai que los leñadores de su empresa iban encontrando de las zonas del sur de Alaska que explotaron durante algunas campañas. Hubo un tiempo en que llegó a tener más de cien de estos animales a los que alimentaba con la carroña y despojos de las batidas de caza y de los descastes de las ganaderías que poseía. Una vez al año invitaban a varios de sus clientes más excéntricos y elitistas. Hombres de negocios con gusto por las emociones fuertes y sin escrúpulos para lo que aquí llaman «caza enlatada»; pagaban una auténtica fortuna por derribar de un disparo a un ejemplar como estos —afirma Belmont con resignación —. Muchos de los cráneos de los padres y los abuelos de estos animales cuelgan de las chimeneas de las casas de campo de los hombres más ricos de este mundo. Eran criados como botellas exclusivas de una añada reservada solo para supuestos privilegiados con demasiado dinero y poco respeto por otras vidas aparte de las suyas. Hace un año, la familia decidió traer parte de la manada de la que proviene esta a una finca al sur de Francia para acercar la experiencia y el negocio a sus clientes. Un par de activistas ecologistas consiguieron infiltrarse en las instalaciones y abrir sus jaulas. Todos los animales escaparon durante esa noche. Mataron a decenas de potros y algunas yeguas purasangres que pastaban en los cercados del palacete de la finca y que estaban valorados en un total de dos millones de euros. Solo se salvaron los animales que estaban en las cuadras. Cuando la gendarmería llegó, la manada rodeaba una pequeña iglesia junto al palacete en la que se celebraba un bautizo para dar caza a la familia que llevaba tratándolos como ganado durante generaciones. —Belmont

ensombrece el gesto—. Laurence, el monstruo que lo observa en este momento será sacrificado el año que viene cuando la loba dé a luz a la camada que gesta en estos mismos instantes y vuelva a quedarse preñada. Este animal sigue vivo precisamente por su tamaño, uno de los últimos de su raza, así como el resto de los individuos que componen este grupo y a los que, como ve, trata con una severidad marcial. —Vuelve a mirar al lobo y dice—: El antiguo propietario donó casi toda la manada a Estados Unidos y siete individuos al zoo de Madrid con la condición de que esos animales se llevaran al menos a mil kilómetros de su casa, el macho fuera sacrificado y se mantuviera la mayor discreción sobre lo sucedido en sus fincas durante más de un siglo.

Me doy cuenta, tras escuchar a Belmont, de que el macho alfa odia al ser humano. Tiene un costillar de oveja entre sus zarpas por el que el resto de su manada gimotea y se arrastra a su lado, pero prefiere mirarme fijamente a los ojos antes que terminar su comida.

Belmont saca la mano de su bolsillo y dibuja un círculo en el cristal con su dedo índice. Sin embargo, la bestia no sigue la trayectoria circular, sino que le mantiene la mirada amenazante. Parece sentirse insultado por la forma en la que el insigne caballero trata de interaccionar con él, quien desiste y con cierto temor en la mirada me advierte.

—Es la cuarta vez que vengo en un mes y, evidentemente, no tengo ni idea de qué está pensando esa fiera ahora mismo, pero sí le puedo decir que es capaz de analizar situaciones más rápido de lo que he visto hacer a perros adiestrados. La última vez que lo vi, hace una semana, simuló su muerte durante toda la tarde en la que estuve en las instalaciones. Al día siguiente me informaron de que su

cuidador mandó al resto de la manada a las jaulas, pero la imprudencia le hizo entrar solo y sin anestesiarlo previamente con un dardo tranquilizante. Antes de que le sacaran sus compañeros le había arrancado la mitad de la cara, pero tuvo la suerte de llevar un bastón eléctrico que le dio unos segundos. Tras la investigación de las cámaras de seguridad se descubrió que durante los meses anteriores al suceso se estuvo sacando a los individuos drogados para curas y revisiones, y el macho observó y aprendió el protocolo de actuación. Ahora a ese monstruo no le queda más de un año.

—Belmont, ¿considera que este ejemplar es un monstruo?

—No, Laurence, considero que a todos los individuos que llegamos a ser lo que necesitamos ser se nos acaba tratando como a monstruos.

Belmont se descalza el guante y me ofrece su mano. Antes de despedirse con una ligera, casi imperceptible reverencia de cabeza, me afirma con mucha seguridad que nos volveremos a ver y me entrega su tarjeta de visita y, cuando apenas ha dado un par de pasos en dirección hacia la salida, se vuelve y dice:

—Por cierto, Laurence, yo también conozco a Aníbal. —Se gira tras mantenerme una mirada cómplice de apenas dos segundos y con paso distinguido desaparece entre los niños y los turistas. Me he dado cuenta de que la información de la que dispongo es moneda de cambio en ciertas cúpulas. Solo las familias más fuertes podrán garantizar su futuro.

Mi visita al zoo ha de concluir o llegaré tarde a mi consulta diaria. Esta bestia astuta y pendenciera me acaba de dar una solución con el periodista de Virginia.

Subo al coche y hay una reflexión a la que Belmont me ha llevado con tanta sutileza que casi he llegado a creer que la idea es mía: «Monstruos. Fieras».

Buenos o malos ¿Habrá manera más estúpida de ver la vida? Las bestias, los monstruos también aman. Los supuestos buenos y justos también odian, ¿cuál es entonces la diferencia? ¿Nuestras motivaciones?

Enrique conduce como si tocara un instrumento de música. Su espalda sobresale por ambas partes del asiento del conductor y sus orejas aparecen aplastadas como chicles escupidos en la acera; su cartílago está encallecido tras doblarlo y aplastarlo cientos de veces por las llaves de sus contrincantes, durante sus entrenamientos y combates de lucha en suelo. A veces me pregunto por qué circunstancias habrá pasado este muchacho. Sin duda, no habrá tenido una vida fácil. Vio exterminar a casi toda su familia en los Balcanes. Una fiera así no nace, se abre camino hasta el final de la matriz putrefacta de la guerra. Parece que la vida lo hubiera puesto en mi camino para que, aunque parezca contradictorio, lo proteja de sí mismo. Es como un hijo hecho a mi imagen y semejanza con el que discuto porque no puedo dejar de ver mis irremediables errores del pasado en las necesarias, legítimas y aparentemente evitables equivocaciones de su presente.

Aparcamos en zona azul y, cuando Enrique ya ha salido del coche y tiene controlado un radio prudente, me abre la puerta. Según parece, estoy a un descuido de que me vuelen la cabeza. La semana pasada nos siguió un coche con dos ocupantes durante tres días. Al cuarto, mi guardaespaldas compró cuatro *rottweilers* que ahora suelta todas las noches en las cocheras de la empresa y a los que

alimenta a diario con parte de los casi doscientos kilos de carne picada que han aparecido misteriosamente en la cámara frigorífica de mi ático. Desde entonces no nos sigue nadie. Aunque mi chimenea y mi salón huelen a cabello quemado, y hace un par de días, cuando alimentaba el fuego, volví a descubrir una especie de pepita de oro; provenía del empaste fundido de algún pobre diablo. He preferido no decirle nada a Enrique sobre el tema, ya le he dado varios toques a su hermano Midas por esos descuidos. Al fin y al cabo, cuando lo contraté me puse en sus manos. Bueno, ninguno de los dos es un santo, pero Enrique es mucho más profesional y limpio que su hermano pequeño.

5

Nuestra parcela del paraíso

Voy a la consulta justo de hora. Enrique me sigue a unos pasos sin dejar de vigilar a nuestro alrededor mientras habla con sus subordinados por el auricular del móvil, quienes nos observan desde varios pisos francos del barrio. Los escucho por el audífono con el que me dan instrucciones cuando las cosas se ponen feas. Al pasar junto al Café Polonia me invitan con tono jocoso a que repare en el semblante del portero; alguien disfrazado de superhéroe le acaba de rociar la cara con tinta china mientras lo llamaba chulo a voz en grito. No le encuentro la gracia. Cuando entro en la consulta, justo tres minutos después de mi hora, la recepcionista me comunica que Virginia me espera y que puedo pasar. Al cruzar la sala de espera encuentro a mi peculiar otorrino con un cambio de look radical. Está sentado de brazos cruzados y ataviado con un traje casero de superhéroe, de enormes orejas arrugadas como bolas hechas de papel de periódico y dos cuernos de cartón rotos, parece que alguien las hubiera aplastado de un mazazo. Ahora entiendo la broma de mis escoltas sobre el gorila del Polonia.

—Buenas tardes —saluda con un hilo de voz suave muy agudo.

—Buenas tardes, ¿ha tenido un mal aterrizaje?

—No sé de qué me habla —contesta con un aire entre enigmático y ofendido.

Llamo a la puerta de Virginia. Oigo como vuelve a coger la alianza del cajón del escritorio, y me pide por favor que pase.

—Laurence, buenas tardes, ¿qué tal te encuentras? —saluda visiblemente preocupada. Hoy viste una camisa blanca bajo un chaleco verde caqui ajustado de hilo y unos pantalones a juego que marcan la perfección de sus proporciones.

—Hola, Virginia. Estoy bien, solo algo cansado. —Su mirada realmente expectante e interesada me anima a continuar con el plan. Comienzo a sentirme parte de ella.

—Ayer, durante la sesión, abandonaste la consulta sin que termináramos ni habláramos; algo bastante irracional por tu parte, Laurence. Además de contraproducente…, creo que deberíamos analizar lo que pasó antes de seguir con la consulta de hoy y, sinceramente, pienso que deberías haber respondido a mis llamadas.

—Sí, es cierto, he estado muy ocupado. Lo siento. —Primera regla: no dar explicaciones innecesarias.

—Está bien, pero espero que no vuelva a pasar y que hoy podamos continuar —dice con un tono condescendiente que no esperaba.

—No quiero que sigamos recurriendo a la hipnosis —sentencio.

—Eh…, de acuerdo. No te preocupes, hoy solo hablaremos. Relájate y cuéntame qué te pasó ayer.

—No sabría explicarlo, Virginia. Era todo tan real que me asusté. Fue muy desagradable.

—Tranquilo —responde en un instante en el que detecto algo extraño en su cara. Está pálida y sus labios muy secos. Debe de estar enferma.

—Estoy tranquilo, pero no quiero hablar de lo que vi. Hoy no me siento con ánimos —contesto mientras observo que hoy no ha comido demasiado; la manzana y la naranja que almuerza a media mañana están intactas sobre la pequeña nevera que comparte con su compañera Marta, y en la papelera solo había un vaso de plástico con restos de café con leche de la máquina de la entrada. Tampoco ha tomado café después de la comida. Ella lo toma solo.

—Bien, vayamos poco a poco, cuéntame cómo fue tu niñez en el pueblo leonés. Háblame de Riaño, de la gente que conociste, de tu familia…, lo que más te apetezca, de los recuerdos más agradables que conserves de aquella época.

—Riaño es un pueblo leonés a los pies de los Picos de Europa en un cruce de carreteras entre Asturias, Cantabria, León y Palencia. Creo que debería empezar por ahí. Es un pueblo en un valle ganadero rodeado de varias localidades más pequeñas. Riaño, en concreto, tenía algo menos de mil habitantes por el año 79.

»Supongo que todas las personas recordamos el lugar donde crecemos con un cariño especial, porque nuestro subconsciente otorga a los recuerdos de la infancia y de la adolescencia la importancia que tienen durante el resto de nuestras vidas. Para ser sincero y práctico, debo decir que sé que mi infancia en Riaño me hizo como soy, para lo bueno y lo malo. He vivido en muchos lugares del mundo, pero no he vuelto a tener nunca esa sensación de seguridad, de calidez, de pertenecer a un sitio y su pequeño universo, sensación que casi se ha convertido en una nostalgia crónica, en un miedo constante a echar raíces.

»No sé cómo explicarte qué es lo que siento si no has estado nunca allí, pero cuando escucho la palabra "Riaño" viene a mi mente

el recuerdo del hogar, pero no del ambiente del hogar que se puede sentir en el espacio exclusivo y único que hay entre las paredes de una vivienda donde se convive con la familia, sino el hogar como un ideal. Como si todo el pueblo, sus pastos, bosques y montañas fueran mi morada y toda la gente con la que me cruzara cada día formara parte de ese entorno indivisible e irrepetible. Mi cerebro se niega a olvidar cada una de las vivencias de mi niñez como la viscosidad del vidrio de una frágil vitrina lucha por proteger del tiempo los recuerdos que guarda en su interior, porque al fin y al cabo, a mi edad, eso es lo que me queda, el recuerdo sedimentado y atesorado en mi memoria de todos los rincones del valle de Riaño.

»¿Qué riañés, por muy lejos que esté, por mucho tiempo que lleve lejos de su valle y sus sierras, no puede oler el aire de sus montañas cuando cierra los ojos y ve las siluetas nevadas de las Pintas, el Yordas y el Gilbo, o cuando se cobija del sol, del frío o de la lluvia tras un muro de piedra no recuerda los caseríos y las calles de su pueblo, el roble de los soportales y los pasadores bajo los que jugaba de niño, atezados por los siglos? ¿Qué riañés donde fuera que tuvo que emigrar para buscar el porvenir de su familia o un nuevo hogar donde rehacer su vida no para un momento en la faena para tomar un bocado y entonces puede volver a oler la carne ahumada y los embutidos hechos con las manos de su madre, y que cuando era un niño encontraba siempre que quería en la despensa de su casa cuando el hambre irrumpía en mitad de los juegos de la calle que lo vio nacer y crecer?

»La nieve y el hielo dominaban el valle casi todo el invierno, pero al llegar la primavera cada palmo de tierra se cubría de un mar de pradera exuberante, salpicada de amapolas, capilotes y manzanilla.

Y así es como lo vi la primera vez al entrar por la N-621 en el coche del abuelo, delante de la ambulancia que llevaba a mi madre acompañada por mi abuela. Todo el esplendor del mes de mayo me asaltó tras una curva de la carretera. Cientos de yeguas y sus potros pastaban junto a manadas de vacas y sus jatos, rodeados de bosques caducos y protegidos por macizos y paredes rocosas que se levantaban inmensas como las lindes de esa parcela del paraíso que heredamos.

»Recuerdo que casi a un kilómetro del pueblo nos desviamos al norte por un camino de tierra flanqueado de decenas de olmos centenarios cubiertos de las hojas del verde de la savia rabiosa de mayo. Nos acercamos despacio a uno de los caserones que había dispersos en los alrededores del pueblo con la voz de fondo emocionada y profunda del abuelo.

»La edificación quedaba apenas a unos pasos del río Esla. Estaba construida completamente de piedra y sus cuadras y pajares eran una extensión de esta. Había varios corrales de madera y un huerto recién rehabilitados frente a la cocina. Al parar el motor del coche, pude escuchar el croar de miles de ranas y la corriente de agua que bajaba para drenar las entrañas de las montañas que se alzaban frente a mi nueva casa. Un bosque de galería que recorría ese tramo del río había sido tomado por varias bandadas de pájaros para comenzar la temporada de cría.

»Estábamos preocupados por la adaptación y la recuperación de mi madre. Sin embargo, todo fue muy natural, muy lógico, muy acertado.

»El caserón era enorme y había sido restaurado por un constructor de León por encargo del soñador de mi abuelo. Mis tías

Petra y Carmen, y el resto de la familia, se ocuparon de guardar los muebles hasta que las obras estuvieron terminadas y ahora la casa estaba en todo su esplendor.

»Pasamos por una vereda de piedras junto al huerto de la casa que estaba protegido por un murete de algo más de un metro de altura y que tenía la tierra recién labrada y abonada del estiércol de las cuadras de algún vecino. Mi abuelo quiso que conociéramos las reformas del caserón que había diseñado durante las largas noches de vigía de mi madre.

»Empezamos por la cocina: nos sorprendió la luz que entraba por un cerramiento curvo con un ventanal de cristaleras de marcos blancos de palillería, ubicado en lo que antes era una de las cuadras contiguas al lado sur del caserón. Los muebles claros como el nácar resplandecían por los reflejos caleidoscópicos que llegaban desde la superficie ondulante del río y se proyectaron en la tez de mi madre cuando se asomó a través de los cristales para volver a contemplar el ansia de reverdecer de la tierra negra del huerto que tantas veces había trabajado con sus primas cuando era una niña. Mi abuelo abrió las ventanas. El sonido del agua y la algarabía de las criaturas que luchaban sin descanso por renovar el ciclo de la vida entraron como una ovación de ánimo que el valle le dedicaba a mi madre. Volvió a salir por la puerta con su sonrisa de ganador y tomó un puñado de tierra. Lo acercó a través de la hoja de la ventana abierta para que lo oliera su hija. Ella le sonrió con complicidad e inhaló el aroma orgánico de los millones de microvidas que rebosaban de entre los dedos de las manos de su padre, pudo sentir la fertilidad y la vitalidad casi palpable de todo lo que había a su alrededor. Su semblante tomó un matiz orgulloso, empezaba a recordar la pasión

de su juventud y la tierra que la vio crecer la nutría por momentos de la esencia que componía su propia fuerza interior. De repente la vi salir de su hibernación, sus ojos se encendieron de vida, se descalzó y salió para acompañar al abuelo y sentir la tierra húmeda y migajosa entre los dedos de sus pies. Padre e hija siempre tuvieron una relación especial. Su naturaleza era semejante: los engranajes de sus mentes estaban conectados.

»Mi madre comenzó a recordar su infancia, a hablar del huerto que cultivó y que quería volver a preñar de vida, de verduras, de frutas, de futuro y de ilusiones. Ilusión. Creo que esa fue la clave. Volvió a tener ganas de luchar por algo, por vivir, por verme crecer, por reencontrarse con sus familiares y amigos, por reencontrarse consigo misma.

»Mi abuela María, que siempre estuvo celosa de esa relación, me llevó a dar una vuelta por la casa.

»Era una mujer muy rara, perpetuamente preocupada y obsesionada por controlarlo todo. No llevábamos ni una hora en el pueblo y ya tramaba mandarme a un internado de León, porque temía por mi educación cristiana.

»Durante años me obligó a asistir a rezar el rosario todos los domingos por la tarde. Al llegar al pórtico de la iglesia de Riaño encontraba más de cien pares de madreñas, los zuecos de madera labrados y de infinidad de colores con los que los riañeses andábamos en invierno para que la nieve y el barro no pudrieran el calzado de cuero. Justo antes de entrar al templo, sacaba los pies calzados con mis zapatillas limpias y secas del interior del par que me había hecho Diego con sus manos y las colocaba junto a las de

mis vecinos. Jamás confundíamos las nuestras cuando terminaba la misa.

»Mi abuela María pensaba que me embrutecería en el pueblo. Allí me criaría entre gente sencilla, honesta, de rudeza montaraz, de costumbres y normas arduas para cualquier niño, que marcarían el carácter tanto del hijo del ganadero más recio como el del médico local. Ella, y el complejo de inferioridad que heredó de su madre, decían que una de las últimas descendientes del jefe ranquel Arbolito, quería mi refinamiento por encima de todo. Su plan era sublimar y eliminar hasta mi última gota de la sangre ranquel, salvaje e indómita que heredé de ella, y que me barnizaran durante años con capas superpuestas de cultura, sofisticación y la modélica hipocresía que ocultarían mi verdadera naturaleza, como había intentado antes con mi madre. Ese era el motivo por el que siempre era la primera en regañarme, aunque en el fondo no podía dejar de abrazar y achuchar mi entonces enjuto cuerpo, cuando paraba un momento a su lado.

»A pesar de que la edad no perdona a nadie, a sus cerca de sesenta años no aparentaba llegar siquiera a los cincuenta. Era la fuente de la que había bebido la belleza de mi madre, pero las facciones mestizas y la obviedad de sus curvas mulatas se expresaban con más fuerza que en su hija, llegando a ser evidentes por los escotes tan generosos que lucía y que mantuvieron largas las manos de mi abuelo hasta el mismo día que lo enterramos.

»Se movía con ímpetu de quinceañera y el genio que corría por sus venas la hacía inagotable frente a las innumerables faenas que llevaba al cabo del día. Tenía los mismos ojos almendrados que mi madre, aunque de un negro insondable; con ellos podía ver una

realidad terrorífica para el más valiente de los hombres. La capacidad o el don de mi abuela, según se vea, siempre fue un muro que no pudo atravesar mi comprensión, pero que mi aún joven intuición detectó instantáneamente como se intuye la inteligencia o el liderazgo en cualquier otra mirada.

»"Aquí conocerás la codicia humana, Laurence —me previno cuando al asomarse por una de las ventanas del pasillo que llevaba de la cocina al salón miró hacia el muro de la presa—. Aquí aprenderás a proteger lo que más quieres, gauchito", como me llamaba cariñosamente.

»Descendía de una familia hacendada de Argentina, de ahí el acento dulzón que conservaba y con el que almidonaba su personalidad dominante. Cuando se enfadaba nadie de la casa le hacía frente, pues era la línea que no debíamos cruzar ninguno si no queríamos vivir una semana en aquella enorme construcción con una bruja de las que no se encuentran en los cuentos.

»Se trataba de un caserón muy antiguo. Los vecinos más viejos decían que esa casa pertenecía a los Robles hacía más de cinco generaciones, la familia materna de mi abuelo. Al viejo le encantaba contarnos una y otra noche que descendíamos de los bravos cántabros cuando hablaba de las montañas y los pueblos de sus ancestros.

»Erigida en piedra, el paso de una sala a otra lo jalonaban unos enormes arcos de piedra.

»Dos pomos con forma de cabeza de caballo, que compró en el barrio Platero de Córdoba, eran el comienzo de los pasamanos de madera de las amplias escaleras que accedían al primer piso, donde

se distribuían ocho dormitorios, y que dejamos a nuestra izquierda antes de entrar a la sala principal.

»El salón era muy amplio y se entraba a él a través de tres arcos, cruce de sus tres galerías: la que conducía a la cocina y las escaleras de la planta superior, la de los dormitorios de los invitados y sus baños y la de la nueva biblioteca.

»Los muros pétreos respaldaban muebles antiquísimos que mi abuelo hizo restaurar por un carpintero local y que llenó de recuerdos. Nunca había estado en un lugar como ese, entré cogido con fuerza de la mano de mi abuela. Ella estaba muy sorprendida por el cuidado que había puesto su marido en colocar y distribuir todas las posesiones que guardaba en el sótano de la casa de Córdoba.

»Una pequeña ventana enmarcada por un arco de medio punto orientada al sur y un ojo de buey enorme con vidrieras de colores, cuyo dibujo parecía ser la cabeza de un extraño perro, dejaban entrar la luz del sol, que tintaba la sala de un ambiente taciturno perpetuo. En el interior había dispuesto un auténtico salón a caballo entre una sala de trofeos y un selecto club de caballeros. Aunque la piedra y las vigas de roble mantenían la esencia del caserón, las alfombras, las fotografías en blanco y negro y las reliquias que conservaba en vitrinas de cristal bajo llave hablaban más de él y de su vida de lo que seguramente él lo había hecho nunca. Fue entonces cuando mi abuela se tomó en serio el proyecto del hotel que a mi abuelo se le había metido en la cabeza establecer en aquel viejo caserón.

»Yo sentía un gran respeto por aquella sala y por todo lo que allí moraba, así que la primera vez que entré, al darle al interruptor de

las luces, fue un auténtico descubrimiento para ambos. En las esquinas, las vitrinas enfocadas por unas viejas lámparas que proyectaban una luz cálida y suave resaltaban el reflejo metálico de varios cuchillos de caza. Algunas pistolas del siglo XIX, brújulas, espuelas con grabados y decenas de objetos de atracción magnética para un niño que me mantenían en un estado constante de contención al tacto. Siempre me llamó la atención, por encima de las demás piezas, un reloj de bolsillo expuesto en la vitrina más pequeña dentro de una caja de madera veteada con el interior forrado de terciopelo verde. A mis ojos, el reloj más hermoso que he visto nunca. Conformado en plata y oro, tenía el fondo negro resaltando las horas en números romanos mediante unas piezas de marfil talladas con una delicadeza artesanal. La cadena era de plata y lo que más me intrigó fue el perfil de un dogo argentino grabado en la tapa del reloj, la misma de la vidriera. En el centro del salón se erguía una formidable chimenea de piedra, bajo la cabeza disecada de un ciervo enorme flanqueado de tres colmillos gigantescos de mamuts y tres sofás de cuero repujado. Uno de ellos aguantaba sobre su brazo una silla de montar mexicana.

»En la zona menos iluminada, dispuesta a lo largo, había una barra de madera con un fondo de espejos y botellas de licores. El abuelo bebía un vaso cada noche, después de cenar, mientras fumaba un pequeño puro de aromas a vainilla y café.

»Despacio, de cara a los muros, escudriñé cada una de las inquietantes fotografías. Los viejos guantes de boxeo, ajados y maltrechos por lo que sin duda había sido un intenso uso. Una piel estirada de vaca, roja como la arcilla, cubría un viejo baúl cerrado con una enorme cerradura.

»La esquina estaba llena de recuerdos, de compañeros y amigos caídos, de extraños caballos. En lo alto de todos, un cuadro al óleo sorprendentemente realista; era mi abuela en una espléndida juventud. Tenía a mi madre en brazos.

»A esa edad yo ya comprendía que todo aquello mostraba cuáles fueron los golpes que tallaron durante años el carácter de mi abuelo. Me impresionaban enormemente las imágenes de los combates de boxeo. El sitio reservado para su gran afición ecuestre atesoraba una fotografía de un soldado nazi cubierto de barro que desbravaba un caballo formidable de patas acebradas que se retorcía en el aire lanzando los cuartos traseros hacia el cielo. En esa parte del muro se apreciaba en un pequeño retrato un jinete derribando una vaca con un extraño sistema gaucho de cuerdas y bolas llamado "boleadoras". Y mi vida empezó allí de nuevo, al son de un reloj de péndulo de estilo colonial que presidía el gran salón que era parte de la enorme herencia de mi abuela María y que marcaba la hora por la que se regiría todo ser viviente en aquel caserón.

»Todos los vecinos vinieron a vernos. Tenía tíos y primos que no conocía de nada, todos me abrazaban y besaban, era como si volviera después de años de ausencia, aunque yo nunca había estado allí. Todos traían dulces o queso o carne o una caja de embutidos hechos en su casa. Cada una de las personas que entraron durante esas primeras semanas lo hicieron regalándonos lo mejor de sus hogares y de sus intenciones.

»Recuerdo que mi madre ganó peso rápidamente, pues todos los días fueron de celebraciones, de reencuentros, después de años en Belfast sin visitar Riaño. Mis tías Petra y Carmen eran hermanas e hijas de una prima de mi abuelo.

»Nunca paraban de reír, siempre buscaban la parte buena de todo y de todos. Sus maridos, mis tíos Manuel y Jesús, también eran hermanos y poseían unas de las mayores vaquerías del valle a unos kilómetros del pueblo en dirección a Boca del Huérgano. Eran muy trabajadoras, y después de ayudar a sus maridos con el ordeño de las vacas, venían al caserón para traerle nata o calostros frescos a su prima Águeda. Les encantaban las tostadas de nata con canela y se pasaban una hora desayunando y tomando café al tizón. Hablaban sin parar mientras preparaban un cocido leonés para toda la familia o cualquiera de las decenas de faenas que realizaban de pequeñas junto a la madre de mis tías. Después la obligaban a vestirse y arreglarse, y se la llevaban a comprar o a echar unos vinos a la hora del vermut en una de las más de diez fondas de la localidad, donde todos los días se paraban los paisanos para alternar. Los fines de semana y los festivos de primavera salíamos al valle con todos sus hijos e hijas, mis primos. Recogíamos cientos de narcisos a los que allí llamamos "capilotes".

»Recuerdo que mis tías eran muy anchas de caderas, algo que sin duda les ayudó a dar a luz a los cinco hijos que tuvieron cada una. Tenía seis primas y cuatro primos, casi todos eran mayores que yo. Empecé a adorarlos en cuanto los conocí. Siempre estábamos juntos, en el colegio, en las calles jugando a la pelota, cuando íbamos a recoger el ganado con sus padres o a pescar con mi abuelo. Nunca me aburría. Había pasado de la violencia y el miedo del norte de Irlanda a la paz del norte de España, de los toques de queda de una ciudad en guerra a las puertas sin cerrojos de los hogares de un pueblo montañés español.

»Uno de mis primos, el hijo pequeño de mi tía Petra, era un par de años menor que yo, se llamaba Gamaliel. Enseguida nos hicimos inseparables. Vivía a quinientos metros en un caserón tan grande como el nuestro. Recuerdo que cuando iba a recogerlo me dirigía su peculiar mirada de anciano y su sonrisa de pillo reincidente para acompañarme incondicionalmente adondequiera que fuera la travesura del día; a pesar de que padecía una cojera por una disimetría de las piernas, nunca tuve que esperarlo.

»Gamaliel ha sido siempre mi mejor amigo. La crueldad de la niñez lo apodó "Gameltralladoraz" por su ligera tartamudez y un ceceo incorregible, pero a él le gustaba ese alias porque tenía una puntería increíble y porque ese nombre le hacía sentirse duro y peligroso. Su hermano Manuel era cinco años mayor que yo. No dejaba que nadie se propasara con ninguno de sus hermanos o primos. Manuel era campeón del valle de lucha leonesa en su categoría. Siempre que había una competición en Riaño todo el pueblo iba a verlo. A mediados de agosto, durante las fiestas de la Virgen de Quintanilla, les daba un repaso a los muchachos de los pueblos de al lado. Era el orgullo de la familia y, cuando luchaba, todos los primos conseguíamos meternos a empujones en el corro de aluche para ver cómo derribaba uno tras otro a sus contrincantes.

»Con los meses todo se normalizó, nuestra vida allí fraguó como el hormigón de la presa del pantano. Mi abuela siguió controlándonos a todos. Yo comencé a ir a la escuela del pueblo, aunque ya quedaban apenas un par de meses para acabar el curso. Mi abuelo, codo con codo con mi madre, empezó con los planos de la remodelación de las cuadras y las edificaciones contiguas para la construcción del hotel y se trajo sus dos caballos.

»Caramelo, un angloárabe alazán de mucho carácter, y Zarco, un hispanoárabe tordo muy noble y fuerte, eran los dos ejemplares que tenía para montar en una finca que poseía a veinte minutos de Córdoba; dos machos castrados de cinco años que estaba empeñado en domar a la vaquera, el deporte andaluz al que estaba orgulloso de llamar como propio.

»Mi abuelo podía escribir durante días en la soledad del sótano de la casa de Córdoba sin hablar con nadie, sin apenas alimentarse o dormir, pero no perdonaba una jornada sin montar a sus caballos. Después de meses sin ver a sus criaturas, las recibió como a niños pequeños cuando bajaron del remolque en el que los trasportó el capataz de una de sus fincas de la campiña cordobesa.

»Les dio pan duro y terrones de azúcar de su mano y los liberó en uno de los corrales junto al caserón, tupido de las hierbas que empezaban a agostarse con el incipiente verano. Ellos respondieron retozando con cabriolas, galopes desenfrenados y coces al viento hasta que estiraron sus extremidades entumecidas tras horas de viaje. Él los contemplaba con un puro en los labios y, en medio de sus pensamientos, sin quitarles la mirada de encima, quiso compartir conmigo no sé si una de sus reflexiones o algo que había leído de su biblioteca ecuestre.

»El caballo es un ángel en la tierra que Dios, preocupado por la vanidad que nos otorgó, intentó corregir dándonos un hermano más hermoso que nosotros.

»Después tiró el puro al suelo, entró en el corral y los dos animales se le acercaron trotando cuando el viejo chascó la lengua. Zarco lo abrazó pasando su cabeza sobre el hombro derecho del viejo y atrayéndolo hacia él con algo parecido a la ternura; era el

más cariñoso de sus dos corceles. Caramelo le acercó los ollares a la barba y le olió suavemente durante un rato.

»Comenzamos nuestro primer verano en los Picos de Europa durante el que, como todos los periodos estivales, Riaño se llenaba de los vecinos que habían emigrado por el antiguo proyecto de pantano, y que volvían para veranear junto a los familiares que permanecían en el valle. Durante los casi tres meses todas las calles eran un hervidero de gente, incluso si ibas al río siempre había familias bañándose en sus charcas, niños riendo y jugando, y pescadores venidos de toda España y de fuera de ella por sus truchas. Empezaron a verse piraguas de plástico que bajaban el río y en los rincones y calles más tranquilas y sin tráfico de animales o coches se podían encontrar yincanas de bolos riañeses, en familia o entre vecinos.

»Los cuatro nos sentíamos ya como en casa, y yo empecé a entender aquel pequeño cosmos de la mano de mi abuelo.

»Todos los 6 de cada mes había feria del ganado en Riaño y, si coincidía en fin de semana o festivo, los críos del pueblo acompañábamos a nuestros padres y abuelos a verla o a ayudarlos con el manejo de los animales que exponían. Había ganado llevado desde todas las localidades cercanas: Anciles, Escaro, Huelde, Pedrosa del Rey, La Puerta, Salio, Burón, Vegacerneja…, e incluso de otras provincias. La feria anual, la de noviembre, atraía a ganaderos de casi toda España.

»Pequeños camiones que aparcaban en fila a las afueras del pueblo y que transportaban cabras, ovejas, vacas, mastines y cerdos o gochos, el nombre que le damos allí a los cerdos. Los animales se ataban a unas vallas de hierro, o en pequeños corrales para que

interesados y curiosos pudieran contemplarlos. A mí me gustaba ir con mis tíos, porque me dejaban ayudarles a carear las becerras que vendían o las que compraban.

»Recuerdo ver por la mañana temprano a todos aquellos hombres de piel curtida y antebrazos poderosos y peludos, con sus cigarros humeantes apresados entre sus labios, negociar y regatear el precio de cientos de bestias entre voces aguardentosas, apretones de manos de los de verdad y fajos de billetes de las antiguas pesetas contados en duros de los que costaba ganar.

»La personalidad bonachona de mis tíos cambiaba durante esas mañanas de manera más que apreciable a otra bastante más astuta, habían aprendido a tratar de sus padres y estos, a su vez, de los suyos. Podían juzgar una novilla en segundos y sacarle todas las faltas del mundo hasta conseguir que se la dejaran al precio que perseguían o presentar uno de sus novillos más mediocres de manera en la que alcanzara el mejor precio posible.

»Una de esas mañanas comenzó uno de los mejores días de mi vida. Era la feria anual, un 6 de noviembre, creo que ya llevábamos un par de años en el pueblo. Mi abuelo quería que aprendiera a montar, pero apenas tenía diez años y Caramelo y Zarco tenían que terminar su doma antes de permitirme mis errores como jinete novel.

»El viejo le echó el ojo a una yegua sorraia. Era gris ceniza, con las crines de mechones blancos y negros como la cola, pelo de rata, la llamamos en el argot. Sus patas las cruzaban rayas transversales más oscuras, como las de las cebras, y en su lomo había una línea negra a todo lo largo. Era un ejemplar fuerte, aunque sin la esbeltez de los caballos que conocí en el sur de España. El ganadero que la

vendía, que venía desde el norte de Portugal, hizo que su hijo pequeño la montara en un claro del prado. Era un jinete de mi edad, pero la yegua no perdió el paso en el rato que la montó. Se movía bien y aceptaba el filete sin resistencia. Mi abuelo, cuando el pequeño desmontó, le miró la boca al animal para comprobar su edad y le pidió una por una sus cuatro patas con un pequeño toquecito en las cañas y ella se las dio dócil. Después le tocó las nalgas y ella respondió con inmovilidad, le cambió el largo a las acciones de los estribos de la silla y la montó. En todo momento la yegua trabajó con bondad; él se aseguró de que, cuando le apretó las piernas, recibió la impulsión de sus remos en las riendas sin protestar hasta llevarla a un galope corto muy suave y relajado.

»El viejo ofreció ochenta mil pesetas, el propietario hizo ademán de indignarse y le pidió ciento cincuenta mil, al final la yegua se quedó en las cuadras de mi casa por veinte mil duros. Se llamaba Zaina, el animal más noble que he conocido nunca.

»Cuando vivía en Belfast mi padre me enseñó a montar con los caballos que le brindaban los gitanos, pero, desgraciadamente, no tuvimos mucho tiempo.

»Mi abuelo era un jinete consumado. Compitió varios años en doma clásica y consultaba con asiduidad las obras que coleccionaba de los grandes maestros de las escuelas de equitación austriaca, francesa e italiana.

»Estaba enamorado de la doma vaquera, decía que no había una disciplina ecuestre más exigente en el mundo. Como todos los hombres ricos que consiguen conservar su niño interior durante la vida adulta, se convirtió en un adolescente caprichoso durante la vejez; así que empezamos por buscar un buen lugar donde yo

pudiera seguir con mi aprendizaje como jinete a lomos de Zaina y él pudiera continuar con la doma de Zarco y Caramelo y su nuevo proyecto: iba a rescatar de la extinción al encebro.

»El abuelo había asistido hacía años a un mitin en Cebreros. El viejo no era amigo de la política, pero sí de tener amigos políticos. Después de hacer noche en esa localidad de Ávila escuchó que el nombre de Cebreros se debía a un équido extinto hacia siglos: el encebro. Era un animal robusto y muy fuerte que pobló toda la península ibérica. De hecho, cuando los portugueses llegaron a África, llamaron "cebras" a los equinos que encontraron en Angola por su parecido con los nuestros.

»El médico del pueblo y el abuelo habían estado consultando varios libros de historia y de razas equinas e incluso visitaron varias fincas portuguesas donde había caballos sorraias más o menos puros. La disparatada hipótesis de mi abuelo después de conocer la historia de los encebros es que el sorraia es el descendiente de estos y que otra de las misiones en su vida como naturalista sería devolver al equino extinto a la vida.

»Necesitaba un lugar cubierto para montar los días de lluvia o nieve durante los largos inviernos que nos esperaban en el valle. Entonces no me di cuenta de su pasión por la vida, porque yo solo era un chaval que jugaba a hacerme mayor junto a otro niño de setenta años.

»Francisco Antolín Robles nunca escuchó los consejos de sus vecinos y las advertencias de su mujer con respecto al futuro del valle; miraba a la presa como a un fantasma, como un cuento para asustar a chiquillos.

»Él, que había cenado con políticos y mandatarios todas las semanas durante décadas; él, que había luchado en la Segunda Guerra Mundial, que había levantado empresas de la nada y las había vendido por cientos de millones, ahora solo pensaba en demostrarnos a todos que él sabía que Riaño viviría y no le importaba el dinero que tuviera que gastarse para darnos a mi madre y a mí un futuro entre aquellas montañas.

»Era la vida que él hubiera querido vivir en la tierra de su madre, el legado que quería dejarnos.

»Mientras el constructor seguía con la remodelación de las cuadras y los pajares del caserón para el futuro hotel al que llamaría Hotel Águeda, el abuelo se las ingenió de nuevo para salirse con la suya.

»A doscientos metros del caserón había una casa abandonada que contaba con un pajar enorme con el tejado casi derruido. Era de una tía lejana que había muerto hacía años, y sus hijos, que vivían en Madrid, ya habían recibido la indemnización por la expropiación del inmueble por el proyecto del pantano.

»Mis tíos Manuel y Jesús derribaron lo que quedaba de la techumbre con la pala del tractor, un viejo cacharro al que le quedaba algo de pintura verde en el capó. Lo llamábamos Marianín en honor a un toro del pueblo que fue el orgullo de Riaño en las peleas de toros de antaño que se celebraban entre los sementales de los pueblos de la comarca. Todavía había biznietos de aquel animal pastando en el valle.

»Entre todos los primos y varios amigos, retiramos la madera de las vigas que se podía aprovechar y quemamos la que la podredumbre y las larvas de miles de insectos habían taladrado

hasta minar por dentro. Mi abuelo visitó a varios de los vecinos que conservaban troncos de roble de las suertes de leña de hacía unos años que guardaban arrinconados en pajares y cuadras para arreglar cercados y vallados, y compró todo lo que podía aprovecharse. Varios de los vecinos nos cedieron los tablones que no usaban. Durante varias semanas saneamos aquel pajar dejado de la mano de Dios hacía décadas. Levantamos el estiércol seco y compactado del suelo y lo esparcimos por las tierras de al lado. Mis tíos y mi primo Manuel rehabilitaron las partes del muro de piedra que estaban dañados tras años de agua y hielo introduciéndose entre las llagas de sus muros. Los pequeños les ayudamos a hacer hormigón en masa que le pasábamos a través de un andamio improvisado. Cuando todo el pajar estuvo limpio y sus muros reconstruidos, solo quedaba levantar el tejado y, para ello, mi abuelo apareció con su gran amigo Diego y dos carpinteros jóvenes de la zona.

»Diego era un hombre, cuando menos, peculiar. Nadie sabía su edad, pues ya peinaba canas cuando llegó a Riaño algunos meses antes de que lo hiciéramos nosotros. La anchura de sus hombros y sus rasgos eslavos le dieron sin él quererlo el título de galán local; sus facciones, más que atractivas, se tornaban irresistiblemente simpáticas cuando sonreía ampliamente entornando sus profundos ojos azules limpios como los de un niño. Mi madre no se cansó nunca de decir que era el hombre más guapo que había conocido jamás y que su acento le confería algo que, sin saberlo explicar, lo podían entender todas las mujeres del valle. Jamás se supo de dónde era realmente. Él contaba que cuando era pequeño emigró desde Tarifa junto con su madre gaditana y su padre moscovita a una antigua colonia rusa de Alaska, aunque en realidad su nombre

era Nikolay y yo lo había conocido tres años antes en Belfast. Era otro de los muchos secretos de la familia. Diego siempre llevaba un libro encima e intercambiaba ejemplares de todas las materias con mi abuelo, era un hombre de inteligencia prodigiosa que asombró a todo el que trabajó alguna vez a su lado. Aparte de llegar a ser el manitas oficial del pueblo, era un gran tutor de estudios; ayudó a muchos jóvenes a sacarse el graduado escolar, el bachiller, la selectividad y a más de un universitario le dio clases de física y matemáticas.

»Hizo todos los trabajos de carpintería de la estructura de madera del nuevo tejado al que todos ayudamos a levantar. Como tejas, usamos la pizarra que cayó con la antigua cubierta y recogimos arena de las orillas del río para la nueva pista donde todos los niños del pueblo pudimos montar los días de lluvia o nieve o jugar al futbol y se formó un equipo de lucha leonesa que entrenaba allí un par de veces por semana. Al final, aquel enorme pajar se convirtió en otro lugar donde reunirnos los niños, los jóvenes y todo el que quisiera, pero sobre todo era el centro provisional y extraoficial de cría en cautividad del encebro, el cual contaba con tan solo dos especímenes: Zaina y Atila, el caballo del médico del pueblo. Cuando nos quisimos dar cuenta, mi abuelo ya tenía siete yeguas sorraias y dos sementales a los que trajo desde el país lusitano.

»Aquel verano mi abuelo y yo nos levantábamos justo al amanecer. Con las primeras luces del alba se oían los cientos de gallos de los gallineros que tenían la mayor parte de los vecinos.

»Las vacas y sus terneros mugían hasta que sus dueños les abrían los portones de sus cuadras y corrales para que fueran a pastar al valle tras el ordeño. Entonces yo despertaba con los ladridos de

Melquíades, un cachorro de mastín leonés que me regaló el padre de Gamaliel, y con la luz que entraba tenue por la ventana entornada de la habitación donde yacía junto a mi madre. Dormíamos en una habitación del primer piso del caserón en dos camas muy antiguas de ébano labradas con profundos relieves. En la que yo descansaba, los dibujos tallados eran una osa con sus crías, en la de mi madre había un roble bajo el que se cobijaba una cierva con su cervatillo.

»Yo ya sufría pesadillas y mis abuelos aún no querían dejar a mi madre totalmente sola durante tantas horas, así que estuvimos vigilando mutuamente nuestros sueños durante las noches de algo más de un par de años.

»La brisa fresca transportaba el olor a hierbabuena y lavanda a través de la ventana que mi madre había llenado de plantas aromáticas y mecía hipnóticamente unas cortinas de gasa blanca que erizaban su piel cubierta hasta la cintura por una suave sábana de hilo y un camisón de seda azul que le había regalado mi padre unos meses antes de morir. Aún puedo oler la fragancia a jazmín y rosas que emanaba de un perfume que ella misma elaboraba y que impregnaba toda su ropa, su pelo, sus manos. Toda la habitación. Yo observaba absorto el movimiento de las sombras proyectadas en las enormes vigas de madera del techo mientras esperaba, entre el sonido de su respiración, el característico tintineo metálico de la tapa de la cafetera: la señal inconfundible de que mi abuelo estaba en la cocina y que él y yo habíamos pactado para que me levantara cuando ya había alguien para vigilarme.

»Aquella mañana mis sentidos escudriñaban una y otra vez los rincones de la habitación en busca de un pasatiempo para engañar mi exasperación por la espera de la señal, pues estaba impaciente

por comenzar la monta de Zaina y seguir con la obra de la pista del pajar junto a mis primos y tíos. Entonces oí tres golpecitos metálicos que casi despertaron a mi madre, esperé a que volviera a profundizar en su sueño; algo que obvié después de algunas sacudidas hípnicas de sus piernas y de contemplar su semblante plácido, casi alegre. Escapé como un ratón que pasa por delante de un gato de porcelana, sobre los dedos de mis pies, y recogí la ropa de la silla junto a la puerta.

»Me vestí en silencio en el descansillo del pasillo junto a las escaleras de madera que llevaban a la planta baja tras quitarme un feo pijama de lunares que, cuando se quedó pequeño, dejaba bajo la ropa los días de frío.

»Bajé a la cocina con mis botas de montar en la mano, le di un gran empujón a la puerta mientras me quitaba las legañas y la luz que entraba por el ventanal de la cocina me cegó. Cuando mis pupilas se adaptaron, fue cuando conocí formalmente a Gregorio, el médico de la zona y mi mentor y amigo. Tú lo conoces, es tu colega el doctor Gregorio Casas.

6

Verdades ocultas engendran

mentiras necesarias

—Perdona. ¿He entendido bien? ¿Dices que el médico que me derivó tu caso te conoce desde la niñez, que vivía en Riaño? —pregunta Virginia extrañada.

—Sí, eso es lo que he dicho. —Creo que es el momento, espero no haberme precipitado, pero ya no me queda mucho más tiempo.

—Pero…

—Sí, sé que te puede resultar extraño, pero Gregorio ha estado conmigo casi toda mi vida. —Los ojos de Virginia se entornan y su rostro vira en completa perplejidad.

—Pero él no me había comentado nada, omitió por completo que os conocierais desde hace tantos años —apostilla una vez que ha retomado su gesto neutro y profesional.

—No lo culpes, no estaba autorizado a hacerlo.

—Ya, pero no es recomendable, no ha debido hacerlo, está en el código de buenas prácticas médicas…

—Bueno —interrumpo—. ¿Tú nunca has tratado o aconsejado a algún amigo o familiar?

Virginia se queda callada. Los dos sabemos que todos los médicos recetan y tratan a sus seres queridos, ¿acaso no son también personas?

—Supongo que sentirás curiosidad por el doctor Casas.

—Pues sí.

—Es una de las personas más importantes en mi vida. Cuando Gregorio rondaba los cuarenta, no era el hombre tranquilo y apacible con el que has hablado en estos meses.

»Casas es de Riaño, estudió en Madrid y se especializó en cardiología con un expediente brillante. Durante sus tiempos de estudiante trabó amistad con algunos compañeros que pertenecían a varias de las familias de médicos más antiguas de Madrid y con los que luego trabajó y abrió varias clínicas privadas. Apenas algunos años después de empezar su carrera profesional, ya era un cardiólogo reconocido en toda España. Aquellos años dio conferencias en muchas de las universidades de Medicina de toda Europa e incluso recibió algunas ofertas para trabajar en Estados Unidos, pero se quemó. Cuando estaba en la cima se hartó de coches y hoteles de lujo, de fiestas, de mujeres…, todo aquello empezó a repugnarle. Un día, durante mi adolescencia, le pregunté por qué había dejado todo aquello y él simplemente me contestó: "¿Cómo se puede ser médico mientras insultas al resto del mundo con tu forma de vivir?".

»Consiguió sin mucha dificultad la plaza de matasanos de Riaño y volvió a sus montañas. Cuando lo conocí era un hombre descuidado en su afeitado diario, de una barba canosa muy cerrada que agraciaba sus rasgos tan definidos que parecían cortados por un escalpelo. Tenía una complexión atlética natural que le daba cierta

gracia, a la que acompañaba una mirada inteligente y una lengua rápida y afilada.

»Cuando volvió, decidió cambiar el respeto y la autoridad que los alcaldes, curas y médicos paseaban por todos los pueblos de España por un cinismo mordaz que mantenía a raya a todo el que quería entrar en su vida sin llamar. Algo contradictorio, porque poco después empezó a estudiar psicología en sus ratos libres; y se supone que los psicólogos debéis de empatizar con vuestros pacientes…

»En fin, soltero por insoportable, médico por devoción e irónico por vicio, había pasado de ser una autoridad en cardiopatías a cargar por las poblaciones del valle con un maletín digno de un cirujano de guerra.

»Mi abuelo y Diego se habían convertido poco a poco en sus mejores amigos. Bromeaban refiriéndose a él como "el centauro de la penicilina", porque en ocasiones una urgencia confabulada con el clima o el relieve le daban la excusa perfecta para desplazarse a caballo por entre aquellas montañas dejadas de la mano de Dios.

»A pesar de que nunca lo confesó, era feliz cuando cabalgaba sobre su caballo para salvar una vida, un animal que en más de una ocasión lo despidió por encima de las orejas debido a su falta de destreza como jinete. "¡Si operaras como montas, no quedaría un alma en estas montañas!", gritaba mi abuelo entre carcajadas al verle entrar a pie en Riaño varias horas después que su caballo Atila.

»"¡Pueblo pequeño, infierno grande!", respondía el médico.

»Otras veces Gregorio no volvía. Cuando llegaba a un caserón perdido entre las montañas o a cualquiera de las aldeas de su ruta, los pacientes y sus familiares tenían preparado heno y grano para su

caballo y a él lo arrinconaban con vino y un buen asado de carne y embutidos de la zona. Al final era tal la curda que agarraba que tenía que quedarse a dormir allí.

»En el oeste de Cantabria, en la comarca de Liébana, hay un pueblo llamado Potes. Si algún día pasas por allí, verás una estatua de un médico rural a caballo luchando contra las inclemencias del tiempo para atender a sus pacientes. Así es como recuerdo yo a Gregorio en los días de lluvia, un hombre al que no le gustaba apenas nadie pero que lo arriesgaba todo para intentar asistir a cualquiera.

»La mañana en la que lo conocí estaba junto al viejo, sentado a la mesa de la cocina del caserón. Reían de una de las maldades del médico. Mi abuelo disfrutaba del sentido del humor de Gregorio y el doctor de la humanidad y la capacidad de soñar de su nuevo amigo.

»Al parecer, la noche anterior, en una de sus cada vez más habituales trasnochadas de taberna, habían acordado que el doctor visitaría a mi madre de vez en cuando. Aunque ella iba todas las semanas a León, a la consulta de un psicólogo, mi abuelo quería que Gregorio la viera con asiduidad para mayor tranquilidad de todos.

»"¿Qué se dice, Laurence?", me reprendió mi abuelo, y se levantó para prepararme una taza de leche caliente con cacao.

»"Buenos días", saludé sorprendido al ver al extraño que había sentado en mi cocina.

»"Te presento a don Gregorio". —Aunque yo, como todos los vecinos, lo veía casi a diario.

»"Laurence, es un placer". —Se puso en pie con su habitual sorna y se acercó para ofrecerme la mano como si saludara a una celebridad de diez años.

»"Encantado", le devolví el saludo.

»"Su abuelo me ha dicho que es usted un gran caballista. Yo también monto. Tengo un sorraia que me odia casi tanto como yo a él".

»"Sí, don Gregorio es un jinete consumado", apostilló mi abuelo con sarcasmo en el tono y de espaldas a nosotros.

»"Gracias, Francisco, por ese comentario tan sincero. Lo tendré muy en cuenta cuando vuelva la gripe. Por cierto, ¿le ha pedido permiso a su mujer para…?".

»Entonces mi madre entró por la puerta vestida aún con su camisón azul y una bata de hilo blanco sobre sus hombros. Ella no esperaba que hubiera visitas en casa, se ruborizó y pidió perdón por su aspecto. El médico se quedó sin palabras. Mi abuelo, que lo conocía, se dio cuenta enseguida de lo que acababa de pasar. Yo, que estaba acostumbrado a esa reacción en los hombres en presencia de mi madre, di por hecho que vería a don Gregorio a diario y casualmente fue el día que nuestro doctor decidió empezar a estudiar la especialidad de Psicología.

—¿Cómo era esa reacción y qué sentías cuando eso ocurría? —pregunta Virginia intentando desvelar algún complejo tipo Edipo en mí.

—De alguna manera, todos los hombres del pueblo estaban enamorados de Águeda Antolín. Después de unos meses en Riaño, su gesto amable, su atractivo, el derroche de simpatía ante las muestras de cariño de los riañeses y el pasar de sus curvas imposibles vibrando al son de sus tacones la habían convertido en la razón por la que muchos de los tenderos de Riaño abrían media hora antes todos los lunes y por la que algunos ganaderos fumaban en la

puerta de las tabernas de la calle Mayor cuando sus rebaños los esperaban para ir a pastar al valle. Ese era el día que ella escogió para hacer la compra semanal. Le gustaba ir a primera hora de la mañana para poder elegir entre la mayor variedad posible de productos frescos.

»Una mañana especialmente reveladora de la beldad de mi madre nos levantamos al amanecer y, después de que ella y mi abuelo terminaran algunos de los planos que debían enviar al constructor del nuevo hotel, se arregló como todas las mañanas que iba a Riaño. Su pelo negro y rizado suelto, un vestido pegado; ese día eligió uno de color marfil con unas pequeñas flores azules que resaltaba su piel morena y un par de tacones de la legión que guardaba en su armario como la grandísima coqueta que era.

»Recogimos a Gamaliel con el coche, quien se había duchado con la colonia de mi primo Manuel, peinado a lo niño bueno y ataviado con su ropa de los domingos. Sí, como el resto de los varones riañeses, estaba enamorado de mi madre. Se sentó delante, conmigo. Mi madre le dio un beso en la cara. Él descubrió la marca en el reflejo del cristal de la ventanilla y la tocó con suavidad con los dedos para asegurarse de que tenía algo de ella por muy efímero que fuera y no dejó de acariciarla en toda la mañana.

»Riaño era el pueblo más grande de la comarca. Una tienda de ultramarinos en la plaza Mayor regentada por Ángel, un hombre de unos sesenta años, impecablemente trajeado, de pañuelito en el bolsillo de la chaqueta y corbata de seda a juego, era la primera y la última tienda por la que Águeda Antolín pasaba. Siempre aparcaba en la puerta de aquel establecimiento. El galán repasaba su

cabellera plateada frente al espejito de la trastienda tras la señal de los ecos de los primeros pasos de mi madre.

»Y allí estábamos nosotros, detrás de ella, dos perritos falderos que la ayudaban a cargar con la compra hasta que volvíamos al coche. Yo celoso de cómo la miraban todos y enfadado, porque ella sabía que no le quitaban los ojos de encima. Por eso caminaba así, como si la calle fuera suya, como si su juventud fuera a marchitarse en un par de horas. Gamaliel, a mi lado, no apartaba la vista de sus piernas hipnotizado, idiotizado hasta lo más profundo de su ser. Me ponía de los nervios. "¿Es que no ves que es mi madre, cojo gilipollas?", pensaba mientras me mordía la lengua para no decirle todas las verdades que no se le pueden decir a un amigo.

»La calle, despertándose aún con los ladridos de los perros y los gallos que anunciaban el nuevo día, era la pista por la que la mujer desfilaba sabiéndose el motivo de tenderos fumando a las puertas de sus negocios mientras le daban los buenos días con sonrisas y suspiros de admiración. El primero era Ángel y el repertorio de piropos que cuidaba casi tanto como su presencia y que lanzaba con una destreza llevada a la categoría de arte. Salía de su tienda y le daba el paso como un caballero con corazón de torero. Ella sonreía iluminando la calle e hinchando el pecho de aquel viejo donjuán, que recibía una ovación de sus vecinos bajo la consigna clamorosa de "¡Maestro!" en cuanto doblábamos la esquina.

»A veces, en los días en los que la ausencia de mi padre le era insoportable, con la excusa de ver la mercancía nueva o de buscar un vino especial para una cena con invitados, entraba en su tienda agarrada del brazo que Ángel le ofrecía en cuanto paraba frente a su puerta. Entonces la atendía mostrándole todo el género que hubiera

en su establecimiento y en su alma, bromeando y halagándola hasta arrancarle una carcajada deslumbrante para después ella acabar comprando lo que no necesitaba, y llevarse su corazón roto de mujer remendado con puntadas de sana vanidad.

»¿Sabes, Virginia, que tú me recuerdas mucho a ella?

—¿A tu madre?

—Sí.

—¿En qué aspecto?

—No sabría por dónde empezar. Son pequeñas cosas. Gestos. Algunas reacciones. ¿De dónde eres, Virginia?

—De aquí, de Madrid —responde insegura a una pregunta muy sencilla.

Miente.

—Creía que eras del sur. Me había parecido que tienes algo de acento —le contradigo mirándola a los ojos con seguridad.

—Bueno, Laurence…, creo que es la hora. Mañana seguiremos con el tema.

Se ha asustado.

—De acuerdo. Hasta mañana, pues, Virginia. Espero no haberte molestado.

—No. Es que hoy tengo un compromiso muy importante y voy mal de tiempo. No te preocupes, Laurence.

Son las doce y media de la noche y estamos a solo cinco días de Navidad. Virginia y Pedro acaban de salir de una de las salas de cine que hay en el centro comercial donde han pasado la tarde. Paran para tomar unas cervezas y cenar algo. Midas lleva toda la noche

siguiéndolos. Nos informa al resto del equipo mientras pasa desapercibido entre la gente que mira los escaparates de las tiendas para las compras de las fiestas. Todo está lleno de luces y adornos entrañables que nos recuerdan las Pascuas de nuestra niñez. El ambiente que se crea es una obra de ingeniería comercial soberbia.

Enrique, inmune al espíritu de la Navidad, ha contratado a algunos hombres más para los últimos trabajos que necesito finalizar antes de encerrarme en Efa en apenas unos meses. Midas es de la misma complexión que Enrique, aunque tiene la nariz puntiaguda y es más bajito y violento que su hermano, al que intenta impresionar con muestras abominables de sangre fría y sadismo.

Yo me encuentro en la parte de atrás de una furgoneta de cristales tintados que hemos estacionado en los aparcamientos del centro comercial, sentado y parapetado entre dos lituanos enormes de corte de pelo cuadrado, botas con puntera de acero y aliento a vodka. Cantan sin parar, muy emocionados, un villancico interminable. No sé de dónde saca Enrique a estos tíos, pero está claro que la felicidad y la alegría se pueden encontrar en cualquier rincón, por muy oscuro que sea, si uno se rodea de la gente adecuada. ¡Dios! Ahora uno de ellos, el más corpulento, llora sobre mi hombro derecho. Enrique, al volante, junto a un ucraniano de casi dos metros, me mira por el espejo retrovisor y sonríe después de guiñarme un ojo con sorna. Siempre me gasta estas bromas cuando no sigo sus reglas sobre mi seguridad. Ahora debería arrepentirme de no haberme quedado esperando en la tranquilidad de mi ático, pero sigo pensando que el que da la orden debe grabar en sus retinas las consecuencias de sus decisiones.

Es una situación bastante absurda, entre otros motivos, porque ocupamos un vehículo robado a una banda de extorsionadores, sospechosos de varios robos con violencia y de algún secuestro, que han salido impunes de todos los procesos judiciales en los que han estado. Gregorio siempre decía que el ADN, el apellido y un buen abogado son lo que nos hace a todos diferentes ante la ley.

La tapicería, el volante, el salpicadero…, todo está lleno de huellas de sospechosos habituales de la policía que ignoran el hecho de que les hemos robado el vehículo. Lo escondían en una nave a las afueras de Toledo, es parte de uno de los planes de escape que tienen preparados por si la cosa se les tuerce. Según la información que ha conseguido Enrique, la banda lleva sin visitar las instalaciones más de tres meses. Mi escolta ha cubierto la carrocería del vehículo con pegatinas de publicidad de una empresa imaginaria de transporte urgente. La ha llamado Paquetinstán. No sé si es una de sus bromas o una genial idea que ha sacado de los comentarios que escucha en los vestuarios del gimnasio donde entrena con varios policías. De allí se inspira para planear ardiles dignos de los delincuentes más escurridizos de Madrid.

Midas nos avisa por el móvil de que Pedro y Virginia se dirigen hacia el coche. Enrique ordena silencio y el interior de la furgoneta se vuelve un sepulcro. Sabemos exactamente dónde aparcaron hace ya casi tres horas. Salimos del parking, estacionamos en doble fila, a unos cinco metros de su coche, un todocamino rojo nuevo y bastante caro para ser de un periodista con un sueldo de mil trescientos euros.

Según nuestro observador, Pedro ya se ha bebido dos litros de cerveza, como buen jugador de rugby.

El alcohol juega a nuestro favor.

Cuando la pareja sale a la calle, Virginia está achispada. Se abrazan repetidas veces antes de llegar al vehículo y, cuando están a un par de metros de este, nos acercamos, y el acompañante de Enrique saca la mano por la ventanilla y revienta el espejo retrovisor del todocamino. Enrique acelera y nos dirigimos hacia el Pinar de San José. Todos llevamos guantes y pasamontañas. Midas monta en su moto de gran cilindrada y nos adelanta a una velocidad kamikaze para prepararlo todo.

Paramos con mucha calma en un semáforo en rojo. Pedro es bastante predecible, nos ha seguido con el coche después de dejar a Virginia plantada en la acera y supongo que muy preocupada. No para de insultarnos desde su ventanilla abierta, de hacernos luces y pitarnos con la bocina. Está a tres vehículos tras nosotros. Sale del suyo convertido en una bestia iracunda de cien kilos. Enrique abre su ventanilla y se descalza el guante para hacerle una peineta, después acelera y gira a la izquierda hacia el Pinar de San José. Hay algo de tráfico, así que Pedro tiene que esperar a que el semáforo cambie de color mientras nos fulmina con la mirada y vocifera fuera de sí: le hemos jodido su coche nuevo.

Enrique aparca en el límite sudoeste del pinar, junto a un campo de fútbol, baja de la furgoneta, se agacha y pincha la rueda delantera izquierda con una navaja. El resto permanecemos en nuestros asientos cuando Pedro llega a toda velocidad y derrapa para frenar apenas a un metro de nuestro conductor. Pedro sale de su coche y deja la puerta abierta. No me imaginaba que fuera tan corpulento, tiene unas piernas enormes. Debe de pesar bastante más de cien kilos. Enrique se pone en pie y lo mira sonriendo. Pedro

ve su navaja y se da cuenta del error que acaba de cometer. De repente todo se oscurece. Midas ha cortado la corriente de todas las farolas de la calle.

El pobre incauto da la vuelta para meterse en su coche, pero Enrique le da una patada a la puerta y la cierra antes de que este pueda meter ni un pie.

El ucraniano y los dos lituanos salen del vehículo. Midas aparece en plena carrera ocultando la cara bajo un pasamontañas y le da un puñetazo en el mentón a Pedro, que cae de espaldas.

Bajo del coche y ya somos seis hombres con pasamontañas a la luz de la luna llena. El horror se refleja en los ojos de Pedro, abiertos como platos. Se acaba de percatar de que aquello es una trampa. Sabe que está acabado. No se achica. Se levanta y derriba a Midas de un solo derechazo en el ojo izquierdo y comete otra equivocación: intenta placar a uno de los lituanos que viene desde su izquierda, lo derriba y el resto se le echa encima cuando cae al suelo con su oponente. Le patean la espalda y el estómago hasta que le cuesta ponerse en pie, pero lo consigue. Cada movimiento, cada golpe que lanza, cada una de sus reacciones me dicen que no sabe pelear. Quizá eso le dé algunas horas más de vida. Midas se incorpora con una mirada de hielo. Alza una mano para que el resto de los compañeros suelten a su presa. Enrique ordena que obedezcan a su hermano, que se dirige andando hacia el pobre periodista, quien lanza un torpe derechazo, Midas lo esquiva y de un salto le da un rodillazo en la sien. Todo se ha acabado. Ya he visto todo lo que tenía que ver aquí. Nos lo llevamos a casa.

—Envolvédmelo para regalo, chicos —ordeno.

Los dos lituanos lo agarran bajo los hombros y arrastran su cuerpo laxo hasta el coche que tenemos escondido en el pinar. Su cuello de toro está torcido como el de un muñeco de trapo abandonado tras el juego. Midas lo llevará hasta una nave donde hará otro cambio de vehículo antes de «alojar» a Pedro en la habitación oscura de mi ático.

Los vecinos se asoman por las ventanas, pero la luz de la luna es austera en detalles. Se oyen sirenas acercarse.

Enrique se coloca un bucal para protegerse los dientes. Monta en la furgoneta y se abrocha el cinturón de seguridad. Arranca y la sube a la acera. Acelera y se dirige a toda velocidad hacia un árbol enorme. Acaba de estrellar nuestra pista falsa que lleva huellas suficientes para tener a la policía entretenida durante semanas. Después salimos en la moto hacia mi ático. Los lituanos y el ucraniano escapan con el coche de Pedro.

Pedro despierta aturdido cuando Midas le inyecta una pequeña dosis de adrenalina. Se encuentra sentado con las manos atadas a la espalda en la silla metálica de nuestra pequeña sala de interrogatorios, frente a tres individuos que seguimos cubiertos por los pasamontañas y que esperamos a que se espabile para hacerle hablar.

Acaba de tomar conciencia de su situación y nos regala todos los insultos que la sangre que escupe le permite pronunciar, hasta que Midas le asesta una patada en la boca del estómago que lo calla de inmediato, saca su maletín metálico, donde guarda todas las

herramientas con las que suele trabajar en esta sala, y las coloca delante de nuestro invitado sin prisas.

Una por una las describe recreándose en los usos y bondades de todos y cada uno de sus juguetes: unas tenazas enormes para cortar clavos como mantequilla, unas pinzas curvas muy largas con las que puede remover y agarrar cualquier órgano una vez que se introducen en un cuerpo humano, una escofina de medio metro que puede hacerse con la piel de la frente de un hombre en una suave pasada y con el hueso frontal con solo apretar un poco. También tiene un martillo para derribar dientes y un puño americano para astillar y romper costillas. Saca un hacha de carnicero para cortar y hacer más digestible la cena de los *rottweilers* del sótano y ahora saca varios clavos oxidados enormes, además de cinco frascos de ácidos y bases fuertes. En estos instantes desenrolla los cables de un dispositivo que usa para dar descargas eléctricas. Lo deja todo colocado sobre la mesa para que Pedro se haga idea de la madrugada que le espera y pueda contemplar su escaparate de los horrores.

Midas le tira un beso mientras se quita la ropa y se enfunda un mono blanco desechable, botas de agua y un gorro de plástico para la ducha. Enrique enciende la chimenea para eliminar las partes de Pedro con las que no pueden los estómagos de los perros y cuando vuelve su hermano pequeño ya le ha rapado el pelo a nuestro invitado y ase las tenazas para arrancarle los dientes. Siempre se queja de que odia buscar astillas de incisivos cuando ha terminado la música. Este muchacho me pone de los nervios. Mete el pulgar y el índice en las mejillas del invitado y aprieta hasta que este abre la

boca y puede introducirle un pedazo de madera para empezar con las extracciones.

—¡Para! —ordena su hermano mayor, que odia sus métodos y le echa una tremenda reprimenda en su lengua materna; algo que no puedo entender pero que hace que Midas agache la mirada y aplaque su sadismo durante algunos minutos más.

Ambos hermanos son semejantes en el físico, pero sus mentes son muy diferentes. Midas es sádico y brutal, disfruta viendo el dolor y la sangre ajenos. Enrique es de otra pasta. Es frío y calculador, tremendamente inteligente y disciplinado y prepara meticulosamente cada movimiento que hace para llegar al éxito de sus objetivos, por eso está al frente de mi seguridad, por eso creo que hemos llegado a ser algo parecido a amigos, algo así como compañeros de trabajo con afinidad que completan las ideas del otro, porque nuestras mentes han degenerado de forma muy parecida. Claro que, teniendo en cuenta que la mayor parte de los trabajos que compartimos son de carácter ilegal o más bien criminal, no solemos aparecer como los empleados de la semana en el tablón de anuncios de la oficina de la empresa.

El año pasado, antes de contactar con el capitán Julián González, hicimos algunas transacciones con varios exmilitares rusos que intentaron extorsionarme cuando efectuamos el pago del material que les compré. Me llegó una nota al apartado de correos donde hacíamos los pagos en la que textualmente decía: «Sacaremos todo a luz si no hay un millón más». Habíamos sido muy cuidadosos en no dejar pruebas de la compra de armas y vehículos militares, no podían demostrar nada, pero volverían a la policía en nuestra contra.

Enrique y yo los estuvimos vigilando durante meses antes de contactar con ellos para hacer negocios. Nos dimos cuenta de que en el chalet donde vivían, una vieja vivienda de los años ochenta situada en la sierra norte de Madrid a la que llevaban a sus amistades y a decenas de prostitutas para sus fiestas casi diarias, había un sótano con una ventana donde preparaban los golpes. Era una habitación con una lámpara con cinco luces y un solo interruptor de cadenilla.

Cuando comenzaron con las amenazas y los chantajes, decidimos cuál iba a ser la corrección que teníamos que hacer, pues, tras uno de sus golpes, los rusos siguieron el mismo protocolo de siempre. Cuando cambiaron de coche se dirigieron a la casa y se aseguraron de que la ventana del sótano estaba cerrada y de que no había nada extraño en él. Antes de tirar de la cadena de la lámpara todos tenían sus linternas en la boca y contaban ansiosos el dinero de su botín sobre la mesa que había bajo esta; cuando uno de ellos tiró del interruptor, sus cabezas empezaron a arder como el pasto seco: habíamos rellenado las bombillas de gasolina.

Al día siguiente enviamos a su líder una nota escrita en ruso a la habitación de la unidad de quemados del Hospital Universitario La Paz de Madrid, donde estaba ingresado, en la que decía: «La luz tiene un precio muy alto». No volvieron a molestarnos.

—¿Para quién trabajas fuera del periódico? —comienzo con el interrogatorio de Pedro.

—¿De qué coño me hablas, zumbado? —responde Pedro.

Enrique le propina un gancho en la boca del estómago que le roba el aire.

—¿Quién te manda? —repito.

—¡Te juro que no sé de qué me hablas! —responde nuestro invitado con ciertas dudas que hacen que vibre el timbre de su voz desgarrada.

Midas lo descalza. Cuando tiene los pies desnudos, la víctima sabe que aquello se va a poner muy feo y grita de horror para que no sigamos, o más bien para que un vecino nos interrumpa. Ignora que la habitación está insonorizada. Enrique le da un derechazo en la nariz que hace que la sangre salpique la cara de su hermano, que está agachado a su lado y al que parece no importarle mucho.

—¿Quién te manda?

—Por favor, no, no lo hagáis. No, no, ¡noooooo! —Midas le acaba de cortar el dedo pequeño del pie izquierdo. No lo puedo soportar y vomito en el cubo que hemos preparado para depositar la cena de los perros.

—¡Está bien! ¡Parad! No sé quién me paga. Solo sé que tengo que acercarme a una mujer y dejar toda la información que averigüe en un buzón, pero llevo semanas sin hacerlo. No quiero hacerle daño. La quiero.

—¿Qué mujer?

—Es una psicóloga a la que tenía que investigar. Tenía que conseguir toda la información que pudiera acerca de ella y de Laurence Patterson.

—Danos su nombre.

—No.

Midas retoma los trabajos de podólogo y le cercena el siguiente dedo del mismo pie. El sonido es asqueroso, cuando las tenazas aprietan es como cortar una cabeza de pescado congelado. Es repugnante, la sangre ha llegado hasta los labios de Midas y él ni se inmuta.

—¡Su nombre! —exijo.

—¡Nooo!

Midas se ha cansado de estar agachado. Ahora toma el pezón derecho de Pedro y tira de él hasta separarlo un par de centímetros del pectoral y lo corta despacio, recreándose en un movimiento de sierra lento, como si estuviera untando mantequilla en una frágil rebanada de pan tostado. Los alaridos son espantosos. Las náuseas me están destrozando.

—¡Su nombre, cabrón!

—¡Nooo!

Midas está entrando en calor. Baja los pantalones al periodista. Saca un clavo oxidado de treinta centímetros y lo hunde de una puñalada en el cuádriceps derecho de Pedro, que ahora llora de dolor.

—¡Dinos su nombre!

—¡Nooo! ¡Suéltame y te lo digo, hijo de puta!

Pedro se la acaba de ganar. Su torturador ha tomado una maza de la mesa, agarra el extremo del clavo que sale de la pierna y amartilla una y otra vez mientras sonríe. No para hasta que la punta del clavo atraviesa la silla.

No he visto tanto valor en mi vida. Midas va a tener que emplearse a fondo. Toma el pie izquierdo del cuerpo sudoroso y sangrante que tiene sentado delante y el hacha de carnicero, pero

cuando le va a asestar un corte a la altura del tobillo su hermano lo para. Enrique no quiere seguir con las amputaciones. No sabemos cuánto durará esto, y no hemos preparado sangre para transfusiones.

—Dame su dirección.

—¡Vete a la mierda!

Midas lo agarra por los huevos y estira del escroto hasta que tiene uno de sus testículos claramente separado y lo aplasta contra la silla de un mazazo.

Pedro vomita y se orina encima. Sus ojos están desorbitados del dolor. Enrique le vierte una jarra de agua fría en la cara para que espabile. A veces el cuerpo consigue deshacerse de parte del dolor llevando la mente a delirios o a la inconsciencia. Le pincha otra pequeña dosis de adrenalina.

Pedro toma aire, pero no gime ni llora, me lo está poniendo difícil. Odio esta mierda.

—Dame la dirección de la chica y esto se acaba en un momento. —Le enseño el arma.

—¡Me cago en tu puta madre, cerdo!

Midas agarra el pene de Pedro, yo cojo las tenazas y lo atenazo preparándome para dar la máxima presión en unos segundos.

—Dame el nombre de la chica. —Él intenta morderme como un perro rabioso—. ¡Vale ya! —Me levanto, no puedo seguir con esto. Está claro que la quiere.

Sabía que Virginia había podido elegir bien, pero tenía que asegurarme.

—Pedro, ¿la quieres?

—¡A ti qué coño te importa! —grita mientras suda y sangra.

Percibo un olor familiar. Es como un pulso eléctrico que me acaba de romper los esquemas por la mitad. Enrique y Midas esperan a que les dé la orden para acabar con él, pero ahora estoy seguro de qué es lo que me dice mi nariz.

—¿Tienes alguna lesión?

—¿Qué? —Pedro no entiende nada.

—¡Idiota! Digo que si tienes alguna lesión.

—¡Sí! En el hombro derecho.

Tomo una de las cuchillas de Midas y le rajo la camiseta desde el cuello hasta el final de la clavícula. Le paso el índice sobre la piel sudorosa. Tiene una cicatriz de una operación. Huelo el residuo que ha quedado en mi dedo.

—¿Qué te has puesto en el hombro?

—Es una loción de jengibre.

—¿De dónde la has sacado?

—Hace unos años estuve en Belfast, de erasmus. Jugaba en un equipo de rugby universitario y en un partido me lesioné el hombro. Esa noche, después del partido, fui con el equipo a una taberna de las afueras, McMahon. Una de las regentes, una mujer de unos setenta años a la que le faltaba un dedo, me dio un gel hecho con cerveza de jengibre para que me lo untara cuando me doliera. Desde entonces voy todos los veranos a Belfast y siempre me paso a saludar a las dos hermanas McMahon.

—Está bien. Desatadlo. —Me quito el pasamontañas para descubrirle la verdad. La abuela me advirtió que buscara las señales, que estaban ahí para leerlas si sabes buscarlas—. Yo soy Laurence Patterson —advierto.

Enrique sonríe, sabe cómo pienso. A él lo descubrí en un vestuario de un gimnasio de Valencia, tenía tatuado un pequeño dogo en la espalda. «Las coincidencias son luces para valientes», decía la vieja.

—Enrique, llévalo a la ducha y dale algo de ropa del armario de mi habitación. Tiene que ver las cintas. —Yo llamo a Gregorio para que venga a coser a este imbécil.

Enrique está de pie apoyado en el marco de la puerta del pasillo, observa a Pedro, que ha dejado de sangrar, pero no de sudar. Está sentado en mi sofá con los dos pies en alto. Su look rapado al cero le hace parecer más imbécil aún de lo que es. Tiene la cara hinchada, un par de costillas rotas y a partir de ahora no tendrá problemas con los zapatos de punta fina, pero, por lo demás, «puede llevarse otra paliza cuando quiera», según palabras textuales de Gregorio, que nos ha tenido que dejar después de parchear a nuestro invitado. Midas no estaba de acuerdo con mi decisión. Ha preferido limpiar la sala de interrogatorios y el instrumental que ha usado mientras nosotros terminamos con este trabajo.

—¡A ver, idiota! —llamo la atención de Pedro, que no parece creer que vaya a sobrevivir a esta noche—. Estas son las copias que guardo en casa. Las originales están en un banco de Suiza desde el año 1988, pero hay muchas más esperando a salir a la luz cuando alguno de los listos como los que te han pagado el coche se les ocurra quitarme de en medio. —Pulso Play y lo miro fijamente a los ojos—. Pedro, yo que tú prestaría atención a la película.

He visto esta cinta cientos de veces. Últimamente la visiono cada vez que tengo que matar a alguien. Demasiado a menudo para mi estómago.

Conozco las imágenes de memoria. Se trata de una película rodada en 1943 al norte de Siberia. Mi mente las evoca en color, a pesar de que son en blanco y negro. Las he analizado tanto que ya parece que estuve allí cuando se grabaron. Todo está lleno de nieve. Hay una gran tormenta y los copos pasan endiablados a través de la imagen, que se va acercando a una especie de gruta humeante excavada en medio de dos enormes rocas.

Aparece Diego, irreconocible por la ropa que le cubre la cara. Está arrodillado y viste el uniforme ruso de la Segunda Guerra Mundial. De pie, a su lado, está mi abuelo apuntándole a la sien con una pistola, apenas lo puedo identificar por sus ojos, lo único que no cubre de la tormenta de nieve con su abrigo. La cámara ahora gira unos grados y se va acercando a un sujeto que está tendido en el suelo y que agoniza a tres metros de la cueva. Se queda a unos pasos del moribundo. Su cara está desfigurada. Es como si la hubiera metido en aceite hirviendo. El individuo da alaridos de dolor mientras exuda sus propios fluidos corporales en descomposición. La piel de los labios se desprende dejando salir una especie de baba mucilaginosa que antes debió de ser el colágeno de los labios. La boca se amorata y agujerea en apenas minutos, se corroe y se pudre en instantes. Comienza por todas las zonas blandas del cuerpo y luego pasa a los huesos. El frío provoca que la degradación del cuerpo se detenga poco a poco.

Ahora la cámara se acerca aún más hacia la entrada de la cueva. Hay varios cadáveres tumbados cerca del fuego. Apenas quedan algunos girones de carne y tendones unidos a sus huesos. Los abrigos y el resto de su ropa están quemándose en las llamas, entonces el aparato cae al suelo y recoge accidentalmente la imagen

de la muerte del individuo que grababa. Le acaban de volar los sesos y la sangre se congela alrededor de su cabeza. La filmación vuelve a moverse desenfocada y se aprecia cómo mi abuelo la recoge y se enfunda el arma humeante en el cinto.

Los ojos de Pedro están petrificados. Ahora busca nuestras caras al encuentro de una mueca o un tic que delate una broma pesada. En este instante se mueven de lado a lado, su cerebro está buscando conclusiones o más bien consecuencias de los hechos que ha visto. Tiembla, y el terror hace que sus pupilas se dilaten.

—¿Qué es eso? —pregunta desconcertado.

—No lo sabemos. Lo llamamos Aníbal y se quedó allí en el 43. Primero se quemó completamente la gruta y luego se derribó para que el hielo volviera a hacerse con ella. Llevaba ahí milenios, pero una explosión la despertó durante unas horas hace casi un siglo y solo espera el deshielo para volver a la vida.

—Pero… no puede ser…, lo sabríamos —afirma para autoconvencerse.

—Ah, ¿sí? ¿Y si mantener el hielo allí hubiera supuesto dejar de utilizar petróleo y carbón antes de los ochenta? ¿Y si hay tanto dinero en juego que no interesaba que se conociera esa posibilidad?

—Pero ¿por qué no publicas todas estas imágenes?

—Muchos antes que yo lo intentaron y ahora están muertos. Llevan tratando de eliminarnos toda la vida. Solo las cintas escondidas me han mantenido a salvo. ¡Y ahora tú nos vuelves a poner en peligro por un coche!

—¡No sabía nada de esto! ¡Lo juro!

—Lo sé. Eres demasiado idiota para saber nada sobre nada. Lo tuyo es el músculo, no pensar. Está bien. Tranquilo. Esto es un

secreto de familia.

El abuelo tenía grandes misterios enterrados y yo, como niño, adoraba los secretos. El que solo él conocía y que tardó años en compartir con los demás lo descubrí el 28 de octubre de 1981.

Ese día el abuelo llegó nervioso de Madrid con un extraño periódico en la mano, me pidió que fuera a avisar a Diego y desapareció de nuevo en su biblioteca. Su amigo, que llegó media hora después de recibir el mensaje, tuvo que llamar con fuerza varias veces antes de que mi abuelo le abriera la puerta de su escondite amurallado de libros. Sorprendentemente, estaba bajo llave.

Entró y volvieron a encerrarse dentro sin permitir que yo los acompañara.

La cerradura era grande, pero el abuelo había dejado alojada la llave por dentro. Yo no podía ver nada del interior por mucho que me asomara por su ojo, y las voces se alejaban cada vez más hasta desaparecer en un silencio que hizo que me sintiera muy molesto, ofendido, abandonado, casi traicionado.

Fui a la caja de herramientas que guardaba en el coche y tomé tres destornilladores, unos alicates y dos alambres gruesos. Melquíades, que entonces era un cachorro que solo pensaba en comer, jugar y dormir, abandonó la siesta y decidió acompañarme.

Abrí la puerta como aprendí de mi compañero Lucas cuando hurgábamos el armario del internado donde mi abuela consiguió que me mandaran y donde don Antonio, el director, guardaba el vino que no repartía en misa.

Mis sospechas eran fundadas. Aquel viejo zorro tenía una salida secreta en la biblioteca. Melquíades empezó a excavar bajo una de las estanterías de los libros; habían sido descuidados y estaba entreabierta.

Modulé el crujir de la vieja puerta para no delatarme. Melquíades metió la cabeza con impaciencia para abrirse camino, le di un puntapié en las nalgas por ansioso. Un túnel estrecho de piedra desnuda envolvía unas escaleras de caracol de dos revoluciones alumbradas por unas lámparas de pared forjadas siglos atrás como candelabros de hierro y modificadas para alojar bombillas. Peldaño a peldaño llegamos a una especie de dique por el que se accedía a un túnel de agua que tenía una enorme sala a la derecha.

Era una gran bodega con una habitación a la izquierda. Aunque la casa era muy fresca, el sótano lo era mucho más. Se erizó el vello de mis brazos. En cuanto puse el pie entre las barricas de roble, la bofetada del olor avinagrado que descansaba como una burbuja colgada de las bóvedas de la sala despertó en mí la inquietud de saberme traspasando uno de los pocos límites que me había puesto el abuelo. Aquel viejo cabrón había ocultado a todo el mundo que el caserón tenía escondida otra planta: un sótano enorme.

Casi un tercio de la planta estaba inundada, ya que se había excavado por debajo del nivel freático, por debajo del nivel del Esla, que pasaba a tan solo unos metros del caserón.

Aquel lugar había sido el muelle desde donde los estraperlistas cargaban y descargaban la mercancía que transportaban por el río durante la posguerra, durante los años de la escasez y el racionamiento. Mi bisabuelo Robles había sido uno de los mayores contrabandistas de aquellas montañas.

El suelo estaba adoquinado de piedras que resplandecían por el desgaste que las pisadas y las rodadas de las carretillas y las barricas provocaron durante décadas de paso. El agua resonaba en el túnel y el aire entraba por él produciendo un ruido perturbador para mi imaginación infantil. Aquel sótano estaba formado por varias galerías excavadas en la roca, reforzadas mediante anchos muros y bóvedas. En las paredes colgaban arreos de caballos, hoces, hachas y algunos arados romanos de los que todavía se usaban en Riaño. Sus bordes puntiagudos y afilados me hicieron reparar en la que me iba a liar el abuelo si me pillaba allí. La gran puerta de roble de la bodega donde hablaban Diego y el viejo estaba emparejada. Me acerqué despacio y dejé a Melquíades junto a mí, acariciándolo para que guardara silencio.

—¡Coño, Diego! ¡Claro que me pongo nervioso! —vociferó el abuelo.

—¿Te imaginas si vuelven sobre sus pasos y dan con nosotros?

—Tranquilízate, Francisco, el periódico solo dice que creen que los han visto. Ni siquiera han podido poner una foto en el artículo…

—Joder, ¿es que no lo ves? Si los encuentran, sabrán que estuvimos allí, investigarán la zona y al final darán conmigo, ¿es que no ves que aquel proyecto tiene unos archivos y yo aparezco en ellos?

—Francisco, llevan siglos diciendo que están allí y nadie los ha sacado a la luz nunca, Siberia es veinticinco veces más grande que España, hombre… Si, además, lo más seguro es que sea un cuento.

—Joder, Diego, yo vi algo allí, te lo he dicho mil veces, y encontré sus huellas y sus rastros.

Melquíades empezó a ponerse nervioso y su inquietud me iba a delatar, así que decidí que era mejor salir de allí antes de que ladrara.

Varios días después, el abuelo y Gregorio, junto con algunos alcaldes de los pueblos a inundar, fueron a hablar con varios concejales de Valladolid para buscar aliados para unas manifestaciones que se harían contra el pantano en la Castellana. Mi abuela y mi madre estaban ocupadas con la preparación de la matanza de noviembre y yo decidí indagar en la habitación del sótano.

Diez minutos después de que se fuera el coche, entré y dejé a Melquíades apostado en la puerta para que me avisara si alguien bajaba. Nunca había estado allí solo y sentía un gran respeto por aquella sala y por todo lo que allí moraba.

Cuando crucé lentamente la última frontera del caserón empecé a sentirme como si le estuviera robando el alma al viejo. Era una habitación muy oscura y diáfana que el abuelo estaba llenando de cajas con objetos que ya no quería que estuvieran a la vista, en el gran comedor. Reencontré el enorme pellejo rojo sobre el viejo baúl. Hacía un año que aquello había desaparecido del gran salón de la casa.

Siempre quise conocer el interior de aquel contenedor del pasado. Esa misma tarde decidí dar un paso más y, tras retirar la piel, lo abrí despacio con los nervios en el estómago por mi pequeña profanación y a la vez alta traición.

Lo primero que encontré fue un gran saco de cuero y varios pares de guantes de boxeo muy desgastados. Cogí uno de los guantes, introduje la mano derecha y comprobé que me quedaba

ridículamente grande. Al descalzármelo, la mano olía a zapato viejo. Me di cuenta de que bajo todo el material pugilístico había un segundo fondo. Retiré con dificultad el peso muerto del saco y una tabla que separaba ambos compartimentos. Encontré varios libros, diarios y cuadernos escritos a mano. De una carpeta extraje un par de mapas plegados y unas series de números que parecían coordenadas.

Había una vieja caja de chapa. Envuelta en una tela de lino, descubrí el fragmento de lo que parecía ser un gran colmillo. Era del grosor de la pierna de un hombre. Tenía restos de tejido animal, deshidratados por los años que llevaba allí guardado.

Saqué unas botas enormes de piel, junto con un abrigo de cuero negro de amplias solapas y un uniforme militar doblado, apenas visible por la falta de luz del rincón. Un estuche de ebanistería muy cuidada guardaba en su interior una pistola de nueve milímetros acompañada de algunas balas que rodaron en el interior al inclinar la caja para leer algunas inscripciones en alemán. En el fondo del baúl, guardadas en una pequeña carpeta cerrada con un cordel de algodón, pude ojear unas viejas fotografías en blanco y negro en las que aparecían varios militares nazis. Uno de ellos era el abuelo.

No podía creer lo que estaba viendo, aun siendo un niño. Era 1981 y todavía se estaban buscando y juzgando a nazis por todo el mundo. En Irlanda, en España, dondequiera que estuviera, todo el mundo los odiaba. Cada vez que aparecían imágenes de nazis en la televisión mi abuela susurraba con la voz rajada y los ojos encendidos de odio:

—Diablo.

Pasé la fotografía con unos dedos temblorosos, sudados, sugestionados y encontré otra en la que se podía distinguir un paisaje nevado y algunas siluetas oscuras en el horizonte, parecían animales, osos tal vez, a juzgar por el pelo y su corpulencia. En un sobre de papel amarillento encontré varios negativos. Me levanté para acercarme a una de las lámparas y poder ver las imágenes al trasluz. No distinguía bien las siluetas que había en ellas. En el suelo, junto a la piel de vaca, había un recorte del periódico del 21 de octubre. El titular decía algo así como «Mamuts vivos encontrados en Siberia». No me di cuenta hasta ese instante: acechándome desde la puerta, mi abuelo esgrimía un gesto de ira contenida que Melquiades percibió, echándose acto seguido en el suelo sobre sus patas delanteras con la mirada quejosa y gimoteando. Los lamentos del perro me advirtieron de la imponente presencia del viejo, apoyada en el dintel de la entrada sobre su hombro izquierdo. Encendió una cerilla que al acercarse al puro que ya apretaba entre los labios iluminó sus ojos con un reflejo diabólico, haciéndome entender que llevaba un rato siendo observado. Sorbió una fuerte bocanada de humo y, tras exhalarla, se limitó a decir con mirada ladina y tono sarcástico:

—¿Has visto por algún sitio los destornilladores que había en el coche?

Pasaron meses sin que habláramos del tema. Recuerdo una de las muchas tardes en las que fui a recoger el ganado de mis tíos con mi abuelo. Íbamos a caballo. Él montaba a Zarco y yo a Zaina. Una nube descargó en la montaña a mis espaldas, mientras que en la falda sobre la que cabalgábamos incidían con rabia los rayos de sol haciendo que la hierba y los árboles brillaran por el agua recibida. Al

llegar a una curva cerrada de una vereda, y con el viento de frente, sorprendimos a una osa seguida de sus oseznos y Zarco se asustó y empezó a botar y a encabritarse. El abuelo aguantó sobre su montura mientras el caballo coceaba e intentaba sacudírselo del lomo. Recordé la fotografía del soldado nazi que desbravaba un enorme caballo en el barro.

—¿Eso te lo enseñaron los alemanes? —pregunté cuando el caballo se calmó y retomó su paso.

El abuelo sonrió y se encendió un pequeño puro.

—No. Eso lo aprendí en Argentina. ¿Qué es lo que quieres saber en realidad, Laurence?

—¿Eres un nazi?

—No, Laurence. Fui un divisionario. Un soldado de la División Azul. Me obligaron a ir a Rusia. Yo nunca quise estar allí. Nunca quise partir a ninguna guerra. Algún día lo entenderás. Cuando estuve en el frente me dejaron a cargo de los caballos más tercos y peligrosos, los que estaban más destrozados física y mentalmente por la guerra y los abusos de sus jinetes. Una de aquellas interminables jornadas llegó un caballo enorme, el que has visto tantas veces en la foto que ahora escondo en el baúl del sótano. Era un caballo cruzado en Dülmen, una bestia formidable de patas acebradas que mordía y pateaba a todo el que lo intentaba ensillar. Conseguí hacerme con él en una jineteada que duró casi un minuto. El caballo y yo acabamos exhaustos. Un mando se fijó en mí y me destinaron a Siberia, a buscar bestias para el coto de caza de los nazis. Lo que tuve que hacer para sobrevivir, lo que tuve que ver, no puedo explicártelo ahora, lo entenderás cuando seas mayor.

Así fue. Lo entendí todo cuando me entregó sus memorias justo antes de morir.

7

Noche de familia

—Bien —llamo la atención de Midas y Enrique, que terminan de recostar a Pedro en el sofá de su piso, un apartamento de apenas cincuenta metros cuadrados poblado de muebles prefabricados y pósteres de una banda de rock irlandesa—. Marca su número y dile lo que hemos preparado —ordeno a nuestro invitado, que se encuentra a punto de la extenuación.

—¿Virginia? —susurra exhausto y temeroso tras una noche sin dar señales de vida a su pareja.

—¡Pedro! ¿Eres tú?

—Sí, tranquila, estoy bien.

—¿Que estás bien? ¡Serás gilipollas! ¡Llevo toda la noche buscándote! He llamado a tu casa, a tus amigos, a tu hermana, a la policía, a tres hospitales… ¿Sabes qué hora es?

—Sí, las cinco de la mañana.

—¿Dónde coño estás ahora?

—En mi piso…, verás…, eh…

—¿Se puede saber por qué no has vuelto aquí? ¿Qué ha pasado?

—Nada. Los tipos de la furgoneta eran unos payasos. Los seguí un buen rato hasta que pararon y conseguí que sacaran los papeles del seguro. Después me llegó un mensaje de mi jefe y…

—¿Y por qué no has llamado antes?

—Te mandé un mensaje para decirte que estaba bien, justo cuando vi que me quedaba sin batería. Verás…, tengo que contarte algo. He hablado con mi director y… parto de urgencia a Uganda; debo cubrir un reportaje. Es la oportunidad de mi vida. Me voy en hora y media, el taxi me está esperando abajo.

—¿Cómo? ¿Así? ¿De pronto? ¿Sin avisar ni nada?

—Sí, lo siento, ha surgido de repente. No puedo hacer otra cosa.

—Pero… déjame que vaya a despedirme al menos.

—No hay tiempo. Mi equipo ya ha facturado nuestras maletas, y el avión no espera. Lo siento, tengo que dejarte. Llamaré cuando llegue. Te quiero.

—Pero…

Navidad. La última Navidad del mundo que conocemos. En este instante en el que me siento tan solo y tan consciente de que realmente lo estoy y de la situación a la que inevitablemente vamos, me pregunto si habrá otra persona en el planeta que sienta sobre sus hombros esta responsabilidad, este terror constante de no conseguirlo, de no estar preparado para el final, para salvar a todos los que pueda.

Últimamente pienso mucho en Belmont, ¿cómo afrontará estos meses terminales? ¿Estará entre sus hijos y el resto de los seres queridos? ¿Qué cupo de belleza se habrá propuesto salvar? Lo llamaré en un par de días, tengo que proponerle algo importante.

Hay una duda que me asalta de vez en cuando: ¿los hombres como Belmont mantendrán su elegancia cuando todo estalle o lucharán como fieras por las migajas que queden de este mundo? Es

una cuestión estúpida en principio, pero me doy cuenta de que todos tendremos que replantearnos el concepto que tenemos de nosotros mismos cuando ya hayamos acometido algunas acciones para salvarnos. En ese instante sabremos qué grado de humanidad y dignidad hemos alcanzado durante nuestras vidas, sabremos qué es lo que somos en realidad.

Siento en la planta de los pies los espacios entre el empedrado de la calle. Miro mis zapatos mal asentados en el firme irregular que pisan y me doy cuenta de que no recuerdo dónde estoy. La repentina visión de las coloridas puertas de madera que cierran unas pequeñas casas de muros pétreos me saca repentinamente de la orilla cenagosa de mis pensamientos. Llevo ya algunos minutos parado en mitad de una calle del precioso pueblo de Castrillo de los Polvazares.

Ahora mismo no sé cómo he llegado hasta aquí, ya llevo tres días en los que no me he permitido dormir ni una hora. Había demasiadas cosas que hacer, demasiados preparativos que ultimar, pero lo he conseguido. Todo está encauzado, todos están donde tienen que estar. Las listas cuadran y el personal sabe lo que tiene que hacer. Nadie quedará sin investigar.

Adoro este lugar. He venido con mi familia desde que tengo uso de razón. Recuerdo que de pequeño pensaba que este era el pueblo donde habían transcurrido todos los cuentos de infancia que me relataba mi madre, porque en verdad eso es lo que es para mí: un pueblo de cuento al que intento volver para recordar mi niñez junto a mi familia, junto a todos los que han sido mis seres queridos. La mayoría ya no están y no volverán.

Son malas fechas para los individuos como yo, una especie de infrahumanos que hemos escogido caminar solos para que nadie pueda ser testigo de lo peor de nosotros, de los pecados que tendremos que cometer hasta llegar a nuestro destino. La mayoría de los asesinos en serie de este asqueroso mundo no han sesgado ni una pequeña parte de las vidas que yo he quitado o he ordenado quitar.

Entro en el elegante restaurante donde he reservado mesa. Está lleno de personas que han decidido pasar juntas este día. Hubo un tiempo en el que yo era como ellos. Yo también celebraba la Navidad con mis familiares, exactamente igual que los niños que ríen y juegan a mi alrededor ahora mismo mientras sus padres cantan, comen y beben.

Me siento a la mesa que me han asignado. Estoy decidido a llenar mi vacío interior con placeres que probablemente nos sean negados a todos en breve. Este repentino ataque de hedonismo tiene que ver también con una carencia, una frustración por no tenerla conmigo. Ahora solo puedo pensar en Virginia. Me encantaría poder disfrutar junto con ella de los últimos meses de paz y la feliz ignorancia que quedan hasta que empiece el desastre. Ojalá pudiera mostrarle todos los lugares donde hace décadas mi mente infantil imaginaba otra vida, otra realidad en la que yo crecía siendo otra persona mejor, alguien a quien poder querer, pero me conformaría con saber que estaré a su lado hasta el final, hasta que terminemos de matarnos unos a otros por mendrugos de pan o un poco de agua hervida.

En este mismo momento de soledad mi mente recurre a la nostalgia y sus recuerdos. Me ayudo de la memoria para

transportarme en el espacio y en el tiempo tras la segunda copa de vino. Llego entre la biblioteca de recuerdos de mi infancia a un día en familia. El recuerdo de ese día especial que todos tenemos guardado para nosotros, ese que nos puede hacer reír y llorar por igual y al que nos gusta viajar de vez en cuando para visitar a los que ya nos dejaron, aquellos que con su sola presencia crearon la factoría de donde salió la felicidad y la magia de nuestra infancia.

Familia. Mi familia estaba formada por pedazos de vidas rotas unidas por el destino y el cariño de la gente de Riaño. No consiguió nunca ser tan funcional como el resto de los núcleos familiares que conocía porque había demasiadas raíces rotas entre los que la formábamos. Tampoco llegó a estructurarse con roles definidos, porque aquella era una casa de hombres y mujeres con corazones defraudados y mutilados por la vida, pero decidimos darnos otra oportunidad a nosotros mismos, nos convertimos en los mayores soñadores y, por lo tanto, enamorados de aquellas montañas.

Yo mismo, a pesar de mi corta edad, me daba cuenta de que estaba en un paraíso y mi abuelo, un hombre de negocios, de mundo, que había grabado en sus retinas la vorágine de la guerra, la industria y la codicia humana, era, ante todo, un romántico que quería proteger ese pequeño edén a cualquier precio. Decía que para proteger Riaño había que darlo a conocer antes de que la presa se cerrara y acabara con todo, por eso seguía empeñado en convertir el caserón en un lujoso hotel que sirviera como el balcón donde se asomarían hombres poderosos que pudieran alzar la voz para defender aquel mundo.

El caserón tenía la impronta de tanta gente, de tantas formas de ver la vida; la fuerza renacida de mi madre, la lucidez de mi abuela,

la humanidad de Diego, el sentido del humor de Gregorio, la magia de mi tía Carol, la algarabía y la bondad de mis tías Carmen y Petra y de sus familias, el cariño del resto de los vecinos y, sobre todo, el inquebrantable idealismo de mi abuelo.

Ese día el viejo me trajo de vuelta del internado de León, lugar en el que inevitablemente había acabado unos meses antes, cuando las cámaras de televisión tomaron las imágenes de algunos de mis compañeros en la escuela del pueblo. La llegada de periodistas de diarios, radios y televisión eran cada vez más frecuentes. Riaño iba a verse por todo el mundo y no se me debía encontrar ni como protagonista de una entrevista ni como testigo de la inevitable lucha que habría durante aquellos demenciales años. Aquello fue lo que usó mi abuela como argumento definitivo para convencer a mi abuelo y a mi madre para que me mandaran durante un tiempo al internado de León hasta que todo se tranquilizara.

Sus pasillos eran muy fríos y apestaban a humedad. Sus techos me parecían muy altos, no estaban allí para protegernos del frío o la lluvia como los del caserón, sino que daban la impresión de que éramos vigilados desde arriba por un padre severo al que debíamos recibir sin condiciones y con los brazos abiertos.

Las paredes estaban atestadas de las imágenes de lo que tenían que ser nuestros *alter ego*: crucifijos y rostros endulzados por pinceles ñoños de encargo y, por tanto, nosotros debíamos aspirar a ser mártires, dóciles corderos.

Recuerdo los veinte padrenuestros diarios, los avemarías sistematizados y memorizados hasta convertirlos en un adiestramiento social implacable, la postura erguida, el capón a nudillo cerrado en la coronilla y el dolor que permanecía adherido a

la nuca hasta que la fricción de nuestros pequeños dedos lo disolvía como lo hacía en nuestras mentes la lección del alzacuellos que lo había provocado.

Aquel lugar me robaba mi tiempo en las montañas, pero solo quedó en otro intento fallido de mi abuela por cambiarme. Después de aquel día por fin comprendió que no debía seguir negando mi naturaleza.

El depósito de agua caliente, casi todas las conducciones y los radiadores de la calefacción del internado habían reventado. El hecho de que varios alumnos colapsáramos el circuito con la tiza que acopiamos durante semanas de los poyetes de todas las pizarras del colegio fue la causa.

Eran mediados de diciembre y hacía un frío espantoso. El director decidió llamar a nuestros padres de madrugada para contarles los hechos cuando desistió de continuar con el interrogatorio del alumnado y conoció el diagnóstico del conserje y su cuñado, el fontanero. Había que instalar una caldera nueva que tardaría una semana en llegar, por lo que nuestras vacaciones de Navidad comenzarían unos días antes de lo establecido por el Ministerio de Educación.

Las familias, preocupadas, nos recogieron desde primera hora de la mañana. Los alumnos que quedábamos, asomados desde las ventanas del gran comedor, comprobábamos el tráfico en busca del coche familiar con pequeños descansos para fumarnos unos pitillos en uno de los cuartos de baño del primer piso, la planta más fría y a la que los curas no se asomarían en todo el día. Preferían vigilarnos congregados alrededor del calor de la gran chimenea del comedor, donde bebían anís seco de un par de petacas que se pasaban con la

misma discreción con la que nosotros nos pasábamos las nuestras en el cuarto de baño. Allí estaba Lucas, ahora mi amigo y pirata informático que tengo en nómina y que por entonces era el compañero más duro y rebelde de todo el colegio. Un madrileño de trece años al que habían echado de cinco colegios y que estableció la zona lúdica festiva del alumnado en el excusado menos frecuentado, donde nos proveía de tabaco y alcohol.

Mi abuelo llegó cuatro horas después de conocer la situación. Cuando entró a buscarme todos mis compañeros se sorprendieron al ver su tamaño. Me abrazó y revisó mis brazos y cuello por si don Antonio, el director, se había pasado en el tono de sus averiguaciones. Al fin y al cabo, estuvimos a punto de volarle el colegio por los aires.

Me entregó una gran bolsa de caramelos y golosinas que compró en un quiosco de Riaño para que los repartiera entre los compañeros a los que todavía no habían recogido sus familiares. Antes de salir, subí al dormitorio a por mi macuto, donde había echado la ropa sucia y los restos de la tiza que utilicé en los radiadores del pasillo que me tocó manipular. No quería que en una limpieza rutinaria encontraran pruebas contra mí dentro de las patas metálicas huecas de mi cama.

Al volver a pasar junto al despacho del director, en la primera planta, pude escuchar la voz de Marcial. Era un espécimen de rata de agua que estaba a punto de soltar los nombres de los que le habíamos adelantado las vacaciones. Llamé a la puerta de inmediato sin ninguna excusa premeditada.

—Adelante —dijo el director con la voz entrecortada por la frustración que le provocaba tener que aplazar la confidencia.

Marcial permanecía de pie frente a la mesa. Las cuentas de un rosario negro colgaban de su mano derecha con el que supongo daba credibilidad a sus palabras y solemnidad a su tono orgulloso como colaborador y hombre de Dios.

—Perdone, don Antonio, pero mi abuelo ha venido a recogerme y como sé que se aprecian tanto… —Una de mis mejores improvisaciones, sin duda.

—Por supuesto. ¿Está abajo? —No me dejó terminar. Yo no me lo tomé a mal. Mi abuelo sí, no podía ni ver a ese meapilas y tuvo que aguantarlo casi media hora, a pesar de que sus planes eran recogerme e irse de puntillas.

El director se levantó la sotana espoleado por la idea de que mi abuelo lo invitara por fin a un rececho de rebecos, ya que don Antonio era un auténtico fanático de todo lo que tuviera que ver con la caza y Francisco Antolín Robles ya contaba con cierto renombre como empresario del sector y con varios guías de caza que conocían los Picos de Europa como las palmas de sus manos. A Francisco sobre todo lo conocían por ser el propietario de un lujoso hotel que se abriría en Riaño de forma inminente y que ya aparecía en todas las revistas de caza y pesca del momento.

—Marcial…, puedes irte, majete. Seguiremos con esto luego —dijo cuando salía por la puerta de su despacho como si su tío, un obispo que había acabado en el Vaticano y del que había fotografías colgadas por todos los pasillos, lo esperara en la capilla para dar una misa conjunta.

Me quedé a solas con Marcial, el hampón del internado. Era un chaval de octavo muy corpulento, de piel blanca y pecosa, que se tensaba en unos mofletes que me recordaban la cara de un niño con

obesidad mórbida que aparecía como la imagen de una marca de galletas de los años cuarenta, cuya caja de hojalata usaba mi abuela como costurero. El pelo negro y grasiento le caía hacia un lado de la frente. Lo retocaba continuamente con un gesto ridículo pasando el flequillo con la mano de izquierda a derecha y recogiéndolo tras la oreja.

Algunos granos enrojecidos hacían evidente su pubertad y su olor corporal era avinagrado por su sudoración constante.

Intentaba ocultar su sobrepeso durante las clases de gimnasia bajo una camiseta talla L estampada con un *lifting* de la cara de un dibujo animado de los ochenta.

Su mirada ladina se mantenía inerte y fría cuando reía a carcajadas después de una de sus bromas crueles o tras presenciar algún infortunio ajeno. Todos los chavales le teníamos miedo. Su novatada favorita para los muchachos que entrábamos en la pubertad era arrinconarnos en los baños o en los vestuarios, ayudado por dos hijos de puta como él, y rasurarnos los testículos con una cuchilla de afeitar oxidada. Cuando me tocó a mí, la broma me costó varios cortes en los muslos que después se infectaron y me provocaron fiebre, además de una brecha en la cabeza al golpearme contra una esquina durante el forcejeo.

Entre Marcial y yo había una cuenta pendiente más allá de unos cortes y unos puntos de sutura. Su madre tenía tierras al sur de León; parte de las más de ochenta mil hectáreas que aseguraban que se regarían con las aguas del pantano de Riaño. Marcial era un pantanero, uno de los miles de personas que estaban a favor de que se hiciera el pantano. Decía que los riañeses éramos unos rastreros, unos ruines, por no compartir el agua con ellos. Afirmaba que

nuestras tierras ya estaban pagadas y que ya era hora de que nos fuéramos a tomar por culo, que pronto iban a pasar por encima de nosotros y nuestras vacas, que ojalá nos muriéramos todos ahogados en el estiércol de nuestros animales.

Los profesores tampoco lo apreciaban. Les repugnaban las salpicaduras de saliva que generaba al hablar y la costumbre de rascarse la entrepierna continuamente. Tres días antes, varios alumnos lo encontramos solo frente al espejo de las duchas del segundo piso con un cigarro entre los dedos aún sin encender y una toalla enroscada en la cabeza.

Si hay algo que no se perdona en un internado, una prisión o un burdel son los chivatos. A cada paso lo odiaba un poco más, me asqueaba con más fuerza, tenía más ganas de fulminarlo. Su mirada sorprendida se cruzó con la mía justo cuando me tenía sobre él. Le propiné una patada en la ingle con todas mis fuerzas y soltó el rosario sin insistirle un par de segundos después de que mi tibia topara con su anatomía. Decidí aprovechar los polvos de tiza que escondía en mi bolso de viaje.

Cuando subí al coche del abuelo, las caras de mis compañeros ya no asomaban a través de las ventanas del comedor, estaban intercambiando los cromos sobre una serie del momento que venían dentro de los envoltorios de los chicles que les dejamos.

En el tercer piso, solitario, en la ventana de la esquina este, se distinguía un rostro redondo de un blanco inmaculado.

—¿Por qué ponéis la virgen tan cerca de la ventana? ¿No pagamos una cuota para que le hicieran un altar? —preguntó mi abuelo indignado cuando descubrió la polvorienta imagen de Marcial tras el cristal.

Recuerdo que ese día volvimos a casa en el viejo todoterreno. Durante el camino nevó sin cesar. A través de la ventanilla pude ver cómo el manto blanco se hacía con todos los paisajes de nuestra ruta. Decenas de turismos desprovistos de cadenas avanzaban con lentitud; el abuelo los adelantaba preocupado por la yegua, Zaina, que había sobrevivido a una odisea durante su parto. Miré en la guantera a ver si había alguna bellota de las que mi abuelo recolectaba de una encina que las daba grandes y dulces. Había varias cartas abiertas con el mismo remitente. Mi abuelo escribía dos cartas por semana en las que pedía que se desestimara y se suspendiera el cierre de la presa, que había alternativas como la construcción de varios pantanos más pequeños. La contestación siempre fue una negativa tajante. Cuando llegamos al valle, sus bosques y montañas estaban cubiertos de nieve. La naturaleza aguardaba escondida y silenciosa entre los poros de su propia piel. Acechaba ante el fallo de alguno de sus engranajes para fagocitarlo de inmediato de forma bella pero fría e implacable y evitar así dar alguna oportunidad al débil.

A una decena de metros de la carretera N-621, a tres kilómetros del pueblo, un cuervo hurgaba con el pico en las cuencas de los ojos del cadáver de un ternero que aún vestía la placenta. Las huellas del resto de una manada de unas doce vacas y de dos hombres iban en dirección al pueblo, al calor y resguardo de sus cuadras.

Al entrar en el caserón, mi abuela y mi madre estaban en la cocina en plena preparación de un cocido de arvejos; la variedad de guisantes de la zona. Apenas hacía un mes habíamos hecho la matanza del gocho, en la que recuerdo que mi tío Manuel aproximó un vaso de cristal al chorro por el que se desangraba el cerdo, lo

llenó, le añadió sal y se lo bebió de un trago. Sonrió como un niño saciado tras tomar el pecho.

Habían invitado a la comida a toda la familia de mis tías y, por supuesto, a Gregorio, a Diego y a mi tía Carol, quien se había empeñado en decorar la casa un mes antes de que comenzara la Navidad. Dejamos que mi madre y la abuela me fusilaran con una rápida ráfaga de abrazos y besos para ir enseguida a las caballerizas y comprobar el estado de Zaina.

La yegua estaba muy nerviosa y coceaba la puerta de la cuadra con los cascos delanteros. Durante aquella noche escapó de los establos y fue a parir varios kilómetros al norte, donde estuvo por última vez al abrigo de las yeguas de mis tíos. Una manada de lobos la interceptó y la acorraló en una cañada. Mi abuelo y mis tíos rastrearon sus huellas en la nieve hasta que la encontraron repeliendo los ataques con coces de rabia y desesperación, mientras mantenía parapetada a su cría entre una pared rocosa y su cuerpo. El potro estaba ileso y lleno de vitalidad como su padre, el caballo de Gregorio. La yegua no había estado sola en aquellos momentos terroríficos en los que le mordieron las patas y el cuello. Melquíades, el mastín que ya era un ejemplar enorme, había luchado a muerte junto a ella y ahora estaba echado en el pajar con la papada ensangrentada y trinchada de mordiscos. Zarco y Caramelo se habían contagiado de la excitación y no dejaban de relinchar y manotear en sus establos, el blanco de sus ojos parecía agrandarse con cada relincho, desencajaban su perfil noble y tranquilo al amusgar las orejas y abrir la boca con fiereza, olían el almizcle que el pelaje de los lobos había dejado en el perro y en la yegua. Odiaban su olor.

Mi abuelo le inyectó penicilina al valiente Melquíades y cosió y vendó sus heridas. Estuvimos sentados junto a él acariciándolo hasta que se quedó dormido. Muy a nuestro pesar, lo dejamos en manos de la naturaleza y volvimos al caserón, donde el resto de la familia estaba a punto de llegar.

A mi tía Carol la vimos llegar a través del ventanal de la cocina. Su pequeño y rechoncho cuerpo envuelto en un abrigo de visón con caperuza luchaba por avanzar a través del medio metro de espesor de nieve acumulado, mientras la ventisca la zarandeaba sin piedad.

Carol era como una muñeca rusa regordeta con el empuje de una máquina quitanieves. Aguantaba el tipo con una altivez inverosímil y nosotros la observábamos pasmados ante su determinación por conservar intacta una caja envuelta en papel de regalo en la que seguro traía la tarta más pretenciosa que pudo encontrar en su libro de recetas de repostería francesa. Ya en el interior del caserón, mi abuelo se había tomado dos copas de coñac para entrar en calor tras una noche que le recordó sus guardias de madrugada en el frente ruso. Pinchó un disco de villancicos anglosajones para recibir a su hermana. Mi madre y mi abuela estaban entusiasmadas por mi llegada anticipada. Yo lo estaba aún más, aunque a mí no me pilló de sorpresa. Lucas y yo preparamos el plan casi dos meses antes, cuando supimos cuál sería el protocolo que seguiría el director en caso de rotura de la caldera.

Carol llamó a la puerta. Yo me lo tomé con calma para ir a abrirle. Detestaba a mi tía Carol, me tachaba de sucio cada vez que me encontraba jugando con algún hurón u otro animalillo o con la cara y las manos cubiertas del barro de aquellos montes. Luego le iba con el cuento a mi abuela, lo que le dio otro de sus argumentos para

enviarme al internado. Yo nunca le replicaba, pero siempre dejaba caer olvidada alguna de mis capturas a través de la ventana de su casa.

Al pasar Carol, el viento y la nieve entraron hasta el gran comedor, ella dejó el paquete en la mesita del recibidor y me ayudó a cerrar la puerta. Se giró jadeante y me dedicó su crispante *Merry Christmas*! Se quitó la caperuza, tenía las pestañas congeladas y las mejillas rojas. Su cara tomó una expresión ebria cuando escuchó la música.

Mi tía era rubia con algunos reflejos plateados en las sienes. Recogía su pelo en peinados siempre impecables y paseaba una silueta regordeta por su afición a los dulces en particular y a la buena mesa en general. Se impulsaba con agilidad cómica con el tintineo nervioso de sus pequeñas pero fuertes piernas cincuentonas.

En aquella ocasión llevaba puesto un vestido ceñido que me recordaba a la lámpara forrada de tela que había junto al teléfono del caserón, cuyos flecos se movían con la corriente de aire creada al pasar junto a su luz. Carol prefería sufrir el mayor de los calvarios antes que pasar desapercibida, pero era un ser humano increíble en todos los aspectos. Un ser humano al que todo el pueblo tuvo que acostumbrarse en varios malos tragos antes de enamorarse de ella.

Me obligó a devolverle el saludo en inglés. Era exasperantemente meticulosa y precisa con la pronunciación, hábito que se empeñaba en inculcarme con modales de aristócrata y una media sonrisa perpetua, por supuesto. Odiaba mi acento irlandés y, Dios, cómo la odiaba yo a ella entonces. Me ofreció la mano en señal de paz por un pequeño malentendido que habíamos tenido el fin de semana anterior en referencia a una cabra que Gamaliel y yo soltamos en su

casa, presuntamente, y que se comió los exámenes trimestrales de los cursos en los que impartía clases en el colegio del pueblo. Tras una mirada condescendiente me dio su abrigo y yo lo colgué como quien cuelga una rata muerta. Carol era la media hermana de mi abuelo y mi tía medio idiota. Para el resto del pueblo era la profesora de inglés y la exmujer de sir William Sallow, la trigésima cuarta fortuna de Gran Bretaña.

La vida de mi tía era un laberinto de secretos familiares, y su historial amoroso, una sucesión de catástrofes sentimentales convertidas en una tragicomedia rentable.

A primera vista, se podía pensar que Carol solo era la exmujer despechada de un frío noble inglés y, sin embargo, tenía en su haber una experiencia vital mucho más interesante que el pedigrí de su cónyuge.

Carol era hija ilegítima de mi bisabuelo Elías, el padre de mi abuelo Francisco, y de Lourdes Sandoval, una vedete de los años treinta asidua a las portadas de una legendaria revista del momento y a la cartelera del teatro frívolo español de la época. Cuando mi tía apenas había cumplido dos años, la tomaron sin mucho esfuerzo del regazo frío e inquieto de su madre y la enviaron a un colegio para señoritas del norte de Gales, donde se evitarían las críticas a su familia paterna y se protegería a la pequeña de la inminente guerra.

Cuando cumplió veinte años volvió a España y se estableció en Riaño, donde su padre pasó sus últimos años para redimirse agasajándola con todo tipo de caprichos.

Lady Sofisticación comenzó a trabajar como intérprete en el Parador Nacional de Turismo de Riaño, donde se hospedaban cazadores y pescadores deportivos venidos desde toda la vieja

Europa en busca de los tesoros naturales de la reserva de caza de los Picos. Entonces la zona era conocida como la Suiza española por la riqueza y las rentas que producían el turismo y la ganadería.

Tras decenas de idilios amorosos más o menos discretos con varios de los huéspedes más galantes del parador, conoció a su apuesto marido: sir William Sallow, o «Lord Suavidad», como lo llamábamos cariñosamente en el valle, un noble pescador de truchas que pasaba largas temporadas alojado en el lugar mientras disfrutaba de interminables jornadas de pesca en el Esla.

La llevaba a cenar a León todas las semanas, a pasear por Potes en sus días libres, de fin de semana a Oporto y a veranear al norte de Escocia y así, tras un corto pero intenso noviazgo de apenas un año, se casaron en el valle, en la ermita de la Virgen de Quintanilla. Dicen que fue una boda de pamelas, trajes de frac y cámaras de televisión británicas. Después viajaron durante un par de meses por la salvaje África colonial y establecieron su residencia en el exclusivo distrito de South Kensington de Londres. Veinticinco felices años después, en el 81, lady Carol volvió al abrigo y la discreción del valle de Riaño tras encontrar a su aristócrata marido siendo sodomizado por su mayordomo.

No es que aquello fuera el fin de aquella dama, ni mucho menos. A lady Carol, con su gran fortuna, fruto de vender muy caro un divorcio discreto ante la alta sociedad londinense, se le metió en la cabeza hacer un duplicado de la casa de campo que poseyó en la campiña inglesa junto a su coqueto William. Para ello hizo reformar decenas de veces uno de los caserones más antiguos del valle a manos de un paciente carpintero, muy equilibrado mentalmente, que vino desde León para tan exquisitos trabajos.

—¡Hola, querida! ¡Feliz Navidad! —felicitó a mi madre cuando la encontró extendiendo el mantel de la mesa del gran comedor y se irguió sobre sus elegantes botas de tacón para alcanzar a darle un beso en la mejilla. Le entregó el paquete y le mantuvo la mirada mientras se estiraba la falda de su vestido.

—Oh, un vestido precioso, tía —comentó mi madre rápidamente, pues conocía bien su vanidad tras vivir algún tiempo bajo su tutela en su casa londinense.

—Gracias, Águeda, lo adquirí hace un mes en mi visita a Barcelona. Tócalo, es de cachemira.

—Tiene un tacto muy suave —afirmó mi madre sin mucho interés, y retomó los preparativos.

Volvieron a llamar a la puerta y al abrirla encontré a Diego.

—Hola, Laurence, ¿cómo estás? —saludó con su ya casi extinto acento de Europa del Este, revolvió mi pelo con sus dedos y se quitó la parca de lana para colgarla con su sombrero fedora junto al resto de los abrigos. Vestía un traje de chaqueta gris y una corbata burdeos muy apropiada para las fechas. De uno de los bolsillos sacó tres tallas hechas en madera de haya: una osa y dos oseznos. Los había pulido y pintado al detalle cuando supo de mi vuelta del internado. El oso siempre estuvo presente en el día a día de Riaño; de hecho, había una pequeña población en el valle de Hormas, al norte del pueblo. Ese era uno de los motivos por los que la Universidad de León, junto con otra norteamericana, querían estudiar toda la naturaleza del valle y sus montes.

Mi madre, al verlo, le dio un fuerte abrazo. Él le entregó una botella de vino tinto que guardaba para una ocasión especial en su acogedora casa del centro de la población. También le obsequió con

un rabel, un pequeño violín que él mismo fabricó, nadie supo cómo, a partir de unos dibujos de un libro que custodiaba el ayuntamiento. Mi madre tocaba desde pequeña y se quedó boquiabierta cuando vio el instrumento y un arco para tocarlo hecho con cuerdas que eran crines de caballo. Después entraron en la cocina donde estaban el resto de los adultos, que volvían a discutir sobre unas indemnizaciones por las expropiaciones acometidas por el pantano y que un vecino insistía en que le pertenecían. Mi abuelo repetía una y otra vez que no le habían pagado nada por esas tierras y que ese vecino exageraba con lo de su indemnización, que no había que darle demasiado pábulo al tema, pues sabía de buena tinta, según él, que el pantano no se haría al final. Si no, él no seguiría con su proyecto del Hotel Águeda.

Yo me fui a jugar con mi pequeña osa y sus crías, los inserté en una de las historias que montaba con las decenas de juguetes y muñecos con los que pasaba las horas junto al fuego. Volvieron a llamar a la puerta. Esta vez con una insistencia enervante. Carol, que en ese instante medía la distancia entre los platos y los cubiertos colocados con su milimétrica pedantería en la gran mesa del comedor, se dirigió indignada a abrirla y se encontró el frío, la nieve y a su enemigo íntimo, el doctor Gregorio Casas.

—Buenas tardes, querida —saludó Gregorio con su habitual sorna. Le tomó la mano tras dejar su maletín de médico en el suelo y se la besó gentilmente.

—No empiece, Gregorio, hoy no estoy para sus bromas.

—No sé de qué me habla, Carol, solo soy un hombre deslumbrado por su belleza y elegancia —añadió con una reverencia bastante

conseguida. Ella, aunque fingiendo desazón, cobró orgullo en el gesto cuando Gregorio regó, aunque irónicamente, su gran vanidad.

Al entrar tras Carol en el comedor, arrojó su abrigo sobre el respaldo de una silla. Mi madre, que estaba sirviendo unos entremeses mientras llegaban el resto de los invitados, lo miró y suspiró simulando desidia. En realidad se adoraban, estaban enamorados, pero mantenían las distancias en público por respeto a la memoria de mi padre.

Ese día mi madre estaba pletórica, todos sus seres queridos se sentarían a su mesa en un salón lleno de acebo, guirnaldas de Navidad y, por supuesto, un enorme abeto que taló y trajo mi primo Manuel y que contaba con el sello de excelencia de lady Carol, quien se lo había otorgado tras limpiar, decorar, revisar y volver a comprobar hasta la última acícula de la última ramita, de la puntita de la copa de aquel árbol sin clorofila libre de gilipollez. El portal de Belén lo instalaríamos mi abuelo y yo el día 21, como todos los años. Él era el más tradicional y, junto con mis tías Carmen y Petra, le dábamos un repaso más castizo a la decoración. Aunque la verdad es que esa casa era preciosa, en Navidad lo era aún más. Todos sus muebles y vitrinas reflejaban las bolas de color oro, rojo y plata. Aquel día me di cuenta del gusto con el que mi abuelo estaba preparando la casa para abrir el que sería nuestro futuro hotel en los Picos de Europa, sin reparar en gastos para sus distinguidos huéspedes: poderosos hombres de negocios que había conocido durante toda su vida. Es curioso, pero todas las Navidades que vinieron después las he medido a partir de aquella. Recuerdo que esa fue la primera vez que mi madre abrazó y besó a Gregorio en mi presencia.

—Vaya, Águeda, reconozco que hoy estoy rompedor con esta corbata, pero no esperaba tanto éxito —dijo Gregorio tras el cariñoso recibimiento de mi madre.

—Gregorio…, entra en la cocina y saluda a todos, y deja en paz a mi tía, que todas las Navidades la lías.

—Sí, señora, iré a visitar a mi mejor paciente y luego os echaré una mano con el vino que me haya dejado tu padre antes de que me despache tu madre.

Mi abuela siempre recriminaba a Gregorio que hacía trasnochar a su marido por todas las tabernas, fondas y pubes del pueblo, pero en el fondo lo apreciaba; su sentido del humor era una llave maestra en cualquier circunstancia.

—Buenas tardes, señor Patterson. —Me ofreció la mano cuando me pilló tras el sofá espiándole mientras hablaba con mi madre.

—Hola, señor Casas, ¿cómo está? —Siempre nos tratábamos de señor, era una broma que habíamos alargado los años que llevaba allí desde que, en una ocasión, intuyendo sus intenciones con respecto a mi madre, le anuncié muy formalmente que antes de cortejarla tendría que mantener una charla con el abuelo y conmigo. Realmente, y aunque siempre estaba bromeando, él respetaba profundamente a mi abuelo y sus principios. Seguramente era de las pocas cosas que respetaba aquel sarcástico incorregible.

—Muy bien, Laurence, gracias por su preocupación, esa misma pregunta le iba a hacer yo a usted ahora mismo, y la verdad es que esperaba que hoy su cara y su cabeza estuvieran mejor. —Me miró los diez puntos de sutura que me dieron en la cabeza tras el forcejeo con Marcial en los baños del internado. Gregorio me los quitaría antes de la comida—. Creo que una amputación a tiempo es siempre

lo más seguro para el paciente. Laurence, lo siento, pero creo que cada día es más feo, pero no se preocupe, siempre podrá reírse de la nariz de muflón de su abuelo —bromeaba mientras me quitaba los puntos uno a uno, contemplado por Diego y por mi madre, que habían dejado los preparativos unos minutos para observarlo trabajar—. Vaya, Laurence, lo que yo le diga, creo que lo mejor será extirparle la cabeza, al fin y al cabo, es un miembro inútil en su anatomía. —En ese momento llegó mi abuelo con un gran plato de jamón de los cerdos que criaba en las fincas que poseía en el norte de Córdoba.

—Gregorio, muchas gracias por todo —dijo mi abuelo.

—No vuelvas a cantar tus coplas cordobesas en la taberna y estamos en paz. —Todos reímos.

Llegaron mis tías con sus hijos y maridos. Gamaliel estaba muy contento de verme tan pronto. No esperábamos reencontrarnos en quince días.

—Laurenze, ¿cómo te han zoltado tan pronto? —preguntó Gamaliel extrañado.

—La calefacción se ha roto —le informé sin aportar muchos detalles, pues mi abuela nos escuchaba y ya se olía algo.

—Puez-puez ezo ez guapérico ma-ma-macho. Qué-qué zuerte tienez, a mí todavía me queda una zemana de clazez y Carol eztá hecha una rata rabioza con lo de la cabra.

—Bueno, ya se le pasará. El año pasado fue peor con lo de los petardos.

He de reconocer que ese día nos pasamos. Un par de semanas antes de las Navidades del año anterior, compré una caja de petardos de los de toma pan y moja en un quiosco durante una

excursión a la catedral de León. La tarde de Reyes, justo antes de la cabalgata, dejé caer un par de ellos por una de las chimeneas principales, aunque apagadas, de su hogar de cuento de hadas, de pasillos y habitaciones que emanaban su nostalgia por Gran Bretaña con frescos colgados de sus paredes representando la idílica vida de la campiña inglesa y la estética londinense de las mansiones victorianas, plasmada en un amplio salón con una larga mesa de nogal para banquetes que nunca daba y varias salitas; minimalistas hasta rozar lo obsesivo, alicatadas de muebles de terminados magníficos y cuidados con esclava dedicación. Su gato Henry saltó bufando por una de las ventanas del primer piso; sin duda, el mejor picado que he visto nunca. Después de la cabalgata, varios chiquillos de la aldea, que llevábamos recaudadas casi mil pesetas de aguinaldo con un variadísimo repertorio consistente en «El tamborilero» y «Los peces en el río», llamamos a su puerta para cantar algo más internacional, algo más anglosajón que hiciera aflojar la guita a la profesora de idiomas del pueblo. El espíritu navideño de la excelente docente fue más fuerte que su leve intoxicación por el hollín que también cubría el mobiliario de su casa, así que Carol la deshollinadora salió a recibirnos. En la primera estrofa de «Oh, blanca Navidad», Gamaliel y yo abandonamos desternillados el coro.

Gamaliel era de esos niños que no engordan, pero que tienen la capacidad de ingesta de una plaga de langostas. Nos sentamos juntos a la gran mesa, donde toda la familia reía y comía. Había carne de cerdo, chorizos y morcillas de la matanza de noviembre y, por supuesto, arvejos, que a mi madre le encantaban. Cuando terminamos de comer, los adultos se tomaron una copa y llegaron

los padres de Petra y Carmen y algunos vecinos más para hablar de la situación con respecto a la presa.

Los mayores gritaban enfadados que de allí solo podrían sacarlos con los pies por delante. Hablaban de actuar con más contundencia. Se estaban preparando unas pintadas en el muro de la presa que varios espeleólogos harían colgados a cuarenta metros de altura. Ocho hombres escribirían en letras de cinco metros de altura y medio de ancho la palabra «demolición». Mi tío Indalecio, el padre de mis tías Carmen y Petra, no hablaba. Estaba asustado porque él ya había cobrado las indemnizaciones por la expropiación de sus tierras, ya eran tierras del Estado junto a los miles de hectáreas que se habían indemnizado a los riañeses de la generación anterior.

Todos estaban decididos a convocar de nuevo a la prensa y más manifestaciones y a seguir apoyando a la Asociación Coordinadora para la Defensa de los Grandes Valles Amenazados por Grandes Embalses. Hablaban de las últimas reuniones en León. Nos estábamos organizando para aguantar hasta el 88, entonces estaríamos dentro de la Unión Europea y el pantano ya no sería legal. El valle sería intocable.

Mi abuelo decía que era imposible que sumergieran los nueve pueblos, los hogares de más de tres mil personas. Él estaba hablando con políticos de todos los partidos, estaba buscando aliados que le dieran esperanzas todos los días. Había motivos para el optimismo y él era el mayor de los optimistas.

Mi tío Manuel ya se había tomado dos copas y empezó a hablar de bombas, de usar las armas, de volarle la cabeza al primero que llegara allí con una máquina excavadora. El tono subió más y más. Mi tío Jesús dijo que le cortaría el cuello a quien se le ocurriera echar

de su casa a sus padres. Mi tía Petra intentaba hacer que bajaran la voz, pero ya llevaban veinte años sufriendo un final que no llegaba, que no los dejaba dormir, no los dejaba apostar por nuevos negocios, por un futuro para sus hijos; los mismos que estábamos sentados frente al televisor viendo un nuevo episodio de *El hombre y la Tierra*, un programa que hablaba de ecología, de un mundo que estaba muriendo por decisiones como las que querían acabar con nuestro pequeño paraíso.

Mi madre y la tía Carol se percataron de que algunos de los niños nos estábamos asustando y se acercaron para tranquilizarnos. Gamaliel, que era el más pequeño, empezó a llorar cuando dijeron que tirarían abajo su casa y las cuadras de sus animales, que tendríamos que irnos todos de allí, separarnos y buscarnos la vida en otro lugar. Gamaliel nunca quería ir a León, no le gustaba salir del valle y aquello lo deshizo; solo era un niño. Mis primas también comenzaron a sollozar y a ponerse nerviosas. La reunión familiar se había convertido en la declaración de guerra de una familia, una más de los cientos de familias que irían a luchar con uñas y dientes por lo único que tenían. Aquello podría convertirse en mi barrio de Belfast; la tranquilidad y la paz desaparecieron. Yo ya había vivido aquello y no pensaba quedarme quieto mientras volvían a hacerle daño a mi familia, a mi gente.

Carol decidió llevarnos a todos los niños a la biblioteca del caserón. La habitación era enorme. Olía a habano. Había un gran sofá de cuero frente a una pequeña chimenea francesa. Las estanterías de madera de roble, de dos alturas, estaban llenas de libros de encuadernación en piel y letras doradas que cruzaban sus lomos anunciando con elegancia sus títulos. Había cientos de

volúmenes que el abuelo había comprado y después leído junto a la única compañía de un puro y el crepitar de una hoguera. Una esquina la ocupaba un antiguo globo terráqueo de madera muy grande. Era de estética colonial, en tonos crema y marrones apagados.

Junto al fuego había una pequeña lámpara y un sillón con una manta verde doblada sobre uno de sus brazos y, al otro lado, una pequeña mesa con una copa de vino tinto en la que solo quedaban la señal de unos labios y unos posos secos, acompañada de un cenicero donde un puro había dejado una pequeña estela de ceniza después de que mi abuelo lo abandonara para que pudiera morir con dignidad.

La luz se fue por la tormenta de nieve y la antigüedad de la red eléctrica que seguía sin modernizarse. Mi tía Carol encendió todas las velas, corrió las altas y largas cortinas color burdeos tras las que seguía la nevada y desapareció. Volvió envuelta en su abrigo de piel de visón y cubierta por su enorme caperuza que ensombrecía su rostro hasta ocultarlo. Nos fue sentando en medio de un enigmático silencio en la alfombra roja junto a la chimenea frente a la pared cubierta con las cabezas disecadas de varios ciervos y jabalíes de expresión fiera.

Mi madre trajo almendras, nueces, avellanas de los montes de Riaño, una caja de un surtido de pastas, polvorones, turrones, garrapiñadas y bombones de cacao, y mi abuela, una bandeja con chocolate caliente. Pincharon uno de los discos de música irlandesa de mi madre para que no siguiéramos oyendo la discusión de los mayores y cerraron la puerta. Carol, entre las sombras de un rincón de la sala, prendió las velas de otro de los candelabros que

usábamos tras los frecuentes apagones que se producían durante las nevadas y tormentas. Las sombras se movían al paso de la misteriosa y oscura bruja que en ese momento encarnaba Carol. Cogió un libro de las estanterías donde el abuelo guardaba los clásicos, tapó la encuadernación y el lomo del volumen y se sentó en el sillón junto a la lámpara. Los primos la rodeamos atentos con la sensación de seguridad que da el calor del fuego en medio de la oscuridad.

—¿Veis este libro? —preguntó Carol en voz baja como si fuera un secreto, una especie de confidencia que se tenía que quedar entre los presentes.

—Síííi… —respondimos todos los niños al unísono y en voz baja.

Mi madre asumió el papel de oyente asustadiza y se tapó con una pequeña manta de cuadros mientras escuchaba a Carol con atención. La abuela se sentó en otro sillón algo más alejada del resto, escucharía callada como siempre, con su copa de brandy en la mano. Desde que llegamos a Riaño bebía demasiado.

—Este libro lo escribió una mujer muy valiente, una dama llamada Mary Shelley. —Mi tía se sentía muy identificada con la autora—. Mary Shelley tuvo mucho miedo una vez, ¿sabéis? Hace muchos años, en 1816. A ese año lo llamaron «el año sin verano», ¿sabéis por qué?

—Por-por-porque no hubo veranoz —respondió Gamaliel entusiasmado. Le encantaban los cuentos de terror de la tía Carol. Cogió otra pasta sin perder de vista a la mujer de la caperuza y semblante sombrío.

—Así es, señor Gamaliel. Un año antes hubo varias erupciones de algunos volcanes y una de ellas, la de un volcán muy grande en el

monte Tambora, en Indonesia, hizo que el cielo se llenara de millones de toneladas de polvo que ensombrecieron la Tierra durante varios años y evitaron que la luz del sol llegara con fuerza a los campos. Entonces todo se volvió frío y tenebroso y ese verano volvió la lluvia y la nieve, y las cosechas se pudrieron y no hubo grano ni heno para alimentar al ganado. ¿Sabéis lo que hizo ella?

—Ze-ze-ze quedó en caza ca-ca-calentita —contestó Gamaliel de nuevo. Mi madre reprimió una carcajada.

—Sí, señor Gamaliel, estaba en Ginebra con varios amigos y se sentaron a contarse historias de terror e inventaron varios monstruos. ¿Sabéis qué monstruo inventó ella?

—Nooo…

—Frankenstein —dijo con un susurro triunfante, y comenzó con la lectura del libro.

Durante el resto de la tarde se turnó con mi madre y mi abuela para leernos aquella versión de la novela. Nos inculcó que no había que tener miedo, que debíamos aprender a sacar provecho de los problemas y anteponernos a las dificultades. Nos contó que ese año sin verano subió tanto el precio de la avena y costaba tanto alimentar a los caballos que Karl Drais se inspiró para inventar la dresina, el predecesor de la bicicleta.

Este es el día que recuerdo como el más entrañable, un día con todos mis seres queridos, cuando todavía disfrutaba de algo de la ignorancia de la niñez, de la candidez a la que deberían tener derecho todos los niños y que la vida se encarga de arrebatarnos poco a poco en los mejores casos o de arrancarla de cuajo en situaciones que quedan grabadas para siempre en nuestra memoria. Este es un recuerdo preciado al que vuelvo de vez en cuando y el

que me inspiró para crear mi propio Frankenstein, algo que devolviera a la vida lo que estaba abocado a morir, con pedazos de mundos que ya estaban a punto de desaparecer: Efa.

Aquella fue la forma en la que Carol nos contó lo que pasó el año sin verano. La otra versión, la que ella conocía tan bien y que evidentemente omitió, era bastante más cruda. En la versión más realista, miles de personas murieron de hambre y frío por toda Europa y Estados Unidos y muchas más tuvieron que emigrar a las ciudades. La criminalidad se disparó, las revueltas, los robos, los saqueos… El sistema se tambaleó desde sus cimientos. Se vulneró el suministro de alimentos. ¿Hay alguna fuerza o motivación más fuerte que el hambre? ¿Qué puede llegar a hacer una persona para sobrevivir y que sobrevivan sus hijos?

Despierto en el coche, Enrique me ha recogido después de que me echaran del restaurante. Apenas recuerdo qué ha pasado. Según la cuenta, me he bebido casi tres botellas de tinto y ahora estoy sudando y empapado en mi propio vómito de camino a casa. No sé cómo mantener el rumbo, no sé cómo aguantar esta presión. Ahora mismo soy un superviviente sin motivaciones.

Lunes por la mañana. Tengo una resaca inhumana, aunque hace unos días de la borrachera y Enrique, que acaba de llamar a la puerta de mi despacho, tiene mazos por manos.

—Pasa, Enrique, veamos qué traes después de un fin de semana tan largo. —Mi guardaespaldas, cada vez más suspicaz, tiene unas grabaciones que mostrarme, aunque hay un halo de sombra en su semblante que arrastra desde esta mañana.

Trae los audios de la casa de Virginia en un pendrive negro que no me gusta nada. Solo lo usa para transportar información delicada.

—Laurence, creo que deberías escuchar esto. —Hay un cierto reproche en el tono que escoge para pronunciar tan pocas palabras, y su mirada tiene un brillo de decepción, casi de odio.

Se oye el timbre del porterillo de la casa de Virginia.

«¿Sí?». Su voz casi acaricia mi oído cuando la escucho, es inconfundible, la tengo grabada en mi cabeza, incluso mi corazón parece bailar cuando la reconoce.

«Soy yo, Marta».

«Espera, sube, te abro».

Hay un minuto de silencio en el que la parte animal de mi mente no puede evitar imaginarse a la mujer que está subiendo una a una las escaleras que llevan hasta el tercer piso de Virginia; no toma el ascensor, porque no desaprovecha ninguna oportunidad para esculpir su cuerpo de diosa. Enrique bebe los vientos por Marta, aunque tengo que reconocer que cuando la conocí no me gustó. Es una mujer de unos veintisiete años, bastante lista y con un físico muy cuidado; pelo rubio de un brillo cegador, un pecho enorme e increíblemente natural, una mirada verde felina y una sensualidad que para el tráfico. Las grabaciones de Enrique son irrefutables; Marta lleva la promiscuidad a la categoría de deporte, aunque la verdad es que por su manera de hablar no esperaba otra cosa de ella.

«¿Virginia?», pregunta Marta mientras el crujido de la puerta anuncia que amenaza con entrar.

«¡Pasa! ¡Estoy en el salón!».

Se oyen los tacones fatales de Marta hasta que se encuentra en el salón con Virginia.

«¡Coño, tía!¡Das asquito! Pareces un perro muerto tumbado en el sofá. ¿Cuánto llevas sin dormir?».

«Déjame. Acabo de llegar de viaje».

«Bueno…, cuéntame. ¿Sabes algo de Pedro?». La voz de Marta es apresurada y ansiosa por la expectación ante la promesa de novedades sobre la actual y complicada vida amorosa de Virginia.

«No, sigue en Uganda, apenas hablamos cinco minutos por la noche y tres o cuatro mensajes por el día, pero no es por esto por lo que te he llamado».

«Pues tú dirás, guapa, me está cambiando el pH de la vagina con tanta intriga».

«Joder, Marta, eres una ordinaria, parece mentira que seas doctora en Psicología. Verás…, he estado en el pueblo todo el fin de semana».

«¿Qué pueblo? ¿El tuyo?».

«No, Riaño, el pueblo de Laurence».

«¿Y qué tal? ¿Es bonito?».

«Sí, precioso, pero ya no existe».

«¿Cómo que no existe?».

«No, el antiguo Riaño lo derribaron y ahora está bajo varios metros de agua. Han construido otro pueblo al lado, pero es nuevo».

«Joder, ¿qué pasó?».

«En el 87 echaron a todas las familias que no quisieron irse tras las expropiaciones y lo derribaron todo. El pueblo entero. No dejaron piedra sobre piedra».

«¿En serio? ¿Eso se puede hacer?».

«En el siglo pasado era algo relativamente corriente».

«Joder, ¿y qué has averiguado?».

«No puedes imaginarte el dolor que hay aún allí. Echaron a familias enteras, personas mayores que nunca habían salido del valle; tuvieron que abandonar sus casas y hasta a sus muertos los dejaron bajo el agua. Después cerraron la presa».

«Pero… ¿cómo?».

«Llevaba unas semanas investigando en internet: está lleno de imágenes. Mira, esto lo vi justo antes de decidirme a visitar la zona. Observa a los niños de la formación. ¿Reconoces a alguno?», pregunta Virginia.

Ahora escucho gritos de niños y algunos jóvenes. Una especie de marcha militar. El sonido me es familiar. Las voces me son conocidas.

«¡Joder, es él! ¡Es Laurence! Al fondo de la formación, el chico que no deja de observar serio desde su fila», dice Marta exaltada.

«¡Lo sé!», responde Virginia. Ha visto el vídeo varias veces.

«Pufff», responde Marta.

Recuerdo ese momento. Un grupo de niños y algunos adolescentes formamos un destacamento de una especie de milicia armada con sombreros de papel, espadas de madera, palos de fregona y escudos de cartón para hacer frente al invasor que venía a destruir nuestros hogares y los de nuestras familias y amigos, nuestras calles, las que tomábamos todas las tardes para jugar, y las cuadras donde protegíamos a nuestros animales del invierno y la nieve.

Escucho los vídeos que uno tras otro ven las dos amigas, resuenan en mi cabeza como el grito de terror de un niño atrapado tras una puerta a la que no puedo derribar, reconozco las voces de

mis tíos, de mis primos, de mi madre, de todos mis vecinos. Insultan e increpan a la Guardia Civil a caballo, las decenas de cascos pisotean las calles con rabia, parecen prepararlas para el embiste de las máquinas, entre voces desgarradas de odio y alaridos desesperados de jóvenes y ancianos. Cada disparo de las bolas de goma y las granadas de humo que escucho me hacen saltar en mi sillón, puedo volver a ver cómo devolvíamos a patadas cada uno de aquellos proyectiles para contención de masas.

Ahora oigo un llanto sobre el sonido de los vídeos. Es el de Marta. Su sollozo contenido apenas consigue reprimir los espasmos de su pecho. No necesito ver las imágenes, ni siquiera podría verlas si las tuviera delante. Yo estuve allí cuando vinieron a por el caserón, cuando tiraron abajo la casa de Gamaliel mientras su madre lo veía abrazada a sus hijos impotente entre lágrimas y desesperación, y luego vino la casa de su hermana Carmen y a mi tío Manuel se lo llevaron detenido por enfrentarse a la autoridad los cientos de agentes que se movilizaron para que no se parara la demolición, para controlar a los vecinos que con pancartas les hicimos frente. El pueblo entero fue a la lucha, y los de alrededor. Yo estuve allí cuando a mi tía Carol la alcanzaron con una bola de goma en la cabeza mientras estaba en el tejado de su casa para protegerla de los dientes de la excavadora. No conocí a mi tía Carol hasta ese momento. Salió de la ambulancia sangrando y malherida, pero volvió a la carga cuando su casa ya había caído, lo hizo para proteger la de su hermano y la de sus tíos y sobrinos, la de sus amigos, los hogares de su gente. No fui más de ese lugar hasta ese mismo instante en el que comprendí el orgullo cántabro e indomable de mi abuelo. Hasta ese día fatal en el que rodearon nuestros hogares y

todos salimos a defender cada palmo de nuestro pasado y cada centímetro que quedaba de nuestro futuro. A mi primo Manuel le hirieron en la mano de un porrazo cuando intentaba proteger a su madre. Defendimos nuestros pastos, nuestros bosques, nuestro modo de vida y el del lobo y la nutria y el oso, pero no fue suficiente, porque éramos ganaderos y agricultores, éramos niños y ancianos. Y pasaron, aunque levantamos barricadas, pasaron, aunque peleamos hasta el final, sin armas, solo con valor, solo con el amor incondicional hacia nuestro mundo. Aunque nos manifestamos en la Castellana de Madrid, aunque se firmaron manifiestos por intelectuales que veían la presa como un crimen. Si llegamos a estar armados no hubieran podido con nosotros, porque defendíamos nuestro pequeño paraíso, el de nuestros padres y el de nuestros hijos de supuestos enemigos. Pero solo éramos un pueblo que quería seguir viviendo entre sus montañas y en las casas de sus abuelos.

¿Dónde irían los hombres y mujeres que no conocían otro lugar y que no querían vivir en otro sitio? ¿Cómo se adaptaría a la ciudad un hombre que vivía de diez vacas y de los pastos que se inundarían?

Aunque cierro los ojos es como todas las madrugadas, la misma pesadilla: el sacrificio de Diego, el ataque al corazón que casi se lleva por delante al abuelo, el suicidio de uno de nuestros vecinos y la repentina muerte de Ángel, el galante vendedor de la tienda de ultramarinos, que nos dejó antes de que entraran al negocio que heredó de su padre, y la separación de la familia tras la emisión de mi imagen en la televisión.

Ya sabían dónde buscarme, iban a encontrarme y de nuevo nos intentarían eliminar a todos. Tuvimos que volver a huir, a

escondernos como ratas. Dejé atrás mis montañas, mis amigos, mis primos, mis tíos, mi valle, a Zaina, a Melquíades, a Zarco y a Caramelo y la manada de sorraias. Dejamos la vida que tanto amábamos.

«Madre mía, esto rompe a cualquiera», dice Marta.

«Creo que esa es la cuestión, cree que el mundo es Riaño. Su mente está peor de lo que yo creía. Estoy segura de que sufre esquizofrenia, pero es demasiado inteligente para que sea algo evidente. Sabe esconder los síntomas, ¿me estás escuchando, Marta?».

«Virginia, dale atrás a la imagen».

«¿Qué?».

«Que pases para atrás la imagen…, vale, ahí. Párala. Coge tu foto, la del viaje de fin de curso del instituto, y tráela».

«¿Cuál? ¿Esa de la pared?».

«Sí. Hazme caso. Tráela aquí. Mira esto».

«Joder».

«Sí. Es la misma expresión, la misma mirada».

8

El pasado puede ser una visita incómoda

Paula y Rodrigo son dos personas entrañables. Siempre lo han sido y ahora, a sus sesenta años, aún más. La senectud comienza a aflorar en el timbre de sus voces con cada una de las palabras que eligen pronunciar para evitar ofender o herir a cualquier persona, presente o no.

Ella está sentada junto a mí en el sofá de cuadros naranjas y verdes de su pequeño y acogedor salón con paredes repletas de cuadros en los que el agua está omnipresente. Los dos permanecemos en silencio frente a una mesa baja donde ha servido tres copas de vino tinto con una sencillez adorable. Es incapaz de dejar quietas sus piernas. Esa es la forma que tiene de liberar la tensión que mi presencia le provoca. Su pelo, antaño negro y brillante, ya no puede rivalizar en cantidad con las canas que tan amargamente ha ido ganando tras una vida dura y despiadada en muchos momentos.

Después de enterrar a sus dos hermanos pequeños y a sus padres, quienes murieron en el mismo accidente de tráfico cuando ella solo tenía catorce años, terminó el instituto y se fue a Granada a estudiar Bellas Artes. Para ayudar a sus abuelos a pagarle la carrera fregó suelos, cuidó niños, sirvió mesas en bares y restaurantes y acudió a la campaña de recogida de la aceituna todas las Navidades.

Su cara, dulce en su juventud, es ahora un lienzo donde la vida se ha entretenido en dibujar el cansancio con oscuras ojeras y la marchitez con cárcavas horadadas en la piel de sus mejillas.

Cansancio, sufrimiento y marchitez son tres de los primeros pagos que tiene que hacer una mujer por otorgarle el don de la vida a otro ser humano. Regalo que ella intentó hacer a los cinco cuerpos que extrajeron sin vida del suyo, las cinco pequeñas promesas de poder trasvasar todo el amor que tenía dentro y que no pudo compartir con la familia que le robó un conductor borracho después de una noche de copas en la feria de un pueblo cercano. Un amor que no pudo expresar durante los años que vendrían, no pudo consumar esa relación psicosomática, mágica e inquebrantable que hay entre un hijo y su madre y que tuvo que ver interrumpida hasta en cinco ocasiones en las que sintió apagarse el ser humano que llevaba dentro, en las que se paró el pequeño corazón que palpitaba tan cerca del suyo como el de ningún otro ser humano podría hacerlo. En cinco momentos quebrantaron su cuerpo con la invasión de los legrados; los mismos que volvieron en las preguntas despiadadas y el intrusismo egoísta de la curiosidad ajena.

Ahora me sonríe incómoda. Es demasiado educada e inteligente para dejar que su gesto la traicione y me dirija una señal de animadversión. Sabe quién soy y lo que he venido a hacer desde los cuatrocientos kilómetros que hay entre Madrid y Añora, por eso se muerde los labios, tiene miedo. Terror. Conoce mi determinación y no puede prever qué saldrá de esta noche gélida y de niebla espesa. El frío es el que le provoca fuertes dolores de espalda por la lumbalgia que padece y que ha desvirtuado la grácil estructura ósea con la que la conocí hace veinticinco años cuando era una gran

pintora, una artista de éxito con una carrera brillante por delante que cambiaría por la maternidad sin pensarlo dos veces. Por eso me fijé en ella, y esa es la causa de su miedo hacia mí y lo que represento para ella. Vengo a saldar cuentas, a llevarme lo más importante que le ha pasado en la vida.

Rodrigo ha sonreído cuando nos ha abierto la puerta de su casa, pero ha sido una sonrisa de las que duelen en los labios de quien las dedica, de las que salen de la necesidad, del dictado interior que marca el instinto de supervivencia. Acaba de sentarse después de traer unos platos para picar. Lo ha preparado en la cocina como el educado y cordial anfitrión que es mientras Enrique lo vigilaba en cada viruta de jamón, en cada corte de queso que hacía, para que no escondiera un cuchillo con el que cortarme el cuello o un tenedor con el que vaciarme las cuencas de los ojos. No se lo tengo en cuenta porque, si él viniera a por lo que más quiero, yo también intentaría liquidarlo, pero llevo matando toda mi vida; así que él ya estaría muerto. Ahora se rasca con nerviosismo y unas uñas inmaculadas el nacimiento del pelo cobrizo de sus entradas. La preocupación se refleja en su cara y en sus ojos desencajados. Hoy siento cierta piedad por este hombre, lo aprecio bastante, aunque al mismo tiempo llevo veinticinco años odiándolo como se puede odiar a una araña por ser una araña o un ratón por ser un ratón. Es un odio irracional, un odio animal, un sentimiento que me avergüenza pero que no he podido evitar todo este tiempo. No es fácil llegar a odiarlo, porque es un hombre bueno, un hombre moderado, sensible, culto y muy inteligente; siempre me han gustado su lógica y sus principios. Imparte clases de literatura en un instituto de Pozoblanco, aunque está a punto de jubilarse. Vive aquí, en Añora,

apenas a seis kilómetros de su puesto de trabajo. Sus alumnos lo adoran, se implica en sus vidas, intenta comprender la forma en la que cada uno de ellos se enfrenta al turbador despertar de la adolescencia. Se reúne con los padres interesados casi todas las semanas, y las puertas de su despacho y de su casa están siempre abiertas para ellos. Es hijo de un guarda forestal de corazón honesto y bonachón que le enseñó a cuidar de los brotes tiernos del monte y de la vida y así lo lleva haciendo desde que empezó a trabajar en su vocación: la enseñanza. Ese fue uno de los motivos por los que me fijé en él; cumplía con todos los requisitos que Gregorio y yo establecimos como indispensables, pero, sobre todo, porque es de este pequeño pueblo y nunca se iría de aquí, ama vivir en Añora, y esa era la clave. Ahora su cara vuelve a palidecer tras contemplar la vasta espalda de mi escolta saliendo por la puerta, que deja entrever el arma colgada de la pistolera cruzada del costado. Justo antes de atravesar el arco de la puerta para en seco, gira y se detiene en un pequeño nacimiento que hay en el altar ubicado en una oquedad del grueso muro de la edificación. El buey de barro está tumbado, él vuelve a ponerlo en pie y sigue su camino mientras intercambia un par de palabras con su hermano Midas.

Enrique se ha vuelto a meter en el coche en el que hemos venido y que ha aparcado delante de esta preciosa casa de muros de piedra encalados y dinteles de granito. Está indignado, asqueado, no entiende en estos momentos cuál es la necesidad de sentarme junto a dos buenas personas, dos ancianos, dos desconocidos con los que le he confesado que voy a saldar cuentas. Me abandona. Esta mañana, tras escuchar mí diagnóstico de esquizofrenia, me ha presentado su dimisión y me ha escupido a la cara que no piensa

seguir trabajando para un psicópata, para un asesino de masas; sin embargo, esta tarde cuando salíamos de Madrid, ha echado al maletero todas las herramientas que Midas utiliza cuando hacemos una visita comprometida. Esta noche quizá sea nuestra última noche juntos, pero volverá a hacer lo que le pida, aunque sea por última vez.

La televisión está encendida, la pareja la mira, pero está claro que no le prestan atención. Permanecen ausentes, porque la situación en la que se verán en unos instantes los sobrepasa. Llevan una vida preparándose para ello, pero no lo han conseguido, porque nada prepara a una persona para perder a un hijo. En el canal sintonizado hablan del éxito del proyecto Coldcomeback19, hablan de que es completamente seguro, de que los modelos son fiables y de que los científicos pueden dar una probabilidad del 99 por ciento de éxito. Enfriar el planeta varios grados en un mes utilizando vapor de agua salada y sulfatos. ¡Qué bien suena así! Enrique sigue esperando. Vigila la calle a la que hace cuestión de unas horas ha invadido una niebla espesa, en una noche fría y oscura en la que a su silencio solo lo interrumpe una y otra vez el chirrido de una lechuza. Ese animal está tan acostumbrado a ver pasar a la gente buena y sencilla del pueblo que me pregunto si puede sentir en la escala de colores que ven sus ojos negros y nocturnos la frialdad letal de nuestras siluetas de asesinos; carentes de un alma cálida que trascienda la carcasa de nuestros cuerpos.

Midas está en el tejado, se acaba de apostar con un rifle de mira telescópica porque, aunque hemos sido razonablemente discretos en ponernos en marcha, nunca perdemos de vista la posibilidad de que nos embosquen en cualquier sitio. Todos estamos expectantes. La

frenada del taxi en la puerta, que sin duda viene desde la estación de trenes de Villanueva de Córdoba debido a que Rodrigo odia conducir con niebla, es la primera señal. La segunda es un mensaje de Enrique que acabo de recibir y que dice «ya llega», y la tercera es el sonido de la cerradura de la puerta de entrada.

Entonces entra Virginia saludando con alegría y me descubre sentado junto a sus padres. Su mirada se rompe como un espejo bajo la bota de un soldado invasor.

—¿Qué haces tú aquí? Mamá, ¿qué hace este hombre en casa?

—Virginia, tranquilízate, solo queremos hablar contigo —dice Paula.

—¿Cómo que «queremos»? ¿Te refieres a *vosotros tres*?

—Sí, verás, Virginia…, este hombre quiere… —intenta aclarar Rodrigo.

—Este hombre es uno de mis pacientes, es muy peligroso. Papá, échalo —pide Virginia.

—Te lo explicamos si te calmas, por favor, Virginia —explica Paula.

—¡Fuera de aquí! No tengo nada que hablar contigo. Papá, sácalo de aquí, por favor.

—Espera, Virginia —interviene de nuevo Rodrigo con una evidente y exasperante influencia sobre Virginia.

—Hija. —Paula no puede decirlo de una vez, toma aire y lo suelta como si fuera la confesión de un delito de sangre—. Este hombre es…

—¿Quién es este hombre, mamá?

—Cariño, hace veinticinco años nos convertimos en tus padres, pero…

—¿Pero…?

—Pero no en tus padres como tú crees, aunque eso no importa.

—Dilo, mamá.

—Cariño, soy tu madre, y papá, tu padre, pero no somos tus padres como tú creías, no somos… tus padres biológicos…, pero eso no importa, no te hubiéramos querido más si una de tus células hubiera nacido en nuestros cuerpos, porque adoramos cada una de las que forman el tuyo, cariño, no hay dos padres que quieran más a su hija, y lo sabes…

—¡Dilo!

—Virginia. Este hombre es… tu padre.

Sus piernas se aflojan y le tiemblan las manos, sus oídos acaban de escuchar lo que su consciencia no quería oír de su razón. Paula la lleva hasta el sofá y le sirve un vaso de agua.

—Papá, ¿es verdad? —pregunta a punto de sucumbir.

Rodrigo cierra los ojos, no sé si es para evadir confirmar con la mirada esas últimas palabras de su mujer o por evitar encontrar la decepción en las pupilas de Virginia.

—Vamos, Virginia, has hecho cuatrocientos kilómetros en tren, un lunes por la noche, para que tus padres te nieguen lo que tú ya sabes —intervengo sin mucho éxito.

—¡Tú cállate! ¿Y cómo sabes dónde vivo? ¿Y cómo coño sabes que venía hacia aquí? —grita la chica muy exaltada.

Virginia se sume en un silencio inquebrantable, pero no me pierde de vista sentada en el sofá con Paula y Rodrigo a ambos flancos. Su mirada es de odio, me doy cuenta de que se siente engañada, víctima de un fraude que ha abarcado toda su vida. En estos momentos debe de preguntarse qué parte de ella misma es cierta, cuántas veces ha escuchado que tiene el pelo de su padre y el

carácter de su madre. ¿Cuáles de los miembros de su familia lo sabían? ¿Quiénes entre sus tíos y primos han sido parte de esta gran mentira? ¿Cuántas veces ha creído ver en el espejo la sonrisa de su abuela? ¿Cuántas veces le han dicho que tiene gestos de la hermana de su padre, con la que comparte una conexión especial? Debe de haber un remolino de reproches y sentimientos en su cabeza, pero, ante todo, se siente estúpida. Ahora entiende la discrepancia entre los grupos sanguíneos oficiales de sus padres y los que descubrió en la última hospitalización de su madre. «Errores administrativos», los llamaba Rodrigo siempre que surgían. Los lóbulos de sus orejas están separados de su cara como los míos. Rodrigo y Paula los tienen unidos. Es una mujer culta, una mujer de ciencia; no entiende cómo ha podido estar tan ciega.

Pero hay algo más. Antes de tomar el tren desde Madrid, ha pasado por el piso de Pedro. Midas la ha seguido. Ha estado hurgando en su habitación y en su portátil y ha descubierto todas las investigaciones en las que estaba inmersa su pareja. Ha descubierto cada uno de los casos de desapariciones y asesinatos con los que está relacionado mi nombre, en mayor o menor medida. Midas no hizo bien su trabajo. Volvió a dejar pruebas. Enrique cree que debía de haber un mensaje escondido que Pedro dejó para ella. No sabemos hasta dónde sabe.

El tiempo se ha acabado. Después de meses preparándola para esto, el plan ha salido mal. Debería haber conocido los hechos poco a poco, después de empezar a confiar en mí, de conocer mis verdaderas intenciones. Sin embargo, la vida es así y es hora de hablar de lo que nunca he hablado, aunque con ello confiese todos mis delitos y pecados, pero ese es el menor de mis problemas. El

objetivo que no puedo perder de vista es conseguir que Virginia se ponga a salvo con el resto de mis seres queridos en el refugio que llevo años construyendo.

¿Qué culpa tiene un depredador de serlo? ¿Cuál es la pena por ser el frío hielo? ¿Qué monstruo eligió alguna vez serlo? Tengo que demostrarle que no soy un loco, que lo que ha pasado en el mundo y lo que está pasando ahora mismo es real.

—Gamaliel y yo aparecimos en las noticias cuando le prendimos fuego al caserón, justo antes de que las máquinas lo derribaran, antes de que las grúas violaran la intimidad del hogar que mi abuelo había creado para todos nosotros, antes de que él pudiera verlo tumbado en la cama del hospital de Valladolid tras su ataque al corazón y antes de que lo contemplara desmoronarse por la dentellada ruin y traicionera de la codicia que mandaba allí aquella máquina. Lo hicimos arder para que desapareciera como un gran coloso, como una gran obra que no se vería nunca destruida por el invasor, sino que partiría en una pira para despedir al rey en la montaña, partiría como un homenaje a su creador y a la familia que renació y se renovó una generación tras otra durante siglos al resguardo de sus muros. Ardió el salón del hotel que se abriría en unos meses, porque en tan solo un mes España entraría en la Unión Europea y entonces el valle de Riaño sería intocable y nuestro futuro también. Ardió la cocina donde desayunábamos juntos todos los días, ardió la biblioteca y nuestras habitaciones, y las cuadras de nuestros animales. No fue el único hogar que ardió. Otros riañeses también prefirieron ver las llamas devorar sus casas antes que ver a

las vacas en medio de sus ruinas, entre sus recuerdos. Escogieron contemplar cómo desaparecía todo antes que presenciar las máquinas pisoteando los escombros de la morada donde se habían criado, el lugar donde habían sido felices.

»Aquella despedida de los sueños de mi abuelo me costó la discreción, mi anonimato, porque aparecí en periódicos y diarios de muchas ciudades del mundo. No tardó en llegarme la visita de un viejo amigo que venía a terminar el trabajo que empezó en Irlanda. El asesino al que le arrebataron su pierna deambuló por Riaño durante días y lo seguiría haciendo hasta que diese con su siguiente pista, rondó los otros ocho pueblos que acabarían bajo el agua. Hasta que dio con Diego, aunque ya puedo decirlo en voz alta, se encontraron con Nikolay Chirikov, el científico que se había dedicado durante toda su juventud a investigar la microbiología del suelo de Siberia para conseguir un medio para alimentar a la población de la madre Rusia a lo largo del crudo invierno siberiano.

»Cuando lo encontraron estaba sentado en el salón de su pequeña casa. El padre de Gamaliel llevaba horas intentando que saliera para llevárselo con toda la familia a Valladolid. Lo dejó solo un momento para soltar a pastar el ganado y cuando volvió lo vio todo desde la puerta de atrás, desde el corral de la casita de Diego.

»Diego, o Nikolay Chirikov, se había vestido con su mejor traje, su corbata más elegante y había limpiado sus zapatos con esmero. Los tres individuos que lo apuntaban con sus armas sonreían, era presa fácil. Nikolay sacó una foto enmarcada que abrazaba en su pecho; la imagen de sus dos pequeñas hijas y su mujer, las mismas a las que condenaron a muerte cuando a él lo declararon un traidor por no informar de su hallazgo, las mismas a las que no pudo salvar, porque

eso suponía acabar con el mundo, las mismas a las que llevaba cuarenta años sin ver. Los tres asesinos se dirigieron hacia él al tiempo que se quitaban sus abrigos y chaquetas y se remangaban las camisas para lo que sin duda iba a ser una tarde muy larga para nuestro querido amigo.

»Entonces Diego se giró hacia mi tío Manuel y gritó: "¡Riaño vive!". Abrió su chaqueta, sonrió e hizo que toda la nitroglicerina que él mismo había fabricado mandase por los aires su casa y lo que había dentro. Las ruinas ardieron y la casa desapareció como todas las que los riañeses no quisieron ver entre los dientes de las máquinas, así que la Policía y la Guardia Civil nunca indagaron sobre aquel incendio. Acabó olvidado bajo las aguas del pantano, aunque nosotros no lo olvidamos. Ninguno podíamos olvidar lo que hizo nuestro Diego. Sí, el hombre más guapo que nunca había visto mi madre, el hombre más inteligente que habíamos conocido, nuestro amigo y uno más en nuestra familia hecha con pedazos de vidas rotas, nos hizo un regalo.

»Sabía que venían a por mí. Mi imprudencia los atrajo hasta allí, y él se preparó cuando lo supo, los esperó sentado entre la madera, el serrín, el barniz y la pintura de su pequeña carpintería y con esa explosión nos dio el tiempo que necesitábamos. Nos lo dio con su habitual inteligencia y elegancia. Vistió ese regalo, ese precioso tiempo que necesitábamos para preparar la huida y la recuperación del abuelo. Lo vistió de venganza. Ese último sacrificio, ese último acto de amor a esa familia a la que adoraba y a la que pertenecía, lo vistió de un mensaje para los que nos daban caza: "Caeréis con nosotros". En realidad nos daba tiempo; tiempo para que su bella Águeda y su genial Gregorio se escondieran en Barcelona; tiempo

para que su enigmática María, su alegre Carol y su querido y leal Francisco negociaran un pacto de no agresión en Zúrich, y tiempo para que ese niño al que había visto crecer y al que había enseñado a pensar, a estudiar la lógica de la física, de las matemáticas, de la química, un niño al que había podido transmitirle muchos de los conocimientos que no pudo darle a sus pequeñas, un niño que podría esconderse en el lugar más seguro para él en el mundo: Belfast, donde la familia de su padre, el hombre que años atrás dio la vida por Diego, no dejaría que nadie le hiciera daño.

»En Belfast el chico se haría hombre. Aprendería a defenderse, a usar un arma, a pelear a puño desnudo, a emboscar, a engañar, conocería la guerra de guerrillas, entendería la lealtad del clan y a dominar su conciencia después de matar. Su mente ya nunca descansó, siempre tuvo que estar alerta y su cuerpo tuvo que instruirse para moverse siempre sin ser descubierto, a pasar desapercibido, a cambiar de nombre y de aspecto, hasta que el hombre pudo volver con su familia, porque su abuelo había conseguido un trato que ninguna de las partes podría romper sin ser destruida por la otra. Los asesinos no los cazarían y la familia no hablaría jamás ni de las cintas ni de nada de lo que había enterrado en el hielo de Siberia.

»Nadie sabía dónde estaba y así debía seguir siendo. Llegué algunos años después a Granada como estudiante erasmus procedente de Gales. Cambié tres veces de identidad y de piso hasta que durante un tiempo me establecí en un pequeño piso del barrio del Albaicín y me matriculé en Ingeniería. Estudiaba y leía durante el día y por la noche entrenaba. Entrenaba hasta que no podía más, hasta que caía exhausto. Luchaba en todos los gimnasios, buscaba

aquellos a los que iban los porteros de los peores antros de la provincia y me volvía a partir la cara cuando me recuperaba de las heridas de la paliza anterior. Aprendí a usar mis tibias, las rodillas, los codos; aprendí a luchar en el suelo o con un simple servilletero. Era la única manera de estar siempre preparado. Los mismos compañeros nos llevábamos a los heridos a un médico privado que no hacía muchas preguntas y al que no le molestaban nuestras respuestas. Se limitaba a parchearnos un golpe jodido o a remendarnos algún corte profundo. Allí es donde conocí a tu madre: Efa.

»Efa era una estudiante de Medicina que sí venía de erasmus desde Gales. Era hija de unos granjeros de un pueblecito cerca de Cardiff que soñaba con ser cardióloga y estaba haciendo las prácticas en la clínica donde íbamos todas las semanas con lo que nosotros llamábamos nuestras "averías". Así nos conocimos. Yo llegué con una ceja abierta por el codazo de un italiano adicto a la cocaína y a la adrenalina con el que me había cerrado bajo llave en el gimnasio y que tenía el brazo roto en la otra camilla.

»La primera vez que nos vimos no pudimos quitarnos los ojos de encima. El médico me preguntó cómo me había hecho aquella herida para ponerme la antitetánica. Yo le dije que haciendo punto. Ella, que vio mi documentación falsa y que creía que yo hablaba galés, me dijo: *Idiotesyn glasurol*, que básicamente significa "idiota de libro".

»Éramos muy jóvenes, apenas pasábamos de los veintiséis años, y nos enamoramos. Yo me perdía cada noche en sus ojos castaños y en el firmamento de las pecas de su cuerpo en el pequeño piso del Albaicín, donde pasábamos desapercibidos, como el resto de los

extranjeros y estudiantes. La tregua del Viernes Santo del 98 hizo que los irlandeses pudiéramos movernos sin tantos controles y la familia pudo reunirse por fin en Córdoba. Conocieron a Efa. Todos se quedaron prendados de ella cuando la conocieron, era simpática, con mucho carácter y preciosa. Durante varios años, el abuelo me suministró carnets falsos, así que íbamos un par de veces al mes a visitarlos. Ella se quedó embarazada y nos mudamos a la casa de la familia cuando el viejo enfermó. Era cáncer de huesos, no había nada que hacer, y decidimos esperar el final todos juntos.

»Mi madre y Gregorio vinieron desde su nueva residencia en Madrid y su nuevo trabajo como psicólogo, con la hija que tuvieron después de lo de Riaño. Era mi hermana Raquel, que ya tenía doce años y a la que aún no conocía en persona.

»Aunque el abuelo había guardado las cintas en varios bancos de Londres y Zúrich, debíamos tomar algunas precauciones, como movernos con documentación falsa siempre que pudiéramos. El trato era no hablar con nadie de las cintas ni de Aníbal, y así nos dejarían tranquilos. El abuelo murió dos días antes del 11S, y comenzó de nuevo la persecución. Nos investigaban, nos seguían, pinchaban nuestros teléfonos y grababan todas las conversaciones hasta que cometimos un error. Efa era ecologista, una activista apasionada y rebelde que no quiso hacer caso de las advertencias de mi abuelo, ni de las mías. Ya me lo avisó mi abuela María: "Cuidado, Laurence. Esta mujer no conoce el miedo". Tenía razón. Habló, intentó denunciar lo que pasaría en unas décadas, y la interceptaron apenas un mes después de que nacieras.

»Esperábamos en un semáforo en una vía de cuatro carriles del centro de Córdoba, yo te tenía en brazos y recordé las últimas

palabras que me dijo mi abuela cuando salí por la puerta de la casa de la judería. "Cuidado con el carro verde". Entonces vi un autobús que pasaba lleno de gente delante de nosotros en apenas dos segundos. Miré a tu madre, pero ella estaba con tu carrito en la primera línea de peatones, la llamé, pero no me oyó con el ruido del tráfico, me di cuenta de que yo también estaba en una posible trayectoria del autobús, eché varios pasos atrás mientras seguía llamando a Efa, pero me equivoqué, tropecé y perdí el equilibrio. Entonces se oyeron gritos y el chirriar de unos frenos. A tu madre la habían empujado al tráfico. Cuando recobré el equilibrio vi cómo su cuerpo rodaba bajo las ruedas del autobús verde de la línea Ciudad Jardín-Centro de Córdoba. Murió en el acto. Nunca vi la cara del asesino.

»Mi madre y Raquel volvieron a Madrid. Gregorio y yo te esconderíamos donde pudieras tener una vida normal, donde no te persiguieran, donde no te usaran para que el resto nos entregáramos. Te querían tanto todos…, eras la parte de cada uno de nosotros que sobrevivía a esta locura. Tu abuela Águeda todavía te espera, y tus tías Raquel y Carol. —Saco una foto donde estamos todos alrededor del abuelo—. Esta es nuestra última foto juntos.

»Elegimos este lugar y esta familia porque necesitábamos un pueblo de España donde pasaras desapercibida. Todas las vías de escape estaban vigiladas, no podíamos sacarte del país y el cerco se estrechaba por horas.

»La estadística y la lógica de Gregorio nos trajeron a Añora. Teníamos a una niña pelirroja de apenas un mes. Decidimos encontrar a una familia que buscara un hijo y no pudiera, una familia que lo deseara realmente y que lo quisiera como suyo, y así lo

hicimos. Investigamos todas las listas de padres de adopción y esta pareja nos llamó la atención por el perfil de ambos progenitores, incluso su perfil físico era perfecto. Él era pelirrojo y ella había tenido cinco abortos, el último en el sexto mes de embarazo. Este no lo habían hecho público, solo había un desfase de un mes y medio entre su pérdida y el nacimiento de mi hija. Gregorio fue a la clínica de Valencia donde estaban tomándose un tiempo para recuperarse y se lo propuso; en unos meses volvieron a casa con una niña que, de cara a la ley, era biológicamente suya, al pueblo con mayor densidad de pelirrojos de toda España. Gregorio, un genio con contactos en los mejores hospitales de España, escondió a mi hija donde nadie podría dar con ella. Gregorio te llevó, arregló los papeles y el certificado de nacimiento, y el dinero y mi distancia borró todas las huellas durante todo este tiempo.

Siento como una liberación, como si hubiera tenido la cabeza y el pecho aprisionados en una prensa que solo me dejaba respirar lo justo para existir durante una condena de veinticinco años. Casi la mitad de mi vida. Ahora es como si el aire entrara en mi pecho por primera vez, como si volviera a tener toda la juventud por delante y como si la angustia se evaporara sobre la piel de mis hombros. Ahora puedo mirar a mi hija a los ojos sin temor a que la avidez por contactar de los míos se confunda con la codicia de otro tipo de sentimiento predador y egoísta; algo que lleva meses socavando mi ánimo y mi autoestima.

Ya puedo acercarme a ella sin miedo a que la identifiquen como tal, porque ya da igual, ya no podrán darle caza si no cometemos el

error de confiar en extraños, ya no tienen tiempo, hasta ellos deben de buscar la manera de ponerse a salvo junto a sus camadas de nuevos hijos de puta, la próxima generación de la élite.

«Justicia», esa es la palabra, y la sensación de liberación que me posee en este momento es irrefrenable. Por primera vez en tantos años siento que tengo el derecho natural, el derecho animal, de salir de la jaula que el destino y yo mismo nos hemos impuesto durante un cuarto de siglo, y ahora puedo formar parte de la vida de mi hija porque sí, ya puedo decírmelo a mí mismo sin miedo a volverme loco. Ella es mi hija.

Llevo más de dos décadas viéndola en fotos y vídeos, tiempo durante el que solo me he permitido, una vez al año, merodear en la periferia de las efímeras, irrecuperables y preciosas etapas de su trayectoria vital única; durante las que solo me he permitido una vez cada ocho mil setecientas sesenta horas, en las que no había dejado de imaginarla a mi lado en el coche, de vuelta a casa, en la cocina de mi casa, en el sofá haciéndola reír, en el columpio de un parque cercano donde todos los días veía a otros padres con sus hijas. Observarla es todo lo que me he permitido cuando estaba tan cerca como para casi tocarla, casi oler su pelo. La observaba escondido en un coche o en la terraza de un bar de la plaza donde ella jugaba y escondía mi mirada como si fuera sucia u obscena, cuando en realidad era de adoración, de devoción. Pero tenía que ser fuerte y contenerme para no delatarla, para no contagiarle la maldición que planeaba sobre toda mi familia, contenerme de abrazarla, contenerme de pensar en cómo fueron sus primeros pasos, los primeros reflejos de su personalidad, en el beso de buenos días y el de buenas noches que otro le daba, del primer «papá», que no fue

para mí, sino para el hombre que tuve que elegir para que la levantara en sus brazos para que viera su primera Navidad y las que vinieron después. Su mirada ante su primera mañana de Reyes, en su primer día de colegio, en sus veinticinco primeros años solo he podido estar con ella en mis sueños, aunque no estuviera dormido en la mayor parte de ellos. Así lo dispuse por su seguridad. Tuve que renunciar a toda esa parte de mi vida y de mi alma y regalárselo a otro hombre. Regalarle mi motivo para levantarme cada mañana, mi motivo para tener fe y mi motivo para ser feliz. Todo eso tuve que dárselo a un desconocido que lo deseara tanto como para protegerla como si fuera suya; a un hombre que nunca la despreciara por estrés o prisas, un hombre que entregara su vida entera por ella, un hombre como Rodrigo, a quien la vida le negaba sus propios hijos y al que hoy me he propuesto dejar de odiar.

Es una noche surrealista. Las luces navideñas están por todas las calles del pueblo, pero con la niebla es como estar en un sueño vaporoso que distorsiona las formas y los contornos, pero que intensifica las emociones. Siempre me ha parecido un lugar muy bonito, muy tranquilo y pacífico.

No hay nadie en la calle. Estamos a un grado bajo cero. Virginia y yo paseamos tranquilamente como un padre y su hija y hemos decidido andar juntos mientras ordenamos nuestros pensamientos. Midas, a treinta metros delante de nosotros, escudriña cada rincón, cada ventana, cada sonido o luz sospechosos. Enrique nos sigue a unos pasos. Creo que seguirá conmigo, creo que vuelve a confiar en mí. Ha podido escucharlo todo.

—¿Cuál es mi verdadero nombre? —pregunta Virginia cubierta por una manta verde con dibujos bordados de zuecos de decenas de

colores diferentes.

—Ane, Ane Patterson Evans —respondo tras tantos años negándome a mí mismo decir su nombre por miedo a desenmascararme cuando la contactara.

—¿Evans?

—Sí.

—Efa… ¿cómo era? —pregunta Virginia.

—Era muy guapa, como tú. Y una pelirroja de cuidado. —Mi hija pierde una lágrima y deja escapar una sonrisa triste.

—Me hubiera gustado haber tenido algo suyo —confiesa.

—¿De tu madre? Siempre lo has tenido. Esa alianza que te atornillas al dedo justo antes de que yo entre en la consulta se la regalé cuando le pedí que se casara conmigo. Ha habido veces que casi me he arrepentido de dejártela. Te podías haber provocado una gangrena con tal de dejarme claro que estabas comprometida.

—¿En serio?

—Sí, y hay algo más, esa manta con la que te cubres ahora los hombros y que tienes desde pequeña.

—¿Esta?

—Sí, la hizo ella para ti. Puntada a puntada, y si unes con trazos los pequeños espacios, verás un mensaje en clave que te dejó tu madre.

—¿Cómo?

—Espera, mira. —Le quito la manta de los hombros y vuelvo a cubrirla con mi abrigo. Oriento la manta al trasluz

de la farola más cercana y, al seguir con mi dedo los puntos ausentes, se puede leer: *Fy nhrasor annwyl*.

—¿Qué significa? —pregunta Virginia.

—Es galés. Significa «mi amado tesoro».

Volvemos a la casa. Todos estamos agotados. Rodrigo y yo vamos a tomar una copa. Al fin y al cabo, somos padres de la misma criatura, así que al menos beberemos juntos por una vez. Me llega un mensaje de José Luis: «Pedro ha escapado».

Virginia sigue muy callada, tiene mal aspecto, apenas nos mira a los ojos a ninguno. Nosotros tres nos vamos hacia Pozoblanco a ver si nos dan habitación en algún hotel, pero antes de irme y averiguar qué ha pasado con ese periodista, le entrego a mi hija el libro que tengo en las manos: las memorias de mi abuelo. Se las cedo para que lo entienda todo, para que comprenda de dónde viene todo. Me mira fijamente. Después de tantas sesiones hablando de Francisco Antolín Robles, sabe de lo que me desprendo en este momento. Su desconfianza y su abatimiento reprimen cualquier gesto amable hacia mí.

Son las cinco y media de la mañana y ya estoy despierto. Esta noche no he sufrido ninguna pesadilla. Tomo una ducha y cuando enciendo el móvil tengo seis llamadas de Paula y varios mensajes de Rodrigo. Ha pasado algo. Los llamo de inmediato.

—Laurence, buenos días —contesta cansada y nerviosa la voz de Rodrigo.

—¿Qué ha pasado?

—Virginia ha escapado de madrugada.

—¿Cómo?

—Salió en silencio y con la moto apagada, justo después de acostarnos.

—Pero…

—Laurence…, hay algo más…, está embarazada. Ha dejado una nota.

Llamo a Enrique y nos vamos en coche hacia Añora. Entro en la casa de Paula sin llamar, la puerta está abierta. Ambos están en el salón con el rostro abatido. Hay una nota sobre la mesa, la tomo con ira y leo:

> No voy a dejar que nos controles. Eres un enfermo que no ha sido capaz de dejar atrás su pasado. No nos busques. No pienso dejar que le hagas a mi hijo lo que te has hecho a ti mismo.

9

La purga de la Tierra

—Laurence, ¿estás ahí?

—Sí, José Luis. Háblame más alto, por favor. Este trasmisor no funciona muy bien.

—De acuerdo. Los invitados llegan sin contratiempos importantes. Todo se está desarrollando según los planes, aunque… una mujer de unos noventa años ha insistido en que paremos para que pueda cambiarse de vestido antes de la llegada a Efa. Tienes que ver su pamela.

—Carol, ¿verdad?

—Sí. Es un terremoto de mujer.

—Bien. Dale unos minutos. Si no lo hacéis, va a volver loco al conductor.

—De acuerdo.

—¿Habéis conseguido desorientarlos?

—Sí. Han despertado en medio de las montañas. Vas a tener que responder a muchas preguntas en unos minutos.

—Bien. Ahora nos vemos.

Quiero lujo y exceso: no puedo permitir que mis invitados sospechen nada. Se supone que es la boda de un multimillonario, que debo

aparentar felicidad y que estoy perdidamente enamorado de una mujer veinte años más joven que yo que hace que me sienta en una nube de dicha y gratitud hacia la vida.

Los ocho autobuses comienzan a llegar por el camino del norte. Levantan unas enormes nubes de polvo a su paso después de un mes de mayo extremadamente seco. Entran despacio por la puerta norte de la muralla de Efa. Los conductores tienen cuidado de no rozar los pilares de los enormes portones de madera y acero, los cuales, accionados por un sistema de pesos que producen un ruido atronador, retumban en las siete calles del pueblo. Uno tras otro, introducen a las más de cuatrocientas personas que han confirmado su asistencia a mi boda. Ninguna de ellas conoce el hecho de que la gran mayoría no saldrá de aquí en años: su mundo se reducirá a Efa, sus bosques y sus valles.

El traqueteo de los neumáticos al pasar sobre la calle principal del pueblo, adoquinada de granito en todas y cada una de sus vías, produce un murmullo rítmico e imparable, como un preludio de la sucesión de acontecimientos que, inexorablemente, se sucederán en los próximos días.

Las fachadas de los caserones que vertebran el pueblo se asoman a la avenida principal con las ventanas abiertas, como si pretendieran conocer a sus nuevos moradores, o, más bien, a las primeras personas que las van a habitar desde hace un siglo. Llevamos reformando este pueblo abandonado del norte de Zamora cerca de tres años. El esplendor y la belleza que ha alcanzado me animan a seguir con el plan.

Desde la avenida principal, a la que hemos llamado avenida de la Esperanza, se aprecia la gran pendiente de los cientos de tejados y

el estilo alpino que se les ha dado a las antiguas casas de piedra en los trabajos de remodelación. Parece que Edgar, el arquitecto suizo encargado de las modificaciones estructurales, no ha tenido en cuenta ni el constante acortamiento de los inviernos ni la práctica extinción de las grandes nevadas de estas sierras. Más que un pueblo rehabilitado, parece un parque temático sobre la arquitectura rural de los Alpes. Claro, eso solo es lo que deben de pensar mis invitados, que ahora se asoman boquiabiertos a través de los cristales de las ventanillas de los vehículos en los que llegan agotados y adormecidos por las drogas que contenía el aire acondicionado de los autobuses. Los chóferes han conducido con máscaras durante horas.

En el centro de Efa hay una gran plaza con la enorme estatua en piedra de un encebro. He elegido este animal como símbolo de Efa por su fuerza y velocidad y en memoria del proyecto inacabado de mi abuelo. Dicen los escritos de la Edad Media que era una bestia que vagaba por toda la península ibérica y, aunque su carne era preciada y su cuero muy valorado, era difícil de cazar por su gran poder y carácter.

En honor a estos équidos, tenemos esta estatua orgullosa sobre una fuente circular de roca caliza de la que mana agua de forma natural, proveniente de una corriente subterránea que nace en las montañas del norte.

A unos cincuenta metros hay un viejo roble con una copa inmensa. Sus cinco ramas principales, largas y robustas como los brazos de un gigante, llegan al suelo para volver a levantarse hacia el cielo, después de apoyarse en la calzada. Según mis cálculos, la copa de este ejemplar da sombra a unos seiscientos metros

cuadrados de la plaza. Al entrar el sol del mediodía, su ramaje forma una especie de gran cúpula natural verde esmeralda. Debajo hemos dispuesto decenas de mesas con manteles blancos, inmaculados, y varios castillos hechos con copas de champán, el cual comienza a caer, frío y espumoso, para llenarlas ante la atónita mirada de los recién llegados. El vino está preparado junto a las jarras de cerveza helada. Será una gran recepción para unos viajeros agotados que llevan más de nueve horas de viaje, en el mejor caso.

Mi familia paterna, la irlandesa, lleva varias horas más. Todos los invitados están cansados, desorientados y ligeramente mareados por los narcóticos. Los conductores tenían órdenes de parar para repostar en varios establecimientos de carretera, alquilados durante unas horas para la ocasión, donde algunos de los miembros de mi personal han fingido encontrarse en Asturias. Los letreros falsos que iban colocando varios vehículos que los precedían han creado el resto de la confusión. Nadie que decida irse de Efa en las próximas semanas debe conocer el camino de vuelta. Quien la abandone lo hará para siempre: es la única manera de proteger a los que nos quedamos.

Uno tras otro, los vehículos van parando alrededor de la gran plaza principal. Los pasajeros están impresionados al ver el resultado de los trabajos de reconstrucción del pueblo y de la naturaleza de las montañas. En el lado sur hay un balcón sobre una pared vertical rocosa de veinte metros, desde donde se pueden admirar las sierras y algunos valles cubiertos de bosques oscuros e inmensos. En las mejores tierras, la vega del río, se extienden los campos de la cebada, la avena y el trigo recién segados.

Algunas manos se agitan a través de los cristales de las ventanillas y saludan a los familiares que ya se han apeado; muchos de ellos llevan más de diez años sin verse. Los Patterson y los McMahon vienen en el último autobús. Cuando bajan, sus pieles blancas y ojos claros contrastan con la tez morena del resto de los invitados. Yo permanezco en las escaleras del viejo ayuntamiento rehabilitado, que es donde hemos dispuesto las oficinas desde las que se dirige Efa y sus cinco mil hectáreas.

Antes de acercarme a los invitados, antes de abrazar a cientos de personas y de caer entre los brazos de mi primo Manuel, antes de ser arrinconado con una jarra de cerveza por mis primos de Belfast y de intentar integrar a españoles e irlandeses, tengo que dar la bienvenida de rigor, presentar a mi flamante novia y dar las instrucciones para la ocupación de todas las viviendas.

Los invitados ríen, se abrazan y besan. La mayoría son familia, casi todos se conocen bien, pero hay dos mitades que por ahora permanecen inmiscibles. Espero que en estos días haya un acercamiento, porque en un futuro inminente van a ser compañeros de prisión, aunque se trate de una cárcel que se extiende más allá del horizonte y de celdas en forma de acogedoras casas de montaña. Van a pasar años sin salir de aquí.

Me siento satisfecho, apenas treinta personas han declinado la invitación a mis nupcias. Anoche se les envió el kit de supervivencia, al igual que a todas las personas que conozco y que no he podido traer o invitar a la boda, aunque espero poder recuperarlos.

Mi tía Carol está bajando de la parte trasera del tercer autobús. A su edad, la vida no ha conseguido doblegarla, es una fuerza de la naturaleza. Tiene la resistencia de la madera de encina. Ayudada por

Gregorio, mi madre y mi hermana Raquel, sale embutida en un vestido ceñido de un verde pino cegador, con unos tirantes rosas estampados de margaritas amarillas azafrán. En este momento, todas las abejas de la zona deben de estar encantadas con el modelo que ha escogido para casar a su sobrino Laurence. Cubre su cabeza con una enorme pamela que Gregorio ajusta con un pañuelo anudado a su papada y con el que simula estrangularla mientras mira con sorna a mi hermana. Raquel ríe a carcajadas cuando mi madre regaña a Gregorio, después de percibir un sano tono rojizo en los mofletes de Carol, rollizos como su figura de golosa incorregible. Ahora, ataviada de unos guantes blancos hasta las axilas, ya está entre el resto de los familiares, pellizcando las mejillas de todos mis sobrinos pequeños. Acaba de cazar al vuelo una copa de cerveza que pasaba aún invicta sobre una bandeja. Bien, creo que puedo estar tranquilo. No sobrará tarta.

Algunos operarios están bajando las maletas. Hemos hecho que un camión traiga el resto de sus equipajes. Las invitaciones advertían que necesitarían ropa para una semana en el campo y galas para un par de celebraciones, y que contaran con un posible temporal de frío o agua. Espero que el hecho de traer consigo algo de su antigua vida les amenice el gran shock que están a punto de sufrir.

Toman varias copas antes de la bienvenida formal. Ambas familias ríen, beben y picotean de las bandejas del catering servido por camareros y camareras que, en realidad, son sus futuros médicos, los próximos profesores de sus hijos o nietos, los ingenieros que continuarán diseñando y mejorando Efa y sus ampliaciones futuras, e, incluso, los cuerpos de seguridad que hemos creado. Todos,

incluso sus familias, que, por supuesto, llevan aquí meses, fingen ser el servicio de una comunidad creada para multimillonarios.

No he nacido para ser actor, aunque la necesidad hace que me deje llevar por mi papel de feliz aunque maduro novio. Doy la bienvenida, pero apenas articulo alguna frase medianamente inteligente que no esté en el guion. Solo puedo imaginarlos en el momento en el que conozcan la verdad y se pregunten por el resto de sus seres queridos. Beatriz, la médica internista de nuestro hospital, de treinta y seis años, medidas de infarto, un encanto arrebatador y mi flamante novia, sigue la farsa mejor que yo y coge mi mano y me besa en los labios. Sin duda, tiene el talento para el arte dramático del que yo carezco. Todos aplauden expectantes ante su presentación formal.

Vuelve a besarme después de que yo agradezca por enésima vez el esfuerzo de los presentes y pronuncie un breve y empalagoso discurso con tintes románticos sobre el amor verdadero, en una apología de la atemporalidad de los sentimientos. En este instante, me doy un asco tremendo.

Van a ser unos días muy duros. En algunos instantes, casi deseo que ocurra todo de una vez por todas. Me cuesta mantener esta mentira; sin embargo, a la vez, no puedo dejar de pensar en Virginia. Desapareció en diciembre sin dejar rastro y no tengo ni idea de cuál es el rincón que ha escogido en el planeta para esconderse de mí, de su padre, de ese psicópata frío y despiadado que no quiere que conozca a su hijo, quien nacerá en un par de meses en un mundo de muerte y devastación. Solo quedan unos días para que se cierren las puertas de Efa. Sabemos por una carta que recibieron Rodrigo y Paula que Virginia está bien, junto a Pedro, pero ni idea de

su paradero. Aunque sus padres adoptivos están al tanto de lo que va a suceder y, por eso, esperan en Madrid a que lleguen para desplazarse con ellos hasta aquí.

José Luis le ha asignado una casa a cada familia. En total, hoy se van a ocupar ciento noventa hogares de los seiscientos que hay construidos en el interior de las murallas del pueblo. Ciento cincuenta, de las ya habitadas, son de las familias del personal que trabaja aquí, parejas que llevan en este proyecto más de seis años. A cada cabeza de familia se le entregan las llaves de su nueva casa, donde se instalará con todos los suyos. Cada núcleo familiar cuenta con un hogar de tres plantas en las que pueden vivir cómodamente hasta diez adultos y trece niños. Todos los hogares son cabañas autosuficientes, aunque hay un parque solar, tres aerogeneradores y una pequeña central de biomasa para alimentar las necesidades energéticas de todo el pueblo y sus instalaciones. Cuando entran en sus nuevos hogares, se sorprenden al descubrir que tienen un pequeño sistema acuapónico y un invernadero en la buhardilla, que llevan meses produciendo vegetales y pescado. Solo tendrán que aprender a gestionarlo. A las diez y media habrá una cena, seguida de una fiesta bajo las luces del gran roble. Los dejamos descansar unas horas.

Efa bulle vida. Es tal y como lo imaginé. Paseo agarrado de la mano de mi supuesta prometida y nos acercamos a dos de mis sobrinos, quienes tienen un cubo lleno de agua donde juegan con unos alevines. Son las crías de tilapia que han atrapado en el estanque de su nueva casa.

Mis tíos, los más ancianos, pasean agarrados de sus parejas. Algunos se sientan a la sombra del viejo roble al que hemos adornado de cientos de bombillas que trepan por sus ramas como enredaderas. Va a ser una boda falsa preciosa. Tengo la sensación de volver a estar en Riaño. En cualquier momento, creo que voy a encontrarme con mi abuela regañando a alguno de mis sobrinos más díscolos, o escuchar en un rincón a mi abuelo Francisco, junto a Diego y Gregorio divirtiéndose con alguna de las maldades del médico.

Los niños hacen lo que han hecho siempre: juegan, corren, caen, lloran, ríen sin descanso y se balancean en los columpios bajo las ramas de los árboles que hay por las calles. Los que son algo mayores juegan en el campo de fútbol que hay entre la muralla y el final de la avenida de la Esperanza. Los que vienen de Madrid o de otra gran ciudad y no han visto nunca un animal de granja juegan con los corderos de este año y ayudan al personal a alimentar al ganado. Todos están eufóricos. La mayoría no ha cogido nunca un corderito entre sus brazos; no ha visto mamar un ternero y no ha contemplado de cerca la imponente presencia de un toro de mil trescientos kilos. Algunos ya montan a caballo a la cuerda. Sus padres tienen miedo, pero disfrutan al ver que sus hijos siguen sus instintos. Tienen una gran habilidad. Son como todos los animales al nacer: se levantan y corren sin que nadie les enseñe; lo llevan en la sangre. Me doy cuenta de que los críos van a adaptarse muy rápido a su nueva vida. No han adquirido las dependencias y las necesidades de los adultos.

Algunos de los padres y abuelos más aprensivos corren tras los más pequeños como hipocondriacos. Todos van con cámara o móvil

en mano, obsesionados por inmortalizar cada travesura, cada experiencia, cada gesto, cada primera vez. Mi tío Óscar, que pasó su infancia en el pueblo de su madre en Extremadura, graba a su nieto de cinco años atrapado en el estiércol fresco de la vaquería. Su hija, mi prima María, decoradora de éxito para viviendas de lujo en Madrid, le reprende con severidad cuando le devuelve a su hijo abonado y cubierto del heno fresco con el que lo ha secado. Mi tío ríe a carcajadas. Ya nadie podrá robarle este momento.

La invitación se ha hecho con varios meses de antelación. Avisé de que se tomaran una semana de vacaciones en sus trabajos, pues no habría cobertura en Efa y alrededores. El hecho de que lo he sembrado todo de inhibidores de frecuencia no ayuda a las conexiones de móviles. Nadie tiene acceso a internet, nadie comprueba llamadas perdidas. Aunque todas las casas cuentan con teléfono, solo funcionan las líneas internas de Efa. Mañana subiremos a un pico al norte donde les he dicho que hay algo de cobertura, para los que tienen un síndrome de abstinencia digital muy fuerte. Espero que las dos horas que estarán andando para nada les quite las ganas de volver a intentarlo. Los adolescentes lo están pasando fatal. No han traído a sus parejas y no pueden comunicarse con ellas.

En el hospital ya se están dando las primeras curas. Uno de los hijos de mi prima Carmen se ha caído desde lo alto de una de las vallas del ganado y necesita unos puntos de sutura en la pierna. Todos los huéspedes quedan perplejos al visitar las instalaciones: los quirófanos, las habitaciones, la tecnología más puntera, el personal… Ninguno entiende el porqué de tantos medios para una villa turística. Yo bromeo y les miento, les convenzo de que será una residencia de

lujo para multimillonarios y deportistas de élite asqueados del mundo y la prensa rosa. Lo creen: saben que yo soy un multimillonario asqueado del mundo.

Durante el siguiente día compran ropa y calzado en la tienda de Efa. Es un establecimiento muy elegante con la fachada de madera. Hay botas altas y trajes de lana y algodón. Son de un estilo muy clásico. El diseñador, Javier Requena, quien sabe lo que está pasando, se ha inspirado en los diseños de principios del siglo xx para la colección. Dice que, si vamos a vivir como entonces, vestiremos acorde a los tiempos. Es ropa de alta calidad pero con precios disparatados. Los tenderos les comentan que es un importe tan bajo solo para los invitados a la boda, y que todo lo recaudado se donará para varias ONG.

A las diez y media de la noche comienza la fiesta de inauguración y de preboda. No sé, es el nombre que mi primo Gamaliel le ha dado al festejo. Él se está encargando de todo el catering de estos días. Al fin y al cabo, tuvo varios galardones nacionales en su restaurante de León, y por eso es el director y responsable del futuro comedor de Efa.

La noche es preciosa. Es una noche de fiesta. Hay música, bebida y un gran banquete bajo las luces del roble. El cielo está estrellado y limpio. Es un firmamento libre de la contaminación lumínica de las ciudades. Pronto hablaremos con nostalgia de las luces de neón. Fuera de la algarabía de la gente, se escuchan relinchos y mugidos entre el ulular de los mochuelos y la orquesta de los grillos.

La cena es un éxito. Gamaliel es un genio de la cocina. Solo ha utilizado los productos que da esta tierra, pero ha preparado varios platos deliciosos con la carne de buey que sacrificamos hace un par

de meses. Con el pescado se ha superado. Nunca pensé que la tilapia fuera a funcionar tan bien.

Después de cenar, se retiran las mesas y se instala la barra. Al fin y al cabo, es una preboda española: los pasodobles toman un significado diferente para mí cuando veo bailándolos a un irlandés. Creo que es una aberración. Espero que con «Paquito el chocolatero» haya menos pisotones.

Los más jóvenes aguantan hasta el amanecer. Parece ser que irlandeses y españoles no tendrán problemas para convivir; de hecho, hay indicios de varios flechazos entre jóvenes de ambas familias.

Durante la segunda jornada de adaptación ya se ve gente vistiendo la ropa de la tienda. Es importante que conozcan lo que les espera aquí: en unos días tendrán que decidir sobre su partida o su permanencia definitivas.

Mi gente, los supuestos operarios, se presentan poco a poco a los invitados que transitan y diseccionan las instalaciones, el hospital, la escuela, los laboratorios, los saladeros de carne, los invernaderos, los parques fotovoltaicos, la maquinaria, las naves de invierno para el ganado… Todo el engranaje de Efa está en manos de los amigos que he ido acopiando a lo largo de mi vida, grandes profesionales. Son parte de esto, han participado del proyecto junto con sus familias. Todos están preparados y siguen la farsa al pie de la letra: el impacto será terrible.

Hace varios años que no tenemos un junio normal en temperaturas y lluvias. Las manadas de herbívoros y el ganado pueblan nuestros valles. Sus pastos, aún verdes junto al río, están poblados de cientos de puntos oscuros que se mueven lentamente

como hormigas en una gran hogaza de pan. Las manadas de bisontes se atreven a acercarse al pueblo cuando ven pacer al ganado en tranquilidad.

—Hola, tito —me saluda mi preciosa sobrina Sara cuando estoy ensillando a Montana, la potra que monto para ayudar a los vaqueros a buscar algunos terneros extraviados cerca de las lindes del bosque de los gigantes, pero que, en realidad, uso como excusa para descansar de mi papel. Sara es la hija de mi prima María. Apenas tiene tres años, pero es alta para su edad. Es rubia y su cara irradia inteligencia. Siempre sonríe y es muy curiosa.

—No molestes al tío Laurence, que está ocupado —le advierte su madre cuando la deja acercarse para darme un beso.

Sonrío a María. Siempre ha sido muy amable… Es igual que su hija. Su marido es un buen hombre y les va bien. Me alegro tanto de que hayan venido…

—Me la llevo a dar una vuelta —propongo desde donde estamos.

Mi prima y su marido sonríen y me dan su permiso. Coloco a la niña en la parte delantera de la silla, monto y salimos al paso. Me hubiera gustado tanto poder disfrutar de estas experiencias cuando Virginia era pequeña… Ojalá todo hubiera sido diferente. Paso una hora entrañable con Sara.

A través de sus ojos puedo volver a descubrir la belleza de la finca. Por una vereda, pasamos junto al bosque de los gigantes; de su interior, surgen los fieros mugidos de los uros que huelen las feromonas de las vacas que arreamos. Sara dirige su mirada asustada hacia la oscuridad impenetrable entre los árboles. Una manada de yeguas relincha al vernos pasar sobre la loma desde donde podemos contemplarlas pastar junto al río. Algunos de sus

potrillos corren y retozan simulando escapar de un peligro imaginario. Van a necesitar adquirir toda la agilidad y velocidad que puedan porque hay varias manadas de lobos entre las montañas que bordean el paisaje. Ellos son uno de los motivos por los que elegí este lugar. Todos necesitaremos pronto a los carnívoros; serán cruciales para controlar la epidemia en la zona. Ya lo hacen: eliminan a todos los venados infectados de tuberculosis.

Cuando pasamos junto a un bosque de robles, encontramos una de las manadas de bisontes. Ella no identifica la especie, aunque sabe que son como las vacas porque los terneros de ambas especies son semejantes.

Este rato con Sara me da fuerzas. Por ella y por todos los niños de este mundo merece la pena el sacrificio, sin dudarlo.

Los trabajadores y varios de mis familiares y amigos que saben montar terminan de recoger al ganado y lo meten en las naves de invierno. Son como catedrales industriales de acero, repletas de heno y rediles para separarlos por edades y sexo. Todo está calculado para que sobrevivan a un invierno de varios años. Las manadas de vacas y caballos van entrando para engordar sin tregua. No dejo de admirarlos; son magníficos. Ojalá hubiera podido salvar a más ejemplares. Espero poder hacerlo cuando las cosas se estabilicen. El caballo será un bien preciado muy pronto. Deseo que todas esas criaturas sobrevivan ahí fuera. Odio ver sufrir a los caballos; si ha habido alguna vez ángeles sobre la tierra, sin duda, son ellos.

Llevamos cuatro días en Efa. Algunos de mis tíos son empresarios. Están enervados y les he dejado que manden varios fax desde mi oficina. Renata tiene órdenes de filtrar los que entran. Se me acaba el tiempo, las responsabilidades pueden ya demasiado en sus rostros. Espero que los cálculos de Lucas sean correctos.

Ayer fueron las primeras máquinas a la zona donde empiezan los dominios de Aníbal e interceptamos las comunicaciones de la petrolera. Las primeras detonaciones y prospecciones serán hoy. Ordené que el personal volviera ayer mismo sin escatimar gastos. Deben de estar llegando a España. No creo que la primera infección pase de veinticuatro horas. Pasado mañana sería mi boda, no sé qué me da más miedo: que comience la pandemia o que no lo haga.

—¿Sí, dígame? —descuelgo el teléfono.

—Soy Lucas. Pon la televisión, ya ha empezado.

—Ya lo veo. No me he acostado aún.

«Buenos días. Abrimos este telediario matinal para informarles de la noticia que ha levantado la alarma en todo el mundo durante esta madrugada —introduce el presentador de la televisión visiblemente nervioso y preocupado—. La bacteria descubierta ayer por la tarde en Yakutia, al matar a diecinueve operarios de una conocida petrolera, se ha extendido por el resto de Asia y Europa. América y Australia han confirmado varios casos, pero parece que son aislados.

»Las imágenes que les vamos a mostrar son tremendamente duras y han sido enviadas desde todo el mundo a través de móviles y redes sociales».

En el televisor, aparecen imágenes de ambulancias llegando a varios hospitales. Los rostros de los enfermos, presas de la bacteria,

aparecen difuminadas por la censura de la propia cadena. Los gritos de dolor y terror son tremendos. Es una carnicería.

«La bacteria se ha bautizado como Aníbal. Al parecer, se propaga por el aire, el agua y el contacto con cualquier superficie que haya sido contaminada por el tacto de una persona infectada.

»Al parecer, los cerdos domésticos también son vulnerables a la bacteria, aunque se cree que con menor virulencia.

»Todavía no hay casos confirmados en España, pero durante el día de ayer hubo varios vuelos procedentes de zonas infectadas y el protocolo de actuación está activado.

»Un momento, compañeros, me acaban de confirmar dos casos en Barcelona. Ambos afectados han muerto y hay más de cincuenta personas que van a ser ingresadas con síntomas».

Todos mis invitados están en sus nuevos hogares. Después de casi una semana en el pueblo y tras conocer la finca, hay algunos que fantasean con vivir aquí. En menos de una hora, su sueño se convertirá en su pesadilla.

¿Cómo les explico que yo ya lo sabía y que lo sé desde hace años, que están aquí porque los cálculos no podían fallar? Los que tienen hijos pequeños saben que deben quedarse: la población tiene todo lo necesario para sobrevivir —más bien para vivir—, pero muchos quieren volver para salvar a los que han dejado atrás. En breve habrá una salida de un camión, pero el que se vaya ya no podrá regresar en mucho tiempo.

El teléfono de mi habitación ha empezado a sonar. El número que aparece es de una de las líneas de esta misma calle. Es el de la casa que se le ha asignado a Juan, mi mejor amigo en la universidad, y su familia. Está justo en la casa que hay frente a la mía. El aparato

suena con insistencia. Me asomo por la ventana. Las luces de su casa están encendidas; su figura y las de su mujer y sus hijos se mueven nerviosas detrás de las cortinas.

De repente, comienzan a encenderse una por una las luces del resto de los hogares. Inexorablemente, la realidad ha llegado a través de la televisión y la radio. Ya lo están viendo todos. No quiero ni imaginarme el terror que estarán sufriendo. Mi teléfono no deja de sonar. Recibo una llamada tras otra. Ya no puedo retrasarlo más.

Me visto rápido y con bastante torpeza. Me tiemblan las manos y no puedo concentrarme. Esto es lo único que no he podido calcular ni preparar. Me ha sido imposible. Llaman a mi puerta con fuerza, con urgencia, con rabia. Mi familia quiere explicaciones.

Asomo la cabeza por la ventana de mi habitación en el primer piso de la casa. Varias familias están en la calle, aterrorizadas, llorando y mirando hacia mi ventana. Me hago ver y los miro sin poder gesticular. Veo la cara de Juan. Sus ojos buscan los míos; buscan la verdad. Identifico perfectamente el momento en que se da cuenta de que todo lo que está pasando fuera de nuestras lindes es la causa, es el motivo de esta falsa boda. Baja la cabeza y abraza a su mujer y a sus dos hijos. Vuelve a mirarme; le indico con la cabeza que ya bajo. El resto se ha percatado del significado de nuestros gestos; muchos deducen que yo ya lo sabía. Muchos lloran mientras otros gritan o claman a Dios.

La calle donde un par de noches atrás brillaban las luces y sonaba la música y la fiesta ahora se llena de miedo, de expectación y de preguntas.

Ya no puedo dejar pasar ni un solo minuto más. Me armo de valor. Voy a decepcionar a todas y cada una de las personas que quiero.

Cojo el pomo de la puerta, lo giro y tiro de ella a la vez que tomo aire con fuerza. Ya están todos frente a la fachada de mi casa. Todos tienen lágrimas en los ojos o rabia. No sé qué me duele más. Más de cuatrocientas personas esperan que les niegue lo que ya saben. Es el fin del mundo tal y como lo conocemos.

—Lo siento. Os he mentido. —Me miran extrañados, decepcionados, indignados—. Esto no es una boda interminable. Beatriz no va a convertirse mañana en mi esposa. Esto no es una aldea para multimillonarios, es para vosotros.

—¿De qué coño estás hablando, Laurence? ¿Qué hacemos aquí y qué está pasando ahí fuera? —pregunta mi primo Manuel, abrazado a su mujer y a su hija.

Los llantos de los niños se oyen entre los susurros y los comentarios de los adultos. Los perros pastores ladran y aúllan. El ganado que hay fuera de las naves, en los corrales, se despierta inquieto.

—Verás, Manuel… No es fácil. Solo puedo sintetizarlo en cuatro palabras: fuera de Efa… moriréis.

Todos ensombrecen y extrañan el gesto. Parece que quieran autoengañarse riéndose de lo que acaban de oír y, a la vez, echarlo de sus mentes bloqueadas por el miedo.

—¡No digas tonterías! ¡Hay niños delante! —grita alguien.

—Por eso nos reuniremos en la Casa de Juntas en media hora. Los niños se quedarán a cargo del personal. —Todos los trabajadores de Efa los rodean. Están preparados y hay varios psicólogos entre ellos. Gregorio toma el mando del equipo de médicos.

—No, Laurence. No queremos que nos cuentes nada en un rato. Queremos saber lo que pasa ahora —precisa mi primo Manuel.

—Bien, los niños deben irse. —El personal se lleva a los mayores, a los que han sufrido un shock y a los niños más pequeños, a los que convencen con juegos. Algunas de las madres se van con ellos. Están aterradas y no piensan separarse de sus hijos ni un momento.

—Yo sabía de la existencia de Aníbal. Siempre lo he sabido. Mi abuelo Francisco, al que muchos conocisteis, lo descubrió hace setenta años en Yakutia.

—Pero ¿por qué nunca dijo nada? —grita una voz entre el gentío.

—Porque cuando la descubrió en el 43, la hubieran usado contra el otro frente. Decidió dejarla enterrada bajo el hielo que llevaba miles de años guardándola. Le dio a la humanidad varias décadas más de vida.

—Pero ¡explícate! ¿Cómo es que esto sale a la luz ahora? ¿No hay ninguna cura? ¿No hay ningún remedio?

—Era cuestión de tiempo. Al subir la temperatura, el hielo y la nieve han desaparecido y Aníbal ha despertado. Por ahora no hay nada que se pueda hacer.

—Podíais haber reaccionado antes…

—Sí. Lo intentamos; por eso murió mi padre, y después hemos hecho mucho más. Hemos protegido al mundo de un arma letal; os hemos protegido a todos. Muchos inocentes y culpables han caído para dar tiempo a nuestros hijos. Muchos gobiernos estaban al tanto de todo, pero han preferido seguir guardándolo en secreto. ¿Os imagináis la bacteria en manos de terroristas, o de dictadores, o de cualquiera que quisiera acabar con sus enemigos o con los competidores de su país? Los motivos pueden ser infinitos. El mío, para guardar silencio, era mi familia: todos vosotros y los que no he podido traer.

—¡Nos habéis condenado! —grita una voz desesperada.

—No, nos hemos condenado. La bacteria habría salido a la luz tarde o temprano. Dentro de unos días lo entenderás. Esto tenía que pasar. Ya no queda ningún rincón del planeta sin explotar, sin esquilmar. Esa bacteria no está en un único punto; esa zona puede ser la zona más meridional donde encontrarla, pero vive en todo el norte. Llevamos años intentando que no haya prospecciones allí, que se deje el petróleo, que todo esto quede bajo la nieve y el hielo, pero el dinero ha vuelto a poder.

Varios vociferan y gritan, hablan sin reflexión o creen que se podía haber luchado contra los lobbies. No se dan cuenta de que llevamos años haciéndolo, anunciando que podría haber organismos que no conocíamos, intentando revertir el calentamiento global, donando millones, pagando investigaciones, creando y descubriendo alternativas, pero… el dinero siempre gana.

—Pero ¡de haberlo sabido, hubiéramos parado! —grita alguien.

—De haberlo sabido, la habríamos buscado, encontrado y usado contra nosotros mismos —respondo convencido.

—¡Basta! —grita Juan—. Somos lo que somos. Siempre ha sido así y siempre lo será. Ya está hecho. Ahora tenemos que salvar a los que podamos. No todos nuestros familiares y amigos están en Efa. No tenemos aquí a toda nuestra gente…

—Lo sé, todos habéis sido investigados durante meses. Vuestras cosas fueron empaquetadas el lunes y depositadas en una de las naves junto a la Casa de Juntas. Cada uno de vuestros padres, hermanos e hijos que no habéis traído están en sus casas. Mi gente está cerca de ellos, ya saben lo mismo que vosotros. Los móviles empezarán a funcionar en diez minutos. Llamaréis a vuestras

familias para tranquilizarlas y convencerlas de que acompañen a mis hombres hasta aquí, hasta los hogares donde os hemos alojado. Mañana ya será tarde. Solo disponéis de horas. Después no podré hacer nada ante su situación.

»Os lo advierto; solo vuestros seres queridos. Debéis ser más convincentes que nunca, porque esta es la última noche que puede entrar alguien en Efa.

»Nadie está obligado a quedarse, pero el último vehículo saldrá de aquí por una ruta que no podrán reconocer para volver. En Irlanda hay un avión privado que saldrá en tres horas —advierto a mi familia paterna.

Ha pasado una hora y los móviles están ardiendo. Los nervios están a flor de piel. Llevo preparando esto durante años. Tengo cada uno de los nombres y direcciones: todo está calculado. Cuando ellos llaman, ya hay un hombre que recogerá a sus seres queridos en la calle para subirlos al avión o traerlos hacia aquí en el camión, ya han hecho la maleta. Hay algunos que quieren llamar a sus familias, pero no puede ser. Casi todos suben a los camiones, la llamada es el último empujón. La televisión ha hecho bastante, pero las redes sociales han sido, de nuevo, el medio más rápido. No lo conseguimos con algunos, pero no hay tiempo para segundas oportunidades.

Varios de los invitados quieren irse. Hay personas que no han venido a la boda pero que son primordiales en sus vidas. Los animo a hacer la llamada. Mi sobrino Andrés telefonea a su novio, Rafael, quien ya está en el camión cuando entra la llamada. Se da cuenta de

que ha sido investigado. Sonríe. Le pido perdón por mi intromisión, pero entiende que era necesario.

No puedo salvar a los amigos y familiares de muchas personas, al menos, de momento. Se aprecia con claridad en sus caras; lo asumen, pero se sienten culpables por sobrevivir mientras los suyos se enfrentan a la peor pandemia de la historia. Los que son padres lo comprenden, aunque su pesar es grande.

Ahora me doy cuenta de por qué el abuelo quiso que me despojara de mi parte más humana. Sería la que me haría fallar al final. Ahora tiene sentido su sufrimiento por dejarme las memorias acabadas.

Es la noche más larga de mi vida. Es la noche más larga de la humanidad.

En cuarenta y ocho horas han muerto millones de personas.

Todos estamos pegados al televisor. Las imágenes han dejado de tener filtro. El ejército dispara con munición de gran calibre a los miles de pateras y embarcaciones que llegan desde África. En los Pirineos hay una auténtica batalla para que no pase ningún europeo que pueda estar contaminado. Es como intentar detener el viento del norte o del Sáhara. Pasarán.

Llevamos más de un día sin ver un solo avión cruzar los cielos.

Miles de yates y grandes embarcaciones han salido de los puertos más lujosos de todo el mundo. Van hacia alta mar, donde Aníbal no puede llegar.

Tenemos imágenes de Estados Unidos, donde los ranchos se han convertido en auténticas fortalezas. Disparan a bocajarro a

cualquiera que intenta cruzar sus lindes. ¡Dios mío! Espero que no tengamos que llegar a eso. Los móviles han dejado de funcionar. Nos hemos quedado a ciegas. Los trabajadores se encargan de todo. Son ciudadanos de Efa igual que el resto, pero son privilegiados: tenían a sus familias seguras, casi no han perdido nada comparado con el resto.

Llegan los vehículos con los últimos habitantes del pueblo. Hay personas que en unos días subirán a los camiones para buscar a sus seres queridos. Es un suicidio, pero no puedo forzar a nadie a quedarse.

Pronto veremos el último sol libre.

10

El hielo de Aníbal

Las dos primeras semanas en Efa han estado llenas de ansiedad, de ataques de pánico, de llantos, de sentimiento de culpabilidad, de dudas y de abandonos. La ausencia de algunos de nuestros seres queridos ha hecho que la estancia aquí fuera como disfrutar de un banquete bajo la mirada ávida de un hambriento. En total, se marchan veinticuatro personas. Lo hacen ahora, esta misma tarde partirán tras despedirse de todos nosotros. Se van con la esperanza de ser reencontrados en un tiempo, cuando busquemos a los supervivientes entre el hielo.

Parten como condenados a muerte hacia un paredón de fusilamiento, entre abrazos, besos, lágrimas, palabras quebrantadas por la emoción y los ojos vendados para que no puedan encontrar el camino de vuelta. De hecho, ninguno de los nuevos habitantes sabe aún en qué provincia se halla Efa.

Pocas veces en mi vida he presenciado tales actos de valentía. Nos dejan diez padres para buscar a sus hijos y ocho hijos que buscarán a sus padres. Cinco personas han subido al camión para rastrear los últimos pasos de sus parejas, con las que discutieron hace meses y de las que se separaron por razones que ahora les parecen enervantemente estúpidas. Hay un joven, mi sobrino John, que

después de despedirse de toda su familia y de sus nuevos amigos, se me acerca antes de subir al camión y de que le venden los ojos.

—Gracias por la oportunidad, tío —dice con la mirada más honesta que he visto nunca en un adulto—. Pero tengo que hacerlo.

—Ojalá te quedaras, John —respondo abatido.

—No puedo dejarlos a su suerte —responde refiriéndose a todas las familias de refugiados que estaban a su cargo.

Él aún no lo sabe, pero a las afueras de Guadarrama hay enterrados tres contenedores llenos de materiales, armas y alimentos deshidratados para que el pueblo sobreviva hasta que podamos contactarlos de nuevo. Las coordenadas de su situación fueron enviadas el día que se confirmó la primera infección.

—Lo sé. Quizá esto te haga cambiar de idea. —Le muestro las fotografías y el listado de todo lo que hay oculto bajo tierra para aumentar las posibilidades de su gente.

Vuelve a mirarme, esta vez con sorpresa, sonríe tenuemente y se recrea en un último vistazo a las montañas que nos rodean.

—¿Sabes, tío? Quizá haya perdido la fe en Roma, pero está claro que hay un Dios dentro de cada uno de nosotros. Yo tengo que escuchar al mío y me dice que debo estar con mi otra familia; tú ya cuidas de esta por los dos. Sé que volveremos a vernos. Sé que nos encontrarás.

Nos damos un fuerte e impulsivo abrazo. Se separa de mí con la misma intensidad con la que se han acercado nuestros corazones, quizá por última vez, y sube de un salto al camión con los dientes apretados y lleno de la calma fiereza de los voluntarios.

El vehículo arranca y deja tras de sí una nube de polvo y cientos de mentes y almas conectadas más allá de la distancia y la muerte.

Hace días que los nuevos habitantes buscan ocupaciones con las que acallar las voces incansables del miedo, la frustración y la culpabilidad, al menos durante algunas horas de las largas jornadas de junio.

Tras organizar las rutinas de su nueva casa, se ha hecho acopio de la leña para la llegada del inminente invierno volcánico, que será provocado y modulado por el Protocolo de Enfriamiento Global. Después de conocer cada uno de los trabajos que se desempeñan a diario en el pueblo, nos hemos dado cuenta de que a pesar de que puede haber cualquier reacción por parte de los nuevos habitantes, básicamente, hay dos elecciones para enfrentarse a la situación. Están los que buscan el trabajo que desempeñaban en sus anteriores vidas, los que se aferran a su antigua existencia y rutina, los que se niegan a cambiar con el mundo. Estas personas no dejan de mirar hacia atrás. Solo piensan que quieren que las cosas vuelvan a ser lo que eran. Me temo que están avocadas al sufrimiento y la frustración porque ya nada volverá a ser como antes. La otra opción es la que siguen los más valientes, los que poseen las mentes más fuertes y poderosas. Son aquellos que miran hacia delante y ven las oportunidades que las circunstancias les brindan. Estos renacen cada día, en cada sorbo que le dan a la taza de café que toman frente a las montañas de la nueva vida que pueden llegar a vivir. Dan gracias por tener a sus seres queridos bajo su mismo techo y se reinventan en tareas que siempre han querido desempeñar y ser lo que siempre han querido ser. Mi primo Jorge, que era empleado de banca, asegura que ha descubierto que adora levantarse a las cinco y media de la mañana para ordeñar a las vacas. Dice con sorna que nunca se ha sentido tan honrado al exprimir a la clientela. Al parecer, mi prima

Ana, doctora en Filología Árabe, no entiende cómo ha podido trabajar tantos años encerrada en su despacho de la Universidad de Córdoba. Ahora, después de llevar a sus hijos a la escuela de Efa, saca a uno de los rebaños de ovejas a pastar a las montañas mientras escribe la que dice ser la novela de su vida y la primera que se publicará en Efa. El marido de mi prima Amparo, que es biólogo y lleva años dando las mismas clases y el mismo temario en un instituto de León, aquí, en nuestro laboratorio de agronomía, investiga las variedades de guisantes que hemos traído de Riaño y que guardábamos en el banco de semillas que protegemos como un tesoro. Mi hermana Raquel, doctora en Psiquiatría, se levanta a las seis de la mañana para ayudar y aprender de Gamaliel, porque le apasiona la alta cocina. La lista sigue porque creo que cuando empiezan a romper con su antigua vida es cuando encuentran la valentía para ser lo que siempre quisieron ser.

Es curioso. Hay tres tabernas en el pueblo y, al llegar las diez de la noche, se llenan de gente que habla de la contaminación que aguantaron en la ciudad, de que ya no escuchan los portazos de los vecinos de pasillo en su bloque de pisos; hablan de las estrellas que hay cuando se apagan las farolas de la avenida de la Esperanza; hablan de los trabajos que están aprendiendo a desarrollar. Es la manera en la que las dos familias intentan integrarse poco a poco. Todas las noches son de fiesta porque cada día es un día más de vida sin que Aníbal haya aparecido dentro de las lindes de Efa. También porque la cerveza no se paga. Solo hay un horario establecido. De la una de la tarde hasta la una de la madrugada. Los sábados, las tabernas están abiertas desde las dos de la tarde hasta el cierre.

He vendido todos mis bienes y acciones para llevar a cabo este proyecto y los de los veintiocho pueblos que he intentado equipar como a Guadarrama y, por supuesto, Riaño. Belmont y muchos de su círculo de amistades aceptaron hacer lo mismo cuando se lo propuse, pero reconozco que soy un moroso. Cuando supe las fechas, pedí un préstamo de varios cientos de millones para, supuestamente, desarrollar diecinueve patentes que estaban en fase de experimentación y que yo sabía que no me daría tiempo a terminar antes del despertar de Aníbal; un hecho que, afortunadamente, desconocían los bancos que me hicieron dicho préstamo con unos intereses leoninos. En fin, quizá no se pueda engañar al diablo, pero, por una vez, he conseguido timar a uno de sus más fieles imitadores.

En esta población no hay dinero. No existe. Pero todo funciona igual que antes. Ahora hablamos de pagarés en horas de trabajo, no de euros. Cada objeto, animal y servicio tiene un valor en horas que hay que proporcionar al que lo vende y, sí, la moneda de cambio de Efa se ha convertido en tiempo de dedicación.

Todos aportamos nuestro granito de arena. Es el único pago que se pide; incluso los niños deben hacer tres horas semanales de servicios a la comunidad. En la mayoría de los casos, se trata de ayudar a alimentar al ganado o, simplemente, en el mantenimiento de las calles o cultivos. Intentaremos que se impliquen más conforme vayan creciendo. Nuestros mayores están exentos de trabajar, pero están obligados a asistir a la junta mensual de gobierno si la salud se lo permite. En las votaciones que se hacen sobre los temas más importantes, el voto de una persona entre treinta y seis y ochenta años vale un diez por ciento más que el del

resto de los votantes mayores de edad. La decisión final se toma en función de la opinión de la población y la del grupo de especialistas que tenemos en cada materia.

Se defiende el derecho a tener propiedades. A cada pareja con hijos se le entrega la casa con sus respectivas escrituras que, aunque no tienen valor en el mundo que desaparece por horas en el exterior, aquí significa que cada persona es dueña de su hogar. No se puede tener dos hogares por familia, pero sí se puede trabajar para tener más ganado a su nombre o, simplemente, más artículos de lujo, los cuales necesitan más horas de trabajo para fabricarse. El capitalismo y el comunismo se quedaron fuera de nuestras lindes. Aquí todos tenemos asegurado el suministro de alimentos, la atención médica y la educación. Gratuitos, pero «tenemos que dar lo mejor de nosotros para que todo funcione», tal y como reza en la puerta de la Casa del Concejo, en la de la escuela, en la del hospital y, por supuesto, en la de las tabernas: en el cartel donde se establece el horario de apertura y del temido cierre de estas.

Una vez que las necesidades básicas están cubiertas, todos aunamos esfuerzos para mejorar y ampliar las instalaciones y poder traer así a más personas en un futuro próximo.

Según los últimos cálculos, entre el personal que había antes y los nuevos habitantes, contamos con treinta médicos, cuarenta profesores, veinte ingenieros, cincuenta albañiles, diez carpinteros… No hay nada que no podamos hacer; de hecho, cada uno de los nuevos habitantes del pueblo están recibiendo adiestramiento militar. En breve tendremos que estar preparados para defender Efa. Enrique ha organizado el sistema de adiestramiento al que se sometió durante sus años trabajando con exagentes del Mossad y

del ejército ruso. Les enseña a luchar en el cuerpo a cuerpo y a disparar. El personal ya tenía un entrenamiento de tres años. En total hay cien soldados. Con las dos familias, se estima que tendremos trescientos cincuenta en seis meses de instrucción.

Las cosechas están recogidas, el heno acopiado y las manadas preparadas. Es 30 de junio y el cielo amanece gris, pero no por las nubes; es por la ceniza y los aerosoles estratosféricos. El Protocolo de Enfriamiento Mundial se ha activado durante la noche. Se han bombardeado decenas de volcanes por todo el planeta para que las cenizas cubran el cielo y, así, que el sol no pueda calentar la Tierra. Es la única manera de mantener controlada la epidemia. Es la única manera de que Aníbal duerma en el norte. El sur tendrá que volver a sacrificarse.

Vuelven a pagar los de siempre.

A última hora de la tarde, la temperatura es de doce grados y comienza a oler a otra bacteria, otra inofensiva que nos regala el agradable olor a lluvia. Hoy, *Streptomyces* nos avisa de que ha llegado la era de los aguaceros, el frío y la nieve. Es 20 de julio y no ha dejado de llover desde que se ejecutó el protocolo. Los pastos vuelven a reverdecer y los arroyos y ríos corren caudalosos. Espero que se acumule la máxima cantidad de hierba posible antes de que lleguen las primeras nieves. Todo el ganado está en las naves y liberamos a los cientos de herbívoros salvajes que se reunirán con las pequeñas manadas de uros, bisontes y renos, que llevan meses memorizando el terreno de Efa. Los ayudaremos con heno, pero tendrán que sobrevivir en el hielo. Solo estas especies podrán vivir

del musgo, los líquenes y la hierba congelada que quede bajo la nieve. Solo estas bestias podrán sobrevivir a un invierno de varios años.

Todos están junto a sus familias en sus nuevos hogares; todos menos yo, que no he conseguido encontrar a Virginia. Es hora de que Aníbal duerma y que despierte el monstruo que hemos creado. Despierta, Frankenstein, ya ha caído el velo de azufre. Levántate, Efa.

11

Un mundo nuevo

Año 2035

La noche se cierne sobre lo que queda de la ciudad de Madrid. Sus avenidas, abandonadas, están ocultas bajo más de cinco metros de espesor de nieve. Las pocas por las que aún circulan los vehículos las limpiaron las máquinas quitanieves del ejército a primera hora de la mañana, pero vuelven a estar intransitables a última hora de la tarde.

Estoy con Enrique dentro de lo que fue un lujoso coche, un modelo del 2018. El vehículo, visto desde el exterior, es otro de los cientos de miles de montículos formados por el gran manto blanco que lo cubre todo y que, en realidad, son todos los coches sepultados y abandonados en la ciudad. Dentro, equipados con nuestros abrigos para la gélida espera, no sufrimos el frío glacial del exterior, pero tampoco tenemos comodidades. No hay asientos ni cualquier objeto fabricado con materiales que la población pueda usar como combustible para calentarse. Aquello que podía arder se lo llevaron a la Zona Segura hace tiempo, que está bajo la protección y el control del nuevo ejército, a cuatro kilómetros al oeste de aquí, hacia el interior de la urbe.

Diez hombres nos hemos ocultado en coches y pisos abandonados a unos doscientos metros de la fachada de la plaza de Las Ventas, que aún está alumbrada por algunas farolas de luz trémula y escasa, y en la que apenas se puede leer año 1929-plaza de toros. La nieve llega hasta el letrero, y ya hace tiempo que el arco de la Puerta Grande está oculto bajo la gélida carga que curva los perfiles para la que no fueron diseñados.

En las paredes de hielo que nos rodean y que antes fueron bloques de pisos ahora cuelgan como cadáveres los enormes carámbanos que se han formado bajo sus balcones y cornisas. A veces, el viento y su propio peso hacen que caigan como puñaladas que se hunden hasta los huesos abandonados de la ciudad. Su sonido es el recuerdo constante de que debemos ser cuidadosos al elegir el rincón bajo el que nos cobijamos del frío.

Las calles son ahora cañadas entre montes y pasadizos de nieve, provistas de grandes ojos negros: las ventanas y puertas abiertas de los miles de viviendas desvalijadas, desde las que acechan las bestias y los asaltantes que esperan el descuido de algún transeúnte.

—¿Qué hora es, capitán? —pregunto a Enrique por enésima vez. Hace unos días me lesioné los ligamentos interiores de la rodilla derecha y esta postura me está matando desde las seis de la tarde.

—Son las ocho, del mes de marzo del año 2035, y nos encontramos a diez grados bajo cero, ¿algo más, Laurence? —responde Enrique, enervado por mi impaciencia.

Si sigo así, acabaremos discutiendo como siempre. Tomo la carpeta donde guardo los informes de los contactados. Les daré otro repaso para hacer tiempo y mantener la mente ocupada.

A unos cincuenta metros en dirección a la plaza, se oyen unos gruñidos. Tomamos los prismáticos de visión nocturna y vemos que hay un montón de basura compuesta por verdura podrida, huesos de animales, pieles de gato y perro y lo que deben de ser casi cien kilos de vísceras, las cuales rodean tres jabalíes, que comienzan a devorar antes de que el frío congele completamente la repugnante cena que les ha dejado el ejército hace media hora. Un perro se acerca a robarles algo que echarse a la boca, pero los cerdos son enormes y lo expulsan de una sola embestida con la amenaza de sus temibles colmillos.

Llegan otros dos cerdos y, después de otra breve reyerta, consiguen meter el hocico entre los despojos.

Se oyen cinco disparos a lo lejos. Los militares vienen hacia aquí comprobando el éxito de las decenas de cebaderos como este que han dejado durante toda la tarde en varias zonas de la ciudad. Abaten con sus armas y un dron, que lleva una cámara térmica y un rifle acoplados, todo aquello que se ha acercado a alimentarse de los despojos.

—Pásame el café —susurra Enrique mientras vigila por el hueco limpio de nieve de los cristales de atrás.

—Toma. —Le lanzo el termo caliente y, cuando le golpea en la cabeza, me dirige su mirada de gato callejero pendenciero. Hace un año peleó contra cinco asaltantes y uno de ellos le cortó la cara desde la sien derecha hasta la barbilla; ahora una cicatriz la cruza pasando por un ojo gris e inútil, como quedaron los cuerpos de sus cinco enemigos.

—¿Por qué coño me habré metido en este coche? Ahí fuera hay cientos de miles sin un desquiciado al que aguantar —dice enfadado.

—Porque en el fondo me adoras. Por eso le pusiste mi nombre a tu hijo mayor, ¿ya no te acuerdas, chalao? —respondo divertido por su exasperación. Desde que lo ascendieron a capitán, vamos juntos a todas las misiones.

—No. Ya me acuerdo. Es porque este es el único coche de la calle que todavía conserva todos los cristales de las ventanillas. A propósito, el chico me pidió que te preguntara cuándo vais a ir a ver al potro alazán que apartasteis en verano.

—Cuando volvamos pasaré a hablar con él.

Retomo las fichas y las fotografías de los informes.

—¡Laurence!

—¿Qué quieres?

—Mira esto —advierte.

Me acerco y, cuando me asomo por la mira telescópica de su rifle, tiene en su cruceta a dos asaltantes que se están escondiendo en el interior de un coche, a unos quinientos metros al sur de nuestra posición. Han roto la ventanilla para que al abrir la puerta no se desaloje la nieve que la cubre y así no delatar su posición. Se preparan para emboscar a los viajeros rezagados que vienen del sur, donde Aníbal sigue diezmando a nuestra especie.

Ya solo me permito diferenciar entre dos tipos de humanos. Los que quieren seguir siéndolo, a quienes llamamos los «amables», y el resto, los «feroces» o «asaltantes», a los que Enrique llama «alimañas».

Los amables suelen ser familias o lo que queda de ellas. Lo normal es encontrar a un padre con su hijo. Hace años que no encontramos madres solas con un niño vagando entre la nieve. A veces, con mucha suerte, encontramos a una familia compuesta por dos

progenitores y un crío. Nunca hay una con dos pequeños fuera de las zonas de seguridad que se han establecido en todas las grandes ciudades del centro y norte de la península.

El mundo y la vida de los nómadas exige exclusividad a un solo descendiente y, aun así, las posibilidades de supervivencia de un niño menor de doce años son muy pequeñas, aunque estas familias errantes ya apenas se cruzan en nuestro camino. Los feroces las están eliminando.

Lo que más me impresiona es encontrar a un amable solitario, una persona que lo ha perdido todo, a toda su familia, sus esperanzas, sus sueños, todo lo que amaba, todo lo que la impulsaba a intentar mejorar el mundo. Todo aquello que ha quedado en un pasado que parece muy lejano, a pesar de que solo hace diez años del primer invierno volcánico. Estas personas han decidido no perderse a sí mismas. Han decidido no robar ni matar para sobrevivir. Han decidido no sucumbir ante la tentación de sus instintos al amparo de la libertad y el anonimato de este caos letal que es ahora el mundo. Estos son los individuos más valiosos, los más humanos, los que nos inspiran al resto a seguir con la lucha. Son el último reducto en el que sobreviven algunos de los valores de la civilización en un mundo donde solo hay una ley: la del más fuerte.

Los feroces…, bueno, los feroces son como los jabalíes que tengo delante. Son otra peste, otra plaga que ha prosperado y que acaba con cientos de personas todos los días, con los rezagados que se pierden entre la nieve cuando vuelven de trabajar recogiendo todo lo que se puede aprovechar de la periferia de la Zona Segura. Con el toque de queda de las nueve, llega el apagado general de las luces y se abre la veda para los asaltantes. Apenas queda media hora.

Los feroces son individuos muy fuertes, hombres en su inmensa mayoría. Prefieren vagar solos, pero son infinitamente más despiadados si van en grupo. Se los identifica rápidamente entre el hielo y la nieve porque van bien calzados y protegidos del frío con abrigos mullidos y muy largos, que renuevan continuamente de los saqueos y robos que ejecutan a diario, pero su rasgo más característico es su físico. Son animales criados en la violencia que había en el mundo previo a los primeros hielos, pero qué importa ya dónde nacieron sus conciencias. Lo importante es que ahora son los mejor adaptados, auténticos depredadores.

Enrique cree que nacieron así, con una especie de tara en su cerebro que los desprovee de todo rastro de piedad o moral. Yo creo que solo son la manera en la que la naturaleza se asegura de que nuestra especie no se extinga ante estas epidemias. Creo que tienen un gen recesivo que solo los especímenes como ellos son capaces de activar.

En Efa, odiamos a los asaltantes y, cuando salimos en misión de rescate como la de hoy, eliminamos a todos los que podemos. Midas lo tiene como deporte y ha desarrollado un gusto tal por su caza que apenas aguanta una semana sin visitar las Zonas Seguras de León, Zamora y, por supuesto, su gran coto, Madrid. Así que hoy está especialmente contento, oculto a diez montículos de nuestro escondrijo en dirección a la Puerta Grande.

A los asaltantes los suele acompañar un perro enorme de presa y cada vez es más frecuente verlos a caballo o acompañados de su gran debilidad: las mulas. Les encantan estos híbridos porque son más fuertes que los caballos, pero menos briosos y, lo más importante para ellos, por su malicia.

Las mulas les permiten pasar borrachos todo el día porque, junto con los perros, les avisan de la presencia de depredadores o soldados.

Cuando tienes la mala suerte de que los feroces te encuentran antes que tú a ellos, se lo llevan todo y usan tu cadáver para alimentar a su compañero, del que se ayudan para dar caza a animales y seres humanos. A las mujeres que atrapan las mantienen con vida días o semanas, dependiendo del éxito en su siguiente caza. Las usan como esclavas sexuales o como juguetes para sus mentes sádicas y retorcidas. Cuando se cansan de ellas, les cortan los pechos y las cuelgan donde el resto de los asaltantes puedan verlo. Es la forma que tienen de marcar su territorio.

El feroz se considera a sí mismo de una raza superior, pero son infrahumanos; por eso su mirada es diferente. Este es otro de sus rasgos característicos. Sus ojos no indagan en los tuyos tanteando tus intenciones, sino que buscan tus debilidades y la manera más astuta y brutal de darte caza. Por suerte, en Madrid aún son una raza bajo control. Necesitan nutrirse de las poblaciones que quedan; por eso rondan la periferia de todas las poblaciones supervivientes y los caminos más transitados, pero las fuerzas de seguridad que prevalecen mantienen sus filas a raya cerca de lo que antes fueron ciudades y que ahora solo son el último reducto de las grandes poblaciones de nuestra especie.

A pesar de que los feroces se están organizando en grupos cada vez más numerosos, según uno de nuestros infiltrados en el ejército, los militares no quieren acabar con ellos porque mantienen a la población recluida en una especie de asedio, atemorizada y

agradecida por la falsa sensación de seguridad que ofrecen los soldados: la nueva nobleza, la nueva élite que los explota.

—Laurence, viene alguien —avisa Enrique con un susurro.

Dos parejas con niños pequeños acaban de encontrarse frente a la plaza.

Se observan a varios metros sin decir palabra, solo hacen un ademán de cabeza y levantan una mano para saludarse y meterla rápidamente en el bolsillo con una media sonrisa en sus labios quemados por el frío. Sus rostros sucios y demacrados están ocultos bajo las capuchas de sus abrigos. Creemos que una de las familias es la eslovena, pero se distingue perfectamente la otra pareja porque son negros.

La pareja de color protege del frío a su hijo de dos años. Lo llevan en brazos, cubierto por un abriguito verde y con la vieja manta con la que se cubren los tres. Según el informe, el padre se llama Djimon; la madre, Alma, y el niño, Edmond. Son franceses de ascendencia africana, creo que de Costa de Marfil. Según los datos de los que dispongo, él era militar y ella médica antes de que llegara Aníbal y se congelara casi toda la geografía de Francia.

Ninguno tiene antecedentes previos a la epidemia, pero la pérdida de su hija mayor de cinco años tras contagiarse de hepatitis ha hecho que ambos padres busquen la manera de salir de Madrid y una oportunidad fuera de la inmundicia y la enfermedad.

En la Zona Segura, cada una de estas familias ha compartido su hogar con otras dos durante años. Ese es el sistema que impuso el ejército para ahorrar combustible: entre seis y doce adultos y varios niños viviendo en un piso sin agua corriente y con una sola chimenea improvisada con chapas y tubos metálicos, para calentarse

con los pedazos de muebles y harapos que apestan a barniz y pintura quemada cuando el fuego da cuenta de ellos.

Estos hombres y mujeres llevan diez años trabajando durante casi todo el día, siete jornadas a la semana, en naves de gélido hormigón, para el desguace de enseres y mobiliario del hogar, porque los árboles de Madrid desaparecieron en el primer invierno y el gasoil y la gasolina que queda es para los vehículos del ejército.

Los trabajadores más fuertes, los que han demostrado tener más resistencia a las infecciones y las enfermedades, y a la falta de higiene y medicinas, han corrido peor suerte, ya que han sido obligados a trabajar en los invernaderos que apestan al detritus humano que usan como fertilizante y a los químicos, antaño ilegales, que utilizan para mantener a raya los hongos que pudren sus cultivos y cosechas. La esperanza de vida en la Zona Segura está en los cincuenta años y sigue bajando.

La otra familia viene con una niña.

—Son Iker y Ana —dice Midas por la radio, quien los tiene más cerca de su posición y ha podido distinguir sus rostros e identificarlos en su informe.

Son vascos. Iker era profesor de Matemáticas en un instituto de Bilbao. Ella era empresaria en el sector de la hostelería. La niña se llama Baiza y está enferma de pulmonía. Iker está extremadamente delgado, algo evidente a pesar de que su abrigo, raído y sucio, es grueso. Ha cumplido un mes en el calabozo tras propinarle una paliza a un soldado que se propasó con su mujer. Los militares son intocables. Pueden hacer lo que les venga en gana. Tienen el control y el monopolio de las armas.

Ambas familias temen el inminente apagado del alumbrado. Según el reloj de Enrique, son las nueve menos cuarto. El ahorro de energía es ahora una necesidad. El petróleo es un bien casi agotado. Los últimos yacimientos están en territorio de Aníbal o bajo la inmensidad del hielo glacial del que llamamos el Gran Norte.

La calle Alcalá empieza a alumbrarse por decenas de luces parpadeantes. Proceden de las llamas de los depósitos metálicos llenos de los harapos que el ejército prende todos los anocheceres para indicar el camino de vuelta a los rezagados, a los desorientados, o para guiar a las decenas de desgraciados que siguen llegando en busca de la supuesta protección de Madrid.

La gran mayoría de los viajeros vienen desde Europa. Los españoles que han sobrevivido se dieron cuenta hace tiempo de que el futuro está en los pueblos, y los que no se han ido ya es por miedo a lo que hay ahí fuera esperando para cazarlos.

En la Zona Segura, todos los que salen a por aprovisionamiento son cacheados al terminar la jornada, no les dejan nada para ellos. Solo el derecho a una cartilla de racionamiento que les garantiza que comerán algo dos veces al día. La única certeza que en realidad tienen es que la carne que les sirven en estofados repugnantes no es la que nosotros le cambiamos al ejército por munición y armas de pequeño calibre. Es un tema casi tabú en Efa, pero todos los que hemos rescatado en las misiones anteriores reconocen que no saben si han comido carne humana. Según nuestros infiltrados en el ejército, el canibalismo es una opción que se está barajando pero que todavía no se ha practicado; sin embargo, todos los días llegan familias procedentes del norte huyendo de esa y de todas las atrocidades que provoca el hambre.

Tres perros salvajes y famélicos pelean por un grajo que ha sucumbido al frío al pasar sobre la ciudad. Uno de ellos es un labrador. Diez años atrás hubiera sido un buen perro guía, ahora solo es proteína animal, y no es mucho mejor que la de las ratas o los gatos que la población caza desesperadamente. De repente, varias ráfagas de disparos alumbran la pelea desde unos veinte metros de altura y los perros caen acribillados a balazos. El labrador queda herido y gime desesperado mientras da vueltas sobre sus patas traseras. Una bala le ha cercenado la espina dorsal y se ha quedado impedido del tercio posterior. Los alaridos del animal hacen que me estremezca.

Al mirar hacia el grupo de jabalíes, veo que han caído cuatro y que uno de ellos huye herido y pasa corriendo junto a nuestra posición, pero el disparo de un soldado lo acaba de fulminar a unos doscientos metros tras nosotros. Tres drones sobrevuelan nuestro escondite equipados con luces. Los perros y jabalíes se guarecen entre los coches y las casas abandonadas. El olor de los despojos y el hambre son más fuertes que el miedo a los disparos y a las manadas de lobos que han tomado las calles y las sierras cercanas.

Las poblaciones de herbívoros salvajes se descontrolaron en los primeros años de la crisis climática, apenas sobrevivieron cazadores que los abatieran. El número de depredadores naturales aún tenía que aumentar mucho para hacer mella en sus filas, cosa que ocurrió en unos años por la abundancia de presas indefensas. De los millones de cabezas de ganado que se abandonaron por toda la península, solo algunos se adaptaron y cada vez es más difícil cazarlos.

Un todoterreno del ejército, seguido de seis militares a pie, pasa rápido recogiendo los cadáveres de los animales. Mañana esa carne será parte del rancho de la ciudad. El toque de queda de las nueve implica el cierre de las puertas de la Zona de Segura, un altavoz del vehículo lo advierte una y otra vez.

Comienza a nevar y el viento sopla con más fuerza. Ambas parejas se acercan hacia la puerta del patio de caballos para no ser descubiertas por los militares. Está cerrada, pero limpia de nieve y al resguardo del viento del norte.

Otra pareja de civiles con una niña de unos tres años acaba de llegar y se coloca justo delante de la puerta de la plaza. Según la documentación, son Antonio y Susana; él era carpintero y ella ama de casa, y la niña se llama María. La lógica les dice que son parte de un grupo común. Iker toma la iniciativa y les llama la atención para que se acerquen a ellos. Lo hacen agradecidos. La sensación térmica es mucho más agradable en ese rincón. Se saludan con un ademán de cabeza, pero no se aproximan para una presentación formal. Nadie se fía de nadie, pero hay niños y mujeres, algo que indica que no son un grupo de asaltantes emboscándolos. A esas alimañas les encanta atacar al anochecer y robar el oro y los objetos valiosos que puedan intercambiar por mujeres o mulas con soldados sin escrúpulos.

Justo cuando el reloj marca las nueve menos diez, llegan otras tres parejas con sus hijos pequeños y la desconfianza vuelve a reprimir las presentaciones. El informe habla de una pareja con un niño de cinco años, una pareja de Almería con dos niños, uno de ocho y otro de siete años, y otra pareja de Bélgica con un niño de cuatro años al que el año pasado le amputaron una pierna por una

herida infectada; el pequeño sonríe y saluda para interactuar con los otros críos. Estos no responden; están muy débiles y asustados para jugar.

La nieve ahora cae a manta dificultando la visión, pero a unos seis metros se vuelven a distinguir las figuras caninas. Parece que los disparos desde el dron no los han abatido o espantado. Esta vez son más, sobrepasan los quince individuos y el tamaño de los animales es descomunal. Sus ojos relucen en la penumbra, fuera del alcance de las farolas, como ascuas entre la oscura ceniza. Las siluetas se acercan y se empiezan a apreciar sus hocicos largos y colas gruesas. Son lobos.

—Apuntad a los que más se acerquen —ordeno a varios francotiradores que permanecen escondidos entre los coches sepultados bajo la nieve.

El mundo es ahora de los grandes depredadores. Cuando Aníbal se hizo con Europa, los zoos, las reservas de caza y los coleccionistas de animales liberaron a todos los animales que no podían mantener. Ya se ha alcanzado un cierto equilibrio ecológico y solo los más fuertes e inteligentes se reproducen con éxito. Ahora el lobo y los grandes félidos miran al hombre desde lo alto de la cadena trófica. Estas bestias, criadas en cautividad y, por lo tanto, sin miedo al ser humano, cazan al hombre de ciudad, desarmado, inadaptado, frágil y de instintos debilitados. El urbanita es la presa más vulnerable en el hielo. Nuestra carne es casi adictiva para ellos.

Esta manada se ha hecho con los alrededores de la Zona Segura durante los tres últimos inviernos. Según mis datos, de media matan a tres personas al día. El Gobierno de Madrid lo retransmite una y otra vez por la radio.

El miedo, usado para el control de masas desde que el hombre es hombre.

—Voy a disparar —dice Midas. Odia a los lobos.

—Ni se te ocurra —aviso por el transmisor.

—Joder, Laurence, es él. Es el macho —insiste Midas.

—¡Obedece! —ordena Enrique con la voz rajada por la ira que le provoca la falta de disciplina de su hermano.

Estos animales son letales. Han depurado tanto su técnica de caza con las decenas de personas que llegan diariamente a pie, desde el sur y el norte, a las que emboscan entre la jungla de cañones de nieve y hielo, que, si tenemos un descuido, podemos perder a uno de los contactados.

El macho dominante ha heredado la monstruosa corpulencia de su padre, el lobo de Belmont, y es letal contra los viajeros debilitados y agotados por el frío y el arduo camino en la nieve. Su descendencia tiene un tamaño algo menor, pero ya ha formado una manada implacable de unos treinta individuos. Junto con los asaltantes, mantienen a la población humana de la ciudad centrada en el trabajo y bajo el control de los militares; además, consumen rápido los cadáveres que el frío y Aníbal provocan a diario y evitan así que las epidemias se hagan con la ciudad durante el breve deshielo del verano.

La presencia de los lobos incita a las seis familias a acercarse unas a otras. Un joven de unos treinta y ocho años, alto, de complexión atlética, es el primero en presentarse.

«Soy Andrés, esta es mi mujer Isabel y estos mis hijos, Marco y Fabio».

Son la familia de Almería. Él está algo más tranquilo que los demás. Según mi informe, esconde un arma en su costado y conoce la naturaleza de estos animales. Es biólogo e hizo su tesis doctoral sobre grandes depredadores.

Las otras cinco parejas también se presentan con cierto entusiasmo, aunque tampoco tienen muy claro qué es lo que pasará ahora. El mensaje era breve, pero claro. Solo la familia, sin maletas o bolsas, solo lo puesto, a las nueve de la noche en la Puerta Grande de Las Ventas.

El contacto les habló de Efa y de un futuro, pero no de dónde está ni de cómo llegarían allí.

«¿Qué clase de lobos son estos?», pregunta Djimon aterrorizado, y abraza a su familia mientras observa abrirse las fauces de uno de los animales, por las que podría entrar holgada la cintura de su pequeño y debilitado hijo.

Las bestias los miran con astucia y avidez. Estudian cómo hacer que uno de ellos se separe del grupo y obligarlos a salir del rincón. Quieren llevarlos hacia los cañones de calles donde han excavado galerías en la nieve bajo los coches, desde donde pueden agarrar a sus presas de los tobillos y meterlas bajo los vehículos para darles muerte sin miedo a ser heridos.

«Son lobos de Alaska, lobos de Kenai. Creía que estaban extintos», afirma Andrés mientras saca el arma de su costado para tranquilidad de todos.

La temperatura roza ahora los quince grados bajo cero. Las familias han sido contactadas y seleccionadas, como todas las que hemos ido sacando de Madrid sin levantar sospechas en el ejército,

pero, tras verse en la situación, empiezan a pensar que todo es un fraude.

Se han arriesgado mucho siguiendo nuestras instrucciones y ahora temen que todo haya sido una artimaña del Gobierno para dar un escarmiento ejemplar a la población que está pensando en escapar. No es la primera vez que aparecen familias enteras muertas a las puertas de Madrid mientras una emisora local habla sin descanso sobre la mejoría de la situación, sobre un inminente incremento de la temperatura, sobre nuevos descubrimientos para luchar contra la bacteria, sobre barcos procedentes de África y Asia central cargados de alimentos. Entre avisos y noticias, ponen música oriental para meditación y hablan de paciencia y confianza en sus nuevos líderes.

Según uno de nuestros contactos en el ejército, hay varias pantallas en el centro de la Zona Segura donde se emiten vídeos e imágenes tomados por aviones no tripulados, de lugares que antaño eran desiertos y que ahora son zonas húmedas, de continuas lluvias, de inmensas llanuras verdes y fértiles. Pero nadie sabe quién puede cultivar esas tierras dominadas por la bacteria. Al parecer, las poblaciones aisladas de África, que nunca han tenido acceso a antibióticos, son las que mayor índice de supervivencia presentan a la infección, pero solo son conjeturas y vagos relatos de la gente que sigue llegando desde el sur, desarraigada, agotada, desorientada y harta de enterrar a sus hijos y a sus familias en las cunetas de los caminos. Huyen de una bacteria que ha eliminado al noventa y cinco por ciento de la población mundial y que sigue mermándola.

A la gente que consigue escapar de Madrid la acogemos en los pueblos. Allí aún se puede cultivar o criar ganado. Nadie quiere infectarse y en la península solo hay una franja entre Sierra Morena

y el norte de España donde se puede sobrevivir simultáneamente a la bacteria y al hielo. El problema es que cuando el ejército da con estas poblaciones, hace lo mismo que con Madrid: la diezma y la expolia tanto que no queda nada de lo que vivir. Por eso mantenemos oculta Efa. Venimos para traer carne de venado y jabalí para intercambiarla por oro y armas. El oro volverá a ser la única divisa segura si el mundo consigue restablecer una economía estable.

Las farolas se apagan de repente. Son las nueve de la noche. La oscuridad lo envuelve todo en un momento, es asfixiante. Solo se oye la caída de la nieve acumulada en los bordes de los tejados y las pisadas de los lobos. Se acercan.

Una de las parejas ha entrado en pánico. Tiene dos niños pequeños y otro en camino. No podrán correr para escapar si el grupo huye. Hay cuatro kilómetros desde Las Ventas hasta la Zona Segura; cuatro kilómetros cargando con niños, a menos quince grados y a merced de asesinos y depredadores. Esa familia está condenada si el grupo no actúa unido.

Alma grita cuando descubre a uno de los lobos apenas a tres metros de ella y su hijo. Andrés dispara al animal, erra el tiro, pero aleja a la manada unas decenas de metros. Acaba de convertirse en el líder del grupo y no hay tiempo para votaciones. Comienza a organizar a la gente para que todos vuelvan ilesos. Los asaltantes han oído el disparo de pequeño calibre y vendrán en unos minutos en busca de presas fáciles.

Los hombres rodean a las mujeres y los niños. Ya están posicionados, dos delante, uno en cada flanco, y Andrés y Djimon en la retaguardia; el biólogo cree que el primer ataque vendrá desde

atrás y, armado y situado en la parte trasera de la formación, avanzará de espaldas. Su compañero lo agarrará por el brazo izquierdo para que este no tropiece y así tener libre la mano derecha, en la que porta el arma ya amartillada. En el centro de la formación, van las seis mujeres y los niños. Otro de los hombres mira en el interior de un coche abandonado junto al que pasan, rompe la ventanilla, arranca a patadas la palanca de cambios y envuelve un extremo de esta con trapos y jirones de tela ardiendo, que contiene uno de los depósitos en llamas que hay junto a ellos.

«Metámonos en los coches para esperar el amanecer», dice Iker, sobrepasado por la situación.

«¡No! —grita Djimon—. Los perros de los asaltantes darán con nosotros enseguida. Tenemos que salir de aquí ya».

Se oye un relincho a lo lejos. Un grupo de asaltantes viene. Los que están escondidos en el coche los han debido de avisar por radio.

«No podemos separarnos unos de otros ni una cuarta», advierte Andrés.

«Conservaremos mejor el calor en el centro y pareceremos un cuerpo enorme, difícil de derribar».

Bogdan, el esloveno, que es alto y muy fuerte y está situado delante y a la izquierda, da la señal para comenzar la marcha. Apenas han andado un par de metros y los animales ya los han rodeado. Son ejemplares inmensos, pero se mantienen en la oscuridad y fuera del alcance del arma entre los innumerables montículos que forma el hielo. Están esperando a que pasen cerca de las filas de coches sepultados.

Varios de los niños lloran. El sonido agudo de su llanto advierte a las bestias de que hay presas fáciles.

Dos de los lobos se acercan con movimientos lentos y ladinos, casi arrastrándose, agazapados tras los coches. Van a probar un primer ataque. Andrés apunta al más cercano. No debe fallar el tiro, no tendrá mucho tiempo para recargar el arma si el ataque es masivo. El animal se acerca siete metros, seis metros, cinco metros, surgen dos animales más por el flanco derecho, cuatro metros, uno de los lobos agarra a Djimon del abrigo y lo tira al suelo para meterlo en el agujero del que ha salido. Bogdan, a su lado, le patea la cabeza a la fiera hasta que suelta a su compañero, quien vuelve a ponerse en pie, pero los lobos han conseguido lo que querían: el flanco que ha perdido Bogdan lo aprovechan para intentar robar a la pequeña Baiza de los brazos de su madre. Justo cuando la bestia salta en el aire recibe una bala en el costado que le llega desde el rifle de Midas y la niña queda ilesa. El resto de los tiradores disparamos a los animales que rodean al grupo, pero escapan con apenas dos miembros de la manada heridos.

«¿Quién coño hay ahí?», grita Andrés mientras todo el grupo busca nuestras posiciones.

Se oyen los pasos en la nieve de varios caballos y, al mirar hacia el sur, vemos cómo trece jinetes galopan hacia el grupo de contactados.

«¡Rápido! ¡Al patio de caballos!», vocifera Djimon.

Todos corren para saltar dentro del único sitio donde les dará tiempo a parapetarse durante el ataque. La nieve ralentiza su avance y los caballos están apenas a trescientos metros.

Las mujeres gritan y los niños lloran. Los hombres se preparan para caer antes que sus familias.

Los asaltantes llegan riendo tras cinco perros que ladran y que enseñan los dientes a las familias arrinconadas como conejos.

Andrés mete la mano en un bolsillo y enseña a sus compañeros las balas que esconde, sumadas a las que aloja el cargador; son lo único que tienen para defenderse.

Los asaltantes no suelen empuñar armas de gran calibre. El ejército se las incauta para que no se les subleven, pero sí llevan pistolas e infinidad de machetes y cuchillos.

«Tenemos que dejar que se acerquen antes de disparar. Cuando yo caiga, que el siguiente tome el arma», dice Andrés.

Las mujeres sacan las navajas que esconden entre su ropa. Se preparan para matar a sus hijos y suicidarse cuando ya no queden balas para resistir.

El asaltante que está al frente del grupo desmonta, y uno de los hombres que se escondía en el coche se acerca para hablar con él. Supongo que le informa de que el grupo tiene un arma de fuego.

Azuzan a los cinco perros, que corren endiablados a hacer presa a las familias. Andrés apunta al primero y lo derriba de un tiro en la cabeza. El segundo pasa sobre el montículo de nieve, pero Djimon se envuelve el abrigo en el antebrazo y se lo ofrece a la fiera, que lo muerde fuera de sí. Djimon mete el pulgar en el ojo izquierdo del animal hasta que suelta gimiendo de dolor y Andrés lo mata de un balazo. Los otros tres perros se han acobardado y se limitan a ladrar en un radio de tres metros alrededor del arma y los seis hombres que les hacen frente dando voces para amedrentarlos.

Los asaltantes están enfadados y han decidido atacar. Bajan de los caballos y comienzan a rodear a las familias.

—La prueba ha terminado. Repito. La prueba ha terminado —informo por el radiotransmisor, y todos comenzamos a disparar a los asaltantes y a sus perros, que caen como moscas.

La puerta de caballos se abre y sale un camión con los faros apagados, seguido por dos todoterrenos oscuros también sin luces. Bajan cinco de nuestros hombres provistos de mullidos abrigos de pieles y linternas. De entre los coches abandonados, salimos otros diez individuos con trajes de camuflaje blancos y portando rifles con miras de visión nocturna.

Nos acercamos a las familias y permanecemos a casi tres metros de distancia; estas no se muestran muy empáticas: acaban de vivir una experiencia terrorífica.

Tres de nuestros soldados toman posiciones para vigilar los alrededores y protegernos de todo lo que hay ahí fuera. El resto bajamos nuestras armas para que las familias se tranquilicen.

—Buenas noches. Soy Laurence Patterson Antolín, el director general de Efa y, por lo tanto, el responsable de que estén todos esta noche aquí.

»Sé que piensan que han estado en peligro, pero llevábamos posicionados desde las seis de la tarde. Hemos esperado a las nueve por dos motivos. El primero es para que empezara el toque de queda, ya que aunque el ejército agradece la carne que traemos en este mismo camión, no queremos que sepan qué es lo que se vuelve con nosotros: ustedes.

»El otro motivo es la prueba de grupo que acaban de pasar. Como todos los grupos anteriores, fueron escogidos en función de su preparación, sus capacidades e, incluso, su condición de padres, pero teníamos que conocer la compatibilidad de caracteres de cada

grupo y, sobre todo, su reacción en situaciones de estrés y peligro. En esta ocasión, hemos acertado en la combinación de personalidades y la demostración es que su resolución ha sido acertada y rápida. ¿Alguien quiere hacer alguna pregunta o comentario?

—Sí, yo —responde Andrés con rabia, y saca el arma para apuntarme a la frente. Mis hombres le encañonan de inmediato—. ¡Cabrón! ¡Has dejado que mi familia pasara por todo esto! —grita apretando sus dientes ennegrecidos por el sarro y bajo una barba de meses—. Si vuelves a experimentar con mi familia, seré yo el que te diseccione, hijo de puta.

—Me parece justo —respondo tranquilo—. Pero en su momento lo entenderás todo. Suelta el arma ahora mismo o morirás delante de tu mujer e hijos.

»¿Alguien más quiere hacer un comentario más o menos beligerante? Bien, pues nos pondremos en marcha ya —concluyo.

12

Volver a empezar

Los contactados se presentan cuando los ánimos se calman. Les invitamos a pasar dentro del contenedor de carga del camión y descubren que el suelo está cubierto de la sangre y el pelo de los animales que transportamos esta mañana, y que al fondo hay otro compartimento independiente. Dos mujeres equipadas con mascarillas y monos blancos les sirven sopa caliente.

Nuestros hombres, completamente protegidos, se acercan y mediante una cámara térmica comprueban si alguien padece fiebre. Un par de niños y la mujer embarazada presentan unas décimas.

Tenemos que asegurarnos de que nadie está infectado por la bacteria. Utilizamos unas láminas pequeñas que al frotarlas con la piel del cuello, el pecho y las axilas del paciente revelan los casos positivos. El funcionamiento de este sistema, desarrollado en los laboratorios de Efa, es muy sencillo: el pequeño papel está impregnado de un reactivo que, al entrar en contacto con el ácido que genera Aníbal al degradar las proteínas, cambia de color, vira del blanco al azul. Hoy ninguno de los casos ha sido positivo.

Las condiciones de salubridad de la Zona Segura son infrahumanas y, por eso, estas personas pueden transportar en el cuerpo y en la ropa, sucia y harapienta, miles de parásitos y puede que alguna enfermedad contagiosa. Seguimos manteniendo la

distancia y les abrimos la puerta del segundo compartimento de carga del camión. Todos entran desconfiados, pero dentro el frío acabará, sobre todo, para los niños.

En el interior hay seis departamentos separados por mamparas de acero inoxidable. Por un altavoz, les indicamos que cada núcleo familiar entre en uno y se desnuden para que las duchas comiencen a funcionar. Deben arrojar sus ropas dentro de las cajas de plástico que hay en cada uno de estos habitáculos.

Cuando las familias estén preparadas, deberán pulsar el botón situado a la izquierda de la entrada a su ducha. Tras unos minutos todos los botones aparecen como accionados en el monitor de control que hay en el salpicadero del camión y comienza a oírse cómo el agua caliente cae sobre sus cuerpos, arrastrando toda la miseria y la mugre de la que no se han podido deshacer en mucho tiempo. Las lociones para los piojos y el aroma a jabón de lavanda, junto con las esponjas de fibras vegetales que les hemos proporcionado, hacen el resto.

Llevan años sin poder tomar una ducha así, años sin sentirse aseados, limpios, dignos, civilizados.

Se escuchan risas y bromas entre padres e hijos. La ducha dura más de veinte minutos. Mientras tanto, nuestro personal llama a las puertas de los departamentos para recoger la ropa sucia y entregar los monos limpios con los que continuarán el viaje.

Ahora llega otro camión con una cuchilla quitanieves en el morro, se acula tras el primero y ambos compartimentos de carga se abren para que los ocupantes hagan el transbordo.

En este vehículo hay instalados treinta asientos de autobús y mesas replegables. Se les sirve otra ración de sopa caliente de pollo

y pan tierno en abundancia para que sus estómagos no sufran el colapso tras años de raciones mínimas.

Dolores, la cirujana de campaña que nos ha acompañado para curar a los heridos en caso de que hubiera habido alguno en el transcurso de la misión, comienza el examen médico preliminar y a sacar sangre para analizarla durante el largo viaje que nos espera.

Esta mujer es uno de los siete doctores de campaña que tenemos en Efa. Es especialista en traumatismos, fracturas, cortes, amputaciones… Creo que se podría decir que es una médica de guerra. Tiene cuarenta años y la sangre más fría que he visto nunca. Puede operar a un hombre en condiciones extremas con una facilidad que solo cabría explicarse por la experiencia y la pericia que ha desarrollado durante sus años en misiones de rescate.

Se oyen unos golpes en la carrocería del camión.

—Nos vamos en treinta segundos. Todo el mundo a sus asientos —avisa Enrique.

Yo voy junto al conductor. Miro por la ventanilla que da al contenedor de carga trasero. Los niños se extrañan, pero son muchos y juegan tranquilos en grupo y con los estómagos llenos. Dolores sale con las muestras.

—Podemos irnos —indico al conductor.

A la salida de Madrid, el camión baja la cuchilla de la quitanieves para abrir paso y conecta las luces de los faros; el conductor se quita las gafas de visión nocturna y tomamos la AP-6. Nieva con fuerza, la carretera está encajonada entre dos muros de varios metros de espesor de nieve, pero todo está saliendo según los planes.

En la zona de carga del camión, están bien. Según el indicador del panel de control, ahí atrás se encuentran a 21 grados centígrados y avanzamos muy despacio, lo que evita las náuseas por mareo cinético. Dejamos que descansen. Tienen un aseo, así que no tendremos que parar por motivos fisiológicos.

Por el espejo retrovisor, veo el todoterreno que nos sigue. En él va Dolores inmersa en su trabajo en el pequeño laboratorio que hay instalado atrás. Va acompañada de Midas y un conductor.

Delante del convoy van Enrique y otro hombre en un camión, después un todoterreno militar que transporta al resto de nuestro personal y, por último, nosotros con las familias y el vehículo de cola.

—Aminorad la marcha —ordena Enrique por la radio del camión. Despierto sobresaltado y me encuentro en la cabina con los limpiaparabrisas a pleno rendimiento. Es una noche oscura y los vehículos comienzan a frenar. Miro el reloj del salpicadero, solo son las cuatro de la madrugada.

Quedan horas hasta llegar a nuestro destino.

—Informa, Enrique —pido por la radio.

—Asómate por tu derecha —contesta.

Acerco la cara a la ventanilla para que el reflejo de las luces de los indicadores del camión no me ciegue.

Gran parte de la carretera ha caído montaña abajo.

Me abrigo y salgo con el resto de los hombres. La noche es gélida y la ventisca y la nieve cortan la piel de nuestras caras. Evaluamos la situación. Parece que esta vez podremos pasar, pero tendremos que olvidarnos de este paso para las siguientes misiones. Las carreteras

están destrozadas tras años de nieve y abandono. Los coches cada vez son más inútiles. Cada día es más necesario el uso de caballos.

El camión se detiene al final de un puerto de montaña tras diez horas de viaje. La sacudida de la inercia tras la frenada despierta a varios de los ocupantes, quienes avisan al resto de que hemos parado.

Abrimos las compuertas y la tenue luz de la mañana entra y ciega sus ojos aún adormilados. Les indicamos que se abriguen con las pieles de *beefalo* que les entregamos. Tienen que salir del camión.

Ha dejado de nevar. El cielo es de un color rosado muy pálido. Es triste y frío, pero bello a la vez.

Nos encontramos entre dos picos nevados. Sus laderas están cubiertas de bosques. Las familias se topan con la fachada de piedra de la gran cabaña montañesa que hay detrás del camión. Es la que utilizamos para descansar antes del siguiente tramo del viaje y para que los médicos puedan hacer la valoración definitiva del estado de las familias, antes de decidir si pasarán la cuarentena aquí o en Efa. Para que estas personas puedan entrar en el pueblo, debemos asegurarnos de que no son portadores de enfermedades contagiosas que no podamos controlar.

En el breve trayecto que hay del vehículo a las escaleras de la casa, observan sorprendidos los bosques que pueblan las montañas que nos rodean. Llevan años sin ver un árbol. En las cercanías de Madrid no queda ni un solo ejemplar. La mayor parte de los niños no ha visto nunca uno de cerca, solo en fotografías y vídeos. Un pájaro carpintero taladra un roble y el sonido de la ráfaga de golpes se mezcla con el canto de otras aves que buscan alimento entre la

nieve y la foresta. En la ciudad ya apenas quedan pájaros, salvo córvidos en busca de cadáveres.

Las familias entran en la casa. Descubren que hay una enorme chimenea en la que el fuego lame un asado y del rincón se levanta de pronto una cabeza calva seguida de un cuerpo enorme.

—Este es mi primo Gamaliel, que lleva esperándonos un día y cocinando casi toda la noche —lo presento mientras su desmesurada corpulencia se alza y su nariz regordeta y su sonrisa bonachona nos saludan con una simpática mueca justo antes de colocarse la mascarilla protectora.

Gamaliel da vueltas a un lechón empalado sobre las brasas hace varias horas. La canal dorada rezuma grasa por su piel crujiente al tiempo que mi primo le vierte salsa por encima sin parar. Al grupo entero se nos hace la boca agua.

Servimos caldo caliente antes de la comida y a cada familia se les asigna una habitación donde les espera ropa limpia; es de lana y de corte muy clásico, pero muy cómoda. También encuentran cepillos de dientes, jabón y toallas. Los dejamos en su intimidad una hora mientras Dolores y David, el médico que nos esperaba en la cabaña, hacen la valoración de los resultados de los análisis. Espero que todos se encuentren bien. A veces, justo cuando hemos conseguido arrancarlas de las garras de Madrid, hay personas que mueren en días tras meses o años de agonía. Si se trata de niños, los ánimos del equipo caen por los suelos.

Al salir la última familia de su habitación, el resto estamos sentados a una mesa larga. Nadie del equipo lleva máscaras. Según el dictamen del informe médico, ninguno de los contactados en esta misión padece una enfermedad contagiosa o intratable por el

hospital de Efa. Ellos se las quitan, por fin, entre muestras de alegría y toman asiento. Estamos de enhorabuena, pero, aun así, todos pasarán la cuarentena en sus nuevos hogares cuando lleguemos al pueblo. De esta forma hemos evitado las epidemias durante diez años.

Gamaliel y Midas colocan el asado en el centro de la mesa. El banquete de cerdo, verduras frescas, patatas fritas, vino y cerveza va a empezar.

Ninguno de los pequeños ha comido nunca así, sin racionamiento, sin límite, con la plena saciedad del hambre. Ninguno conoce el sabor de la carne tierna y jugosa, ni se había nutrido de las vitaminas de los vegetales naturales, sin los químicos agregados de los invernaderos para la producción en masa de la Zona Segura. Devoran primero las patatas fritas. Varias de las madres se emocionan al ver la felicidad de sus pequeños. Son conscientes de la injusticia que están padeciendo estos niños y toda su generación. Es un momento agridulce. La mayoría de los adultos repara en la suerte que habrán corrido sus seres queridos, los que no están, y en la de los miles de criaturas hambrientas que hay vagando por el mundo.

Devoran cada uno de los platos y el postre, unos flanes de huevo, que los niños repiten hasta tres veces. Los padres toman fruta y café caliente. Es como uno de los sueños a los que el hambre transporta sus subconscientes en mitad de la noche y que aún tienen algunas de las personas que llevan ya un par de años en Efa. Temen despertar con el rugido de su estómago como cuando vivían en la Zona Segura.

Han sido varios años muy duros. Cuando comenzó el gran invierno, no hubo veranos reconocibles durante tres ciclos solares,

tres años con inviernos de diez meses, con primaveras y otoños breves y tenues como la voz de un anciano que se apaga. Apenas hubo cosechas en latitudes donde se sobrevivió a Aníbal, la ganadería solo se consiguió mantener un par de meses sin suministro de pienso; los transportes de mercancías y las fábricas se paralizaron en los primeros avances de la infección.

Los ganaderos vieron cómo sus animales morían de inanición, así que los liberaron. Millones de bestias carentes de los instintos necesarios para sobrevivir por sus propios medios vagaron por los montes secos antes del gran invierno. Las pobres criaturas, tratadas con antibióticos por sistema durante generaciones, y seleccionadas para producir pero no para resistir en el medio, perecieron ante el clima gélido y los depredadores casi en su totalidad.

A la población humana le pasó algo parecido. En su mayor parte urbanita, se concentró en acopiar conservas de las cadenas de supermercados, creyendo que estando cerca de los hospitales y de las fuerzas de seguridad sería cuestión de semanas que todo mejorara. En menos de un año, la mayor parte de la población de las ciudades había muerto por la bacteria, el frío, el hambre o a manos de los más fuertes. El sistema se colapsó desde sus cimientos y cayó como una opulenta tarta de boda. Lo que han visto y sufrido las personas que tengo delante solo lo han podido aguantar los más fuertes: son supervivientes.

Tras una siesta de un par de horas, David, que llegó con su familia a Efa hace ya cuatro años, pasa la tarde reconociendo a los integrantes del nuevo grupo mientras la doctora Dolores descansa tras cuarenta y ocho horas de guardia.

Nos sentamos juntos en el descansillo de las escaleras de la planta superior de la cabaña.

—Laurence, los niños presentan síntomas de déficit de vitaminas y calcio, y todos están bastante por debajo del índice de masa corporal mínimo —comienza con el informe.

—¿Algún caso grave? —pregunto.

—Sí, Baiza. Antes de las vacunas reglamentarias, he empezado a suministrarle el tratamiento con antibióticos. La pulmonía la ha debilitado mucho. Esperemos que responda rápido.

Desde nuestra posición podemos observar a la pequeña de tres años dormida en el regazo de su madre.

—Bien. No escatiméis en medios y mantenme al tanto de su caso. ¿Qué tal los demás?

—Isabel, la mujer embarazada, está débil y su dentadura y esqueleto han sufrido una fuerte descalcificación. Pero todos se recuperarán con la nueva dieta y el complemento que les hemos entregado. Lo que peor está son sus dientes. Muchos han perdido ya algunas piezas y casi todos tienen infecciones que tratar.

—Ya… —En todos los grupos que contactamos identificamos los mismos síntomas provocados por la escasez y la miseria: encías sangrantes, pérdida de dientes y manchas púrpuras en la piel. Escorbuto y raquitismo: las dos nuevas epidemias de la humanidad que queda. Nuestros mayores tenían razón. Creíamos que no éramos nada sin tecnología, pero no somos nada sin tierra, sin agua, sin sol y sin aire.

Djimon está sentado junto al fuego en un gran sillón cubierto por una manta roja de cuadros negros. Sujeta una jarra de cerveza en la mano mientras observa divertido cómo su hijo juega con los otros

chiquillos, llenos de vitalidad. Es como si hubieran repostado con gasolina sus pequeños cuerpos; corren y ríen como nunca lo habían hecho en sus cortas vidas. Hasta Iben, el niño belga al que le falta la pierna derecha, corre entusiasmado con la nueva prótesis que le ha colocado David. Es un hijo del hielo. Es fuerte. Sobrevivirá. Cuando vuelvo a fijarme en Djimon, un sentimiento de paz y tranquilidad me invade como siempre que hacemos un rescate. Se pone en pie y observa su reflejo en la ventana, sus ropas parecen las de un hombre de los albores del siglo xx. Sonríe, se siente extraño. Las botas altas de piel de potro y los pantalones bombachos le confieren una estética anacrónica pero real en sus nuevas circunstancias.

A través del cristal de la ventana ve una luz parpadear, se acerca y nuestras miradas se cruzan. Tres de mis hombres y yo, ataviados de máscaras, quemamos toda la ropa que las familias vestían ayer. Djimon desvía la mirada con pudor, es ropa sucia, no huele bien. Lo entiende, podría estar infectada y los piojos son la mascota de moda en la ciudad.

Cuando volvemos a entrar en la cabaña, me encuentro con que la cerveza y la falta de hábito en el consumo de alcohol han afligido el ánimo de Djimon. Está inmerso en alguna reflexión evidentemente triste.

Me siento a su lado.

—Qué pensamientos tan oscuros deben de rondarte ahora mismo, amigo mío. —Le sorprendo.

—Hola, Laurence —saluda abatido—. No puedo dejar de pensar en mis padres y en mis hermanos. Ojalá… —Djimon reprime terminar de expresar su lógico y triste anhelo.

—Suele pasaros a todos cuando llegáis aquí. Os sentís culpables por sobrevivir. ¿Cuánto hace que no los ves? —pregunto tras identificarme con su pesar más de lo que él nunca sabrá.

—Mis padres murieron en el verano del 26. Estaban en París la última vez que hablé con ellos por teléfono. Un grupo de saqueadores los asesinó para robarles la comida que escondían en su piso. —Sus ojos se sonrojan, pero aguantan sin derramar ni una gota de rabia contenida—. Mi hermano mayor murió en el hospital. Durante la primera hora tras infectarse, le amputaron una pierna. A las dos horas, murió en el quirófano mientras le amputaban un brazo. Mi hermana pequeña debió de morir en Costa de Marfil. No sé nada de ella desde el otoño de aquel año. —Ahora se tapa la nariz y la boca con ambas manos y veo cómo la vena de su frente se hincha —. No entiendo cómo pudimos ser tan voraces, tan estúpidos… —susurra.

—No hagas eso, no te mortifiques —interrumpo—. No hay vuelta atrás. Piensa en los que tienes y en nada más.

Djimon aprieta la mandíbula con rabia y dirige la mirada hacia donde le indico con la mía: hacia su mujer. Ahora se da cuenta de que lo está observando, ella sonríe con tristeza, sabe lo que estaba pensando, lo conoce perfectamente. Es bellísima, su cara está radiante, reconozco en sus rostros justo el momento en el que descubre lo afortunado que ha sido. Supongo que se siente estúpido por no disfrutar del momento porque sonríe y me da una palmadita en la pierna. Miramos a nuestro alrededor extrañados, alguien ha puesto música en un antiguo tocadiscos que hay junto a la cocina. La melodía es preciosa, muy alegre. Desconozco el título. Gamaliel tiende varios kilos de truchas en unas parrillas y las coloca sobre las

brasas en la gran chimenea. Todo el mundo charla y se divierte; es una reunión civilizada, casi surrealista e, irónicamente, elegante. La música causa su efecto y todos quieren celebrar su suerte. Una de las mujeres arrastra a su marido al centro del salón para bailar, otras dos parejas los siguen. La luz cálida del fuego y las velas ayudan a aflorar los sentimientos de seguridad, después la alegría y, por último, la euforia. Gamaliel atrapa a Baiza, la coge entre sus brazos para bailar con ella. Es como un gran oso ruso bailarín que danza con delicadeza felina con una pequeña y frágil muñeca de cristal.

La celebración se alarga hasta la una de la madrugada. Beben, ríen, comen. Hablo con todos, los escucho, los observo, no pierdo detalle de sus testimonios, pero ni rastro de Virginia o su hijo. Vuelvo a casa tras mi enésima misión sin éxito.

Son las ocho de la mañana. El aroma a café toma la cabaña. Dos de los niños corren hasta la chimenea donde Gamaliel ha preparado tres grandes cafeteras al tizón. Se sientan en sus rodillas al verlo. El resto de los adultos y pequeños entran al salón entre bostezos. Enrique va sirviendo el desayuno de tostadas, queso, jamón, leche, zumo de manzana y una infusión de acículas de pino para aumentar la ingesta de vitamina C. En una de las sillas de los niños, ha dejado una pequeña muleta para Iben hecha con madera de haya. Midas y él la fabricaron con sus propias manos durante su guardia de madrugada para que el pequeño se adapte con mayor facilidad a su nueva prótesis. De repente, se oyen relinchos y los niños corren hacia la ventana y frotan los cristales empañados. Descubren a dos caballos percherones negros que han parado junto a la ventana y

arrastran un trineo de madera. Detrás hay dos animales más tirando de otro vehículo igual. Gamaliel corre hacia el baño y reaparece con los pelos rizados del contorno de la calva repeinados y una camisa limpia, se cubre con un abrigo enorme y sale por la puerta sin decir palabra. Ya hay varias mujeres y hombres junto a los niños observando por la ventana. Ven a Gamaliel dirigirse a uno de los cocheros, ambos se abrazan y besan apasionadamente.

—Es su marido —anuncia con naturalidad su nueva amiga y pequeña confidente, Baiza.

Repartimos abrigos hechos con pieles de animales. Son magníficos. Años atrás costarían miles de euros y ahora la gente mataría por una prenda como estas. Todos ríen al verse. Son el último bastión de la alta costura.

Hay varios hombres a caballo que llevan otros quince animales en reata, ensillados y listos para montarse. Permanecen a cincuenta metros de las rodadas de los camiones en los que trasportamos a la gente y que ahora toman dirección norte. Hace diez años volamos los pasos para que los vehículos pesados invasores no pudieran penetrar en las lindes de Efa. Ningún neumático que haya pisado los dominios de Aníbal debe acercarse a las fronteras de nuestro hogar.

Unos montamos a caballo, otros con los niños y las mujeres en los trineos en los que viajarán al resguardo de una capota y ventanas. En el interior, hemos dejado varias mantas.

Iniciamos la marcha. La nieve cubre la arboleda. Los bosques de coníferas parecen centenarios, aunque la falta de luz de estos últimos diez años ha retrasado mucho su crecimiento. Entre los árboles no corre tanto viento y el paso se cierra al descender ladera abajo por un camino muy estrecho, al que hemos cubierto con

decenas de rocas enormes para que a un coche, y menos a un camión, les sea imposible descender por una pista tan angosta. Solo caballos y pequeños vehículos pueden entrar sin que les abra el paso maquinaria pesada o explosivos. Nos cruzamos con cinco hombres que suben en motonieves. Son los centinelas que relevarán a los que guardaban la cabaña y que vuelven con nosotros tras una semana protegiendo y velando por la linde oeste de Efa. Nos saludan al pasar armados de rifles y provistos de radios desde las que informarán de las novedades al puesto de mando. Otros tres hombres a caballo llegarán al final del día con varios animales en reata para que sus compañeros también puedan moverse por la montaña. Las motonieves tienen sus limitaciones entre las rocas y los troncos caídos.

Cerca del valle, entramos en un viejo túnel de unos doscientos metros de largo. Alumbramos con linternas y todos nos maravillamos ante el techo que ha adornado la naturaleza durante el invierno. Está cubierto de cientos de carámbanos y millones de pequeñas estrellas de hielo que brillan y relucen como si se tratase de la grieta de un glaciar. Al salir, aparece ante nosotros una gran selva negra de árboles gigantescos entre los que se aprecian cientos de pisadas de animales. Hacia el sur, se ven desde la pista infinidad de pequeños puntos oscuros moviéndose lentamente en la nieve. Son manadas de herbívoros buscando líquenes y hierba congelada. Los cocheros paran los trineos. Descansaremos un momento para admirar el paisaje. Los niños bajan de sus asientos y les cedemos los prismáticos. Observan sorprendidos las manadas de tarpanes y bisontes. Entre ellos, hay algunos antílopes saigas y alces.

—Había escuchado que el mundo estaba tomado de alimañas y bestias salvajes, pero me sorprende el tamaño de las manadas —dice Andrés, y sonríe. Ya sabe de dónde sacamos la carne con la que comerciamos con el ejército.

Los niños suben de nuevo en los trineos; nos disponemos a entrar en el bosque de coníferas. Es oscuro. Conforme la mirada se pierde en el interior, se llega a una negrura sobrecogedora. Hay zonas donde el sol no ha tocado el suelo en años. Cerca del camino, en sus márgenes, crecen arbustos y helechos. Sus ramas están mordisqueadas.

Dos jinetes se adelantan, el resto flanqueamos los trineos; los cocheros chascan la lengua y restallan los látigos; los percherones inician un trote con mucha suspensión en sus trancos y resoplan nerviosos: tienen miedo. Entre el tintineo de los arneses y los cascos, se escuchan los murmullos de los recién llegados. Ni siquiera los niños se atreven a llorar, están absortos por un miedo ancestral a la oscuridad del bosque.

Otro de los jinetes se adelanta, para y avisa por radio para que el resto haga lo mismo. Se le acercan otros dos jinetes, hablan en voz baja. Uno vuelve grupas al galope y le pasan un par de faroles encendidos y los lleva camino adelante. Intensifica su luz y alumbra una gran manada de uros. Son enormes. Los percherones parecen ponis a su lado. De los recién llegados, ninguno había visto nunca una bestia así. Son como toros negros gigantes de enormes cuernos, con el pelo del lomo castaño, en una especie de raya que va de la testuz a la cola.

Los hombres siguen sacando faroles y colocándolos alrededor de los trineos.

—Son uros —informa Midas en voz baja—. Son muy peligrosos. Atacan a la mínima señal de peligro y están con las crías del año pasado. El fuego de los faroles los mantendrá a raya. Tendremos que esperar a que pasen.

Las bestias cruzan la pista lentamente. Centenares de ellas andan hacia el valle, alumbradas como en una procesión, mugen y cornean los arbustos, excitadas por nuestra presencia. Sus pisadas son pesadas, cadenciosas, irradian fuerza.

Un macho joven hace amago de embestir al grupo y los hombres le apuntan con sus rifles, pero solo es una bravuconada; vuelve trotando con su manada, después de destrozar algunos helechos y escarbar en la nieve.

Tardan casi una hora en pasar, ramoneando el sotobosque de los márgenes del camino con sus grandes lenguas. Se cuentan cuatrocientos individuos.

Algunos gamos y jabalíes los siguen aprovechando el paso que les abren en la nieve y la seguridad que esas bestias les proporcionan frente a los depredadores.

Empleamos casi cuatro horas en atravesar el gran bosque. A la salida de este encontramos el cadáver de un bisonte a medio devorar. Hay pisadas de lobos muy recientes. Son lobos ibéricos, salvajes y, como tales, nos tienen miedo. No están lejos, pero los buitres y los cuervos aprovechan su ausencia para limpiar el cadáver mientras pasamos. Se trata de un bisonte europeo. Prefieren el bosque a los espacios abiertos, no como las manadas de los bisontes americanos que hay en los valles de Efa. Tras el paso del trineo, van llegando más y más carroñeros, las familias se asoman boquiabiertas por la escena. No están seguras de dónde se han metido.

Entramos en otro bosque de hayas, robles y abedules, aún no tienen hojas y la luz entra libre a través de sus ramas. Hay cientos de encinas secas por la falta de sol y el exceso de humedad del terreno. Varios hombres están haciendo leña con su tronco y sus ramas. Nos saludan al pasar. En la colina del norte, se ve la manada que acaba de perder a su compañero. Se cuentan casi doscientos individuos. Es una de las tres manadas de Efa.

Ya son casi las dos de la tarde. El frío es intenso pero soportable. Repartimos caldo caliente con carne. Es delicioso, todos repetimos.

Entre dos paredes rocosas con laderas tapizadas de bosques, aparece Efa. Sus chimeneas humean y se oyen ladridos de perros, golpes de martillo, maquinaria y las voces y risas de niños. Nos acercamos al trote hacia nuestro destino.

En el dintel de la gran puerta de la muralla hay un letrero. Paramos para que puedan leerlo los padres de las familias que nos acompañan y que reza:

VIVE HOY, ES LO ÚNICO QUE TIENES.

HAZLO CON GENEROSIDAD,

EL MAÑANA ES LO QUE DEJAS PARA TUS HIJOS.

Al paso de los trineos, salen los habitantes y saludan. Los soldados desmontamos y abrazamos a nuestras familias. Los recién llegados observan sorprendidos. En Efa, ya somos tres mil habitantes.

13

Tierra de corazones bravos

Los nuevos vecinos de Efa bajan de los trineos o desmontan de los caballos. Siguen sobrecogidos por las experiencias que han vivido durante estas últimas horas.

Están en Efa. Están en nuestra tierra. Sus cuerpos debilitados comienzan a depurarse con el aire y el agua de nuestras montañas.

Se les asignan sus hogares. Después de pasar la prueba de grupo, hemos decidido que todos vivan en la misma calle: la calle de la Brava Nuria Robles.

Debido a que intentamos traer al mayor número de familias posible, remodelamos cuadras y establos y los convertimos en hogares, más pequeños que los caserones que ocupamos los primeros habitantes, pero aun así cuentan con más de cien metros cuadrados para unas familias que rara vez pasan de dos padres y un hijo. Los seis inmuebles que entregamos hoy son preciosas cabañas de piedra y madera. Dentro tienen ropa, comida, electrodomésticos y van a disponer de casi seis semanas de descanso para poder adaptarse a su nueva vida y pasar la cuarentena bajo la supervisión diaria de nuestros médicos.

Están en tierra de hombres y mujeres libres, pero no entregaremos nuestro mundo sin algo a cambio. No compartiremos estos hogares, los bosques y nuestros animales si no son de corazón

bravo. Las viviendas que les cedemos están construidas con el sudor de cada uno de los miembros de esta comunidad y, aunque aún no lo saben, se derrama mucha sangre al año para que en el interior de Efa haya paz. Serán uno más en esta gran familia, después de algunos sacrificios. Mi hermana Raquel es la encargada de acomodarlos en sus hogares y explicarles algunas normas básicas. Durante los próximos días, aprenderán y comprenderán nuestro férreo modo de vida.

Enrique y yo tomamos las alforjas cuando desmontamos y dejamos los caballos en manos de los hombres con los que hemos compartido la misión para que los lleven a los establos en reata tras los suyos, donde se los duchará, cepillará y alimentará después de horas marchando en la nieve.

El capitán y yo nos dirigimos por la avenida de la Esperanza hacia la Casa del Concejo, para presentar el informe del rescate y el parte de bajas. Esta vez no hay ningún muerto o herido de los nuestros. El sistema establecido por Inteligencia de esperar hasta la noche para recoger a los contactados está funcionando.

Hay varios niños jugando en la nieve. Detienen sus juegos cuando nos ven pasar por la calle.

—¡Firmes! —grita uno de ellos, y todos se cuadran ante nuestra presencia. Hay dos que son mayores de doce años, se yerguen orgullosos y hacen el saludo militar a nuestro paso. Se lo devolvemos con respeto, aunque llevamos dos días sin dormir. Estos dos chicos son cadetes de Efa. Es la edad en la que empiezan su formación militar. Entre estos pequeños, hay dos que conocemos especialmente bien. De los que nos han saludado, el más delgado es

el hijo mayor del capitán Julián González, Eduardo, quien, al final, sobrevivió al cáncer, y su hermano menor, Sebastián.

Sebastián es el benjamín del grupo. Aún no tiene los cuatro años, pero ya ha provocado dos alarmas de madrugada. La primera vez todo el pueblo lo buscó desesperado en la nieve durante dos horas. Afortunadamente, lo encontraron en los establos que hay junto a su casa, dormido entre varias pacas de paja y abrazado a unos cachorros de mastín de un par de meses que iban a separar de la madre para que crecieran junto a los corderos, a los que protegerían de los lobos durante el resto de sus vidas. La segunda vez fue la semana pasada, cuando se enteró de que íbamos a abrir el cine. Volvió a escaparse de noche por la ventana de la cocina de su casa para ir a por las entradas. Este niño es un desastre de la naturaleza desde que nació, pero Enrique y yo somos algo así como los tutores que ayudan a su madre mientras Julián cumple su misión. Sebastián nos acaba de ver, baja de un salto del columpio donde juega y viene corriendo hacia nosotros.

Hace el saludo de visera sin parar de correr y abre los brazos para que lo coja. Lo hago con mucho gusto. Adoro a este niño.

—¡Lalen! —Es muy pequeño para pronunciar mi nombre correctamente.

—Hola, Sebastián.

—¿Habéis visto a mi papá? —pregunta entusiasmado.

—Sí. Y nos ha dado una cosa para vosotros…

Eduardo llega corriendo detrás de su hermano y nos saluda ofreciéndonos la mano. Es un buen chico y muy responsable. Le entregamos una carta para ellos y su madre, otra misiva solo para la

mujer de Julián, y al pequeño le damos un paquete que sacamos de las alforjas que Enrique lleva al hombro.

Cuando aparece el bulto, envuelto en un papel marrón con el sello del Departamento de Sanidad de Efa que le ha puesto David, quien lo ha esterilizado en la cabaña donde pernoctamos anoche, Sebastián lo destroza como si fuera un tejón en el barro en busca de lombrices.

—¡Es un tren, hermano! ¡Un tren!

Mientras Sebastián se sienta en el suelo para montarlo y el resto de los niños se acerca para jugar con él, le entregamos otro paquete a Eduardo que viene a su nombre y otro al de Gloria, su madre.

González siempre envía algo desde Madrid cuando podemos encontrarnos con él. De vez en cuando, consigue extraer algún juguete intacto dentro de su envoltorio, de los miles que llegan al día desde las jugueterías abandonadas de la ciudad y que se van acumulando en los almacenes del ejército. A su mujer le envía perfumes o joyas. Es la forma en la que intenta compensar su inevitable ausencia.

Ya han nacido cuatrocientos niños en Efa. Personas que no han visto otro mundo, que toman como suyas las calles cada tarde después del colegio y que conocen cada rincón y cada escondite donde jugar, donde ser niños. Efa es su patria.

Hoy, viernes, inauguraremos el cine que hemos integrado en el que era el antiguo y casi derruido palacete del pueblo. Como es fin de semana, esta tarde se proyectará un clásico infantil para la prueba antes de la inauguración oficial de esta noche. Al llegar al edificio del Concejo, veo el cartel en el tablón de anuncios. Primer pase de prueba a las cinco: *La dama y el vagabundo*. Segundo pase

a las siete: *Pinocho*. A las nueve y media gran inauguración con el clásico remasterizado *Lo que el viento se llevó*.

La política del Concejo de limitar a una hora diaria de emisión de programas infantiles en la televisión local hará que cada reestreno en el cine sea esperado con ilusión por toda la población infantil y que pasen las tardes al aire libre evitando así el raquitismo que producen estos inviernos sin días despejados. Los niños están fuertes y sanos como manzanas. Al pedir el boletín sellado con las tres horas semanales cumplidas de trabajos a la comunidad y el de conformidad de la escuela, recibirán sus merecidas entradas.

—Enrique, ¡vete ya, joder! —Enrique está nervioso por ver a su hijo recién nacido. No quiere dejarme solo. Hace un par de semanas caí de mi caballo y me falla la pierna derecha.

—¿Estás seguro de que no quieres que entre a comparecer contigo? —pregunta.

—¡Que no! Vete. Mañana iré a conocer a tu pequeño y lo celebramos. Dile a mi sobrina que el próximo será una niña.

Lo obligo a irse para que se reúna con su familia después de ayudarme a subir las escaleras del edificio del Concejo. Antes de partir sonríe ilusionado, las cicatrices de su cara no le han afectado en absoluto. Es más fiero que nunca. Ningún soldado de Efa se lo pensaría dos veces antes de morir por él. No hay mejor capitán que Enrique. Después de cenar una vez al mes en su casa, durante estos últimos años, me he dado cuenta del gran corazón que esconde en su enorme pecho. Hace unos años se casó con mi sobrina Mercedes, la hija de mi primo Manuel, quien a sus setenta años sigue enseñando la lucha leonesa a los más jóvenes. Ese hombre tiene la naturaleza del viejo roble y está loco por sus nietos. Entrego el

informe en las oficinas para que la junta militar lo estudie. No tengo que comparecer hoy, ya que el Concejo asistirá a la inauguración del nuevo cine. Al dirigirme hacia la puerta de salida, hay una lista en papel colgada en el panel de anuncios: son los admitidos para el bautismo de sangre de este sábado. Hay tantos apellidos irlandeses como españoles.

Al pasar junto al invernadero de naranjos de Efa que hay al oeste de la avenida de la Esperanza, oigo una motosierra eléctrica. Decido entrar y, al abrir la puerta, siento que la temperatura en el interior es mucho más agradable que en la calle. Usamos calefacción para mantenerla por encima de los siete grados.

—¡Hola, Ramón! —grito para que el encargado del invernadero, que está podando los árboles, me oiga sobre el ruido de los cortes que da con su máquina.

Para y me sonríe. Cuando baja de la escalera donde está subido, se quita el guante de la mano derecha y nos saludamos con cordialidad.

—¿Qué tal la misión, Laurence? —pregunta realmente interesado.

—Pues ha sido un éxito. Sin bajas ni heridos en nuestro equipo.

—¡Vaya! ¡Enhorabuena!

Ramón es un buen hombre. Ya tiene setenta y ocho años y las rodillas machacadas, pero no deja que pase un solo día sin venir al invernadero, donde se encarga de que las familias dispongan de zumo de naranja. Ahora se ha quedado en silencio y revisa la cadena de la máquina para disimular su angustia. El año pasado volvimos de una de las misiones sin su nuera, mi sobrina Nuria Robles.

—Parece que el macerado de ortiga que usaste el año pasado funcionó contra los pulgones —apunto para romper este silencio incómodo.

—Sí. Veremos esta campaña cómo va todo. ¿No ha habido suerte? —pregunta Ramón intuyendo la respuesta.

—No, Ramón. Hoy tampoco. —Apoya su mano en mi hombro.

—No pierdas la esperanza. Todas las semanas encontramos a gente que creíamos muerta hace años.

Sonrío con resignación y sigo mi camino. El aleteo de un pájaro interrumpe mis pensamientos. Es una de las palomas mensajeras que usamos para comunicarnos con los pueblos supervivientes.

Intento centrarme en las buenas noticias del día. No siempre conseguimos volver todos. A veces, nos encontramos con grupos de asaltantes con los que el enfrentamiento es inevitable. Este año hemos perdido a tres de nuestros mejores hombres y a dos mujeres irremplazables. Las bandas de asaltantes se han organizado y buscan pueblos que invadir y convertirlos en otro infierno asediado como el de Madrid.

Nuestras fronteras son cada vez más peligrosas, pero Efa aún está segura. Estamos bien armados. Al imponer el servicio militar obligatorio, cada habitante es un arma en potencia, aunque eso nos hace llevar una vida dura.

A una pareja de jóvenes que quieran irse a vivir juntos, no se le entregan las escrituras de la casa sin que ambos hayan completado cinco misiones de rescate en el exterior. Es la prueba de que son leales al Concejo, de que se han preparado para la lucha y de que han conocido el valor de lo que tienen que proteger, después de ver

el estado del mundo en el que realmente viven. Casi siempre hay algún encuentro con asaltantes o con grandes depredadores.

Es triste, pero, a veces, no llega a entregarse la casa. La pareja que debía morar el nuevo hogar ya no existe.

La inmensa mayoría de los padres de familia de Efa ya han matado varias veces, acto que solo está permitido en las misiones o cuando se defiende al clan. Cuando los jóvenes vuelven de su primera vez, tras ver la esclavitud a la que los más fuertes han sometido a los más débiles ahí fuera y tras su primera muerte, la candidez de su mirada se queda en el frente. Nunca vuelve con ellos. Por eso no dejamos que den el paso del adiestramiento a su primera misión hasta los veintiuno. Queremos que conserven en su memoria una infancia y adolescencia de relativa paz. Así, intentamos evitar que desarrollen el gusto por el caos y la violencia. El recuerdo de la infancia y la familia será la luz que alumbrará la esperanza en su vida de lucha y hará que no olviden nunca la importancia de proteger, a toda costa, la tierra de sus hijos.

Hemos creado un mundo relativamente feliz, pero no es un mundo de ilusos. Antes de los veinticinco años, todos los hombres y mujeres de Efa han tenido que usar su arma en combate. Cuando uno de ellos no vuelve, es devastador para sus familias y muy doloroso para toda Efa, pero, si aprendemos de la historia, ninguna nación débil ha sobrevivido a los tiempos; ningún pueblo que no endurece a sus hijos puede perdurar. El sistema israelí que implantó Enrique ha sido un éxito. Todos lo hemos asumido porque sabemos qué es lo que nos espera si bajamos la guardia. A las mujeres, cuando van al frente, se les da una cápsula de cianuro por si las atrapan vivas. La experiencia nos ha demostrado que son violadas cientos de veces

por decenas de hombres antes de ser descuartizadas para dar de comer a sus perros.

En los primeros años tuvimos hasta ocho de estas bajas. Las mismas compañeras pidieron esta medida y nadie se negó en las votaciones del Concejo. Las ocho calles que cruzan el norte de la avenida de la Esperanza llevan sus nombres. La última en caer fue mi sobrina Nuria Robles. Cuando la vengamos atacando al grupo que la tuvo como esclava durante tres días, el asaltante que quedó en pie confesó que Nuria luchó durante todo su cautiverio, sin comida ni agua. Nos contó cómo todos los días tuvieron que dejarla inconsciente a golpes antes de poder poseer su cuerpo como bestias. Al tercer día de su confinamiento, Nuria simuló desvanecerse y cuando el primer animal fue a penetrarla, confiado y ansioso, ella le partió la nuez de un solo golpe seco y le sacó los ojos al siguiente en la cola. Después de la confesión de nuestro prisionero, el padre de Nuria, su pareja, Alberto, y Midas le dedicaron un par de horas. Se oyeron los gritos del prisionero desde dos kilómetros a la redonda. Desde aquel día, los asaltantes se lo piensan dos veces antes de atacar a los nuestros si no nos llevan una ventaja de seis a uno. Por eso llevamos cosido en el hombro derecho de nuestros abrigos un escudo con un encebro. Todo el que cae portando este emblema es vengado con brutalidad ejemplar.

Las niñas y niños de Efa empiezan su adiestramiento a los ocho años. A los doce, pueden partir la nuez de un hombre con los nudillos, una costilla con las rodillas y sacar los ojos con sus pequeños pulgares. A los quince, son maestros en el uso del cuchillo, y a los dieciocho, pueden matar a un hombre con la fuerza de sus manos o usando la ropa del propio atacante. A los veintiuno,

tienen el bautismo de sangre, en el que pelean contra Enrique u otro de los cincuenta soldados más bravos y veteranos hasta conseguir hacer sangrar a su oponente. Si se rinden, tendrán que volver a luchar cada dos semanas hasta conseguirlo. Hay cadetes que han necesitado cuatro combates para graduarse, pero cuando llegan al frente son como máquinas perfectamente engrasadas. Ahí fuera no hay nadie peor que Enrique. Los resultados del adiestramiento han sido óptimos. En los últimos dos años, casi todos nuestros caídos han sido por arma de fuego a distancias largas y, aun así, la mayoría consiguió derribar a varios atacantes con la suya antes de morir. Sus nombres están grabados en el tronco del roble de la plaza y, en la celebración del 21 de junio de cada solsticio de verano, se les rinde homenaje.

A las parejas de los caídos se las licencia del servicio si tienen hijos. A estos no se les obliga a entrar en combate hasta los veintiocho años o cuando tengan su primer descendiente. Nadie hasta ahora ha hecho uso de esa exención. Todos asumimos nuestro deber y, por lo tanto, nuestro destino. Quizá por eso en el pueblo no hay peleas importantes o altercados entre vecinos. Todos queremos lo mismo, todos nos necesitamos y nada hace amistades más férreas que el frente, porque eso es lo que hay fuera de nuestras lindes: una guerra por recursos y esclavos.

A ninguna misión pueden ir los dos miembros de la pareja. En el frente, la omisión del deber está penada con un tiro en la nuca por el oficial al mando. El destierro no existe y la cárcel es para delitos menores. Hasta ahora, tengo constancia de dos casos como estos. Eso se queda entre el mando ejecutor, Enrique y yo. El resto de los soldados de la misión no son testigos de la ejecución. Solo

conjeturar sobre el tema conlleva la misma pena. Los dos casos que tuvimos fueron de contactados a los que no se les hizo la prueba de grupo y a los que no se les investigó a fondo. Cuando lo comprobamos, nos dimos cuenta de que habían abandonado a sus familias durante el comienzo de la crisis de Aníbal y de que tenían antecedentes por varios delitos. Desde entonces, nuestros infiltrados en la Zona Segura estudian a conciencia a las parejas que contactamos. Ya solo rescatamos personas con hijos y sin antecedentes. No podemos arriesgarnos de nuevo. Las leyes las hemos creado para que el grupo sobreviva y para que el individuo reaccione siempre pensando en el bien común.

He contado otras tres calaveras de uro en las fachadas de tres caserones: por cada misión, se da una semana de permiso en el que se está liberado del resto de las obligaciones de Efa, y a nuestros jóvenes les encanta cazar con arco. Hay un cupo anual de animales a los que podemos derribar sin afectar la población de herbívoros de nuestras tierras. Los muchachos adoran medirse con los machos de uro; se han impuesto esa prueba de hombría ellos mismos. El problema es que son bestias tan fieras que ya ha habido varias cornadas mortales, pero creo que esto empieza a ser parte de nuestra cultura tribal, y mientras no se falte al deber y el sacrificio sea de un macho que ya haya podido luchar durante varios años para dejar su descendencia, cada persona puede jugarse la vida como quiera.

Si la cabeza de un uro está sobre el dintel de un hogar significa que un joven se lo ha regalado a los padres de la muchacha o el muchacho del que está enamorado. Si sus futuros suegros la cuelgan de su fachada, quiere decir que aprueban la decisión de su

hijo y el novio o la novia podrá entrar a la casa familiar durante las temporadas de ventisca de diciembre y enero. A parte de la bravuconada, hay un significado mucho más importante: el cazador que mata un uro con su arco lo hace para demostrar su propia bravura, pero también demuestra a la familia de su pareja que está dispuesto a sacrificarse por ellos; por eso, les regala un tercio de la canal del animal, otro tercio es para el comedor del pueblo y otro tanto es suyo. En Efa hay quien afirma que estamos siendo testigos del nacimiento de una nueva cultura.

—¡A sus órdenes! —saludan cinco soldados que pasan a mi lado, y me sorprenden cuando estoy contemplando el campo de manzanos que hay al final de mi calle. Van hacia los establos. Les devuelvo el saludo y retoman su camino. Nuestro ejército lo formamos todos y vela por nuestras murallas, nuestras lindes y manadas: por eso los niños de la aldea son entrenados desde pequeños para sobrevivir en el hielo, solos. Una prueba a la que se ven sometidos a los catorce años es abandonarlos en el mes de enero en medio de la finca con una pistola de bengalas, un cuchillo y un pedernal. Si llegan a usar la pistola para pedir el rescate, lo volverán a intentar hasta que lo consigan por sus medios.

En el interior de nuestras murallas están prohibidas las peleas sin arbitraje. De vez en cuando, los adolescentes tienen algún encontronazo. Si pelean en la calle, pasan cinco días en la cárcel del pueblo a pan y agua en celdas contiguas y sin visitas. Cuando acaba el castigo, los dos camorristas suelen terminar siendo grandes amigos. Si la pelea es inevitable, es arbitrada por dos adultos. Los oponentes están obligados a vendarse las manos y a utilizar bucal.

Está prohibido usar los codos y las rodillas entre encebros; de hecho, se asumen las normas de boxeo del marqués de Queensbury, aunque la pelea será en un ring hecho con pacas de paja y no tendrá asaltos; solo para cuando uno de los púgiles se rinde o cae.

Tener una pelea un jueves no exime de las obligaciones de un viernes por la mañana. Solo cuando un médico dicte incapacidad se permitirá tomar la baja que este establezca. Hasta ahora, no ha habido peleas entre los que ya han estado en el frente. Cuando llegamos a casa, no queremos ver la sangre.

Hoy estoy agotado. Llevo dos días sin dormir y la decepción pesa ya en mis pies como légano pegado a las suelas de mis botas. Ni rastro de Virginia ni de su hijo. Me niego a creer que estén muertos. Me niego a imaginarme sus huesos roídos por Aníbal o por algo peor.

Necesito una copa y meterme en la cama a dormir un día entero, pero solo tengo unas horas antes de la inauguración del cine de esta noche.

Lo hemos llamado cine París en honor al cine que se derribó en Riaño. Mis familiares riañeses se han emocionado. Es un establecimiento al que le hemos intentado dar el esplendor y la elegancia de la época de oro de Hollywood. Para ello, hemos utilizado todo el mármol de las oficinas del edificio que poseía en Madrid, mientras Belmont, sus amigos y yo lo llenábamos de miles de cajas de comida deshidratada y kits de supervivencia. Los carpinteros también han invertido cientos de horas durante el invierno, cuando los trabajos fuera de la muralla del pueblo escasean.

Contemplo cómo todos los habitantes de Efa que han podido acudir pasan elegantemente vestidos para descubrir su nuevo cine.

El mármol queda mucho mejor en las columnas y el suelo de nuestra nueva y lujosa sala de proyección y su enorme recibidor. El aforo son doscientas diecinueve personas. La primera sesión será para nuestros mayores y, en unos minutos, comienza la proyección de *Lo que el viento se llevó*.

Son las nueve y cuarto de la noche. Todos llevamos nuestros mejores trajes. Mi tía Carol hoy hubiera cumplido ciento cuatro años y, aunque no creo que se quedara a ver la cinta completa, Gregorio empujaría su silla de ruedas para que pudiera volver a verla como cuando era una niña. Siempre fue su película favorita. Gregorio y Carol. Hay personas que se odian superficialmente todos los días, pero que se quieren profundamente durante toda su vida.

Mi amigo Juan se acerca tras el aplauso de inauguración.

—¿Crees que esta frivolidad es una buena idea? —cuestiona con la honestidad con la que siempre hemos hablado el uno al otro.

—Me he hecho esa pregunta millones de veces cuando llenamos la biblioteca de todos los libros que pude salvar, cuando adquirí las réplicas de los mejores pintores y artistas de toda la historia, cuando contraté a una persona para que recopilara toda la música que se ha compuesto y cuando guardamos las copias de las primeras películas rodadas hasta la última que se estrenó hace diez años.

—Pero ¿a cuántos podías haber salvado con esos recursos? —pregunta indignado.

—No lo sé, Juan, aunque me pesan como si fueran miles, pero… en diez años ¿sabes cuántos suicidios ha habido en Efa?

—No.

—Ninguno.

Es cierto. No hemos sufrido ninguna de esas irrecuperables pérdidas. Después de tener varias conversaciones sobre esta cuestión con mi querido amigo Belmont, me di cuenta de que no solo había que salvar a todos los que pudiera, tenía que mantenerlos con vida. Él decía que solo el arte era capaz de recordarnos lo grandes que podíamos volver a ser, y así lo hice. Es bastante corriente encontrar a familias enteras muertas dentro de un coche. Los padres pierden la esperanza y deciden que es mejor morir todos juntos abrazados antes que a manos de los asaltantes, la enfermedad o el hambre.

Desgraciadamente, ya no cuento con su amistad. Murió el año pasado a los noventa y dos años, pero lo hizo como un caballero. En su finca de Cáceres. Según la correspondencia que manteníamos, ha salvado a cuatro mil personas.

Entro en la taberna de los McMahon. Esta familia siempre fue de taberneros en Belfast y aquí lo es. Creo que puedo decir que es la taberna irlandesa más auténtica que ha habido nunca en España. Regentada por irlandeses, visitada por irlandeses y con la mayor nostalgia que he visto nunca por la madre Irlanda.

Es un lugar de luz tenue y cálida que le dan las velas que hay en todas las lámparas colgadas de sus muros de piedra. La barra, los bancos y las mesas son de madera de roble atezada por las décadas que pasó como parte de las vías de un antiguo tren de vapor.

Todas las noches se canta a la isla Esmeralda y lo hace la preciosa voz de mi sobrina Catherine Patterson. ¡Qué voz se ha perdido el mundo!

En el pueblo, soy casi el único que bebe cerveza de jengibre. El regusto rancio que deja el moho con el que se adereza me trae

gratos recuerdos de la infancia con mi padre. En cada trago, puedo recordar alguna de sus bromas, y ahora necesito uno bien largo. Los sobrinos y los nietos de mi tío Harry ya se están preparando para el lleno completo. Es la noche de la inauguración del París y se espera que se llenen todas las tabernas de Efa. Ojalá mi tío hubiera conocido a sus descendientes, son las personas más alegres que conozco.

Me sirven una pinta. La elaboran casi exclusivamente para mí, aunque Enrique parece haberle cogido el gusto a este brebaje al que llamamos el Caldo de Colin. He echado cuentas y, desde que estoy aquí, bebo cinco litros a la semana, quizá algo más que Enrique, pero entre ambos consumimos todos los barriles que los nietos del viejo Harry hacen anualmente.

Me siento junto al fuego y mi sobrina Catherine entra por la puerta.

—¿Qué tal ha ido, tío? —pregunta con la cara iluminada al ver que estoy sano y salvo.

—Ha sido todo un éxito, cariño. ¿Y tú cómo estás? ¿Cantarás algo para mí?

—Lo que tú me pidas… —Sabe que hoy me siento muy solo, aunque desde que dejé las pastillas ha vuelto la compañía.

Los dos camareros miran sorprendidos hacia la puerta. Analizo un momento sus ojos y veo que están aterrorizados. Catherine tiene la cara desencajada y, cuando me giro para seguir la dirección de su mirada, encuentro a mi hermana Raquel con la ropa y las manos ensangrentadas. Tras la puerta abierta se oyen voces y gritos. Me levanto de un salto, pero mi hermana me tranquiliza, la sangre no es suya.

—¿Qué ha pasado?

—Tienes que salir. Acaban de llegar los carros con la gente de Guadarrama. John sigue vivo, pero está mal. Quiere hablar contigo antes de que lo lleven al quirófano para intervenirlo.

Al salir corriendo siento un pinchazo en el interior de la rodilla. Bajo las escaleras y lo encuentro tumbado en una camilla. Hay varios heridos por arma de fuego que llevan al hospital sin parar los carros. A John le falta un brazo. Midas se lo ha cortado de un hachazo para evitar que la bacteria llegara al torrente sanguíneo. Al parecer, han sido atacados en una cabaña de saneamiento que tenemos al norte de las tierras de Efa. Uno de los perros le ha mordido. Me acerco a él despacio. Está muy pálido. No ha sido infectado, pero ha perdido mucha sangre y ya estaba débil por la gripe. Los asaltantes les robaron las medicinas hace unos meses y, cuando los hemos contactado, acababan de ser atacados.

—Tío… —susurra débilmente hablándome más con los ojos que con la voz.

—Tienes que ir al hospital —digo mientras le agarro la mano. Uno de los médicos me mira a los ojos con condescendencia. John no va a sobrevivir. Me acabo de dar cuenta de que escupe sangre por la boca y su aliento huele a muerte. Es tuberculosis. Ya no hay apenas medicinas ahí fuera.

Voy a acercarme para escuchar lo que dice, pero el médico me detiene con un manotazo y me obliga a ponerme una mascarilla.

—Están vivos. Virginia está viva. Tienes dos nietos.

14

Nunca infravalores a tu enemigo

Mierda. Lo entregué todo a Efa: mi dinero, mis bienes y mi tiempo. Lo hice para no convertirme en un dictador. Fue una condición que me autoimpuse para no crear un precedente en el futuro de este lugar. Los dirigentes de este refugio, como todos los líderes, nunca deberíamos obtener beneficios o ventajas de nuestra posición, bajo ningún concepto. Volveríamos al mundo corrupto que provocó el desastre del 2026.

Lo cedí todo porque sabía que podía llegar este momento y ahora apenas cuento con medios para poner a salvo a mi hija y a mis nietos. No pienso malgastar el tiempo pidiendo algo que el Concejo, y yo dentro de él, hemos denegado miles de veces antes a padres y madres de familias tan desesperadas como lo estoy yo ahora.

Aunque sepa de sobra que me lo quiere dar, no me siento mejor por ello. Las normas son muy claras y para todos iguales: no habrá misiones privadas. Cada rescate será planeado con meses de antelación y jamás se enviarán a nuestras tropas por los intereses privados de una persona o familia. Ya he asumido que no voy a contar con hombres. Si tardo demasiado en reaccionar, puedo perder la pista a Virginia y los niños, o algo peor.

Desde el calor de mi dormitorio, puedo ver las montañas heladas del norte, alumbradas por la blanquecina luz de la luna llena, en las

que aún deben de encontrarse mi familia y los militares que la han apresado tras un primer ataque de sus nuevos perros de caza: los asaltantes. Está claro que buscan las manadas de Efa que salen fuera de la finca, pero no dispongo de tiempo ni objetividad para dar mi opinión dentro de una hora en el Concejo. Tardarán horas que no tengo para tomar una decisión mientras estudian los informes del puesto de vigilancia del norte. Según seis de nuestros soldados que se esconden en el bosque, los asaltantes entraron en la cabaña de saneamiento y efectuaron un primer ataque. Unos treinta militares de Madrid intervinieron después y salvaron de sus garras a los supervivientes. Hay un pequeño destacamento a unos veinte kilómetros de nuestras lindes. No han traído artillería pesada. Creemos que solo vienen a por carne y no tienen ni idea de lo que hay dentro de nuestras fronteras.

Se aproximan nubes desde el oeste, y por cómo se mueven las ramas del abeto que hay frente a mi casa, habrá ventisca y nieve esta noche. Pasa gente por la avenida, la proyección de la película de hoy se ha suspendido. Su paso es nervioso. Se ha decretado el estado de alerta. Todos debemos estar preparados ante lo que pueda venir.

Transitan camiones con nuestros soldados armados hasta los dientes. La vibración que producen en el suelo se transmite a las edificaciones y hacen que caigan los carámbanos y la nieve de las cornisas. Veinte motonieves se dirigen hacia el sur, hacia el valle. Si el enemigo finalmente decide entrar con vehículos pesados, solo puede hacerlo desde allí. Otros cinco camiones con hombres salen por el gran portón y las murallas están pobladas de centinelas que no dejan de vigilar el horizonte.

Alrededor del pueblo, puedo ver brillar las decenas de drones que vuelan armados, preparados para salir hacia donde les dicte la torre de control. Hace una media hora que salieron algunos soldados a pie camuflados; irán hacia el norte desde el bosque de los gigantes, desde donde ni los drones enemigos podrán verlos llegar bajo sus copas.

Se trata de prevención hasta que nuestra avanzadilla dé el informe definitivo de efectivos enemigos. Por ahora, los hombres que volvimos ayer de misión podemos seguir con nuestras familias hasta nuevo aviso.

No estoy autorizado para llevarme una motonieve o un camión. Solo puedo contar con mis medios. Sobre la colcha blanca de mi cama, arrugada y deshecha como mi mente ahora estéril de ideas útiles en esta situación desesperada, solo tengo unos prismáticos que no dejan de recordarme que, aunque veo la solución, no puedo aplicarla.

La rabia parece haber bloqueado la capacidad de mis neuronas para planear y ejecutar. Toda la preparación de mi vida ha fallado cuando más la necesito. No dejo de pensar en el suplicio que acabó con mi sobrina Nuria y en el que pueden estar sufriendo mi hija y los niños.

Bajo al salón y abro el armero. La rabia no es madre de actos inteligentes, pero puede servir cuando no hay demasiado tiempo. Tomo el fusil, el rifle del calibre trescientos, tres semiautomáticas, toda la munición que permita a las mulas desplazarse por la nieve sin reventar y los explosivos que escondo bajo una baldosa de la bodega en la que conservo la cecina y la carne de caza ahumada.

Me acabo de dar cuenta de que estoy llorando. Hacía años que no lloraba así, de rabia, de impotencia, de ver cómo vuelvo a perder a Virginia justo cuando más cerca la tengo. ¿Esta es mi penitencia por jugar a ser Dios? El abuelo tenía razón: el destino siempre te muerde en la nuca, donde no lo puedes ver venir, aunque mires hacia atrás durante toda la vida.

He hecho todos los preparativos que he podido en una hora. Tomo el abrigo y me dirijo a los establos del final de mi calle. Ha empezado a nevar. Los copos son pequeños, pero su velocidad dificulta la visión. Necesitaré todos mis caballos para comprar a Virginia y a los niños. Quizá debería tomar algunos animales más. Me da igual si tengo que robarlos y a quién tenga que llevarme por delante para conseguirlos. No pienso detenerme y, si quieren mulas, me llevaré todas las que hay en las cuadras. Tengo derecho a llevármelas, lo he dado todo, siempre. Si el pueblo no lo ve, no ve lo que he tenido que hacer y sacrificar para salvarlos a todos, a sus hijos, a sus padres, a sus hermanos, entonces que me disparen por robar mis propios caballos, porque yo compré cada una de las manadas y esta puta puerta, de estos putos establos. Me falla la pierna y caigo al suelo. El cañón del rifle que llevo al hombro me golpea en la cabeza para que despierte, para que deje de autoengañarme. Solo soy un viejo loco sentado en la nieve. Estoy solo.

No. Soy el hijo del Dogo de Belfast. Soy el nieto de Francisco Antolín Robles y soy padre y abuelo. Aprieto los dientes y me ayudo de mis armas para ponerme en pie.

Las puertas están cerradas, pero el candado no está echado. Son unos portones muy pesados. Empujo con todas mis fuerzas, pero la

pistola que llevo en mi costado y mi pierna cada vez peor no me dejan hacer toda la fuerza que podría, pero la abro y la tenue luz de las farolas y el aliento del invierno entran en el pasillo que hay entre las dos filas de cuadras de madera. Enrique, Midas, Rodrigo, Manuel, Gamaliel y el resto de los hombres de la misión de la noche anterior están esperando sobre sus animales y han enjaezado los míos. No me han abandonado en el peor momento de mi vida. Llevan casi tres días sin dormir. La mayoría tiene familias a las que proteger, familias a las que apenas han visto en una semana, y saben que puede que no vuelvan a verlas si me acompañan, pero ninguno va a bajar de su caballo.

Sonrío a todos ellos y sonrío al miedo y a la ira que se desvanecen por la piel de mis sienes, como el vapor inútil que sale de una taza de café olvidada junto al fuego. Ahora abro completamente el portón y monto sobre Montana. Tenemos otros diez caballos en reata y cinco mulas. No hay tiempo que perder, dos hombres cargan mis armas y salimos al galope. Los animales pican la nieve y el hielo con sus cascos. Conocen esta tensión en nuestras piernas y en los dedos que están conectados a sus mandíbulas por las riendas que ahora les piden valor. Saben que van a la guerra.

Pasamos a lo largo de la avenida de la Esperanza y en el cruce de cada calle se van uniendo a nosotros otros cuantos jinetes. En una de ellas salen dos motonieves veloces como diablos, no quieren detenernos, son nuestra avanzadilla, llegarán mucho antes que nuestros caballos y podrán seguir los rastros que queden antes de que la nevada de esta noche los cubra completamente. A esos hombres los espera una buena temporada a la sombra y me temo que Enrique, quien seguro los manda, va a pagar cara esta orden.

No le importa, cabalga a mi lado como siempre. Todo el pueblo está asomado a las ventanas de sus hogares o nos dan ánimo desde las aceras de la avenida. Rodrigo va a mi izquierda. No estoy solo en esta agonía. El Concejo está haciendo la vista gorda. Va a permitir que salgamos.

Nos dirigimos hacia el norte. Alguien se la ha jugado y ha robado una de las quitanieves y el paso está limpio hasta el desfiladero de la frontera, donde está movilizada una pequeña fracción del ejército de Efa. Iremos cuatro veces más rápido si los caballos no se hunden en cada tranco que den. Al mirar hacia atrás, cuento más de setenta hombres a caballo.

En dos horas forzando la marcha de los animales, nos adentramos en el bosque del norte. Hoy me parece más siniestro y oscuro que nunca. Sus árboles, que luchan por alcanzar la luz del sol cada primavera y cada breve verano, ahora son los miles de rincones donde puede esconderse la avanzadilla del enemigo amparada en la penumbra y la ventisca.

Tomamos el camino que lleva hasta el paso del desfiladero, que nuestro ejército vigila escondido entre las rocas. Según me ha informado Enrique, Efa tiene hombres ocultos en esta zona. Seguimos adelante sin conseguir detectarlos. Cruzamos el angosto desfiladero que creamos hace años para evitar que el enemigo pudiera entrar en nuestras tierras con vehículos pesados. Hay un par de soldados de Efa apostados con rifles y explosivos. No se mueven cuando los saludamos. Tienen órdenes de evitar cualquier interacción con nosotros. Ahora mismo, carecemos de autoridad sobre nuestro ejército. Estamos en una misión privada y, por lo tanto, solos.

Hace unos tres kilómetros que dejamos atrás nuestras fronteras. Midas ha descubierto que los pilotos de las motonieves han dejado una camisa empapada en sangre atada a la rama de un pino de la margen derecha del camino. No debe hacer mucho tiempo porque podemos ver en nuestras gafas de visión térmica el calor residual que queda en la prenda. Paramos. Los caballos relinchan, resoplan y cabecean nerviosos. Huelen sangre. Desmontamos.

Enrique y yo seguimos la pista durante casi un kilómetro con los caballos en reata. El resto del equipo se queda en el camino para cuidar de sus animales y asegurar el perímetro. Hay una hoguera apagada y sangre por todas partes; al seguir los rastros entre la arboleda, hay más de diez uros muertos por arma de fuego. Se han llevado sus pieles y las mejores piezas de las canales para que los lobos no las toquen, pero van a volver a por el resto de la carne: los cadáveres están eviscerados.

Enrique estudia los rastros y el calibre de la munición que ha derribado a estas bestias. Un ternero muge en soledad llamando a su madre. Montana está nerviosa. No puede ver nada.

La cría no pasará de esta noche. Esta zona la rastrean los lobos cada madrugada. Es donde dejamos los cadáveres de los cientos de asaltantes que han intentado entrar en estos diez años. No son lobos como los de Madrid. Son mucho menos corpulentos, lobos ibéricos, pero esta cría está condenada igualmente. Ahora mismo, este becerro está muerto de miedo, pero su sangre es tan brava que aun así intenta embestirnos cuando nos acercamos al cadáver despellejado de su madre. Enrique lo para con un simple empujón en la testuz. Ojalá tuviéramos tiempo de llevarlo con el resto de la

manada superviviente, pero esto es la guerra: táctica, destrucción y vidas inocentes desperdiciadas. Debemos dejarlo a su suerte.

Oigo un silbido familiar varios pasos a mi derecha y, cuando dirijo la mirada hacia su procedencia, Enrique me señala algo que tiene en la mano. Me avisa de que lo va a lanzar para que lo examine. Atrapo el pequeño objeto y descubro que es el casquillo de una ametralladora. Enrique busca en la nieve recién caída y encuentra muchos más. Están bien armados.

Atamos los caballos a un árbol y los cubrimos con mantas. Están sudando tras dos horas de esfuerzo. Seguimos las huellas de los asesinos de los animales, que son cada vez más frescas. A unos cientos de metros entre los árboles, escuchamos reír a dos hombres.

Nos acercamos con el viento en contra. No llevan perros con ellos, ya nos hubieran delatado con sus ladridos.

Hablan sobre el sonido que hacen los uros al caer en la nieve. Ríen sin parar. Hay una mula que está atada a un árbol junto a ellos. Ahora el animal gime; ha debido de oírnos llegar o a los caballos que hemos dejado atrás. Ellos no parecen alarmados. Deben de creer que somos de los suyos y se pasan una botella del repugnante licor de patatas podridas que el ejército les cambia por carne de perro y que ellos mismos destilan en sus campamentos. Ya hay otra vacía y tirada junto al fuego. Están muy borrachos.

Enrique sabe que un disparo delataría nuestra posición. Saca su enorme cuchillo y corre hacia ellos como una locomotora. Al primero, le aplasta el pecho cuando su rodilla lo empotra contra el árbol en el que el asaltante está recostado. El tipo muere fulminado justo después de oírse el crujido seco de su esternón. El otro intenta gritar, pero, cuando abre la boca para hacerlo, Enrique le mete el

cuchillo hasta que le sale por la garganta. Este hombre sigue siendo letal.

Buscamos entre sus ropas malolientes. Las armas que portan son viejas y están mal cuidadas, pero tomamos las dos pequeñas pistolas que esconden. Es evidente que no son las mismas con las que han matado a los uros, pero en las brasas del fuego donde se calentaban hay carne asándose. Formaban parte del mismo grupo que los cazadores. Revisamos cada bolsillo y, de repente, Enrique congela sus movimientos. Ha encontrado algo. Me mira aterrorizado y me enseña la palma de su mano. Ha encontrado el anillo de Virginia.

Me repito a mí mismo una y otra vez que eso no significa que esté muerta, solo le han robado. Seguimos buscando y nos dirigimos hacia la mula. Abrimos las alforjas. Están llenas de envases de plástico con el cierre sellado. Sacamos uno y, cuando los acercamos a la luz de la hoguera, identificamos el contenido y la sangre se nos hiela. Hay labios, dedos, vísceras y todo tipo de restos humanos en una mezcla sanguinolenta. Iban a contaminar con Aníbal los arroyos y ríos de los que se abastece Efa. Quieren diezmar nuestra población antes de atacarnos. Los militares usan a estos hijos de puta para que les hagan el trabajo sucio.

Esta solo es la cuenca norte. Puede haber más equipos contaminando los otros cauces. Corremos hacia nuestro grupo, pero paramos un momento a recoger a Montana y el caballo de Enrique.

Los equinos están muy nerviosos, el ternero sigue berreando. No debemos dejarlo sufrir. Midas acaba de llegar. Dice que en la zona donde está nuestro destacamento no hay peligro; todo está despejado. Lleva su arco de poleas y le pido que acabe con el

ternero. Será rápido; odia hacer daño a los animales. Echo las riendas sobre el cuello de la yegua para montarla y, de repente, un uro adulto y herido embiste a Midas, pero este salta y consigue agarrarse a una rama de un abeto. Ahora la bestia fija sus ojos llenos de rabia en mí. Saco el pie del estribo de la montura y corro para ponerme a salvo tras uno de los árboles, pero me falla la pierna y caigo en la nieve. El animal embiste totalmente enloquecido y, cuando apenas quedan un par de metros para ensartarme con sus descomunales cuernos, Montana pasa entre nosotros llevándose tras la estela de su cola a la bestia iracunda y al ternero, que los sigue en busca del abrigo de su especie. La yegua ha vuelto sudando, pero ilesa. La abrazo y ella empuja mi hombro hacia su cuerpo con el arco interior de su cuello.

Enrique, Midas y yo nos reunimos con el resto. Saco un par de kilos de avena de las alforjas de una de las mulas y los dejo en el hueco de un viejo tronco caído de encina para que Montana reponga fuerzas. Los compañeros ya han cubierto todos los caballos con mantas térmicas y los están alimentando para que no se enfríen en esta gélida noche en la que han corrido como atletas para llegar hasta aquí. Traen una manta para mi compañera, ha perdido la suya mientras corría delante del uro.

Una motonieve llega a toda velocidad desde el norte, el campamento enemigo está a cinco kilómetros en esa misma dirección. Son más de cien hombres armados y siguen llegando más. No vienen solo a por carne.

Para entrar con vehículos de gran tamaño, tendrán que usar explosivos. Con la nieve acumulada sobre los taludes de estos caminos de montaña y sin conocer nuestro número, no se

arriesgarán a que un alud los sepulte o a una emboscada mientras retiran las rocas del paso.

Alertamos por radio al centro de mando de Efa de que se use solo agua de la red que viene de la depuradora. Tienen que enviar vigías a cada curso de agua. Informamos también de nuestra posición y de que se trata de un ataque total, no de una expedición para hacerse solo con carne y caballos. Es una invasión.

—Laurence —me llama Miguel, el hombre que acaba de llegar en la motonieve. La expresión de su cara es de preocupación—. Creo que he visto a su hija y a sus nietos. Hay una mujer pelirroja con dos niños entre los prisioneros que han sobrevivido en la cabaña.

—¿Están vivos?

—Sí. Pero… los mandos de su ejército van a hacer el reparto del primer botín antes del amanecer para que los asaltantes se calmen.

—¿Y qué?

—Las mujeres son parte del botín, Laurence.

No podemos esperar a que el resto de Efa se ponga en marcha. No sabemos cuánto tiempo nos queda. Miguel dice que el reparto se hará tras interrogar a todos los prisioneros y se supone que cuando los feroces hayan cumplido su parte del trato: meter Aníbal dentro de las lindes de Efa.

—Enrique —llamo al capitán para que nos alejemos juntos unos metros hacia donde podamos hablar en privado.

—Sé lo que estás pensando. Sí. Tenemos que hacerlo para salvarlos.

—Pero ellos… —Miro hacia nuestros hombres, que esperan órdenes junto a sus caballos—. No están obligados a morir por mi hija y mis nietos.

—No, Laurence, si no atacamos ahora, su ejército afianzará posiciones y los asaltantes, tarde o temprano, conseguirán infectar nuestras tierras. El Concejo no está aquí. Nosotros sí.

Enrique y yo hemos encontrado a los cazadores de los uros a quinientos metros al sur de los animales. Solo hemos tenido que seguir las rodadas de un vehículo que iba hacia el interior del bosque.

Hay seis soldados muertos junto a las ruedas del camión militar. Están congelados. Los disparos que los han derribado llegaron desde sus espaldas. El que apretó el gatillo era uno de ellos.

Enrique ha desaparecido de repente. Me encuentro completamente solo entre los árboles muertos que yacen entre los helechos, las rocas cubiertas por la nieve y los troncos de las coníferas que se yerguen como enormes columnas negras. Oigo crujir unas ramas en el suelo a unos tres metros a mi espalda y apunto con mi rifle, pero no consigo ver lo que se oculta en la oscuridad. Estas gafas ralentizan el enfoque de la visión. Algo ha pasado tras de mí, pero no puede ser Enrique; se mueve como una garduña en la noche.

Escucho una señal familiar, una especie de canto de pájaro nocturno interpretada con la sutileza de un chivo afónico. Lo vuelvo a oír, me doy la vuelta y aparece el capitán González, el responsable de logística y aprovisionamiento de la Zona Segura y nuestro principal infiltrado en el ejército del Gobierno de Madrid.

—No os he podido avisar del ataque —afirma con una sonrisa algo triunfal después de conseguir sorprenderme, pero el sonido de un mecanismo metálico rompe el silencio de la oscuridad del bosque y el cañón del arma de Enrique brilla pegado a la sien del capitán,

quien ahora cierra los ojos derrotado porque, en diez años intentándolo, aún no ha conseguido adelantársele. González se gira y se abrazan. Se han convertido en grandes amigos.

González dejó a sus hijos y a su mujer en la seguridad de Efa bajo nuestra protección personal porque, aunque parece una contradicción, él aún no puede vivir con nosotros. Sus antecedentes como traficante de armas, antes de la pandemia, son tenidos muy en cuenta por el Concejo, el mismo que se sirve del completo arsenal que nos suministró el capitán. Solo cuando pasen dos años más protegiendo a Efa como infiltrado en Madrid podrá venir a vivir con su familia. Hipocresía. Todas las sociedades nacen con ella bajo el brazo.

Enrique adora a González. Dice que es un inútil como militar, pero que ha demostrado ser un gran padre de familia y ha conseguido que nuestros arsenales continúen bien surtidos de munición y tiene engañados a sus mandos. Se supone que es un cazador experto y que la gran mayoría de las pilas de cadáveres de ciervos y jabalíes que le dejamos escondidos por la ciudad los derriba él en sus heroicas partidas de caza. En realidad, ese tiempo lo pasa con sus hijos y su mujer en una cabaña de saneamiento a unos setenta kilómetros al oeste de Efa.

—La orden llegó del alto mando ayer de madrugada. Un asaltante sobrevivió durante vuestra misión de rescate e informó a alguien del ejército. Buscan Efa, Laurence —confirma González con preocupación.

Aunque sus palabras me caen como una jarra de agua fría, no me extrañan. Este año hemos eliminado a cincuenta y tres intrusos cerca de las lindes de nuestras tierras y, a pesar de que permitimos

entrar a las pocas familias que han conseguido llegar a pie, los pasos que dejamos son escasos y están bien vigilados por nuestros hombres, los lobos y una manada de leones que llegó hace un par de años desde algún zoológico abandonado del norte y que han aprendido a patrullar el exterior de nuestras fronteras, donde les dejamos los cadáveres de los feroces que se acercan hasta ellas. Al final, sabía que llegaría este momento. Sabía que tarde o temprano nos encontrarían.

—Tengo noticias de vuestros hombres del grupo de la misión en Guadarrama —afirma González—. No ha sobrevivido ninguno durante el ataque a la cabaña de saneamiento. Por eso no van a averiguar qué hay en Efa en los interrogatorios. Pero ahí abajo tienen la mano dura, Laurence. No podemos retrasar más nuestra reacción.

—¿Has podido ver a los prisioneros? —pregunto.

—No. Vine hacia aquí en cuanto pude. Pero… sé cómo protegerlos durante el ataque.

Joder, Midas es un bestia. Le está partiendo los brazos a patadas al cadáver de un muchacho delgado de unos veinte años congelado en posición fetal, y el crujido de sus huesos me está poniendo de los nervios. Enrique, González y yo nos vamos a explicarle el plan al resto de los hombres mientras este animal termina.

Tenemos contraseñas, santo y seña y nombres de oficiales y de los grupos que tienen que memorizar los voluntarios que vayan a infiltrarse en el campamento enemigo.

González sale con el camión lleno de carne y tres de nuestros hombres en la cabina, vestidos con los uniformes de tres de los seis soldados a los que con tanta sensibilidad ha desnudado Midas. Han cubierto sus caras de sangre para que no los descubran. Al fin y al cabo, se supone que han estado descuartizando a los uros, que después de varias horas en la nieve y sin pieles ya se han congelado casi por completo.

Antes de que González vuelva a por más carne, deja a cargo de los prisioneros del campamento militar a nuestros infiltrados y vuelve con los cuatro hombres a los que les hacen el relevo. Cuando ponen los pies en la nieve, caen bajo nuestros cuchillos. Ahora tenemos siete uniformes.

Nuestro infiltrado informa a su base de que ha abatido a más de veinte animales y que esta noche, antes de la invasión, todos comerán carne de ternera asada. Los oficiales están eufóricos. No hay nada como tener contenta a la tropa justo antes de la batalla. Habrá carne de sobra para llevar a los destacamentos que se han quedado en Madrid, cuando se expolie toda la caza, el ganado y las cosechas de Efa. González es el cuarto oficial al mando en el cuartel de campo. Se supone que esta incursión es para matar cuantos más animales mejor, antes de entrar al pueblo, cuando Aníbal haya limpiado nuestras filas. Sus superiores están con los ingenieros, en la tienda de oficiales, estudiando el mapeo de la zona. Volvemos a cargar los camiones con la carne y varios de nuestros hombres suben uniformados al camión. El capitán regresa en apenas media hora, esta vez con veinte desgraciados. Ha excusado la selección de los hombres más fuertes del campamento militar con el pretexto de despiezar rápido a los uros, antes de que la carne se congele y los

cuchillos no puedan cortarla. Los soldados bajan de los camiones totalmente confiados en su superior, en el gran cazador de la expedición: el temerario capitán Julián González. Dejan los fusiles en el vehículo. Solo llevan la pistola reglamentaria en su cinturón para poder disponer de ambos brazos durante la carga de la carne en las dos unidades móviles que han venido ante tan grandes expectativas. Midas los desarma a punta de fusiles cuando están cargados de decenas de kilos de costillares y piezas de ternera enormes. Los obliga a desnudarse para no agujerear sus uniformes y abrigos y los derriba con una rápida ráfaga de su arma.

González vuelve al campamento enemigo, al mando de los dos camiones y veinte de los nuestros, y los aparca junto al arsenal enemigo. Nosotros estamos observándolo todo desde las rocas de la sierra que protege a su campamento del viento del norte. Tenemos las posiciones de cada uno de los puestos de vigilancia de los alrededores de su base. Nuestros hombres han hecho su trabajo con rapidez y sigilo bajo la discreción de la uniformidad y la ayuda de la oscuridad de la noche y la ventisca. Hemos conseguido introducir treinta hombres que González ha situado donde el resto de los soldados del campamento no puedan reconocerlos o hacerles preguntas.

Tras mandar a diez de nuestros efectivos en busca de los seis asaltantes que han enviado para contaminar las aguas de las cuencas del sur, del oeste y del este, nos hemos quedado con sesenta. Estamos en una desventaja de uno a cinco para el asalto. Sesenta hombres contra doscientos cincuenta soldados y cincuenta feroces. Caballos contra motos de nieve y lo último que España

compró de armamento en el 2025. Si no queremos esperar a los refuerzos del pueblo, esta es la situación que tenemos que asumir.

En su campamento, ya se han organizado las tiendas de campaña, la cocina, el polvorín, las de los oficiales, las letrinas, la tienda de transmisiones…, todo lo tienen preparado para salir al amanecer según el informe que nos ha dado González por radio hace unos minutos. Los drones que han utilizado para llegar a la periferia de Efa, antes de que los nuestros los derribaran, les han servido para hacer unas previsiones de llegada a la muralla al final del día de mañana. No se arriesgarán por los desfiladeros, así que darán un rodeo de casi cincuenta kilómetros para entrar por el valle y evitar así una guerra de guerrillas entre nuestras sierras y montañas. Calculan que el asedio durará apenas dos días, cuando llegarán los refuerzos desde Madrid. Ningún pueblo de los que han invadido antes ha aguantado más de cuarenta y ocho horas con Aníbal dentro de sus murallas. Entonces Efa estará acabada.

Ahora mismo bajan dos tanquetas de los camiones. De aquí partirán para aniquilarnos. Los asaltantes no pueden llevar armas de fuego dentro del campamento, pero todos exhiben unos enormes cuchillos junto a sus vientres. Los soldados los tratan como a escoria. Son sucios e indisciplinados, basura carroñera que va tras ellos para hacerse con las migajas que dejan. El nombre de feroces les queda hoy muy grande. Solo buscan botines de guerra, armas, caballos y mujeres. Solo son perros tras su amo.

No debemos dejar que se acerquen a nuestros hogares. Lo destruirán todo. Según nuestro centro de mando, no se atacará fuera de nuestras fronteras para no debilitar las defensas del pueblo. Lo entiendo. Es lo que se dispuso hace años. Es lo más lógico.

Tenemos puestos armados y ubicados estratégicamente en todas las lindes. ¿Por qué sacrificar cientos de vidas de nuestros soldados fuera de ellas? Aun así, el Concejo nos envía otros cincuenta hombres a caballo junto con algunos drones, pero con esta ventisca tardarán otro par de horas en llegar.

Están programados algunos movimientos a pie de la avanzadilla del ejército madrileño en cuanto termine la cena. González se está haciendo cargo de la tienda de transmisiones. Madrid todavía no sabe nada de lo que hay aquí. En la última transmisión que se hizo, antes de que el capitán manipulara la antena de radio, solo se informó de la posición y de diez uros muertos.

No hay nada como unos estómagos llenos para animar la marcha durante la fría travesía a pie, cargados de sus pesados equipos y a través de la traicionera nieve del bosque.

Escuchamos una auténtica ovación dentro de las tiendas comedor cuando empiezan a salir de las cocinas los chuletones a la brasa. Estamos tan cerca que casi podemos oler la carne tostada y crujiente por fuera, y tierna y jugosa por dentro.

Los soldados toman su bandeja y los cubiertos, devoran la ternera como fieras. Desde aquí, con los prismáticos, puedo contemplar cómo dan cortes ansiosos y rápidos a cada pieza, que dan lugar a pequeñas porciones de carne rosadas y ligeramente ensangrentadas en su interior. Hacía años que no comían asado. La proteína animal que han consumido han sido pequeños trozos de quién sabe qué procedencia, en los aguados estofados del rancho. Muchos de estos muchachos llegarán a nuestros hogares tras varias horas de marcha, pero el grueso de su ejército nos invadirá desde el valle del sur. No saben que Efa es una sociedad militar. Aunque lleguen cuando los

niños se estén levantando para ir al colegio, ya estaremos preparados para el ataque. Nuestro ejército los emboscará antes de que se acerquen a nuestras murallas y a nuestras familias.

Los asaltantes han montado en ira. No se les dará carne hasta que no se sacie hasta el último soldado. Los fusiles de los militares los mantienen a raya, pero están dirigiendo su frustración hacia la tienda de prisioneros y hay un par de andrajosos que se masturban a varios metros de la puerta, ante la mirada de niños y mujeres.

González anima a los soldados del puesto de la tienda de transmisiones a que vayan a disfrutar de la cena. Los mandos están relajados y los soldados lo saben, ¿qué puede pasar? Él se hará cargo de sus funciones durante su ausencia. Solo serán unos minutos y es solo otro pueblo indefenso. Otro pequeño grupo de supervivientes a los que robarles todo lo que tienen. Ellos son los fuertes, la élite del fin del mundo y de lo que queda de España. Lo han hecho decenas de veces en estos años. Se justifican en los miles de bocas que los esperan en Madrid, pero todo se lo llevan para el Gobierno, los altos mandos y sus familias privilegiadas. Aníbal no ha cambiado nada. Antes los hijos de puta usaban la sutileza de los *realities* y el fútbol para dominarnos, y ahora utilizan la brutalidad de una bala. Antes usaban el entretenimiento para que no despertáramos mientras nos vaciaban los bolsillos y jodían el mundo; ahora utilizan el miedo para que no dejemos de trabajar para ellos buscando entre los despojos que han dejado del planeta que teníamos.

15

Siempre hay un contragolpe

Estoy oculto entre dos rocas cubiertas por varios palmos de nieve a unos cincuenta metros sobre el campamento enemigo. Detrás de mí yacen los cadáveres de los dos soldados que vigilaban este puesto. La expresión de sus caras congeladas es un reflejo de la sorpresa, el terror y la frustración que experimentaron antes de caer. Ahora sus cuellos sonríen de oreja a oreja y me recuerdan dos latas de conserva a medio abrir, que permanecerán así para siempre, sin cumplir la función para la que fueron creadas. Me pregunto si en ese último momento, en el que a ambos individuos los abandonaron el dolor y el miedo a la muerte, pensaron en todo lo que ya no robarían y en los seres a los que no asesinarían. Si fueron conscientes de que no someterían a otro pueblo, no esclavizarían otra sociedad, no llegarían a las puertas de Efa. Un ejército de esta calaña debe ser aniquilado.

La ventisca dificulta mucho la visión, pero por los prismáticos puedo identificar a un hombre calvo, muy gordo, que corre desesperado mientras se desabrocha el cinturón del pantalón. Es el jefe de cocina del campamento enemigo, el cabo García. Su lunar en la calva en forma de cagada de paloma coincide con la que me ha descrito tantas veces González. Lo llaman cabo Perrera porque su cocina es el corredor de la muerte de los canes que quedan por las

calles de Madrid. Ahora mismo puedo ver cómo su barriga bota al ritmo de sus enormes zancadas sobre la nieve y que el coronel Márquez lo sigue muy de cerca. La meta son las letrinas. Ambos derriban las mesas y sillas que encuentran a su paso mientras gritan a sus subordinados para que se aparten. Están desesperados por llegar antes de que salga el fuego que llevan al final de sus intestinos. Lo hacen treinta y nueve minutos después de que se sirviera el primer plato de carne asada que salió de las cocinas.

Los soldados ríen, bromean y siguen comiendo con gula sus generosas raciones de ternera a la brasa. No es la primera vez que uno de ellos, harto de comer bazofia y carne de perro, adultera con laxantes el rancho de los cocineros y los oficiales. Estos hombres se hicieron soldados después del 25. No tienen madera de militares, solo son amantes del saqueo y del poder que les confieren las armas y los uniformes raídos que les entregaron por alistarse.

En treinta y nueve minutos ha comido el primer turno de soldados, que ya está de nuevo en sus puestos, y el segundo lleva once minutos con el rancho. La oscuridad de la noche, el frío y el hambre del enemigo son nuestros mejores aliados. Sus tropas, desmotivadas y sin muchas posibilidades de promocionarse dentro del escalafón que les asignaron, intentan pasar el mayor tiempo posible refugiados en el calor de los comedores.

La sección que ya ha comido empieza a dar muestras de molestias. Un soldado raso vomita junto a la tienda de transmisiones. Cuando González lo ve, no pierde el tiempo y se dirige hacia la de prisioneros para acompañar al resto de nuestros infiltrados. Varios hombres pasan corriendo a su lado. Van hacia las letrinas o caen en la nieve lanzando alaridos de dolor. Los que están

comiendo aún no saben lo que pasa y han parado de engullir, pero es demasiado tarde: Aníbal ya los devora por dentro. Hemos infectado la carne congelada con el contenido de los envases con los que iban a contaminar el agua de Efa.

Los enfermos se introducen los dedos hasta la campanilla de sus gargantas para expulsar el alimento ingerido. Primero son tres; luego, quince, y hasta cuarenta individuos buscan desesperados un lugar donde purgar sus cuerpos de lo que les está agujereando las vísceras, como gusanos en el interior de un queso Mardú.

Enrique y yo montamos sobre nuestros caballos. Es el momento. Los asaltantes son el único grupo que no está infectado. Tenemos que cargar antes de que se percaten de que los militares no pueden evitar que caigan sobre los prisioneros, antes de que entren al polvorín y tomen las armas que tanto necesitan para hacerse con el poder.

No queda mucho tiempo. Sin la autoridad del mando militar, reinará el caos en unos segundos. Los prisioneros corren un gran peligro. Se oyen disparos. Enrique da la orden de atacar al galope. Los treinta jinetes tenemos que llegar a la tienda antes de que González caiga con sus hombres, que protegerán a las mujeres y los niños hasta el final.

Cada segundo que pasa sin llegar a la tienda de prisioneros es un segundo en el que los feroces nos aventajan posiciones. Lo siento, Montana, te llevo hacia la muerte otra vez.

Espoleamos a nuestros caballos y ellos hincan sus cascos traseros en la nieve para lanzarse al frente con nosotros. Cargamos hacia el campamento enemigo y, al tomar a galope tendido la última curva del camino, un nido de ametralladoras nos recibe y comienza a

machacarnos. Tres caballos caen a mi derecha. Todos los jinetes nos agachamos sobre nuestras sillas de montar para ofrecer el menor blanco posible, pero los tiradores deciden ametrallar a los animales y caen cinco binomios más antes de que el resto consigamos entrar en la base enemiga. Dentro, intentamos protegernos cruzando entre los camiones y los vehículos mientras nuestras cabalgaduras pisotean a decenas de hombres moribundos. Este lugar es peligroso. Debemos mantener los caballos lejos de las manchas de sangre y vómito que hay en la nieve mientras disparamos sobre todo lo que se mueve.

Montana respira agitada, pero puedo sentir que está conmigo en la impulsión que me da con sus fuertes remos. Todos los jinetes galopamos embistiendo las tiendas de campaña y saltando los obstáculos que el caos y la muerte nos ponen por medio. Nuestros hombres son imbatibles cuando cargan sobre sus caballerías y saben disparar desde la montura, pero hay una contrapartida: los caballos son blancos fáciles.

El corcel de Midas muere de un balazo en el pecho cuando pasa junto a otro puesto de ametralladoras posicionado para defender el polvorín y mi amigo cae al suelo, rueda y vuelve a ponerse en pie en el acto y a disparar furioso mientras avanza escondiéndose entre los camiones hasta que consigue neutralizar a los tiradores del nido que nos está picando como a carne muerta.

Tras de mí caen otros cuatro animales, pero el resto seguimos adelante hasta la tienda de prisioneros. Enrique está herido en un hombro; sin embargo, no deja de disparar con su semiautomática. Montana me avisa con el guiño de sus orejas desde donde vienen las balas que silban a nuestro alrededor. Noto que cojea de la pata trasera derecha. Una bala le ha dado en la nalga, pero sigue

adelante. Ni siquiera arrecia el contacto en el bocado. Yo tengo tres agujeros de bala: dos en los brazos y uno en el muslo derecho.

Los cinco francotiradores que hemos apostado dan caza sin tregua a los puestos ocultos que diezman nuestra caballería, ya solo quedamos cinco jinetes que nos dirigimos hacia la tienda de prisioneros como un escuadrón kamikaze. Está rodeada de asaltantes a los que González y los dos hombres que le quedan apenas consiguen mantener a raya; cincuenta metros, cuarenta metros, Montana resbala al esquivar un caballo que se cruza sin su amo, pero consigue retomar el equilibrio. Enrique llega a la tienda y se lleva por delante a tres de los asaltantes, para y vuelve grupas para pisotearlos con los cascos mientras dispara sin parar. Uno de ellos le corta las patas al animal con un enorme machete y ambos caen al suelo. González sigue disparando y, accidentalmente, derriba a uno de nuestros hombres. Consigo localizar a Virginia. Tiene abrazados a los niños. Sus ropas están desgarradas y ensangrentadas. La rabia hierve dentro de mis venas y desmonto. No podemos disparar a los asaltantes que rodean la tienda o heriremos a los prisioneros. Tendrá que ser una lucha cuerpo a cuerpo.

Sacamos los cuchillos y la carnicería empieza. Es como cortar la maleza en el bosque. Cercenamos los brazos y las piernas. Los abrigos que llevamos mitigan las cuchilladas que nos llegan, pero ya he sentido varias dentelladas profundas en la espalda. Los machetes de los asaltantes siempre están infectados de Aníbal. Así evitan que se escape ninguna de sus presas. Son como víboras.

Enrique está fuera de sí. Lo han herido y sabe que no le queda mucho tiempo. Se ha propuesto llevarse consigo a todos los que

pueda antes de caer. Su rostro aparece lleno de sangre y su mirada es feroz. Un animal salvaje cubierto de barro y sangre que se ha empeñado en morir matando. Es tan rápido que apenas cada tres golpes metálicos de su cuchillo puedo oír el alarido de dolor de su contrincante y el golpe de sus intestinos sobre la nieve. A su alrededor hay una enorme mancha roja que desprende el vaho que nos advierte que ese líquido vital que se congela ahora era antes parte de un cuerpo caliente y vivo como el nuestro. Sus enemigos se arrastran para recibir a la muerte lejos de las botas de su asesino, como lo hacen nuestros caídos entre sus últimas exhalaciones.

Los hombres se inspiran ante el valor de su capitán y vuelven a la carga una y otra vez después de cada puñalada que encajan. Hoy todos vamos a caer, pero los prisioneros podrán salvarse. Virginia y los niños tienen que sobrevivir a toda costa.

De repente, un dron llega sobrevolando nuestras cabezas y aniquila uno a uno a nuestros enemigos con precisión quirúrgica. Los refuerzos del Concejo están aquí.

Todos nos detenemos. Los soldados y los atacantes que quedan en pie corren hacia el bosque, pero estamos rodeados por los nuestros. Hoy no habrá prisioneros. Las ráfagas de nuestros fusiles cantan la victoria en la oscuridad de la foresta.

Montana no está grave, pero junto a ella hay otro caballo que agoniza mientras olisquea a su jinete muerto. Gamaliel agarra de las riendas a mi fiel yegua para que no se espante y dispara en la frente al otro animal. Es el momento de ahorrar sufrimiento a los heridos.

Solo quedamos seis hombres en pie. El resto de los que han cargado a caballo está agonizando en el sucio barro helado o están

muertos. La factura de la victoria está sobre el tapete. El primero en sucumbir a los síntomas es Midas.

Las hemorragias internas empiezan a mostrar cómo Aníbal devora sus vasos sanguíneos. Las manchas moradas de su cuello surgen una tras otra. El dolor debe de ser insoportable porque se dobla sobre sí mismo mientras camina hacia una hoguera que los nuestros han prendido rápidamente para quemar los cadáveres infectados por la bacteria.

—¡Mi capitán! —grita a su hermano mayor cuando se queda apenas a medio metro del fuego.

Nadie ha conseguido doblegar a Enrique, ni las decenas de cuchilladas que han trinchado su espalda, ni la bala del hombro, ni los primeros síntomas de la mordida de Aníbal, pero se vuelve con lágrimas en su temible mirada, que se ha transformado en terror en un instante, cuando ha reconocido las intenciones en la voz de su hermano pequeño. Ahora no ve al sádico y valiente soldado que lleva su sangre, ahora solo ve al niño pequeño que siempre lo ha admirado y seguido allí donde fuera. Sonríe emocionado cuando Enrique lo mira por última vez en sus vidas, como siempre ha anhelado, con orgullo.

No dicen nada, no es necesario. Las palabras sobran entre estas dos fieras. Se dedican un último e impetuoso saludo militar. Midas saca su arma del cinto, la coloca en su sien y se vuela la cabeza para caer de espaldas sobre las llamas.

El resto nos acercamos al fuego arrastrando las botas, algunos arrastran el cuerpo entero. González, que no ha sido herido por los machetes, viene en nuestra ayuda, pero Enrique le ordena con un firme gesto de su mano que se quede donde está. Los cinco nos

saludamos con los dedos en visera sobre nuestros ojos. Los refuerzos que acaban de llegar paran de hacer lo que quiera que estuvieran haciendo, saludan y se mantienen firmes. No pueden ayudarnos, ya estamos muertos y correrían el riesgo inútil de infectarse.

Desenfundamos nuestras armas. Acabo de darme cuenta de que el cadáver que hay bajo uno de nuestros caballos es el de Rodrigo. Ha tenido suerte, ha sido una muerte rápida. Se ha partido el cuello cuando el cuerpo de su montura le ha caído encima. Era un buen hombre y valiente. Aunque pasaba los setenta años, ha llegado hasta el final. No me equivoqué con él. La ha querido como suya. También es su hija.

Mi primo Manuel tiene la mitad de la cara morada. Sus ojos se han vuelto rojos en un par de minutos y parece que le van a estallar. Demasiado viejo para salir vivo de su última pelea. Me guiña un ojo. Ha decidido no aguantar más el dolor, se acerca el cañón de su arma al esternón, sonríe y se vuela el pecho. Cae mientras Aníbal se hace con su cuerpo junto al calor del fuego.

Lucas no puede disparar su arma. Se ha encasquillado, grita de dolor y desesperación. Me aproximo tan rápido como me permiten mis heridas. Lo abrazo y le disparo en la nuca. Lo recuesto suavemente en la nieve.

Rizard, nuestro compañero polaco, al que le quedaban dos misiones fuera de Efa para licenciarse y comenzar como profesor de Física en nuestro instituto, solo consigue gritar:

—¡Cuidad de mi familia! —Sonríe. Sabe que Efa lo hará y, tras vomitar sangre negra, se mete el cañón en la boca y aprieta el gatillo.

Solo quedamos en pie Enrique y yo. Al capitán le brota un hilo de sangre desde el final del brazo herido por la bala. Su cara, antes fiera, ahora vuelve a ser la de mi amigo leal. Nos acercamos para la despedida. Pongo mi mano izquierda sobre su hombro derecho y él hace lo mismo. Estamos separados apenas una cuarta el uno del otro. Nos mantenemos la mirada buscando la presencia de Aníbal en nuestras escleróticas. Nos regalaremos la paz con una bala cuando los capilares que alimentan nuestras córneas empiecen a reventar, pero Aníbal se retrasa. No aparece. Tras unos minutos con el arma preparada, la estoica mirada de Enrique vira a desconcertada. Ninguno mostramos síntomas y yo tengo, al menos, cuatro tajos profundos en el cuerpo.

Llevamos casi una hora de curas, suturas quirúrgicas y un banquete de antibióticos después de que nos metieran todos los que han podido por las venas. Los médicos de campaña, protegidos con monos y máscaras, observan confusos nuestra evolución. No sabemos por qué, pero la suerte nos ha sonreído. Por ahora, solo ha aparecido la fiebre.

Nos trasladan a una tienda aislada y toman muestras de sangre que sostienen y transportan como si fueran bombas de relojería.

Nuestras constantes vitales no difieren mucho de las de cualquier persona que lleve días sin dormir, perdido una cantidad ingente de sangre y producido adrenalina para levantar a un muerto de su tumba, pero se empeñan en controlarlas cada cinco minutos. Nos han bañado tres veces como a niños pequeños, pero no nos han dado ningún analgésico. Es su forma de saber qué extremidad

acuchillada de nuestro cuerpo tienen que amputar primero. A veces han salvado así a algún herido. Dicen que cuando la bacteria infecta un tejido, se experimenta una quemazón en la zona afectada. Según parece, es como la picadura de una medusa y es justo en ese momento cuando hay que cercenar el miembro infectado.

Los médicos creen que el roce con nuestros abrigos limpió el filo de los cuchillos antes de hundirse en nuestra carne. No se lo creen ni ellos. Todos éramos combatientes veteranos. Todos llevábamos el abrigo de *beefalo* que ganamos tras las cincuenta primeras misiones.

El capitán de Efa está sentado en una camilla frente a mí. Está rabioso porque tiene un corte de cuarenta centímetros que le cruza la espalda y no pueden darle nada para el dolor.

—Tienes que reconocer que ese corte te va a juego con el de la cara —bromeo para divertirnos un rato.

—Sí, han sido un encanto —responde con los dientes apretados por el dolor.

—Poneos esto —nos ordena el hombre totalmente protegido que acaba de entrar. Se trata del doctor David, que nos pasa dos batas de hospital. A Enrique le queda cómicamente pequeña.

Nuestra tienda está rodeada de soldados de Efa que curiosean desconcertados, pero nadie puede entrar aquí sin que lo autorice uno de los médicos de campaña. La puerta de nuestra tienda se abre y se cierra constantemente. Yo busco a Virginia y a los niños entre los curiosos. Me han asegurado que están bien, que han pasado el reconocimiento médico y que en una hora partirán hacia Efa. Me irrita no poder abrazarlos, pero están en buenas manos. Si no ha llegado mi hora, puedo esperar un poco más después de una vida buscando este momento.

Los primeros rayos de la mañana nos sorprenden a todos después del fragor de la batalla. Nunca he visto un amanecer tan bello. Nunca me había dado cuenta, o más bien nunca me había parado a observar de verdad la beldad de los colores del alba. Si sobrevivo a Aníbal, lo veré todos los días, disfrutaré de cada naranja ardiente y de la sensación de recibir el regalo que es vivir un día más en este mundo de fuertes. Esta será mi oración y mi manda. Me levantaré cada madrugada, justo antes del amanecer, como llevo haciendo desde hace años, pero pararé de hacer lo que esté haciendo justo cuando el sol empiece a alumbrar las cumbres de las montañas del este. Durante los minutos que dure este espectáculo, prometo que solo pensaré en la suerte que he tenido y en disfrutar del resto del día con los míos.

Todos los cadáveres arden: los de los nuestros y los de los enemigos. El olor a carne quemada nos llega, a pesar de que han prendido la pira en la dirección del viento y a unos cien metros del campamento.

Los vehículos que no dejan de ir y venir desde Efa traen todos los equipos y el material necesarios para recoger los restos congelados de vómitos y sangre que manchan la nieve y los vierten en grandes barriles de madera tratados con bactericida que luego se consumirán en el fuego.

Limpian cada palmo de nieve infectado con palas llegando hasta la tierra congelada que pueda estar infectada. Tratan las letrinas con mochilas de pulverización y después las queman con lanzallamas. Cada vehículo militar será saneado durante días antes de llevarlo a las naves donde almacenaremos todo el material incautado.

Sin duda, ha sido una gran victoria para un mando que contaba con tan pocos medios y efectivos, pero es una enorme pérdida para Efa. Solo hemos sobrevivido veinte de los setenta que salimos a caballo hace solo unas horas. Hoy han muerto cincuenta hombres valientes, cincuenta buenos amigos, cincuenta miembros de mi familia.

He preguntado por Montana. Han conseguido extraerle la bala. Le han quitado las herraduras para sanearle los cascos de los restos adheridos y la están lavando a conciencia. Los veterinarios son optimistas. Solo han sobrevivido seis caballos de los treinta que formaban la carga contra la base enemiga.

Cada hora pasa una máquina que pulveriza los biocidas sobre la superficie de hasta el último rincón del campo de batalla, pero me temo que no será suficiente. Cuando llegue la primavera, no debemos dejar acceder aquí a nadie y controlar la zona de infiltraciones del deshielo. El agua de esta zona deberá ser tratada. Ya nunca estaremos tranquilos. Tarde o temprano conseguirán entrar y contaminar las fuentes de Efa. La cuestión no es cómo, sino cuándo.

Estamos agotados después de que la adrenalina se disipe en nuestros cuerpos, pero, por fin, nos han permitido relajarnos y nos han suministrado calmantes y analgésicos. Nuestros análisis han vuelto a dar negativo, pero podríamos ser portadores.

Enrique ronca en la camilla que hay junto a la mía. La vista se me nubla por las drogas. Van a sacarnos las balas que llevamos dentro. Frente a mí se presentan cinco figuras. Hay una enorme que sonríe con el brazo en cabestrillo, es Gamaliel. A su derecha está González con solo unos rasguños en la cara y, al lado, hay una mujer de pelo

cobrizo. Es mi hija, Virginia, que sonríe. Delante de ella hay un niño de diez años que observa serio y, junto a él, una niña pequeña de unos tres. Son mi familia, han venido a verme. Alargo la mano y el soldado que nos custodia se acerca. Apenas puedo hablar, pero él lo ha entendido y alarga su mano enguantada de látex. Le doy el mensaje. La droga está a punto de hacer que caiga en un profundo sueño, pero tengo que resistir consciente hasta ver la cara de Virginia al recibirlo. El médico revisa la entrega y la sumerge en una solución desinfectante, la frota y la vuelve a sumergir en otra solución. Ahora la mete en agua hirviendo. Los párpados me pesan. El médico lo saca del agua, lo seca y le entrega el anillo de Efa a mi hija. Ella llora.

Gamaliel aparece ahora extrañamente vestido y canta. Conozco la canción. Giro la cabeza y Enrique está bailando mientras chasquea los dedos. Da una vuelta sobre sus pies y nos enseña el culo a todos por la apertura de su bata. ¡Joder! Pero ¿qué mierda me han dado para dormir?

16

No te rindas, condenarás a los tuyos

Encarcelados dentro de nuestras murallas. El Concejo ha decidido arrestarnos a Enrique y a mí por hacer un uso privado y, por lo tanto, ilegal de dos motonieves pertenecientes a la comunidad, y por encabezar una misión sin su autorización. Yo he asumido toda la responsabilidad, pero el mando militar lo tenía él.

Menuda pantomima. Hemos evitado una guerra dentro de las lindes de Efa y una epidemia. Enrique y yo somos intocables ahora.

El juicio será en quince días, durante los que no podremos salir del pueblo. Justo el periodo de reposo que el médico ha dictaminado para que les demos tiempo suficiente a nuestras heridas para cerrarse.

Hoy a las cinco de la tarde, tres días después de la batalla, se celebrará el funeral en honor a los cincuenta hombres que han caído. Será algo simbólico. Sus cuerpos aún arden a veinte kilómetros al norte, junto a sus compañeros de armas de cuatro patas.

He escogido mi mejor traje. Me lo hicieron a medida el año pasado para el entierro de Gregorio. Ese viejo zorro sigue dando guerra después de muerto.

Siempre bromeaba diciéndole a mi madre que no quería que lo enterrasen en el cementerio porque sería como llevarse trabajo a

casa. Estaría rodeado durante toda la eternidad de la clientela a la que atendió en sus años como médico en Efa.

Mi madre cuenta que, cuando la cortejaba, dejaba un letrero en la puerta de su consulta de Riaño. Cada vez que oía sus tacones pasar por la calle, salía corriendo para invitarla a un café. El cartel rezaba: he salido un momento. gracias.

Entonces la hacía reír durante unos minutos cada lunes, que pasaron a ser horas a la semana y días al mes, hasta que empezaron una vida juntos en la que él y su genialidad se empeñaban en hacerle llorar de risa hasta que murió, no sé si de cabrón o de viejo. Entre las últimas voluntades de Gregorio había un epitafio que nos obligó a grabar en su tumba y que dice:

DOCTOR GREGORIO CASAS GÜEMES, 1944-2034.
HE SALIDO A TOMAR UN DESCANSO ETERNO,
VUELVO EN UN RATO.
ESPERE SU TURNO MUERTO Y EN SILENCIO
COMO EL RESTO DE LOS PACIENTES.
GRACIAS.

Mi madre va a verlo todos los domingos y siempre dice lo mismo cuando termina la visita: «Adiós, mi idiota». Después sonríe y comparte con nosotros alguna de los miles de ocurrencias de su marido, así que mi hermana, mi madre y yo solemos salir del cementerio aguantando una carcajada.

Lo enterramos junto a Carol. Mi madre afirma que es su pequeña venganza por irse antes que ella, pero, en realidad, es porque ambos se lo pidieron en la intimidad antes de morir. El centauro de

la penicilina y lady Carol no pudieron estar un solo día sin discutir. ¿Cómo iban a estar separados para siempre?

Carol murió en el 27: después de repetir tarta tres veces durante el banquete de la boda de Enrique, la llevamos a casa para que descansara. Sufrió un ataque al corazón mientras dormía.

Esta parte de la orilla se vuelve más gris y triste con cada uno de los seres queridos que parten hacia la otra, cada uno de los verdaderos motivos por los que vale la pena vivir. Pero ayer esa vieja bruja irónica que es la vida tuvo a bien devolverme el principal pretexto que se puede tener para seguir peleando: me devolvió a mi familia.

Todas las personas que salvamos en la base militar permanecen hospitalizadas desde que llegaron. Están siendo examinadas por los médicos y los psicólogos. Mientras me anudo la corbata, me doy cuenta de que debo tener mucho tacto para acercarme a mis nietos y a mi hija. Los asaltantes, antes de que llegaran los militares, obligaron a las mujeres y a los niños a mirar mientras mataban a los hombres. A Pedro lo ahorcaron después de presenciar cómo a Virginia la… No quiero ni pensar en cómo estarán. Los médicos han aconsejado que sea Paula la única que los visite durante la mañana. Me han dicho que esta tarde podré verlos. Será el primer contacto después del de la tienda del hospital de campaña.

Tomo el reloj de bolsillo de mi abuelo. Creo que el marfil milenario de colmillo de mamut en el que fue tallado está ahí desde un principio para recordarme que, cuando él subió al tren con destino a Rusia, todo este dolor, esta lucha, este sufrimiento, comenzaron a nacer en la matriz donde se gestan los destinos de las familias porque, a estas alturas, estoy más que convencido de que no hay

destinos aislados: el destino es otra de las herencias de nuestros padres.

Llaman a la puerta. Es mi hermana Raquel con sus hijos y mi cuñado. Me ayudarán a llegar hasta el viejo roble de la plaza. Todos visten de negro y traen una silla de ruedas para que no fuerce la pierna herida.

Todas las familias de la calle bajamos por la avenida de la Esperanza en una especie de triste bandada de cabezas bajas y abrigos oscuros. Esta tarde las aceras y los parques están mudos de las risas de los niños. Esta tarde no hay motivos para la alegría, cincuenta valientes han caído.

Al llegar al viejo roble, hay una antorcha junto a la fuente del Encebro. El cielo está gris y amenaza nieve. El reloj de la plaza repite cinco veces que es la hora de despedirse de nuestros amigos, padres, maridos y hermanos para siempre. Solo han faltado a la despedida los enfermos, los heridos, los soldados y los médicos que llorarán a solas en algún rincón escondido en sus puestos de guardia, mientras escuchan el triste repicar.

Enrique llega de uniforme y apoyado en un bastón. Va acompañado de dos soldados. Cada palmo de su cuerpo está destrozado por golpes, puñaladas o balas, pero es nuestro capitán y no conoce la flaqueza. Me dirige una mirada triste de un par de segundos. Ha venido a despedir a sus compañeros y al hermano pequeño al que jamás le dijo lo mucho que lo quería.

Una mujer alta y delgada, bellísima, de cabellos rubios y con la mirada más serena y resignada de entre los presentes, deja a su hijo de diez años junto a Enrique y sube con elegancia a la tribuna de granito que instalamos hace tiempo. Se llama Annelise, es danesa y

llegó hace cuatro años con el niño y su marido, nuestro compañero polaco caído Rizard.

Annelise extrae una nota del bolsillo derecho de su abrigo negro y lee con su precioso acento:

Jugad, niños, jugad
cuando las montañas lloren.
Jugad tranquilos, corred entre los trigos, perseguid a los corderos
y reíd hasta caer rendidos.
Soñad plácidos, niños.
Por ello, él convirtió
sus suaves manos en duros martillos;
sus dedos, en afiladas garras,
y su sonrisa, en el rugido fiero.
No lloréis por él, niños,
porque está con su compañeros.
En el eco de cada calle donde jugáis,
a la sombra de los árboles
bajo los que duermen vuestros rebaños,
en cada gota de agua con la que saciáis
la sed de vuestros frágiles cuerpos
y en las lágrimas que hoy secáis, niños.

Recogemos a mi madre con el coche. Ella y yo estamos sentados atrás, conduce mi cuñado Elías y Raquel va junto a él. Mi madre, a sus ochenta y cuatro años y con una cadera bastante mal, no ha querido esperar. No le queda mucho tiempo para aguardar sentada los cambios de parecer del destino. Me da la mano y siento su nerviosismo. Ayer creía que me había perdido. Hoy va a volver a ver

a su nieta después de casi cuarenta años y a conocer a sus dos biznietos. ¡Qué vida esta!

Son preciosos. Los vemos al otro lado del cristal de la sala de juegos del hospital. La niña corretea sin parar con otros dos pequeños que tampoco pasan de los tres años. Es de piel muy blanquita y pecosa, como su madre cuando era pequeña. El niño está en un rincón. Está muy delgado y su mirada se pierde por la ventana.

—Hola, ¿cómo estáis? —saluda la doctora Diana Robles—. Tío, te dije que guardaras reposo con esa pierna —me reprende mi sobrina.

—Ya sabes cómo es… —responde mi hermana.

—¿Cómo están? —pregunto.

—La niña no presenta daños psicológicos importantes a primera vista. Su hermano evitó que lo viera todo. Sin embargo, el niño está en estado de shock y no deja que nadie se le acerque ni a él ni a su hermana. Solo permite la presencia de niños. Ha mordido y pateado a varios de los médicos que los están tratando.

—¿Y Virginia? —pregunto sin querer saber la respuesta en realidad.

—Bueno…, teniendo en cuenta por lo que ha pasado… Es una mujer muy fuerte. Ahora está con su madre, Paula.

Ninguno queremos indagar en el tema. Todos sabemos lo que ocurrió en la cabaña de saneamiento.

—Por cierto, tío, tienes que firmar el ingreso. Ellos no tienen número de la seguridad social todavía.

—Bien. Tráelo.

Mientras Diana vuelve con los papeles, escucho la conversación de dos madres lactantes sentadas junto a la puerta de pediatría.

—Yo tomo una infusión de hinojo y anís dos veces al día y ya no le dan ni gases ni cólicos —dice la que parece más experimentada y con unos pechos que podrían amamantar a una guardería entera sin llegar a vaciarse.

—Pero ¿se lo das con el biberón? —pregunta la madre primeriza con ojeras de días sin dormir.

—No, no, lo bebo yo y él lo absorbe cuando le doy el pecho —contesta.

—Tío —me llama la atención Diana—. Aquí tienes. Échame un garabato.

Cojo el bolígrafo y el portafolios y veo sorprendido que en el espacio reservado para la rúbrica del paciente Virginia ha firmado como Virginia Patterson.

Entro en la habitación. Paula está destrozada por la muerte de Rodrigo, pero parece que recuperar a su hija le ha dado fuerzas renovadas. Nos abraza emocionada a todos y sale a contemplar por enésima vez a los nietos que conoció esta misma mañana. Los adora como cualquier abuela.

—Hola —saludo sin poder pronunciar otra palabra después.

—¿Laurence? ¿Papá? —dice Virginia. Nos abrazamos.

—Esta es tu abuela Águeda. —Mi vieja madre la besa y la abraza como a una niña pequeña.

—¿Qué te han hecho, mi niña? ¿Qué pasa en el mundo? ¿Dónde está la humanidad, por Dios? —clama en voz alta mi madre.

Raquel las abraza. Mi cuñado me da un golpecito en la espalda para que me acerque a ellas, pero yo salgo de la habitación directo al baño. Rompo en un llanto ingobernable porque no puedo dejar de recordar a mi hija cuando la entregué siendo un bebé para evitar

que la dañaran. Espero un par de minutos para asegurarme de que no me domina la emoción y, cuando vuelvo a la habitación, mi hija está en pie. Me agarra del brazo y me lleva a ver a mis nietos. Es tan fuerte como su madre.

—¿Los ves? Son tuyos también. Están ahí porque tú no has fracasado. Porque tú nunca te has rendido. Nada de lo que me ha pasado es culpa tuya. El mundo es así, papá, y es mejor porque tú estás en él —sentencia—. ¿Dónde está mi ratoncito? —Virginia llama a su hija y ella viene corriendo con sus pequeños pies descalzos—. ¡Hola, cariño! ¿Juegas con tus amigos?

—Sí, mucho —contesta la niña.

—Irlanda, quiero presentarte a tu abuelo. Este es el abuelo Laurence, el que te dije que es muy valiente.

—Abuelo Lurin —repite Irlanda.

—Sí, el abuelo Lurin —confirmo a la pequeña.

Abre los brazos y se agarra a mi cuello cuando la cojo. Es una niña tan cariñosa. Apoya su cabecita en mi hombro y la nuca en mi cuello. Virginia deja caer dos lágrimas. Mi madre se tapa la boca con ambas manos y anda despacio hacia nosotros ayudada por Raquel. Mi cuñado se queda a unos metros de la intimidad del momento. Elías es un hombre de gran consideración y dignidad.

—¡Rodrigo! —llama Virginia al niño, que gira la cabeza para mirar a su madre con una especie de velo autista en sus pupilas y vuelve a asomarse por la ventana.

Después de un par de horas en el hospital, dejamos que Virginia y los niños descansen. Cuando salgo por la puerta, oigo mi nombre. Es David.

—¡Sobrevivirá! ¡Baiza está fuera de peligro! —exclama con alegría.

Raquel y Elías me han dejado a regañadientes en la puerta del pub McMahon. Los irlandeses vamos a darles el último adiós a los caídos. Todo el mundo puede asistir. González me espera en la puerta. Ha estado esta tarde conociendo Efa y visitando a Enrique. Dice que está bien, que le ha dicho que me beba su parte.

Nos disponemos a entrar en la taberna. Me ayudo de un par de muletas que me han dado en el hospital y González me abre la puerta, por la que escapa una preciosa melodía de violín. Los presentes cantan. Algunos ya están algo ebrios, pero respetan los rangos y saludan cuando entramos. Les indico que descansen con una mueca. Varios de ellos me ceden su banqueta en el rincón de la barra donde me suelo sentar.

Es una despedida triste pero hermosa. Mi sobrino, el camarero, se acerca, salta por encima de la barra y me da un abrazo. Siempre ha sido uno de mis favoritos. Es todo corazón y hoy los sentimientos están a flor de piel.

Mi sobrina Catherine comienza a cantar. Su voz está rota por el recuerdo de nuestros muertos. Mi sobrino nos sirve dos cervezas de jengibre por costumbre. Va a retirar la de Enrique, pero González, que nunca la ha probado, le pide que la deje. Todos los soldados levantamos nuestras copas y bebemos. Todos aguantamos las lágrimas y la alegría comienza a salir del ritmo de los instrumentos. Siempre me ha parecido que Andalucía e Irlanda le dan esas ganas irrefrenables de vivir a sus hijos. Casi todos los irlandeses que llegaron en el 25 se han casado con andaluces. Hay algo que nos atrae entre nosotros.

—¿Qué es esto que bebo? —pregunta González al camarero, que seca unos vasos mientras ve cómo la taberna levanta el ánimo de

todos.

—¡El Caldo de Colin! —grita mi sobrino sonriendo, y me guiña un ojo.

—Es cerveza de jengibre —informo para saciar la curiosidad del capitán.

—Sí —nos interrumpe mi sobrino—. Aquí, el tío Laurence, es el mayor experto en cerveza de jengibre de toda Efa, pero hay algo que no sabes, querido: la receta se la dio tu bisabuela Susan O'Reilly a mi padre.

—Bueno…, nunca la conocí, pero decían que era una mujer de armas tomar… —respondo.

En los ojos de González puedo ver el candor de un soldado que ha encontrado el hogar y que ahora canta agarrado a sus verdaderos compañeros, entre los que no tiene que ocultar sus intenciones ni tener miedo de ser descubierto o esconder un arma por si lo desenmascaran. ¡Qué momento de paz debe de estar viviendo este hombre! Yo los observo desde mi rincón. Hay una sombra que planea una y otra vez sobre mi ánimo. ¿Cuánto tardarán en volver? ¿Cómo proteger a mi hija y a mis nietos de Aníbal? En los laboratorios, llevamos años intentando fabricar, sin éxito, algo que nos proteja de esta peste. En el 25, traje a los mejores epidemiólogos que pude encontrar y solo han conseguido eliminarla del agua y de superficies lisas. Diez años sin resultados fiables. Han estudiado la contagiosidad del ántrax, de la lepra, de la sífilis, de la brucelosis y de la tuberculosis, pero no son comparables a la capacidad de infección de Aníbal. Por ahora, solo una amputación a tiempo y penicilina en dosis casi mortales han conseguido parar algunas infecciones. En fin, esta noche estamos vivos y soy biznieto

de la mismísima Susan O'Reilly. Me levanto, bebo y canto con mis hombres. No hay condenado a muerte más desgraciado que el que no disfruta de hasta su último segundo de vida.

Mi padre está tirado en el suelo. La sangre mana de su cuello. Midas está a su lado con un cuchillo y un tenedor. Pincha uno de los ojos, lo saca de su cuenca y me lo ofrece para probar. Despierto empapado en sudor.

Ha sido un despertar, cuando menos, desagradable, pero hoy va a ser un gran día. Me voy para la ducha como un niño antes de su primer día de colegio. Hoy les dan el alta a Virginia y a los pequeños. Después de semanas hospitalizados, podremos estar todos juntos en un hogar de verdad. Los acompañaré a la casa de Paula. Me siento como si fuera la primera vez que voy a mostrar Efa.

Solo son las ocho de la mañana, pero ya me he cambiado tres veces de chaqueta. Miro a través de la ventana sur de mi habitación y, sí, hoy va a ser un día soleado. Aunque quedan unos meses para que llegue el verano, será un sábado magnífico.

Tomo el abrigo de la percha junto a la salida y la gorra que dejé anoche sobre la mesita de las llaves y cae al suelo la sentencia del Concejo. La recojo, desdoblo el papel y leo el fragmento que más me divierte.

> … Por todo ello, y teniendo en cuenta los servicios prestados a la comunidad, tanto el Concejo como el Alto Mando hemos decidido que el capitán Enrique Dragnea Bamala y el capitán Laurence Patterson Antolín queden libres sin cargos. Así mismo, y por decisión unánime de los

representantes de los ciudadanos de Efa, se les otorga el rango de comandantes de caballería con efecto inmediato.

Hay que joderse. Menudos zorros. Saben que se acerca una guerra y nos acaban de pillar de los huevos para que seamos los primeros en ir al frente. En fin, todo se verá.

Salgo por la puerta a recibir una prometedora y radiante mañana. Bueno, lo que ahora se conoce como radiante. En realidad, es un día de calima al igual que todos los días despejados desde el 26, pero ¿quién necesita sol cuando su nieta se llama Irlanda?

Mi familia no es la única que ha llegado a Efa durante esta semana. Hay otra pareja de leones en el límite sur de nuestras tierras. Nadie los ha visto, pero sus huellas son inconfundibles. Por la noche, rugen y llaman a los de su especie: la manada que hay al norte. Aún no ha habido ataques a nuestros hombres y tengo entendido que mantienen la distancia con la guardia de nuestras lindes. La postura oficial del Concejo hacia los félidos es que su presencia es *non grata*. La real es que nos ayudan a mantener limpios nuestros campos de carne infectada por Aníbal. Durante la noche, se han oído gritos humanos en sus territorios y, al amanecer, solo se han encontrado algunos restos de los asaltantes y sus perros, que intentaban entrar al resguardo de la oscuridad.

Mi mejor mañana en cincuenta años. Voy a darles una sorpresa. La pierna ha mejorado bastante en estos días, pero aún necesito algo más de tiempo para que sane totalmente y para que el resto de las heridas cicatrice. González me ayudará con los preparativos.

Paula, Virginia y los niños salen por la puerta del hospital. Mis nietos se quedan mudos. González y yo hemos atalajado a dos de los sementales y ahora esperamos a mi familia en un coche de

caballos con capota. Virginia sonríe. Debe de ser todo tan surrealista para ellos…

El ánimo de los caballos está exultante por el sol. Apenas salen de las pistas de entrenamiento durante el invierno. Son dos animales magníficos. No los empleamos para ir a la guerra, pero su brío y su vanidad es tal que, a veces, parten los adoquines del firme con la fuerza de sus pisadas. Aman el sonido de sus trancos sobre las calles de Efa.

Mi hija y Paula suben al carruaje. González les acerca a Irlanda en brazos cuando están acomodadas. Rodrigo sube a mi lado. Hoy es otro chaval: está entusiasmado por la presencia de los caballos. Nunca había visto ninguno, solo las mulas famélicas del ejército de Madrid. González sube al otro lado del asiento y le paso las riendas a Rodrigo, que me mira con incredulidad.

—Vamos, hijo, se nos hace tarde —afirmo cuando le indico la dirección hacia la que tiene que mover las riendas. Suelto el freno y González restalla el látigo. Nos ponemos en marcha.

Subimos la avenida de la Esperanza. Al ser fin de semana, todas las calles están llenas de niños que saludan y corren tras nosotros. Irlanda es muy simpática, agita su manita sin descanso. Rodrigo está sumido en su función como cochero.

—¡Lo tienes dominado, muchacho! —grita el capitán.

Rodrigo me permite colocar una mano en su hombro y ayudarlo a girar el coche cuando entramos en la calle de Enrique. González toma a Irlanda para que haga sonar la vieja bocina de latón y pera de goma. La tocan con insistencia y la carcajada de la pequeña es tan contagiosa que todos reímos sin parar. Por fin, Enrique se asoma por la ventana de su cuarto en el primer piso de la casa.

—¿Qué tal estáis? —saluda aún vendado.

—Ya ves, nos vamos de excursión —contesto.

—Bien hecho —responde.

—¿Dónde está mi sobrina y tu hijo pequeño? —pregunto.

—Han ido a por carne. Vuelven pronto —responde.

—¿Necesitas algo? —pregunta González.

—Sí, diez días más durmiendo.

—¿Esta noche te apetece una partida? —propone González.

—Me darías la vida —responde entusiasmado el comandante.

—Pues cuenta con ella.

—¿Tú vendrás, Laurence? —pregunta Enrique.

—Iré después —respondo con un guiño de complicidad.

—Te veo bien, Virginia —afirma Enrique—. Me alegro mucho de que estés por fin aquí.

—Yo también, Enrique.

Chasqueo la lengua y los caballos se ponen en marcha con un trote muy suspendido y conteniendo sus ganas de trotar libres. Nos despedimos de Enrique. Paula le tira un beso.

Salimos por el portón del sur. González ha sacado la cesta con la comida y la bebida del compartimento que hay bajo su asiento. Los caminos están limpios desde hace un par de días y apenas hay un dedo de la nevada de esta noche.

—¡Vamos, chico! ¡Haz que suden un poco! —animo a Rodrigo a que azuce a los caballos, y el trote de los animales se hace más ligero y extendido. Quieren distinguirse sobre las manadas de herbívoros que han venido desde el bosque a comer en calma el heno que les aportamos cada mañana, para que se mantengan fuertes durante el invierno y no se alejen de nuestras lindes. Virginia

está exultante con el sol reflejándose en su pelo rojo. Ya se acabó el infierno. Solo necesita tiempo.

Estoy seguro de que lo conseguiremos. Buscaremos la manera de dejar fuera a Aníbal. El Concejo ha dado prioridad al asunto y el resto de las investigaciones se han detenido.

17

No existen las coincidencias

A Midas le pende un jirón de cuero cabelludo que le cae sobre la oreja derecha. La sangre está seca y el orificio de bala de su sien se cierra sobre sí mismo. Me observa atento en espera de mis palabras. Ahora moja un pedazo de pan en el charco de sangre sobre el que agoniza mi padre y me lo ofrece. Yo permanezco quieto. Él se encoge de hombros, se lo mete en la boca y lo mastica mientras un hilo sanguinolento se escapa entre sus dientes. Ahora toma un vaso de leche caliente, lo bebe de un trago, se levanta y viene hacia mí con un cuchillo y un tenedor. Me despierto jadeando. Son las cinco menos cuarto de la madrugada.

El informe de González es meridianamente claro. Aunque la postura oficial del Gobierno de Madrid ha sido siempre en contra del uso de ataques biológicos para doblegar a los pueblos insurrectos, el capitán aporta pruebas irrefutables de lo contrario. El sellado de los recipientes llenos de restos humanos infectados se hizo en una de las fábricas de conservas que controlan los militares y que usan para envasar los excedentes de los saqueos de los pueblos que ya han invadido. Sin embargo, la prueba más evidente es la orden que le dieron: no entrar en Efa hasta que los «rastreadores de la milicia»

hubieran inspeccionado el terreno y puesto en conocimiento del mando de la base lo que encontraran en nuestras tierras. Es el sistema que han usado en los tres últimos pueblos que han contactado. Primero, envían a los asaltantes, que nunca van preparados ni equipados para un asedio de varias semanas. Les dejan hacer cada una de sus fechorías y, cuando el pueblo está a punto de sucumbir, aparece el ejército salvador.

El genial Groucho Marx dijo una vez que la política es el arte de buscar problemas, encontrarlos, hacer un diagnóstico falso y aplicar después los remedios equivocados.

La élite no desea eliminarnos por completo, ni siquiera quiere que abandonemos nuestras tierras. Lo que buscan son más contribuyentes que llenen sus almacenes de comida y trabajen para ellos como esclavos. Es tan básico que parece un cuento para no dormir. Según el capitán, si hubiéramos aceptado rendirnos, el ejército habría apostado un destacamento que, supuestamente, nos protegería de los asaltantes que ellos mismos habrían dejado aquí, después de transportarlos junto a sus mulas en los camiones militares. A cambio, tendríamos que pagar con carne, madera y parte de nuestras cosechas.

No sabían lo que encontrarían. No tienen ni idea de cuántos somos ni de qué armas disponíamos antes de que nos quedáramos con todos sus vehículos y el armamento que desplazaron para este primer ataque. Tampoco saben que González es uno de los nuestros y que cortó las comunicaciones antes del asalto. No hemos dejado a nadie con vida que pueda informarlos, pero volverán para averiguarlo cuando regrese la nieve en otoño y puedan controlar a la población y a los asaltantes de Madrid con menos efectivos de los

que necesitan cuando sube la temperatura en primavera y verano. No pueden movilizar a otros doscientos hombres sin que los asaltantes empiecen a darles problemas serios en sus territorios. Todos los ciudadanos de la Zona Segura quieren emigrar a los pueblos, pero carecen de equipos y armas para llegar hasta las localidades que han oído que están dispuestas a acogerlos. El ejército no les deja armas, equipos de supervivencia ni, claro está, comida para el camino. Los asaltantes están siempre esperando a los que escapan.

El Concejo ha declarado el estado de guerra. Una guerra que no podemos ganar. Hace tiempo que González nos pasó un informe detallado del arsenal que tiene el enemigo y del número de efectivos de los que dispone. Van a aniquilarnos con las primeras nieves de octubre.

Por ahora, solo tenemos los datos del problema. La solución tenemos que buscarla mientras vigilamos nuestras lindes día y noche en guardias que se suceden una tras otra. A pie, a caballo, en moto y con drones: no podemos descuidarnos ni un momento. La primavera ha llegado, así que las probabilidades de que Aníbal entre en Efa aumentan exponencialmente cada jornada.

Los laboratorios tienen abiertas diez vías de investigación. Ninguna parece que vaya a desembocar en un feliz descubrimiento antes de que llegue el verano con sus temperaturas suaves y propicias para una epidemia. Solo sabemos que la bacteria se propaga por el aire a partir de los veinticinco grados y que los rayos directos del sol la eliminan por completo en horas. Los experimentos con carne de cerdo que se han hecho en el laboratorio que tenemos en una antigua mina bajo tierra a cincuenta kilómetros de la linde

sur de Efa han demostrado que Aníbal produce en su metabolismo un ácido fuerte, parecido al ácido sulfúrico, y que por eso degrada los cuerpos tan rápido. Ninguno de nuestros doctores había estudiado o visto algo así nunca. Cuanto más la estudian y comprenden, más aterrados están. En el Concejo, toda la información la tratamos con mucha discreción. Aunque la población está al tanto de lo que pasa, no queremos que cunda el pánico y el sistema se colapse. Ya hemos tomado todas las precauciones que hemos podido. Nadie bebe agua que no sea de la red de abastecimiento y la carne que consumimos debe inspeccionarse hasta cinco veces. Hemos conseguido crear un sistema que nos da un 99,9999 por ciento en la fiabilidad de diagnosis de contaminación de carne por Aníbal. Es un tinte rojo que vira en amarillo en contacto con el ácido que produce la bacteria para degradar las proteínas. Semejante al usado en pacientes sospechosos.

Nadie del pueblo ha propuesto devolver el ataque biológico a la Zona Segura. Todos tenemos gente que buscar aún y, además, las personas que vivimos en Efa sabemos en qué no nos queremos convertir, en qué clase de seres humanos deben aspirar a ser nuestros hijos.

Su aviación es nuestro mayor miedo. González asegura que estamos lejos de un ataque aéreo porque el combustible es muy escaso y el que guardan está destinado a defender la Zona Segura de una hipotética invasión de las grandes poblaciones que han sobrevivido al sur de Francia.

Los drones que usan son el gran problema. Vigilamos los cielos continuamente y el sistema antiaéreo funciona bien en las decenas de pruebas que hemos realizado. Tenemos motivos para el

optimismo y no pienso perder ni un solo minuto en preocuparme por algo que buscan en unos laboratorios equipados con lo último y los mejores investigadores que quedan en España. Tengo sesenta y cinco años y voy a disfrutar de mi familia.

Irlanda juega con un gato pequeño en el jardín que hay frente a la casa de Paula. Cuando me ve, se acerca corriendo a mostrármelo. Es un gatito rubio de ojos azules muy juguetón. Los tomo a ambos en brazos, la beso a ella en el pelo y acaricio a su pequeño compañero de juegos.

—¿Cómo se llama? —pregunto mientras el animal manotea el pelo rojo de la niña.

—¡Abuelo, no les ponemos nombres! —responde extrañada por mi ignorancia.

—¿Por qué, guapa?

—Pues para que no se muevan en mi tripita cuando duermo.

Entro en la casa con Irlanda y su gatito en brazos. Paula y Virginia están en la cocina. La luz de la primavera entra por las ventanas y ambas están radiantes. Virginia ha ganado algo de peso y el tono de su piel es ahora mucho más vital. Se seca las manos con un paño blanco y me da un beso y una sonrisa deslumbrante. Es una mujer bellísima y una madre muy fuerte.

—¿Te quedarás a comer? —Por la cara de mi hija, no sé si es una pregunta o una orden.

—Eh… —Echo un rápido vistazo a la encimera y veo que solo hay verduras de menú—. Por supuesto, me encantaría —contesto.

Dejo a Irlanda en el suelo para que juegue con Tomasín. Virginia le acaba de asignar el nombre al gatito y le explica avergonzada a su hija que ya no comerán más mininos.

—¿Y qué vamos a hacer con los de Rodrigo? —pregunta contrariada Irlanda.

—¿Cómo? —dice bloqueada Virginia.

—Rodrigo está muy contento. Hoy ha traído siete —apostilla la pequeña.

Virginia corre hacia la puerta de atrás de la casa. Yo la sigo y, cuando salgo al huerto, veo sorprendido que el niño tiene dos gatos despellejados que cuelgan de uno de los manzanos. Hay otros cinco felinos completamente tiesos que esperan su turno sobre una mancha de nieve que queda a la sombra de un ciprés.

Los cinco comemos las verduras asadas entre silencios incómodos y comentarios intrascendentes que los rellenen. Virginia está muerta de vergüenza. Paula parece que, como abuela, lo entiende todo. Yo he tenido que levantarme varias veces para reírme a solas en el baño. Tienen tiempo de adaptarse a Efa y, aunque sea pasión de abuelo, la verdad es que los gatos no tenían tan mala pinta una vez despellejados. Me despido de los cuatro. Irlanda me pregunta si volveré luego y Rodrigo me devuelve el abrazo cuando me despido. Bajo las escaleras despacio con la ayuda del niño para no ralentizar la cura de la pierna. Es fuerte, a pesar de que muestra algunos signos de haber padecido la miseria.

Tomo la avenida de la Libertad hacia la casa de Enrique. Hemos quedado en tomar un café a las cuatro y antes quiero subirme al mirador de la plaza para ver las crías de los bisontes y los renos que han nacido esta semana. El valle está cubierto de hierba y plagado

de las manadas de herbívoros salvajes que vienen a parir al amparo de nuestras murallas, donde los lobos no se atreven a acercarse. Están engordando muy rápido. La semana que viene será la suelta de las ovejas, los caballos y las vacas que llevan todo el invierno en las naves. Me muero de ganas de que lo vean Virginia y los niños. Es un espectáculo.

Mi sobrina abre la puerta con su hijo pequeño en brazos. Ambos sonríen.

Enrique está sentado junto al fuego y se levanta con la espalda vendada y el torso desnudo. Hace amago de ponerse la camisa que hay junto a su silla, pero lo detengo enseguida. Sé que el médico le ha aconsejado que las heridas transpiren y no debe mostrar ningún tipo de pudor o protocolo en mi presencia.

—Te veo bien, comandante —saludo.

—Estoy desquiciado. Ya no sé qué hacer y todavía me quedan tres días, según el médico.

—Vamos, amigo…, ¿qué son tres días?

Pasamos la tarde entre charlas y bromas. Su hijo Laurence y yo quedamos para ir mañana a ver el potro alazán. Es un buen chico. Cuida de sus hermanos pequeños con celo.

Acaban de dar las siete en el reloj de la plaza. Debo irme, he quedado con Virginia para ir al cine. Antes de salir por la puerta, Enrique me llama a su despacho.

Su mesa está llena de sal en terrones tan duros como piedras y cartuchos de escopeta vacíos. Lo miro sorprendido.

—Ahora te cuento. Mira esto —dice.

Creo que Enrique va a perder la cabeza como no salga pronto de su casa. Me acerco a su ordenador y me muestra unas imágenes

grabadas por las cámaras térmicas que tenemos instaladas al oeste de Efa. En ellas, dos individuos con mochila esperan para entrar justo en el cambio de guardia de nuestros centinelas. Sus imágenes en verde y negro dejan entrever cómo los dos intrusos se agazapan tras una roca. Los centinelas los ven perfectamente, según la conversación del audio de la imagen tomada desde el puesto escondido.

«Te apuesto lo que quieras a que esos dos idiotas no llegan a tocar la alambrada», sentencia uno de los vigilantes.

«Hecho. Te apuesto el postre de mañana a que el más gordo consigue meter un pie», responde el otro.

Algo comienza a moverse detrás de los intrusos. Hay seis ojos que brillan tras ellos y se acercan poco a poco. Ahora se aprecian perfectamente las tres siluetas felinas que andan con las orejas amusgadas y moviéndose a cámara lenta con los corvejones rozando la nieve. De repente, uno de los dos hombres sale de su escondite y se dispone a saltar la alambrada, pero las tres leonas corren hacia ellos y los atrapan como a corderitos indefensos que patalean un par de veces antes de que les partan el cuello de un mordisco.

—Los vigilantes me pasaron los vídeos esta mañana. Han encontrado los uniformes de los soldados devorados —afirma Enrique, demasiado afligido por unas imágenes que habrá visto ya varias veces.

—Bueno…, es como dije. Nos viene bien que estén ahí los gatos, ¿qué te pasa?

—Laurence, en las mochilas había restos infectados —advierte abatido.

Enrique me explica sus planes antes de irme y quedamos dentro de tres días para intentar llevarlos a cabo. Si no hacemos nada, tarde o temprano van a devorar a alguno de nuestros hombres, aunque a varios animales de las dos manadas les hayamos colocado radiotransmisores en el cuello. Si eliminamos a los depredadores, facilitaremos que entren intrusos durante la noche. Quizá mi amigo tenga razón y solo haya que enseñar a los gatos a no subirse a la mesa.

Me dirijo hacia casa de Paula. Diego y yo estamos en mitad de una conversación sobre una de las vías de investigación.

—La saliva de los carnívoros y la de los rumiantes inhibe la multiplicación celular de la bacteria. Pero la de los cerdos y la nuestra no. Es solo cuestión de tiempo que aislemos la sustancia y encontremos algo que nos ayude a combatir la infección —dice Diego.

—Solo es cuestión de tiempo, pero…

—¿Qué es solo cuestión de tiempo, abuelo?

No me he dado cuenta, pero ya estoy en la puerta de la casa de Paula. Mi nieta ha oído parte de la conversación.

—¡Qué guapa estás con este vestido! —proclamo cuando le cojo la mano y comenzamos a subir las escaleras de la casa.

—Me lo ha regalado la tita —dice la pequeña orgullosa.

—Ah, ¿sí?

—Sí, está dentro con mamá. —Acabo de ver la bicicleta de mi hermana justo debajo de la ventana donde tía y sobrina están asomadas mientras charlan y vigilan a la niña.

Paula y Raquel se quedan a cargo de los niños cuando Virginia y yo nos vamos a ver *Memorias de África*.

De camino al cine, he descubierto que mi hija es una cinéfila empedernida y, cuando nos sirven las palomitas y la bebida, casi tiembla de emoción. Diez años sin ver una sola película, diez años sin entrar en una sala para contemplar, de nuevo, el mundo que destruimos.

Pasamos del recibidor a la sala de proyección. Está abarrotada de parejas y amigos que esperan para sentarse en sus butacas. Los encargados del cine han cambiado la decoración. Cuando vine con el hijo de Enrique habían empapelado el recibidor con carteles de la película *Solo en casa* y con cortinas que tapaban completamente los muros de toda la estancia.

Las paredes de la sala ahora son piezas de arte en sí mismas. Rosario Naranjo, nuestra mejor pintora, ha convertido los muros en una obra magistral retratando a los grandes rostros de la historia del cine, sentados en butacas tan exactas a las nuestras y en una perspectiva tan medida que creo que estoy a punto de ver la película con ellos.

La artista ha dedicado una fila a cada década de vida del séptimo arte.

Virginia y yo estamos boquiabiertos. No creía los comentarios de la gente hasta que no lo he contemplado con mis propios ojos.

—Papá, tenemos que ver la sala cuando no haya nadie.

—Te cojo la palabra —contesto sobrecogido por la belleza de la sala. Durante los tráilers, han anunciado la proyección de *Casablanca*, *El padrino* y *Con faldas y a lo loco* para la semana que viene.

Por fin, volvemos a contemplar los paisajes de África desde la avioneta de Denys y acompañados de la preciosa música del filme. El sol, ese sol todopoderoso que no hemos podido admirar en toda su plenitud durante diez años, como si fuéramos criaturas de la noche condenadas a morar un mundo frío y siniestro, de luces tímidas y breves, para no morir quemados por la mordida de Aníbal, ahora brilla sobre las alas de los flamencos que espanta el aeroplano al pasar junto a las masas de agua repletas de vida del delta del Okavango. Casi puedo sentir sus rayos tostando mi tez cuando ambos protagonistas se dan la mano durante el vuelo. Virginia entristece su rostro. Creo que recuerda los diez años que ha luchado contra la enfermedad y el hambre de la mano de Pedro.

Empiezo a pensar que no hemos debido venir a ver esta película. Antes, cuando la baronesa Karen descubre que su marido le ha contagiado sífilis, el cuerpo de Virginia se ha puesto tan rígido que sus rodillas se han apretado juntas contra la butaca de delante. Tras su violación, le están tratando esa y otras venéreas en el hospital.

De camino a casa, comentamos la película y nos cruzamos con tres soldados que nos ceden la acera, se cuadran y saludan. Nos paramos con ellos y charlamos sobre el tiempo y la temperatura de la noche. Antes de que les deseemos una buena guardia, se despiden y uno de ellos, el más simpático, de apenas veintisiete años, me pregunta muy cortésmente si puede invitar a mi hija a tomar un café una tarde de estas. Ella está bellísima y cuando se sonroja lo está aún más. Yo le contesto al soldado que eso depende de ella y todos sonreímos.

Nos despedimos de los hombres y ella guarda silencio avergonzada. Es ocho años mayor que el joven, pero cualquiera de

ellos haría tres misiones seguidas con tal de tomar un café con Virginia.

La acompaño hasta la puerta agarrados del brazo. Los niños ya deben de estar dormidos porque la bicicleta con la que se desplaza Raquel por el pueblo no está bajo la ventana.

—Buenas noches, papá. —Me besa en la mejilla—. Ha sido estupendo —afirma con sinceridad.

—¿*Con faldas y a lo loco* la semana que viene? —propongo.

—Lo estoy deseando —contesta. Me guiña un ojo y entra en casa. Una de las mejores noches de mi vida.

—Estás bajando la guardia —dice Gregorio.

—¿Cuánto llevas ahí? —pregunto enfadado.

—El suficiente para saber que te estás relajando demasiado —responde él.

—Voy a disfrutar de mi familia —afirmo con convicción.

—Sabes que esto no ha acabado. Tienes que terminarlo —dice Gregorio.

—Soy demasiado viejo. Estoy cansado. Que luche el Concejo, que todo lo sabe —protesto.

—¿Viejo? ¿Recuerdas cuando tu abuelo se enfrentó a los antidisturbios en Riaño? ¿Acaso se paró a contar los años que tenía antes de ir a las barricadas con el resto del pueblo?

—Necesito estar con ellos.

—Y lo estarás, pero tienes que seguir solo un poco más.

—Gregorio tiene razón, Laurence. —Diego siempre me dice lo que piensa.

Él no me engañaría.

—Ya, Diego, pero…

—No, tío. Soy Juan.

—Hola, Juan, ¿qué haces ahí, muchacho? —Mi sobrino sale de entre los setos del jardín de su casa.

—¿Qué tal, tío?

—Bien. ¿Cómo está Ana?

—Pues ya sabes…, con molestias. Ya hemos salido de cuentas…

—¿Y qué haces aquí que no estás con ella?

—Mi suegra, que lleva toda la mañana llamándome porque ha perdido el gato…

—Bueno, ya sabes cómo son los gatos… Ya volverá…

Hoy cenamos en el restaurante que regenta Gamaliel. Una vez al mes cada familia puede comer en el restaurante. Está dentro de los servicios a los que tenemos derecho en Efa, aunque la población ha crecido tanto que hemos tenido que construir otro. Durante el día comen los soldados que están de servicio, y por la noche se usa el salón más lujoso para las cenas en privado. Es muy elegante: madera labrada y cristal.

Estamos toda la familia, González con su mujer y sus dos hijos, y Enrique, el hombre de la noche, quien celebra el fin de su convalecencia, y que ha venido con mi sobrina y los niños. El mayor, mi ahijado Laurence, ha conseguido hoy que el potro alazán mantenga el paso a la cuerda. Aprende rápido y el chico solo tiene ocho años.

Virginia y los niños se sientan a mi lado.

Mi hermana llegará con mi madre, su marido y sus hijos en unos instantes. Gamaliel sale de la cocina. Nos levantamos para abrazarlo. Ya solo tiene algunas molestias en el brazo en el que le dispararon. Nos ha prometido que, después de preparar y organizar toda la cena

de hoy, dejará en manos de sus cocineros el restaurante y se vendrá de copas con nosotros.

Mi madre y yo pedimos trucha en salsa. No quiero llenarme mucho. Últimamente, las pesadillas van a peor y quizá remitan con cenas menos copiosas. El resto pide el plato del día. Chuletón de *beefalo*, nuestro sabroso híbrido.

—¿Por qué lo llamáis *beefalo*? —pregunta Virginia contrariada.

—Porque es el híbrido de nuestros bisontes y las vacas que pastan con las manadas libres. Usamos este animal porque es tan resistente al frío y rústico como su padre, pero presenta la docilidad y la capacidad de engordar de las madres, vacas de carne. Los castramos para que acumulen más grasa y para mantener la pureza de las manadas salvajes —respondo.

Es una carne exquisita. Gamaliel trae varios chuletones tostados por fuera y tiernos, casi cremosos en la grasa del veteado interior. Al acabar la cena, cumple su promesa y se sienta con nosotros durante el postre para acompañarnos en la celebración. Irlanda no deja de observarlo. Dado un momento, todos nos vemos atrapados por la curiosidad y Gamaliel está extrañado por la reacción de la niña, quien, aunque Virginia ha regañado por quedarse mirando fijamente, sigue embelesada con mi enorme primo. Me acabo de dar cuenta de que tiene las ausencias de la abuela María. Su madre le habla, pero ella no reacciona. Debe de ser algo corriente en ella porque Virginia parece más nerviosa por la reacción que va a tener ahora que por su mutismo.

De repente, Irlanda se levanta y se dirige hacia Gamaliel. Él la agarra divertido y la sube en su regazo. Se ve minúscula sobre sus rodillas. Ella le pide que acerque el oído y se tapa la boca con su

pequeña mano para contarle un secreto. Todos permanecemos expectantes. La cara de Gamaliel vira de alegre a sorprendida. Separa la cara y mira a la niña a los ojos. Vuelve a acercar el oído y su semblante es de terror. Ahora se emociona y sus ojos empiezan a enrojecerse. Se le escapa una lágrima y le tiembla el labio inferior. La niña termina su confidencia, le acaricia la cara y vuelve a su sitio. Virginia le pide disculpas a nuestro anfitrión. Él pide un momento para ir al baño. Ahora sonríe, es como la cara de un joven que acaba de pasar la prueba de sangre contra Enrique. Me pide que le acompañe. Entramos en el baño de caballeros, se lava la cara y la seca despacio mientras me mira con severidad a través de nuestro reflejo en el espejo.

—¿Alguna vez se lo has contado a alguien? —pregunta conociendo la respuesta.

—¿El qué? —respondo extrañado.

—Lo de mi padre —afirma mi primo Gamaliel.

—No. Ya sabes que no —digo sorprendido.

Cuando el padre de Gamaliel supo de su homosexualidad, lo echó de casa y le retiró la palabra de por vida.

Todos entramos en la taberna McMahon. Gamaliel tiene que agacharse para que Irlanda no se golpee con la cabeza en el marco de la puerta porque la lleva a horcajadas sobre sus hombros. Se adoran.

Una canción irlandesa resuena sobre el bullicio de la taberna, que está llena de gente y algunos soldados de uniforme que han acabado su guardia. Todos saludan a Enrique y le dan la enhorabuena. Escogemos la mesa del rincón que acaba de quedar libre; Gamaliel, la niña, González y yo nos acercamos a la barra para

pedir las bebidas. Irlanda admira las fotos de la pared. Son imágenes de la isla Esmeralda y de nuestras familias. Yo he cedido varias fotografías que guardaba en casa, y mi madre, todas las que mi padre conservaba en una vieja caja de cartón.

Mi nieta es un desastre. Aprovecha la altura que le dan los hombros de Gamaliel para alcanzar uno de los retratos. Irónicamente, ha descolgado una fotografía que yo llevaba años sin ver. Es mi bisabuela Susan en un hospital militar posando junto a varios soldados convalecientes. Me entrega la fotografía y me mira a los ojos fijamente. Pedimos una ronda de cerveza de jengibre para todos. Enrique me sorprende. Hoy canta y sonríe como nunca lo he visto hacerlo y parece que tendré que encargar otro barril a mis sobrinos porque el comandante ha cogido el ritmo con las jarras de cerveza y no hay quien lo pare.

Entro en el cine solo. Todas las butacas están desocupadas menos dos al fondo. Los retratos de las paredes me miran y sonríen. En las localizaciones ocupadas está Denys de esmoquin y acompaña a una mujer. Parece la baronesa Karen, pero, cuando me acerco, es mi bisabuela Susan, que le da el pecho a un bebé de apenas unos meses. El pequeño tiene el cuerpo lleno de llagas por Aníbal. Sus heridas sanan en segundos. Despierto sudando.

Me visto deprisa y voy hacia casa de mi hermana Raquel. Mi madre duerme en su casa desde que se lesionó la cadera. Llamo a la puerta una y otra vez. La abre Elías alterado y todavía con la borrachera tras la fiesta que hemos terminado hace apenas dos horas. Raquel sale anudándose la bata.

—¿Qué pasa, Laurence? —pregunta preocupada.

—¿Dónde está mamá? —casi la interrogo.

—¿Qué está pasando, Laurence? —vuelve a preguntar asustada.

—¿Cuál es la habitación de mamá? —La tomo de los brazos para obtener mi respuesta.

—Esa.

Paso. Mi madre está despierta.

—Mamá, ¿de qué murió el bisabuelo James?

—¿Cómo?

—Sí. El abuelo de papá, el marido de la bisabuela Susan.

—De sífilis.

—¿Y ella nunca la contrajo?

—No, murió de vieja. Con ciento tres años —afirma.

Me dejo caer en la cama junto a ella. Parece que las piernas lo han dispuesto sin tener en cuenta mi parecer. ¿Por qué iban a hacerlo? Soy un idiota. Mi mente lo gritaba cada noche desde hace semanas. Lo he tenido delante todo este tiempo sin verlo. Ahora no escucho lo que dice mi madre porque solo consigo pensar en las vidas que podríamos haber salvado si yo hubiera prestado atención a las señales.

Mi hermana y Elías están asomados a la puerta sin decir nada. Sus sombras, proyectadas por la luz del pasillo, llegan hasta mis botas justo en el punto donde se unen con mi mirada perdida. Mis dedos giran masajeando la frente como si quisieran que la sangre circulara por mi cerebro, demasiado saturado, para que la boca consiga, por fin, articular alguna palabra.

—Es la cerveza. La receta de la cerveza es lo que nos salvó a Enrique y a mí…

18

Quedamos en los que dejamos atrás

Ya no envían soldados desde Madrid. Ahora nos mandan asaltantes que aspiran a ser militares. Esta noche han intentado entrar dieciséis individuos para contaminar los arroyos del oeste. Nuestros hombres han abatido a tres, diez han sido la cena de la manada de leones y tres siguen vivos y encaramados a las ramas de un abeto bajo el que descansan dos félidos: dos machos con los vientres demasiado llenos para trepar, pero con una fe inquebrantable en el frío de la noche y la ley de la gravedad.

Las dos manadas se han unificado. Tres machos y trece hembras que en este instante se esconden en los alrededores de donde nos encontramos. Nuestros hombres dicen que, cuando sedaron a los animales hace una semana para colocarles los radiocollares, algunos aún conservaban los microchips subcutáneos que les colocaron en el Parque de la Naturaleza de Cabárceno.

Enrique, González y yo hemos cargado nuestras armas con cartuchos de sal y nos dirigimos hacia el territorio de los félidos en un todoterreno. Cinco de nuestros soldados vienen detrás en un camión, junto con los cadáveres de los tres asaltantes abatidos y a los que han equipado con arneses.

Hace miles de años que no se encontraban leones en libertad en Europa. Los cazamos hasta extinguirlos y ahora nosotros, en Efa, los

utilizamos para no desaparecer. La historia tiene un sentido del humor negro, casi macabro. Es como una vieja alcahueta, sentada a la puerta de su casa, que nos observa divertida como a niños crueles e insensatos que se empeñan en jugar a matarse, en la misma calle donde ya lo hicieron antes nuestros padres y abuelos.

Nunca había visto leones así. El frío, la nieve y la abundancia de presas han provocado que aumenten su masa corporal y que les crezca mucho más pelo que a sus hermanos de África. La melena de los machos es imponente.

Vamos a probar el sistema propuesto por Enrique.

Los ocho llevamos un equipo que emite una especie de silbido de alta frecuencia. Los humanos no podemos oírlo.

A uno de los cadáveres le colocamos el sistema. A otro no.

Los colgamos de dos pinos separados unos veinte metros y al que lleva el dispositivo lo hemos envuelto en un alambre de cobre conectado a un pastor eléctrico con un voltaje de salida de diez mil voltios.

Rociamos los cadáveres con sangre de buey y los leones empiezan a acercarse atraídos por el olor.

Enrique tenía razón. En menos de diez minutos, estos animales han aprendido a asociar el silbido a las descargas. Despedazan al que carece de dispositivo y rehúyen acercarse al otro.

Tomamos el tercer cadáver, lo empapamos en sangre y le escondemos el silbato en la ropa. El cable está conectado al cuerpo, pero no es necesario darle tensión. No se acerca ninguno de los leones. En un par de horas, no ha vuelto a intentarlo ninguna de las bestias.

—¿Probamos ahora con presas vivas? —propone Enrique con ironía en la mirada.

Nuestros hombres «han ayudado» a bajar del abeto a los dos asaltantes arrancando una motosierra. No hemos tenido ni que rozar el tronco del árbol. González los conoce. Dice que son habituales en las misiones del ejército. Les encantan los expolios. Son escoria.

—Soltadlos —ordeno a nuestros hombres.

Los tres asaltantes corren hacia el bosque, pero no son rivales para la velocidad de las leonas. Los interceptan en el acto. Desde donde estamos, a unos cien metros, podemos oír sus gritos mientras las bestias les vacían las entrañas y les parten los huesos.

Bajamos del coche con los equipos de alta frecuencia en nuestros chalecos. Enrique, González y yo estamos espalda contra espalda, en un círculo en el que nos movemos hacia el centro del claro del bosque. El resto de los hombres se preparan con los rifles. Los leones nos miran con avidez. No tienen hambre, pero han aprendido a matar en la nieve y comer después durante días. Son leones devoradores de hombres. Han asesinado a centenares de personas durante estos años. Están obsesionados con nuestra carne.

—Bien, es hora de probar el sistema —advierto a mis compañeros, y todos apuntan a los leones que se encuentran más cerca.

Voy a dejar el arma en el suelo para correr y comprobar la reacción de los gatos, pero González se me adelanta. Sabe que tengo la pierna mal. Todos los leones lo observan más que interesados y se acercan corriendo, pero se quedan a unos veinte metros de nosotros.

Hay uno que no para de rugir y atemorizar al resto. Es el macho dominante. No admite nuestro juego en su territorio. Va a atacarlo.

Se acerca trotando. Ahora galopa hacia él. Salta para agarrarle por los hombros, pero nuestros disparos hacen que todos los félidos se alejen corriendo. Enrique y yo hemos apuntado a las nalgas del macho alfa y corre con sus patas delanteras mientras desliza sus cuartos traseros por la hierba y gime como un cachorro. Tiene un par de heridas del tamaño de un pulgar en las que la sal abrasa sus tejidos.

Repetiremos este procedimiento las veces que sean necesarias hasta que los leones queden totalmente condicionados. Huirán cuando oigan los dispositivos que nuestros hombres y el ganado llevarán siempre encima. Es la única manera de servirnos de los leones sin que nos ataquen en la oscuridad de la noche.

Esta mañana han traído el último material que quedaba en la zona de la batalla y en la cabaña de saneamiento. Montana está mejor que nunca. La han cuidado bien en estas semanas y tanto los biocidas como el sol han acabado con la posibilidad de que estuviera contaminada. Uno de los muchachos la ha herrado hace un momento y la yegua está deseando salir al campo. Es un gran animal, pero ya nunca la llevaré de misión. Le tengo reservado un destino mejor. Cuando la compré siendo una potra no esperaba menos. Es biznieta del mismísimo Cagancho.

—No está preparado —dice Diego.

—Sí, lo está —dice Gregorio.

—¡Claro que lo está! Llevamos dos semanas entrenándolo. Sois dos viejas miedosas —respondo divertido por su eterna rivalidad.

—¿Desde cuándo te pasa? —La voz de Virginia surge tras mi espalda. No me giro.

—¿Cómo? —pregunto instintivamente para ganar tiempo antes de darme la vuelta y, con ello, una improvisación que me evite confesar mi pequeño secreto.

—¿Cuándo empezaste a oír voces? —pregunta Virginia sin atisbo de duda en el timbre de su voz.

Me observa con un paquete en las manos sellado con el certificado del Departamento de Sanidad de Efa.

Sonrío. Ya hizo el diagnóstico hace diez años. No puedo engañarla y no voy a insultarla con mentiras.

—Desde que dejé la medicación, cuando murió tu madre.

—¿A qué edad tuviste los primeros síntomas?

—A los doce, oía a mi padre. Después de lo de Riaño, empezaron el resto. Unos eran conocidos ya fallecidos; a otros no los había visto nunca. Con la medicación todo mejoró, pero la dejé en el 2001 para poder verte a mi lado a diario, aunque siempre he sabido que lo que veía no era real…

Virginia está nerviosa. Hay algo que no ha dicho aún.

—¿Qué te pasa? Estoy bien. He aprendido a vivir con ello.

—Lo sé. No es por ti: es por Irlanda. Creo que ella también tiene tu problema. Puede sufrir esquizofrenia —responde abatida.

—No, ella no es como yo. Ella es como la abuela María —respondo con seguridad.

—¿Qué quieres decir? —pregunta extrañada.

—Tiene el don. Lo que ve es real. Pero no por ello su situación va a ser mejor que la mía. No es un regalo. Solo es una condena diferente.

—Papá, explícate.

—La abuela María nació como ella. Podía prever cosas que no pasarían hasta años después de su visión; por eso se quedó sola. Cuando murió el abuelo, volvió a Argentina y se encerró en la hacienda, en La Celsa. Cada dos o tres semanas, llegaba una de sus cartas o un paquete a un apartado de correos que alquilamos para que no nos siguieran la pista. Las cartas se fueron haciendo cada vez más siniestras. Sus palabras se hicieron más tristes conforme pasaron los meses. Casi todas iban dirigidas a su hija. Se disculpaba por su carácter, por sus errores como madre y nos advertía de cuántos peligros debíamos sortear. Con la soledad, su capacidad creció tanto que, si seguíamos sus indicaciones, no teníamos ningún problema serio. Se aisló para ayudarnos a sobrevivir. El cariño es lo único que puede frenar esa condición; por eso Irlanda debe estar siempre rodeada de gente que la quiera y de estímulos, para que se centre en la parte buena y alegre de la vida. La abuela María empeoró y lo supimos enseguida por los dibujos que mandaba.

—Irlanda también hace dibujos extraños, pero no los entiendo. Es muy pequeña para hacer trazos claros. ¿Conserváis los dibujos?

—Virginia, es mejor que no los veas.

—Papá, por favor, tengo que saber cómo puedo ayudar a mi hija.

Las imágenes de los trazos violentos, de los esbozos terroríficos y las siluetas turbadoras vienen a mi mente, y me lo pienso unos segundos antes de contestar a su petición.

—Está bien. Se lo pediré a la abuela Águeda esta noche, después de la suelta de los rebaños.

—Yo también tengo algo para ti. —Me entrega el paquete que traía en sus manos. Me besa en la mejilla y se va.

Abro el paquete y encuentro las memorias del abuelo Francisco: las ha llevado con ella estos diez años. Virginia se gira bajo el dintel de la puerta de los establos y me observa con nostalgia en la mirada.

—Ojalá las hubiera leído antes de escaparme. —Sonríe con resignación, casi con una mueca, y sigue su camino.

Se oyen los tenues silbidos de los silenciadores de los rifles. La yegua resopla al oírlos y galopo hacia la loma norte del valle. La vista es singular: dos tractores labran la tierra en la vega del río para la siembra de los cereales de primavera, y otras dos máquinas esparcen el estiércol maduro del año pasado. Se prevén lluvias en un par de días. Tras los arados, hay decenas de jabalíes, garcillas bueyeras, cigüeñas y cernícalos, que cazan y devoran las lombrices, los insectos y los topillos que salen a la luz en el sustrato expuesto. Escondidos en los setos y los árboles que limitan los campos de cultivo, hay varios tiradores que disparan a los jabalíes que hozan el terreno en busca de animalillos. Cuando encontramos jabatos por los bosques, hacemos que los perros los atrapen vivos, los laceamos y los castramos. Los que sobreviven a los lobos engordan con las bellotas de roble y todas las criaturas y la hierba que encuentran congeladas durante el invierno. En primavera, su carne es tierna y carece del olor a testosterona de los machos enteros. Según veo, ya hay cinco animales abatidos y otros ocho capones enormes que no pierden de vista el arado de los tractores y que tienen los minutos contados.

Voy a recoger a Rodrigo sobre Montana. Está en la plaza del Roble con el resto de los habitantes del pueblo. Las sueltas de las manadas comenzarán en media hora.

Junto a la fuente del Encebro, hay una enorme cantidad de brasas de la fiesta de Las Hogueras de anoche. Gamaliel ya prepara los espadones para hacer un asado con la carne de los jabalíes que le traerán en unos minutos. Este año se han sacrificado dos bueyes de *beefalo* y hay varias mesas donde los cocineros preparan su carne para echarla en las parrillas. Tiene una pinta estupenda después de que las canales hayan madurado durante dos meses.

La yegua relincha cuando nos encontramos con los otros jinetes. Rodrigo sale de entre la gente y monta tras de mí cuando le ofrezco la mano para ayudarle en el salto hasta la grupa de Montana.

El reloj de la torre de la plaza da las doce del mediodía y los cuarenta hombres y mujeres a caballo vamos hacia las naves del ganado. Los animales están nerviosos. Virginia, con Irlanda en brazos, nos saluda junto a mi madre y Paula. Los portones se abren y salen las mil ovejas con sus corderos, que brincan y retozan cuando el sol los deslumbra, después de casi nueve meses sin apenas salir. Corren a través de la avenida de la Esperanza flanqueadas por los caserones y empujadas por varios niños de entre nueve y trece años, que van a caballo y las dirigen hacia los pastos del valle para aprovechar las hierbas que crecen fuera de nuestras fronteras. El pueblo entero aplaude desde las aceras. Se trata de una costumbre de tan solo diez años, pero ya es una de nuestras tradiciones.

Es el turno de las trescientas vacas nodrizas que salen con sus terneros. Veinte jinetes las arrean por la avenida y las dirigen junto a

las ovejas que ya trotan y retozan hacia los prados verdes del sur de la finca.

Ha llegado el momento más esperado, el de la suelta de la yeguada. Doscientos animales, que apenas se han montado durante el invierno, van a reunirse con las manadas salvajes en los pastos del sur. La primera es una vieja yegua que se acerca asustada hacia la luz de la puerta de la nave. Le sigue su potrillo trotando orgulloso y, de pronto, toda la yeguada inunda la vía. Todo el mundo aplaude y vitorea a la manada. Es el bien más preciado que tenemos. Todas las transacciones que hacemos con los pueblos con los que tenemos relaciones comerciales se hacen con caballos, mulas u oro. Las únicas monedas fiables que existen.

Rodrigo se agarra fuerte a mi cintura y salimos tras las yeguas para llevarlas a los mejores pastos. Unas cuarenta mulas se sueltan tras el ganado para que durante la noche avisen de la presencia de los lobos cerca de las majadas donde dormirán vigiladas por los pastores y yegüeros. Cincuenta mastines con collares de púas de acero acompañan a los rebaños.

Mi nieto ríe tras de mí. Cuando sé que su madre no nos ve, uno de los jinetes me trae otro caballo en reata, lo monto y dejo a Rodrigo con Montana. Es un niño feliz. Solo ha sido una cabalgata, nada necesario, nada peligroso, una tradición. Solo otra forma de dar la bienvenida a la primavera. Otra forma de celebrar que hemos sobrevivido a otro duro invierno.

Pronto, en verano, se reunificarán las manadas para limpiar el bosque de maleza y pastar en los rastrojos tras las cosechas.

Cuando llegamos al pueblo, Rodrigo desmonta de Montana radiante de felicidad, fuera de sí. Virginia me mira divertida y algo

disgustada a la vez.

—¡Mamá, es mía! ¡Me la ha regalado! —anuncia ilusionado el pequeño.

—¿El qué, cariño? —pregunta extrañada su madre.

—¡Montana! ¡Es para mí! ¡Es mía!

Virginia sonríe y lo deja que vuelva junto al resto de los jinetes para encuadrar los caballos y unirnos todos a la fiesta. Yo cojo en brazos a Irlanda y la monto delante de la silla conmigo. Damos un paseo por la plaza y le prometo que ella también tendrá un caballito cuando crezca.

La cerveza está fría, la carne, tierna, y la alegría y el optimismo inundan las calles. Solo el personal de los laboratorios y unas diez personas más conocemos el descubrimiento. No queremos crear falsas expectativas hasta que comprobemos los resultados de las primeras pruebas.

Enrique lo sabe, por supuesto, pero ninguno sacamos el tema durante los festejos. Estamos como en una especie de nube de expectación y esperanza tras diez años sin resultados en los laboratorios.

Rodrigo e Irlanda juegan bajo el roble con otros niños. Parece que el chico ya está más tranquilo. Empieza a hacer amigos.

La niña es feliz en el columpio. Son las seis de la tarde. La fiesta sigue para los más jóvenes y los que no tienen que hacer guardia esta noche, el resto vamos a casa a descansar. Virginia ha insistido en que le muestre, ahora, los dibujos y las cartas de la abuela, y vamos a casa de mi madre a por ellos. Antes de irse a dormir a casa de Raquel, me ha indicado dónde los vio por última vez.

Los bajo del desván. Están en una caja de chapa. Mi madre los tiene enlazados con un cordel de algodón, junto con varias fotografías de la familia y las cartas de la abuela María. Están la tía Carol, Diego, Gregorio y el abuelo. ¡Cuántos recuerdos! Parece que fue ayer cuando llegamos a Riaño.

Tomamos las cartas y los dibujos.

Están clasificados por orden cronológico. Virginia se centra en los colores. A medida que pasan los meses desde la primera misiva, se aprecia cómo la abuela utiliza más el rojo hasta llegar a composiciones y dibujos surrealistas y de una crudeza devastadora.

A mi madre y a Gregorio los dibuja ancianos bajo el gran roble. María nunca supo nada sobre Efa. A mí me dibuja junto a un hombre alto al que le falta un ojo mientras observamos cómo se quema un perro enorme. Hay un dibujo que no he podido mirar en tantos años. Es una mujer pelirroja que grita aterrorizada mientras varios monstruos la agarran y la lamen antes de devorarla. Todos están desnudos. En un rincón del dibujo hay dos niños. El mayor tapa los ojos de la pequeña.

Virginia estudia la imagen sin inmutarse.

—¿De qué murió? —pregunta con estoicismo.

—De cirrosis. Murió alcoholizada en la misma habitación donde falleció su suegra sesenta años antes.

Llaman a la puerta. Bajo las escaleras. Estaba a punto de acostarme y por la hora de la visita no deben de ser buenas noticias, sea quien sea el que esté al otro lado. Es Enrique y viene con David. Por sus caras, debo de estar en lo cierto. Nada bueno.

—¿Ya están los resultados? —pregunto descorazonado.

—Sí. Algo así —contesta David.

—Pasad.

Se sientan y sirvo unas copas.

—No sabemos cuál es la sustancia —confiesa David abatido—. Después de un mes, hemos probado con los cerdos. El jengibre por sí solo no es. Debe de ser su mezcla con otras de las trece hierbas que tu bisabuela utilizaba para producir la cerveza; o la sustancia que se produce tras digerirlas en el estómago; o tras la fermentación de la mezcla; o puede ser el moho que usáis. No tenemos ni idea. Necesitamos más tiempo para aislar la materia activa.

—Pero ¿funciona?

—Sí. La bacteria no sobrevive en proteínas que estén inmersas en la solución. Las pruebas que os hicimos demuestran que tampoco se reproduce en vuestra sangre ni en vuestra mucosa ni en vuestro sudor. Se detiene completamente su metabolismo. Pero no es una vacuna.

—¿Y por qué no la detectasteis en los primeros análisis cuando creímos que podían habernos infectado?

—Porque ni siquiera generasteis anticuerpos específicos contra la bacteria. Vuestro organismo no la contempla como a un enemigo vivo. La trata como si fueran residuos, como polvo adherido a una herida abierta. No necesita crear anticuerpos específicos contra ella.

—Bueno, ya sabemos cómo tratarla. Ya entenderemos el sistema —interrumpo. Tanto pesimismo…

—No es todo —apostilla David.

—¿A qué te refieres? —pregunto contrariado.

—Para que una persona esté totalmente protegida contra la infección tiene que estar bebiendo esta cerveza durante, al menos, meses. Los cerdos a los que hemos atiborrado con la bebida empezaron a mostrar resistencia ayer y, aun así, se infectaron a las diez horas del contacto.

—Pero…

—Laurence, esa sustancia o sustancias están en tus tejidos, en tu hígado, en tus pulmones, en el sebo de tu piel y en toda la grasa de tu cuerpo. Es como un tratamiento preventivo que desaparece cuando dejas de tomarlo. ¡Joder, Laurence! ¿Cuánta cerveza has bebido durante todos estos años?

No tenemos tiempo de inmunizar a la población. Ni siquiera sabemos cuánto tiempo necesitamos para inmunizar a un cerdo, pero sí sabemos que con las primeras nieves de octubre Madrid acabará con todos nosotros. Somos rebeldes, un revulsivo para el resto de las poblaciones que empiezan a levantarse contra el ejército.

Enrique y yo abandonamos el pueblo de madrugada. Montamos en dos caballos, los más rápidos de Efa. Es una noche fría en la que los vigías de las compuertas de la muralla saludan firmes mientras el vaho de sus bocas aparece enroscándose en los haces de luz de las farolas que iluminan el último vistazo que echamos atrás.

Tras nosotros, llevamos veintiuna mulas en reata cargadas con equipos, armas y víveres, además de la cebada que comerán durante el viaje. Quedan un par de horas para amanecer y queremos salir del bosque de los gigantes antes del mediodía. Los informes de los vigilantes son claros. Ayer mataron a cinco

asaltantes que transportaban envases con material contaminado. Solo estamos en junio, pero en julio pasaremos de los veinticinco grados. No podemos esperar a que una noche de estas lo consigan.

Apenas queda nieve en la espesura del bosque. No necesitamos verla porque oímos cómo los uros, nerviosos, tropiezan con las piedras desnudas cuando trotan en la oscuridad que inunda nuestro alrededor. Las mulas no paran de gemir. Hay algo más en la negrura. Enrique alumbra con su linterna hacia donde apuntan las orejas de nuestros caballos y enfoca una manada de lobos ibéricos. No hay peligro, solo curiosean. Mi compañero da un arreón a su caballo hacia los cánidos y estos se esconden en la oscuridad que reina bajo los árboles.

Anoche me despedí de los niños y del resto de la familia. No saben dónde vamos. Es una misión suicida. Es improbable que volvamos. Efa debe prepararse para la guerra, pero no podemos dejar que la psicosis hacia un ataque biológico domine a las familias.

Llegaremos a Madrid en una semana y media.

Solo he estado con Virginia y los niños un par de meses, pero ha valido la pena dedicarles la vida entera. Los mejores meses de mi vida. Cada segundo del día ha sido perfecto porque ellos son perfectos tal y como son. Se acabó. Se acabó pensar en lo que dejo en Efa. Ahora tengo unos días junto a Enrique para prepararme, para reencontrarme con el hijo de puta que vive dentro de mí. A ese perro que soltaré justo cuando otee en el horizonte Torrespaña.

Sacamos los prismáticos de las alforjas. Tengo la espalda molida después de nueve noches durmiendo a la intemperie con frío, lluvia

y jornadas interminables a caballo. Me estoy haciendo viejo para esto.

Estamos apenas a quince kilómetros del campamento de los asaltantes. Ellos ya nos han visto y solo esperan a la noche para darnos caza. Seguimos adelante. Queremos dejarles claro que intentamos encontrarnos con ellos.

Les encantan las mulas y estas son fuertes y están bien domadas.

Vamos vestidos como ellos, olemos como ellos. ¡Qué digo! Enrique tiene peor pinta que ellos. Hemos usado las ropas de los últimos intrusos interceptados en Efa para hacernos pasar por asaltantes venidos del oeste de la península.

Dos hombres enormes con barba de meses y el pelo por los hombros nos cortan el paso armados con machetes largos y afilados y picas de tres metros hechas con acero corrugado. Sabemos que debe de haber decenas rodeándonos. Llevamos horas masticando raíz de regaliz para que no noten la limpieza de nuestros dientes. Es otro de sus rasgos. Su sonrisa es la pesadilla de cualquier dentista. El tema del pelo lo hemos solucionado rapándonos; muchos de ellos se rasuran la cabeza en primavera para evitar los piojos y otros parásitos.

—¿Dónde vais? —pregunta el que parece estar al mando.

—A Madrid —respondo impasible.

—¿Qué buscáis? —me interroga mientras estudia a nuestros animales.

—Hacer negocios —afirmo con seguridad y sin quitar la vista de los hombres que aparecen a nuestro alrededor.

Tres de ellos salen de entre los coches abandonados y empiezan a inspeccionar la carga que transportan las mulas. Los animales

resoplan por el olor. No sé cómo un ser humano puede apestar así. Es nauseabundo.

Uno de ellos se acerca al caballo de Enrique e intenta agarrarlo por las riendas, él saca su pistola y apunta a la cabeza al asaltante. Sus compañeros nos encañonan con unas pequeñas pistolas. Yo saco de uno de los bolsillos de mi abrigo un envase de cristal en el que llevamos material contaminado. Si lo arrojo al suelo, todos estarán muertos en menos de una hora. La temperatura de mi cuerpo ha llevado la solución del interior del envase a sus veintiocho grados. Antes de que el sol mate a la bacteria, todos estarán infectados por las esporas que hay en la fase gaseosa de la botella. No se convertirá en una epidemia porque estamos demasiado lejos de su campamento, pero estos tipos están acabados si arrojo esta pequeña dosis. Saben cuál es el procedimiento. Lo inventaron ellos.

—¿Con quién se puede hablar aquí de negocios? —pregunto a su jefe mientras sonrío.

—¿Qué negocios? —farfulla el apestoso, que parece no entender nada de lo que está pasando.

—Mulas por oro, ¿os interesa? —insisto de nuevo.

—¿Oro? —pregunta mi interlocutor con la mandíbula desencajada por la embriaguez.

—¿Tenéis oro o se las vendemos al ejército? —amenazo—. Sabemos que están sin combustible y necesitan animales de carga. Aunque no tienen tanto oro como vosotros…

—El oro ya no vale nada —responde.

—El dinero ya no vale nada. Venimos de Portugal. Allí el oro vuelve a tener valor.

—¿Y para qué queréis el oro? —pregunta sinceramente interesado.

—Eso no es asunto tuyo —interviene un hombre de dos metros con un abrigo de piel de *beefalo*. Evidentemente es de uno de los soldados muertos de Efa y del que cuelgan cientos de pequeños mechones de pelo largo. Es cabello de mujer. Lo acompaña un perro enorme, un pitbull negro que babea y gruñe.

—Dejadlos pasar.

Entramos en el campamento. Contamos unos doscientos individuos entre hombres y mujeres. A estas horas de la tarde, habrá otros tantos rondando la periferia de Madrid o peinando los caminos en busca de familias o caminantes extraviados. González dijo que se concentran en el campamento al caer la noche. Tienen miedo a los lobos de la Zona Segura.

Viven como cerdos. El centro del campamento es un lodazal donde hay un cercado en el que estabulan caballos, mulas y algunos asnos. Todas sus viviendas son furgonetas o caravanas sin ruedas. Hay cabras atadas a los parachoques, con las que seguramente duermen a juzgar por la similitud entre sus olores corporales.

Todo está lleno de huesos mondados por los perros, excrementos y harapos cubiertos de barro. Huele a detritus y a carne ahumada. Es tal y como nos lo describió González. Una ciénaga donde ha ido a parar lo peor del ser humano.

Respetan a nuestros animales. Admiran nuestra mercancía. Se ha hecho un pasillo de asaltantes que nos observan cruzar su campamento tras su caudillo, que anda despacio con la cabeza alta. Está lleno de cicatrices y le gusta enseñarlas. No deja de mirar a Enrique de reojo. Estoy seguro de que va a querer medirse con él

pronto. Ojalá podamos vernos las caras fuera del campamento. Hay un mechón de pelo rojo reciente que cuelga en su espalda. Sé que no puede ser de Virginia, pero el despojo humano que anda delante de nosotros debe morir y pagar por sus crímenes y los que ha ordenado cometer a todos estos. Lo seguimos hasta su tienda. Es una caravana enorme cubierta por una lona raída a la que llegamos subiendo una colina. Desde aquí se puede ver todo el campamento. Dejamos que las mulas y los caballos coman hierba cerca de una mancha de nieve que se derrite poco a poco sobre la cara norte del montículo. Al entrar en la tienda, vemos un termómetro: estamos a quince grados. Hay tres mujeres desnudas de unos treinta años que sonríen desdentadas cuando nos ven. El jefe las manda fuera a patadas. Golpea a una de ellas, a la más borracha y zalamera. Le deja caer el puño en la espalda cuando pasa junto a él.

El interior del vehículo está forrado de fotografías de antes del 26. En todas aparece este cacique acompañado de políticos de todos los partidos. Tiene decenas de imágenes enseñando su torso de gimnasio.

Enrique me mira y casi sonríe. Ambos sabemos qué tipo de empresario era este tipo antes de que Aníbal le cerrara el negocio.

—Yo soy Vladimir —dice mientras se sienta y seis de sus secuaces se apostan en la puerta.

—Yo soy Laurence y él es Enrique.

—Bien, ¿para qué es el oro?

—Eso no te incumbe.

—Ya… ¿crees que me asustas con la botellita que tienes en la mano?

—No lo sé. A ver con sus hermanas —digo mientras sonrío y me abro el abrigo.

Su cara se ha vuelto bastante menos feroz. Tengo el forro del abrigo cubierto de frascos llenos de agua contaminada. Debe de sentirse bastante estúpido. Creo, sin miedo a equivocarme, que ahora se pregunta por qué no me habrán cacheado antes de dejarme entrar.

—Bien. Cuanto antes os pierda de vista, mejor. ¿Cuánto pedís por las putas mulas?

—Quinientos gramos por animal —afirmo sin que mi voz o mis labios tiemblen, aunque estoy deseando matar a este hijo de puta.

Enrique pone una pequeña balanza sobre la mesa.

—¿Quinientos? ¿Sabes cuántos euros son quinientos gramos?

—Eran —corrijo—. El dinero ya no existe y tú has robado todo el oro que no se ha llevado el ejército. Sabemos que tienes cientos de kilos escondidos en esta cloaca.

—Cabrón avaricioso —apostilla.

Ahora piensa sin decir palabra. Supongo que cree que no es agua contaminada lo que llevo en mi abrigo porque no deja de mirarme a los ojos buscando el farol, pero ¿por qué arriesgarse si solo le van a costar diez kilos de oro de los muchos que guarda? Es orgulloso.

Enrique le avisa de que va a meter la mano en su abrigo y saca despacio un tarro de cristal cerrado herméticamente. Lo coloca en la mesa. Hay unos labios humanos en la parte del fondo separados del agua contaminada de la cámara superior por una membrana unida a un mecanismo eléctrico. Enrique aprieta el botón de la tapa y el agua llega hasta la carne. El calor que desprende el cuerpo de

Enrique ha mantenido activa la bacteria, que empieza a devorar los labios hasta convertirlos en baba ocre.

—De acuerdo. Si me dices para qué es el oro, te daré medio kilo por animal que merezca la pena.

—No —respondo impertérrito—. Me pagas los diez kilos ahora por los veinte animales. Y cuando en un par de meses te traiga otras cuarenta mulas y me las pagues al mismo precio, te dejaré que nos acompañes.

Salimos fuera y revisa, una por una, las veinte mulas. Comprueba sus cascos, los dientes y hace que sus hombres revisen la carga que llevan. Acepta el trato de mala gana. Está seguro de que lo hemos timado, pero el ejército paga con armas las caballerías que les llevan, y las que no vendan son un bien preciado para los asaltantes. De las veintiuna, tomamos la más grande y la cargamos con nuestros equipos y el oro.

Enrique y yo conseguimos salir ilesos del campamento. Cuando subimos una loma hacia el norte, hacia Madrid, echamos la vista atrás y vemos que las veinte mulas ya están dentro del redil del centro del campamento.

Frente a nosotros, a unos veinte kilómetros, tenemos la urbe esperándonos.

19

Divide y…

Entramos en la sede de mi vieja empresa. Está igual que la dejamos en marzo, durante la misión de Las Ventas. El suelo está lleno de excrementos de golondrina. Cerca de las ventanas, crecen pequeñas matas de hierba. Hay un par de flores de amapola. Entre tanto hormigón y ruinas, me parecen las más rojas y bellas que he visto nunca. Los techos se han vuelto negros por el moho y las paredes están cubiertas de musgo.

Dejamos atados la mula y los caballos en la planta baja y descendemos las escaleras hacia el sótano, transportando tres rollos de cuerda de treinta metros.

Los escalones están resbaladizos por la capa de algas que los cubren, debido a una exigua corriente de agua que se infiltra desde los pisos superiores y que llega hasta los cimientos del edificio en forma de una pequeña cascada.

Cuando ordené que se llevaran todo el mármol, el cristal y la madera de este sitio, también nos llevamos cualquier atractivo que pudiera tener frente a los saqueadores, que contaban con cientos de miles de edificios llenos de enseres y muebles que desvalijar. No encontramos ninguna huella humana reciente.

El último escalón sin sumergir está a un par de metros bajo la primera planta. Eso quiere decir que las cocheras están bajo casi

tres metros de agua fétida y helada. A nuestros pies flota una capa de envoltorios, botellas y bolsas de plástico de negocios y empresas que desaparecieron hace una década. Este mundo tendrá que esperar siglos para digerir los millones de toneladas de residuos que cubren sus masas de agua.

Enrique y yo nos quitamos la ropa.

—Apestáis —dice una voz tras nosotros.

Nos giramos y encontramos el uniforme de un soldado de la Zona Segura. Es Alberto, un hombre de unos treinta años, bastante fuerte y extremadamente astuto. Es uno de nuestros tres últimos infiltrados en Madrid. Decidió presentarse voluntario para este destino después de que asesinaran a su prometida, mi sobrina Nuria Robles.

—¿Por qué coño has tardado tanto? El mensaje de radio era claro. Hoy a las tres en el sótano —recrimino divertido.

—¿Estás de cachondeo? ¿Sabes cuánto tiempo hemos necesitado para descifrar tu puto mensaje de radio? —responde iracundo.

—Cállate y ayúdanos —apostillo, justo antes de que Enrique y yo tomemos el extremo de dos de las sogas y nos lancemos al agua.

Joder, está helada. No debo abrir los ojos dentro de este caldo de larvas de mosquito y sabe Dios qué más si no quiero perder la vista antes de que me ahorquen. Sigo la barandilla de las escaleras tras Enrique. Acabo de tocar algo que estaba trabado a ella. Es peludo y blando y se ha deshecho como gelatina entre mis dedos al apretarlo. Creo que es el cadáver de una rata. Palpando la superficie de las cajas, ambos conseguimos atar el extremo de las cuerdas que llevamos al asa de los contenedores.

A tientas, damos con las bombonas de aire comprimido que dejamos atadas a las cajas cuando las sumergimos y tiramos de la

anilla de la válvula de inflado de los flotadores que conectamos a ellas para reflotarlas cuando las necesitáramos. Salimos a la superficie.

Alberto hace que la mula y los dos caballos tiren de las sogas hasta que el primer contenedor llega al escalón emergente. Todo está bien. Cada una de las piezas está seca.

Todas las armas que les hemos incautado a los asaltantes durante estos años, todos los fusiles que les hemos cambiado a los soldados por carne, los hemos escondido en estos tres contenedores.

—Bien, empecemos —aviso a Alberto.

—¡Mierda, Laurence! ¡No me jodas! ¡Que lo haga Enrique! —responde asqueado.

—Es una orden. —Alberto me mira inseguro.

No puede hacerlo. Ha tenido pelotas para infiltrarse en el ejército, pero ahora no puede hacer lo único que me salvaría de la horca.

—¿Qué pasa, Alberto? ¿Necesitas que te recuerde lo que le hicieron a Nuria? ¿O lo que nos harán a nosotros cuando descubran que estás conmigo?

Alberto me suelta un derechazo en el pómulo izquierdo que me derriba. Me levanto y sonrío para aclararle que esto acaba de empezar. Vuelve a golpearme con su derecha. Esta vez me rompe el labio superior y me ha astillado varios dientes.

Vuelvo a ponerme en pie y sonrío con el sabor metálico en mi lengua. Le tiro un beso y me golpea en la ceja abriéndome una brecha. Me enderezo y le pido uno más con el índice como si estuviera pidiendo una cerveza. Él responde con un *jab* en la nariz que me rompe el tabique nasal.

—Vale ya —dice Enrique.

Me siento en el suelo. Estoy aturdido, pero no hay tiempo que perder.

Enrique y los otros dos infiltrados tienen que preparar las armas para esta noche y comprar a los soldados encargados de las puertas por las que entrarán en la Zona Segura. Tienen diez kilos de oro, la moneda con la que se hacen todas las transacciones dentro de Madrid. No creo que tengan problemas para introducir las armas. Por esa cantidad, los soldados pueden comprar su estancia en el barrio fortificado de Madrid, donde la élite vive muy por encima del nivel de vida del resto de los miles de personas que trabajan para que el sistema siga funcionando para ellos.

—Pónmelas —ordeno a Alberto.

—¿El qué? —pregunta mientras se limpia mi sangre de sus manos y se extrae un par de fragmentos de diente de los nudillos.

—Se supone que me has detenido, campeón —respondo.

—Mierda, es verdad —reconoce.

Después de engrilletarme, Alberto y yo salimos a la calle junto a la mula cargada con los envases que escondía en mi abrigo. Es un héroe: acaba de detener un ataque biológico en Madrid a manos de los asaltantes.

Apenas puedo ver en este antro al que me han traído, que parece una cochera cubierta de sangre seca de huéspedes anteriores. Según mis cálculos, después de que me vendaran los ojos y me montaran en el todoterreno, hemos avanzado unos veinte kilómetros en dirección sur. Debemos de estar en la zona más meridional de la ciudad.

Mis párpados, hinchados por los golpes que me está asestando Alberto en presencia de su superior, han hecho que solo distinga manchas que hablan y me repiten una y otra vez la misma pregunta: «¿Cuántas mulas cargadas ha enviado Vladimir?».

«Solo la mía», he repetido tantas veces como dedos, huesos y dientes rotos tengo. Creo que se han convencido.

—Bien. Esto ya está —dice la voz que ha dirigido el interrogatorio. Alberto pasa tras de mí y corta la cuerda de la que cuelgo del techo.

—Teniente. Buen trabajo —afirma el mando—. Quiero que sepa que voy a proponer su ascenso a capitán.

—Gracias, señor —responde Alberto.

—Lleváoslo a la ciudad y colgadlo de la Puerta de Alcalá. Mañana verá todo Madrid qué es lo que hacemos aquí con esta calaña.

—Sí, señor —responden Alberto y otras dos voces distintas. Oigo pasos seguros pero rápidos hacia la salida.

—Bien, muchachos, ya sabéis lo que hay que hacer —dice Alberto.

Los brazos de dos hombres me cogen en volandas. El sonido de un portón abriéndose me dice que voy para la calle. El frescor del aire y la luz de la llama de un barril metálico me confirman que ya es de noche. Me suben a un camión.

Cuatro disparos con silenciador y el golpe seco de dos cuerpos en el suelo son la señal de que Alberto y yo nos hemos quedado solos por fin.

Alberto y yo acabamos de subir a Torrespaña. Enrique ya está sentado esperándonos. Hace un frío que pela, pero llevamos los abrigos de *beefalo* y tenemos carne enlatada que hemos calentado

en un fuego. Está todo tan vacío y abandonado ahí abajo que parece mentira que esto que queda a nuestros pies sea Madrid.

—¿Cómo estás, jovencito? —me pregunta el comandante cuando me contempla sentarme dolorido.

—Mejor que tú, guapo —respondo a la vez que echo un vistazo al corte de su cara.

Los tres reímos.

Son las once y media de la noche. Sacamos los prismáticos y vemos cómo un convoy de once camiones con unos trescientos hombres armados se dirige hacia el campamento de los asaltantes. González tenía razón. No eliminarán a los asaltantes. Les darán un escarmiento esta noche mientras están todos reunidos en su campamento.

Ahora lo rodean. Supongo que les estarán apuntando con sus fusiles de asalto, frente a las pistolas y los machetes de sus sorprendidos anfitriones. Habría dado lo que fuera por ver la cara de Vladimir en este mismo momento. Van a ahorcarlo junto a su camarilla. Deben de estar incautándoles todas las armas y todos sus caballos junto con nuestras veinte mulas. Es el momento.

Enrique saca el mando de radiocontrol que guardaba en las alforjas de su caballo. Miramos el reloj. Son las doce de la noche. La hora acordada con la resistencia de la ciudad.

Empezamos la cuenta atrás: cinco, cuatro, tres, dos, uno.

Es espeluznante y bello a la vez. Una gran explosión surge en mitad de la oscuridad de la noche. El sonido nos deja atónitos durante un segundo en el que nos miramos fijamente a los ojos para después reír como idiotas.

Los veterinarios de Efa envolvieron con espuma los explosivos que les incautamos a los militares y los introdujeron en los úteros de las pobres y estériles mulas. Los detonadores de los más de cinco kilos que se le han introducido a cada animal han funcionado. Joder, creo que son las primeras mulas bomba de la historia.

Abrimos una botella de whisky y celebramos el principio del fin de la dictadura de Madrid. La guerra ha empezado en sus calles. Miles de personas, armadas con las armas de nuestros contenedores y los arsenales del ejército que estarán expoliando en estos momentos, contra los apenas doscientos soldados que han quedado dentro. Mañana celebraremos otra victoria. Celebraremos que los asaltantes de la gran ciudad son historia y que los miles de familias que malviven en la Zona Segura han derrocado el poder impuesto durante diez años por el ejército corrupto de la nueva élite.

Año 2050

El fuego calienta mis viejos y cansados huesos. El cáncer ha vuelto para terminar el trabajo que empezó. Me da igual, estoy harto de bailar con él. Creo que este tumor y yo somos los únicos que quedamos en la pista de baile. Ni siquiera me quedan las voces de esos viejos arrugados de Diego y Gregorio. Virginia se empeñó en que tomara la medicación hace unos años y ahora hablo solo, como un viejo carcamal. Joder, soy un viejo carcamal. No aguanto más aquí. Voy a ver a ese cabroncete de Sebastián.

Me asomo por la ventana. La nieve empieza a derretirse y solo estamos en abril. Los inviernos ya se han acortado un mes desde el primer gran invierno. El clima parece que se calma. Me abrigo y salgo hacia la calle. Mi hija dice que no beba tanto. Joder, ella es la alcaldesa ahora. ¿Por qué coño ha dejado que pusieran una taberna frente a mi casa? Son las siete y media. Bueno, mientras llego con esta mierda de piernas, serán casi las ocho.

Toc, toc, toc.

—¡Vamos, Sebastián! ¿Quieres que se me congelen los huevos esperando?

—Laurence, son las siete y media de la tarde.

—Te he dicho que me abras la puerta, no que me des la hora, gilipollas.

—Espere, le ayudo.

—¡Coño, Sebastián! ¡Qué atento! No querrás robarme el reloj. ¿O es que ahora te ponen las canas?

—No, Laurence. Es que siempre he querido ver una momia de cerca.

—Sebastián, querido, ¿cuándo vais a instalar una puta rampa para los viejos de Efa?

—Laurence, usted es el único viejo de Efa. Los demás son ancianos respetables. Su hija nos ha prohibido poner una rampa. Dice que así habrá cerveza para todos.

—Sebastián, de todos los niñatos imberbes de Efa, ¿por qué coño te han puesto a ti de tabernero?

—Vaya usted a saber. Creo que soy el único que le aguanta cuando sale de su sarcófago.

—Niñato gilipollas. Estás aquí por narcotraficante. ¿A qué imbécil se le ocurre robar semillas de marihuana de los laboratorios y plantarlas en el invernadero de su abuela senil?

—Bueno, Laurence, no está tan senil. Todavía se acuerda de cuántas cervezas bebe al día.

—Ponme una, coño. Gánate la reducción de condena.

—Aquí tiene, encanto. Bébasela tranquilo. Que esta solo produce impotencia y mal humor.

—¿Qué hora es, idiota?

—Las ocho menos veinte de la tarde. ¿A qué hora le obligan a estar en su vitrina del museo municipal?

—¿Me has servido alcohol antes de las ocho? Voy a denunciarte, muchacho.

—Entonces su nieta se pondría muy triste.

—¿Mi nieta? ¿Crees que tienes alguna posibilidad con ella, paleto?

—Pues claro que sí… Soy el tío más encantador del pueblo y, además, el otro día me sonrió cuando pasé junto a su casa.

—¡Pues claro que sonrió! Todos reímos al verte. ¿Cuánto necesitas para echarme una cerveza? Llevo aquí una hora.

—¿Ya se la ha bebido? Creo que debería ir al baño y mirarse el pañal. Debe de tener el grifo fatal.

—¿Cuánto hace que te quitaron a ti el tuyo, nene?

—¿Sabe, Laurence? Si me caso con su nieta, seré su nieto y tendré que llamarle abuelito y besarle cuando venga a verme a la taberna.

—González, si alguna vez me llamas abuelo, te daré tal paliza que el general Enrique parecerá guapo a tu lado. Me da igual que tu

padre sea mi amigo. Por cierto, tonto, ¿cómo está tu padre? Hace un par de días que no viene a verme a casa.

—Bien. Prepara con su nieto Rodrigo la expedición a Andalucía. Han encontrado una manada grande de caballos cerca de Córdoba y quieren ir a por ella antes de que se adelanten los de Mérida. Rodrigo está dando las últimas instrucciones a los jóvenes que van.

—¿Cómo que las instrucciones? ¿Él no va?

—Eh…, no. Creo que no…, pero yo no le he dicho nada.

—Bien. Me voy. No te metas en líos. Es la última vez que te salvo el culo en el Concejo.

—Tiene mi palabra de narcotraficante. Déjeme que lo acompañe a casa.

—¿Qué pasa? ¿Quieres un besito de buenas noches, hijito?

—No. Quería ver si me rebajaban la condena por retirar de la calle a un peligro público.

Bajo la avenida de la Esperanza hasta la casa de mi hermana Raquel. Abren la puerta sus nietos. Joder. Estos cabroncetes crecen rapidísimo. Acabo de entrar y ya me han robado todos los caramelos que traía en la chaqueta. Mi hermana y su marido están bien. Les quedan unos años entrañables por delante. Insisten en que me quede a cenar, pero tengo que seguir mi ronda.

El siguiente es Enrique. Llamo a la puerta de su casa y abre Laurence. Me da un abrazo. Es enorme y más alto que su padre. Nos adoramos. Siempre quiere que hablemos de caballos. Le encantan y es un gran jinete. Ya tiene novia otra vez. Me la llevó a casa hace un par de semanas para que la conociera. Es una buena muchacha. El chico está reuniendo el valor para presentársela a su padre. Cuando entro, el general está sentado, leyendo. Se acaba de jubilar y lee

todo lo que cae en sus manos. Nos vamos a su despacho cuando saludo a mi sobrina, que revisa unos papeles de su trabajo como arquitecta.

En su despacho tiene el barril que le regalé en Navidad. Sirve dos cervezas de jengibre. Todos los días tomamos un par juntos y le damos un repaso a Efa. Ahora somos dos de los cinco miembros de honor del Concejo. Nos llaman «la vieja guardia», pero lo hacen con respeto. Nadie ha podido con nosotros. Todo está en orden, salvo lo de un viejo león que cojea de una pata y le ha dado por los mastines. Ya ha matado quince y a los vigilantes los ha sorprendido varias veces.

Ese animal va a dar el paso hacia nuestros hombres en breve. No hay manera de dar con él durante el día. Enrique dice que sabe exactamente dónde está. Asegura que se esconde dentro del tronco de una gran encina seca que hay junto al río en la frontera sur de Efa. Me voy cuando mi sobrina insiste en hacernos la cena antes de la reunión de trabajo que tiene.

Llego al ayuntamiento a las diez menos seis minutos. Virginia termina a las diez del pleno de los miércoles. La espero algunos minutos. Cuando sale, está tan guapa como siempre. Me agarra del brazo y nos vamos para el cine, como todos los miércoles desde hace casi quince años. Hoy reponen *El hombre tranquilo*, nuestra película favorita.

Cuando salimos, un coche de caballos nos espera en la puerta. Es Rodrigo. Está probando dos potros de los diez que ha domado este año. Irlanda lo acompaña delante. Viste un abrigo con caperuza de piel de armiño que le regalé hace unos meses. Es una joven preciosa.

Paseamos durante un buen rato a la luz de las farolas de toda Efa. La vejez es una gran época de la vida si tienes salud y a la familia cerca.

Dejamos a Virginia y a Irlanda en casa. Dicen que van a preparar una cena especial mientras llevamos los caballos y el coche a los establos.

—Toma. Es tuyo. —Le entrego a mi nieto el reloj de marfil de mamut de mi abuelo. Siempre le ha gustado.

—Pero, abuelo, es tu reloj —responde sorprendido.

—Bueno, lo mío es vuestro. A tu hermana, le dejo el reloj de pared de mi abuela María, el que tanto le gusta. No se lo digas. Es una sorpresa para su cumpleaños.

—Claro que no.

Nos vamos hacia la casa andando.

—¿Por qué no vas con tus compañeros a Córdoba? Cualquiera de los jóvenes de Efa mataría por poder ir a por esos caballos.

—No sé. No me apetece. Son varias semanas y prefiero quedarme aquí y estar para la suelta de las manadas.

—La suelta es todos los años, Rodrigo. Después de veinticinco años sin que el hombre pise Andalucía, ¿sabes lo que puedes encontrar en aquellas tierras? ¿Te haces una idea de las manadas de caballos que habrá? Allí estaban los mejores ejemplares de España cuando todo se fue al cuerno.

Rodrigo llora. No quiere dejarme. Los médicos no me han dado mucho tiempo.

Cuando cenamos, me hago el remolón para que Irlanda me acompañe a casa.

—¿Cómo estás, abuelo Larin? —pregunta agarrada de mi brazo.

—Bueno, Irlanda, dímelo tú. ¿Cuánto me queda? —Ella comienza a llorar. He abusado de su don. Soy un burro. La abrazo—. Lo siento, guapa. No me he dado cuenta de lo cruel que ha sido esa pregunta.

—Semanas. Pero en unos días ya no te levantarás de la cama.

—Bueno, no llores. Así es la vida. No importa, ya sabes que vendré a verte a menudo, ¿verdad? Espera un momento. Quiero llevarme un recuerdo.

Toc, toc, toc. Llamo a la puerta de la taberna frente a mi casa.

—¡Eh, tonto! ¡Abre la puerta! ¡Sé que estás ahí todavía! —grito.

—¡Espere, Laurence! ¡No tire la puerta abajo! ¡La he cerrado por si venía algún viejo borracho gruñón de última hora! ¡Qué alegría que sea usted! —El mecanismo de la cerradura comienza a abrirse y hago que Irlanda se coloque a mi lado, en el primer peldaño de las escaleras. El segundo cierre también comienza a abrirse.

—¡Creía que hoy tendría una hora más para dormir! ¡Qué alivio que se haya acordado de visitarme antes de que me fuera a casa a descansar!

La puerta de la taberna se abre y Sebastián aparece para ayudarme a subir las escaleras como todos los miércoles a la misma hora. Se ve sorprendido por la cara sonriente de Irlanda.

—Eh…, pasad… No tengo que cerrar hasta las dos, ya lo sabe, Laurence. Es solo la una. Además, no estoy cansado y Gamaliel vendrá con la cena en un rato, como todos los miércoles. Me ha dicho que hoy nos va a dar una sorpresa. Pasad, por favor, pasad.

—Bueno. Si insistes… ¿Crees que podríamos invitar a mi nieta a una de nuestras pequeñas reuniones?

Irlanda y yo pasamos a la taberna. Sebastián sirve unas cervezas. Gamaliel y su corpulencia llegan al rato. Trae solomillo de venado en

salsa de queso de oveja y un enorme chuletón de *beefalo*. Bueno, voy a morir. ¿Por qué no cenar dos veces? Reímos y hablamos hasta las tres de la madrugada. Por unas horas, me he sentido joven otra vez. Cuando cerramos la taberna, hago prometer a Sebastián que acompañará a Irlanda a casa. Me da que ese cabroncete tiene razón. A Irlanda le gustan rebeldes. Siempre me ha caído bien este muchacho. Desde que llegó a Efa le estoy sacando de líos, pero para ser tan listo no tiene ni un gramo de malicia en su corazón.

Gamaliel me da un abrazo muy fuerte cuando nos despedimos. Me conoce perfectamente. Sabe que no nos quedan más noches como esta.

—Tienes tetas de cabra. Deberías adelgazar —le advierto cuando me suelta y puedo volver a tomar aire fresco. Es enorme.

—Adiós, Laurence —dice emocionado.

Entro en casa. Dejo todo arreglado en un par de folios. Tomo el arma de mi padre, me abrigo y abro la cochera. Me encanta mi nueva adquisición: una moto de nieve eléctrica. Se la he dejado a Irlanda.

Bajo la avenida a toda velocidad con la visera de la gorra hacia atrás. Hacía tiempo que no lo pasaba tan bien. Un gato atraviesa la calle, lo atropello y bufa como un demonio. Al mirar hacia atrás, su cuerpo está hundido en la nieve, pero sobresale su cola tiesa, que se mueve como si quisiera hablar. Creo que sé lo que dice. Los vecinos se asoman por las ventanas para ver pasar mi estela de polvo blanco. Al llegar a los portones, los guardias se cuadran al descubrirme la cara casi congelada bajo la gorra. Les ordeno que descansen y les paso una botella de whisky que tenía preparada para una ocasión especial. Las guardias son un fastidio y los

muchachos pasan un frío espantoso. Salgo y me dirijo hacia el río. Lo sigo por el camino que hay a su orilla. Una lechuza pasa delante de la moto y puedo escuchar el aullido de los lobos en la sierra. Un búho acaba de atrapar un conejo a la luz de la luna, una luna de montaña, y lo levanta en su vuelo hacia la arboleda. Es una noche magnífica. El vaho del agua que corre escandalosa me recuerda que, si no aligero, no llegaré a mi destino antes del amanecer. Odio llegar tarde, aunque sea a mi muerte. Paro delante de la encina centenaria. Es grandiosa. Se secó en el 26 como todas las de esta zona. Lleva más de dos décadas ahí y, bajo su tronco, hay un gran agujero excavado entre las raíces podridas. Cuando la alumbro con las luces de la motonieve, entre los huecos de su madera, puedo ver los ojos relucientes de esa bestia. Sale cojeando. Su pata delantera izquierda está muy mal. Qué animal tan hermoso. Alguien ha puesto un lazo que le ha cortado la circulación. Tiene toda la pata gangrenada. No huye. Está tan cansado como yo de pelear.

Vamos a hacernos un regalo mutuo. Saco el cuchillo de caza que tengo bajo el asiento de la motonieve, lo desenfundo y se lo enseño. Sabe a lo que he venido. Da un salto y me abre el pecho y el abdomen de un zarpazo. Yo le corto la cara con el machete y acerco la derecha con la pistola. La muerde y toco su garganta con el cañón. Aprieto el gatillo y los dos caemos sobre el lecho helado. Nos miramos mientras nuestros ojos empiezan a apagarse. Le acaricio la frente. Nunca había visto las lágrimas de un león. Tenemos una gran muerte.

Epílogo

Entro corriendo por la puerta de mi casa. Virginia llora sobre mi cadáver, pero no tengo tiempo de consolarla porque tengo que decirle a mi madre que he pescado dos truchas con Gamaliel y quiero llenar de agua el cubo de la ropa para echarlas.

Gregorio y Diego discuten otra vez. ¡Qué pesados son los mayores! Tengo que hablar un momento con Irlanda. Le pido que le diga a Rodrigo, que está sentado llorando mientras lee las memorias de mi abuelo Francisco, que no debe sentirse culpable, que debe ir a Córdoba, que será la aventura de su vida. Irlanda también tiene que decirle a mi hija Virginia que no quería que me recordara en una cama. Quedo con mi nieta en volver en unas horas. Ahora tengo que consultarles algo a papá y al abuelo. Los encuentro con los pies descalzos metidos en el Esla. Riaño sigue siendo precioso.

Les pregunto a ambos cómo puedo hacerme amigo de un caballo.

—Pues tienes que acercarte a él y compartir su aliento cuando te huela, ¿cómo si no? —me responde mi padre.

En la otra orilla está sentado mi tío Manuel. Espera a su hijo Gamaliel para decirle lo mucho que lo quiere y que siente haberlo repudiado. Tiene los hombros cubiertos de musgo y líquenes. No se ha movido de ahí en cincuenta años. Oigo una voz familiar. Me acerco al viejo roble. Es mi funeral. Mi sobrina Catherine canta. Conozco esa canción…

Agradecimientos

A mi compañera, porque nunca fueron demasiadas horas, porque siempre estuvo a mi lado incluso cuando ni yo mismo lo estaba. Por asumir el peso de mi ausencia, porque siempre fue con una sonrisa.

A Raquel Arredondo Encinas, la madrina de este libro, por leer y releer desde cualquier parte del mundo donde se encontrara. Por cuidar *La jaula del sol* desde que la vio nacer y por hacerla crecer con su honestidad, generosidad, dedicación y gran amistad.

A mi gran amigo José Luis, por su inestimable ayuda, apoyo y ánimo.

A Rafael Antonio García Bautista, por compartir conmigo sus conocimientos sobre psicología.

A Antonio González Matorra, presidente de la Asociación Cultural de la Montaña de Vadinia-Riaño, por su disponibilidad y amabilidad, pero ante todo por contagiarme su pasión por Riaño. También a Carmen Sopeña Martínez, por sus valientes y preciosas pinceladas sobre su infancia y juventud en Riaño.

A mi gran amigo Edgar, porque siempre estaba cuando lo necesité.

Al doctor Juan Grimalt Álvaro, por nuestras charlas sobre Aníbal.

A mis primos Manuel y Elvira, por su hospitalidad y cariño en tierras de León.

A Antonio Calvo y a Sergi Belbel, por creer en esta obra, por su amabilidad y apoyo desde que la conocieron.

¿VES CÓMO SE ACERCA EL DESIERTO?
QUIZÁ CREAS QUE VA DEMASIADO LENTO PARA TI,
PERO SIN DUDA TE ALCANZARÁ.



Madrid se ha convertido en una pesadilla donde algunos viven gracias al sufrimiento y a la miseria de otros. La destrucción del mundo cada vez está más cerca y el irlandés Laurence Patterson guarda un secreto aterrador: conoce a quien se esconde detrás de todo este tormento. El tiempo se agota y debe actuar rápido, antes de que sea demasiado tarde. La clave de su plan está en Efa, un paraíso fortificado en las sierras al norte de Zamora donde protegerá toda la vida salvaje que pueda y, ante todo, a los que más quiere. Atrapado entre un complicado pasado familiar y una necesidad de justicia incesante, Laurence luchará por dar a la sociedad un nuevo renacer, pero las consecuencias de todo ello serán imprevisibles.

Fran Cobos teje una extraña parábola, llena de imágenes fascinantes y terribles, sobre la supervivencia y el absurdo de la existencia humana".
SERGI BELBEL

Fran Cobos nació en Pozoblanco, Córdoba, el 5 de marzo de 1981. Creció en el Valle de los Pedroches rodeado de naturaleza, en el seno de una familia ganadera. Es de profesión ingeniero agrónomo, lo que le ha permitido seguir íntimamente relacionado con el campo. Entre sus grandes pasiones está la conservación del medio natural, motivo que lo llevó a escribir su ópera prima, *La jaula del sol*, en la que plasma, a modo de novela, muchos de los problemas medioambientales que ve a diario y algunos de los grandes desafíos a los que se enfrenta la sociedad consumista de nuestro tiempo.



Primera edición: noviembre de 2025

© 2025, Fran Cobos
© 2025, Roca Editorial de Libros, S. L. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Marina Martínez
Fotografía de la cubierta: © Andrei Cosma

Roca Editorial de Libros, S. L. U. es una compañía de Penguin Random House Grupo Editorial que apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87629-10-6

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
Facebook: rocaeditorial
X: @rocaeditorial
Instagram: @rocaeditorial
Spotify: penguinlibros
Youtube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La jaula del sol

1. Adiós, Belfast

2. Laurence

3. Primera fase

4. Los iguales se reconocen

5. Nuestra parcela del paraíso

6. Verdades ocultas engendran mentiras necesarias

7. Noche de familia

8. El pasado puede ser una visita incómoda

9. La purga de la Tierra

10. El hielo de Aníbal

11. Un mundo nuevo

12. Volver a empezar

13. Tierra de corazones bravos

14. Nunca infravalores a tu enemigo

15. Siempre hay un contragolpe

16. No te rindas, condenarás a los tuyos

17. No existen las coincidencias

18. Quedamos en los que dejamos atrás

19. Divide y…

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Fran Cobos

Créditos

1. La jaula del sol
2. 1. Adiós, Belfast
3. 2. Laurence
4. 3. Primera fase
5. 4. Los iguales se reconocen
6. 5. Nuestra parcela del paraíso
7. 6. Verdades ocultas engendran mentiras necesarias
8. 7. Noche de familia
9. 8. El pasado puede ser una visita incómoda
10. 9. La purga de la Tierra
11. 10. El hielo de Aníbal
12. 11. Un mundo nuevo
13. 12. Volver a empezar
14. 13. Tierra de corazones bravos
15. 14. Nunca infravalores a tu enemigo
16. 15. Siempre hay un contragolpe
17. 16. No te rindas, condenarás a los tuyos
18. 17. No existen las coincidencias
19. 18. Quedamos en los que dejamos atrás
20. 19. Divide y…
21. Epílogo
22. Agradecimientos
23. Sobre este libro
24. Sobre Fran Cobos
25. Créditos